LOS HEREDEROS

JEREMÍAS WOLF



LOS HEREDEROS

JEREMÍAS WOLF



LOS HEREDEROS

JEREMÍAS WOLF



Los herederos

Jeremías Wolf

Colección

NOIR



Federico Prinz es el típico miembro de una familia convencional de clase media argentina, o al menos así lo cree él. Sus padres son abogados y tiene una hermana, menor que él. Atravesando su divorcio, Federico se reencuentra con su padre, que lo lleva a descubrir el lado oculto de una familia a la que creía conocer, a la vez que lo reconecta con su espacio de calma, el Delta de Tigre: su olvidado refugio en el que las decisiones tendrán el giro que le permita poner proa a su vida. El dinero no falta ni es un impedimento, pero en este aparente oasis reverberan oscuros secretos que ponen en peligro las bases de la familia.

Una novela en la que nadie es quien dice ser y nadie es quien cree ser. Donde las emociones escalan a límites impensables. El protagonista deberá abrir puertas que permanecieron cerradas toda su vida y tratará de iluminarse con los escasos recursos que las extrañas circunstancias despliegan en su andar.

Federico se encuentra en los umbrales de su propia historia, mientras el lector es arrastrado por un relato que lo llevará por un flujo inesperado de hechos que marcarán al protagonista para siempre.

"Padre e hijo estaban en una secreta comunión con ese espacio, con ese arroyo, con esa casa."

Jeremías Wolf

Los herederos / Jeremías Wolf. - 1a ed. - Villa Sáenz Peña : Imaginante, 2024

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-631-6578-13-6

1. Narrativa Argentina. I. Título

CDD A863

Edición: Oscar Fortuna.

Correcciones: Dana Babic.

Diseño de tapa: Raquel Chanampa

Conversión a formato digital: Estudio eBook

www.editorialimaginante.com.ar

https://www.instagram.com/imaginanteditorial/

www.facebook.com/editorialimaginante

PARTE UNO

CAPÍTULO 01

La taza de café humeaba sobre la mesa ratona, desplegando su arsenal de aromas en la habitación. Las luces del día marchaban en retirada para dejar paso a la indecisa noche otoñal.

Pocas compañías suelen ser mejores que un buen café negro, una ventana y el horizonte perdiéndose en el Río de la Plata.

Afuera, las primeras noches frescas se van anunciando. Son escasos los sonidos de la calle que se animan a ese piso veintiséis. El silencio parece extenderse como un manto en las alturas. Solo las luces, que se van encendiendo como una cascada de ases, traen la certeza de estar en medio de la ciudad de Buenos Aires, con toda su locura del tercer milenio.

Desde la mesa ratona junto al sofá, un velador generaba reflejos que comenzaron a dibujar, sobre el vidrio, los contornos de Federico. Con el correr de los minutos las líneas se fueron agudizando hasta que sus ojos pudieron ir al encuentro de su propia mirada.

El amor se marchó del departamento algo más de cuatro años atrás. Él no podía dejar de sentir cómo las paredes se dejaron ganar por la quietud y la ausencia. Apostó todo al amor sin pensar que, más que a una emoción, debió entregar sus sentimientos a una persona real, con su propia historia a cuestas. No fue consciente que un encuentro no siempre significa una victoria.

El departamento era confortable. Los dos dormitorios tenían ventanas que miraban el río; el living comedor era espacioso para tres personas, por lo que, para él, sólo constituía un espacio interminable. El cuarto de su hija permanecía cerrado e intacto, en la medida que el régimen de visitas, acordado en el juzgado, determinaba que la pequeña se instalara a pasar los días establecidos.

Las sábanas de su cama aún le recordaban a su mujer. O mejor tal vez, a la que él pretendió convertir en su mujer, pero cuyo destino estaba trazado por otros rumbos. Habían elegido juntos el barrio, a una distancia intermedia entre las dos familias, y con medios de transporte que achicaran los trayectos. Ella había decidido volver a lo suyo. Él estaba dispuesto a no regresar, a mirar adelante buscando escribir su

propia ruta sin la tutela familiar.

Bebió un sorbo de café respirando su aroma intenso, sintiendo en la mano la tibieza de la taza. Miró su dedo anular. La pequeña sombra de la alianza, con la que creyó cerrado su futuro emocional, aún existía. Epilogo de lo que primero fuera desamor y luego nostalgia.

El mundo de los sentimientos fue arena movediza para él. Aferrarse para no hundirse; moverse con cautela. Intentar, en cada chance, mirar más lejos buscando algo que lo sujete, que le permita mantenerse a flote. Así se recordaba a sí mismo, siempre. Desde la niñez.

Pensar en la infancia era reconocerse, desdoblado en dos: por un lado, la vida cotidiana con su carga de vértigo y responsabilidades; por el otro la isla, el Delta, ese suburbio con calles de agua, donde todo tenía que ver con lo natural, no sólo por el entorno, sino también por la naturaleza humana.

Los sentimientos se le ponían a flor de piel por ese contacto íntimo con un lugar que le hacía sentir su cobijo, como si hubiera sido una guarida en la que estar a salvo. El río con su cadencia envolvente, los verdes con el don de la serenidad implícito en cada recorrida por el paisaje circundante y, en aquella etapa inicial, esa relación cercana con un mundo ideal de juegos alejados de la virtualidad citadina.

La vida era en dos planos, podía definir ahora Federico, una fracción de lunes a viernes y la otra los fines de semana, siempre isleños por presencia o añoranza.

Aquellos años desfilaban en su memoria, un carrusel de imágenes, donde cada fragmento estaba destinado a encajar en el siguiente. Las luces y sombras de su existencia giraban como en un caleidoscopio.

Así, su primer viaje en la lancha de su padre se mantenía intacto con todo detalle: su madre intentando en vano sostenerlo quieto, su padre en el timón de la embarcación, y él forcejeando con los dos, para que su pequeño brazo pudiera llegar a ponerse en contacto con el agua, que en cada corte de ola parecía jugar un “agárrame si puedes”.

La memoria despierta, presente. Carreras sin descanso sobre el pasto de la casa, el viento dándole en la cara, las ramas de los árboles como una intrincada escalera que le permitía escudriñar lo interminable. El barro, los perros isleños —amos y señores de la comarca poniendo limite a los invasores, y regresando triunfadores en busca de la recompensa—, y los mosquitos como una plaga con horario de llegada

y de partida.

Su mamá, diseminando aromas desde la cocina, hacía que los sonidos de la panza se multiplicaran. El parque era invadido por las fragancias y, desde el horno, flotaban los vapores de los pasteles de manzana que ella cocinaba, mezclándose con los jazmines en flor. Su papá, en cambio, desparramaba sonidos de manera incansable: la máquina de cortar el césped, la motosierra y el martillo marcando el ritmo de los juegos, invitando a danzar con músicas inimaginables. Luego, al caer la noche, con su quietud, el sueño llegaba, cambiando el conteo de falsas ovejas por la búsqueda de la estrella más brillante, cuyo destello ingresaba impune por la ventana.

Todo era un perfecto desfile de armonía hasta el momento del regreso. Entonces la ciudad se enarbolaba sobre ellos como un fantasma, y el humor cambiaba: su padre comenzaba los preparativos juntando tareas inconclusas, haciendo listas de materiales que no debía olvidar en la próxima semana; mientras su mamá ordenaba los enseres y desperdicios, acomodaba los cuartos y sus tejidos, con la misma dedicación de la llegada. Federico los miraba desde lejos y se zambullía en el día siguiente.

La semana en la ciudad era distinta. Estaba plagada de insatisfacciones y diálogos diluidos. A su padre lo veía poco. Sentía su beso en la frente en la mañana, sus labios posándose, tibios, en una despedida que lo encontraba semi dormido. Rara vez lo veía al regreso de la jornada, por lo general él ya dormía y, en esa instancia en que no se puede establecer con claridad si lo que se oye es real o es un sueño, a veces, sólo a veces, le oía la voz, que llegaba confusa desde la habitación de al lado.

Con su madre era diferente. Ella lo despertaba en las mañanas, preparaba el desayuno, y lo llevaba a la escuela. No era siempre, porque entre las madres estaban organizadas y formaban un grupo, todas con su propio auto. Cuando era ella quien conducía la camioneta familiar, haciendo el recorrido por las casas hasta la escuela, ida y vuelta, todo era diferente. Para Fede eran hermosas esas oportunidades, ya que él podía elegir la música de la radio y, por lo general, su madre cantaba junto a ellos en el camino. Su buen humor era contagioso, conseguía que cumplir obligaciones fuese menos pesado. Las demás semanas era solo ser uno más allí, y prefería ir en silencio. En las tardes ella lo ayudaba con las tareas. Terminaban el día compartiendo merienda y videojuegos. Bueno, al menos así fue hasta que llegó su hermana.

Al llegar la pequeña Beatriz al hogar la atención que su madre le brindaba desapareció. Para él, la niña sabía, con ardides de bebé, ganarse los cuidados extraordinarios que ella le prodigaba. Sus celos pronto comenzaron a manifestarse y los retos junto con ellos. Comenzó a crecer dentro de él una mezcla de rencor y envidia que jamás consiguió dominar y le valió no pocos castigos. Solo volver a la isla le reconfortaba, haciéndole olvidar el desprecio que sentía. Beatriz creció defendiéndose y, a la vez, aprendiendo a manipular a su madre, para convertirse en su preferida indiscutible.

Juguetes rotos o extraviados, renovaciones permanentes de vestuario, un servicio constante de traslado donde fuera, en el horario que sea, funciones de teatro o cine, paseos, y hasta la elección de las comidas tenía que pasar por el capricho imprevisible de su hermana. A él solo le quedaba encerrarse en su cuarto, con su consola de videojuegos, a esperar que llegara el fin de semana y la isla. Allí Beatriz no las tenía todas para ella, el lugar no le gustaba, en cada insecto veía monstruos que intentaban devorarla —ante la alegría de Fede—, una cama incómoda, los asados de Raúl —decía que no le gustaba comer animales—, perros que la perseguían con su olor nauseabundo, y un miedo inocultable al agua.

Sin dudas, todo esto había sumado argumentos en el amor de Fede por la isla.

Recuerdos… la historia dibujada, en el fondo de la taza, con la borra del café.

De pronto, el teléfono celular sonó para traerlo de regreso. En los últimos tiempos había tenido varias veces esas regresiones al pasado, como si desandando caminos pudiera encontrar las respuestas a este presente que le estaba tocando protagonizar. Dudó en atender o no la llamada, no eran horarios habituales para él, pensó que solo podían ser noticias desagradables. La posibilidad de que fuera algo relacionado con su hija le hizo reconsiderar la actitud, y tomó el aparato:

—Hola… ¿quién habla?

—¿Hablo con el Sr. Federico Prinz? —preguntaron desde el otro lado de la línea.

—¿Quién habla? —reiteró perdiendo la paciencia.

—Mi nombre es Adela, lo llamo desde el Sanatorio Anchorena. Su padre ha llegado aquí hace unas horas para sus controles de rutina,

pero ha tenido una descompensación. Nos pidió que no llamáramos a nadie pero, como usted comprenderá, no podemos asumir toda la responsabilidad en estas cuestiones. ¿Podría usted acercarse por aquí? ¿Le doy la dirección?

—No hace falta. Sé dónde es, he nacido allí mismo. Llegaré en alrededor de media hora —cortó la llamada intentando parecer sereno. Permaneció con el teléfono en la mano. La noche parecía volverse más oscura.

En unos minutos estuvo listo para salir a la calle. No era lejos y menos a esa hora, cuando el tránsito en la ciudad parece entrar en una suerte de remanso. Bajó hasta la cochera del edificio y subió al automóvil. Luego de toser un poco, el motor del Chevrolet se puso en marcha; a pesar de tener más de diez años de antigüedad seguía leal. Había heredado de su padre, entre otras cosas, la pasión por los motores, aunque no por el orden. Se prometió hacerle un mantenimiento uno de estos fines de semana, y salió a la calle.

La noche traía aires húmedos. La brisa que entraba por la ventanilla fue sacándolo de la modorra. La imagen de su padre internado lo había conmovido. Aceleró por la calle Larrea y pronto estuvo estacionando a cincuenta metros del sanatorio.

Su padre estaba en una habitación del piso cuarto, con vista a la Av. Pueyrredón. El ascensor descompuesto lo obligó a subir por las escaleras, resoplando en cada descanso. Había dejado los deportes hacia largo tiempo. La puerta de la habitación estaba entreabierta. Los reflejos multicolores de la pantalla del televisor se escapaban por la rendija formando un arco iris vertiginoso y cambiante. Entró intentando no hacer ruido. Sin embargo, un par de periodistas discutían aspectos de una información económica en una TV de led de enormes dimensiones, metiendo barullo al cuarto. Raúl observaba atento, mientras jugueteaba con la manguera del suero que tenía conectado. Al ver a Federico rezongó:

—Menos mal que les pedí que no llamaran a nadie —dijo, aunque cierto tono de alegría se le notara en la voz. Llevaban alrededor de cuatro años sin hablarse, desde que Fede se divorció. Por aquel entonces tampoco había demasiado diálogo, pero mantenían un contacto casi de cortesía. Luego, a raíz del divorcio, Raúl consideró que Fede no estaba siendo justo consigo mismo en la negociación, discutieron y nunca volvieron a hablar hasta entonces.

—¿No te parece que alguien debe llenar cuanto menos los papeles? Ya

que no hay forma de que te cuides —respondió Fede sin entrar en el juego de su padre.

—Tonterías, no tengo nada, solo quieren incrementar su facturación conmigo —sentenció Raúl.

—Me dice todo lo contrario la enfermera, pero no me explica por qué, y ni siquiera me permite ver el parte médico. Solo repite que estás delicado y que debo preguntar a tu médico. ¿Me lo podrías explicar vos? —preguntó Fede sin remilgos, directo y concreto, como sabía que le gustaba a su padre.

Raúl se quedó observándolo, en silencio, y volvió la mirada a la TV.

—Este país se va al carajo —afirmó, ignorando la pregunta.

—Como desde que me acuerdo papá —le respondió Fede, evitando entrar en polémica, esperando alguna aclaración de su padre.

—Mira Fede, hace mucho que no nos vemos. Te pongo al tanto: Estoy envejeciendo, y cuando eso pasa el cuerpo comienza a fallar. Mañana estaré de nuevo en el ruedo. Tranquilo, que si los Tribunales no me liquidaron una descompensación no lo va a hacer. La enfermera exagera, como todas estas minas.

—Está bien, no quiero polemizar, solo quiero quedarme tranquilo —resopló Fede.

—Si llego a mañana no vas a tener de qué preocuparte —bromeó Raúl.

—Voy a quedarme a pasar la noche con vos, no sea cosa que te mueras sin decir adiós —respondió Federico, broma por broma.

—Mejor me duermo. Estos aparatos y cables de mierda me tienen harto. Mañana hablaremos —respondió Raúl, tan seguro de sí mismo como siempre.

—Descansá, viejo —se resignó Fede, con tono afectuoso, sentándose a su lado.

La noche fue larga, las enfermeras desfilaban, de manera regular, controlando todo. Fede intentaba, en su cabeza, reconciliarse con aquel hombre que significaba tanto. Más que nadie...

CAPÍTULO 02

Las enfermeras debieron luchar para convencerlo que debía salir hasta la puerta de la clínica en silla de ruedas. Federico no pudo contener la risa mientras iba a buscar el auto, pero en esa risa también anidaba la sensación de bienestar que le produjo la recuperación de su padre. Estaba aún delicado, pero había mejorado notablemente.

Los días habían pasado lento, pero, por fortuna, evolucionó bien. Tal vez ahora estaba comenzando la peor parte: conseguir que su padre se cuide, haga vida sana y, sobre todo, que evite cualquier tipo de situación que haga estallar sus nervios. El estudio de abogados no parecía la mejor opción para satisfacer esa necesidad.

Raúl tenía sus orígenes en una familia de clase media, castigada sin piedad por el desempleo. Su padre era un comerciante, de escasa prosperidad, de la zona de Temperley, y su madre la hija de un gerente de una multinacional agraria, que había elegido al hombre económicamente incorrecto. Así había crecido, rodeado de carencias frecuentes, a las que su padre solía resumir diciéndole: “de mí no vas a heredar nada, solo lo que metas en tu cabeza estudiando”. A Raúl mucho no le gustaba la idea, pero tampoco podía hacer nada contra ella.

Su destino, como adulto, no era claro, no encontraba un rumbo. Pero, una tarde, las nubes se corrieron de sus incertidumbres, a través de un acontecimiento familiar que lo marcó para siempre. Fue en una mañana de verano, cuando un policía y dos oficiales de justicia golpearon a la puerta de la casa que alquilaban. Su padre ya había salido a trabajar. Los hombres le exhibieron a su madre un escrito judicial mediante el cual, un juez determinó que serían sometidos a un embargo, sobre cuanto bien embargable hubiera en la casa —que no eran muchos, por cierto—.

La camioneta estaba estacionada justo frente a la puerta y, ante la mirada curiosa de los vecinos, los empleados dieron órdenes a los peones que los acompañaban para que comenzaran a cargar lo poco de valor que encontraron: una heladera, un televisor —blanco y negro por supuesto, ya que no eran aun los tiempos de la TV color— un equipo de música, una estufa y algunas otras cosas insignificantes.

Raúl fue testigo de todo el desbarajuste, apoyado en un árbol de la vereda, sobreponiéndose a la vergüenza. Una certeza se estampó en su adolescente cabeza: ¡no volvería a pasar por algo así!

Días después sabía que quería ser abogado. Esa convicción lo convirtió en un estudiante concienzudo y concentrado. Le pidió a su padre asistir al mejor colegio que conociera y, con algo de escepticismo, éste le sugirió el Nacional de Buenos Aires, una suerte de emblema cultural y social que, a través de generaciones, había dado como fruto un popurrí de próceres de las leyes —del bien y del mal—. Raúl le respondió que iría a ese colegio, y así lo hizo, atravesando victorioso el filtro del examen de ingreso primero y egresando después, con promedios destacados que le valieron una bienvenida respetuosa en la Facultad de Derecho. En la universidad, Raúl redobló la apuesta y el esfuerzo, pronto sus calificaciones superaron las expectativas. Su flamante título de abogado llegó como la llave que necesitaba para abrir las puertas del nunca más a las privaciones y angustias con las que había crecido.

Lo que vino después fue previsible. Raúl pasó de los primeros éxitos en causas de poca relevancia, a darse cuenta que no era en el mundo del Derecho Civil donde encontraría su espacio, así que puso el norte al Derecho Penal, tomando las causas que otros desestimaban. Terco como pocos y estudioso en igual medida, pronto comenzó a encontrar las grietas por donde ganar juicios. La fama fue una escalera siempre ascendente, en un mundo que, muchas veces, dejaba en el camino lo moral con la sola idea del triunfo. Raúl consiguió hacerse popular, y con ello ganar el dinero suficiente para asegurarse que aquel momento, que lo había marcado en la adolescencia, nunca tuviera oportunidad de repetirse.

En ese camino resignó algo más valioso que cualquier cosa material: emociones y algunos valores, que ni siquiera la sociedad se animaba a reclamarle. Se reservó, para sí, solo dos espacios en los que eligió mantener aquellos preceptos que, sumidos en las necesidades, su padre le había transmitido: una familia y un lugar.

Para lo primero eligió a la madre de Fede, Cecilia Ventura, una compañera de la universidad, de orígenes no tan simples como los de él. El mundo material también la había afectado y, por esa misma razón, comprendía en profundidad las razones que eran fuerza motriz de Raúl. Ella creía en la ética, en la honestidad de las personas, en el valor de la palabra y en la fuerza de la verdad, pero también en los lujos, el dinero, las modas y la vida banal que mostraba la TV. Raúl se enamoró de esa entereza, de esa capacidad de creer en los demás que

él había perdido. Depositó en Cecilia su lado bueno, como si la vida de las personas pudiera asimilar esos dobleces.

Al Delta, como lugar, lo descubrió por pura casualidad. Se dejó hechizar por la magia de ese espacio, donde la naturaleza es ama y señora de todo lo que se vive. Fue al regreso de unas vacaciones, cuando la feria judicial recién terminaba y febrero se presentaba asfixiante. Federico era, por entonces, muy pequeño y ocupaba el centro de la escena.

En febrero todo es más agobiante. El calor se sumó a las vacaciones recién terminadas y a responsabilidades postergadas, sumándose a las nuevas. Raúl propuso, un sábado de entonces, una salida al aire libre. Le habían llegado noticias de que la isla era un lugar para desconectarse de la ciudad. Se sintió cautivado, y desde ese día no dejó de ir nunca. Se le notaba el deseo de escapar a medida que los días de la semana corrían. Su humor mejoraba, de manera ascendente, entre el lunes y el viernes. La perspectiva de volver a percibir el suave olor de las aguas del río iba impregnando de oxígeno sus emociones.

El viaje hasta el departamento de la Av. del Libertador y Coronel Díaz transcurrió en silencio. De vez en cuando Raúl exhalaba y emitía algún gruñido. Seguía despotricando contra las enfermeras y la silla de ruedas. El encargado del edificio se acercó a ver quién era el que llegaba en ese auto medio destartalado. Cuando lo reconoció le abrió la puerta.

—¿Cómo anda, don Raúl? —le preguntó mientras le extendía la mano para ayudarlo a descender.

—Mal si me seguís diciendo don —respondió Raúl dejando la mano del portero flotando en el aire, saliendo del auto con aire juvenil.

El hombre le echó una mirada furtiva a Fede y le guiñó el ojo, cómplice de una fechoría verbal inimputable. Fede lo ignoró, no era momento para que su padre descubriera una complicidad tácita con el encargado del edificio. Le entregó las llaves del auto y le pidió si lo podía estacionar en la cochera. El hombre tomó las llaves, haciéndose cargo de la tarea, con cierto desprecio al ver el estado del viejo automóvil.

Los espejos del elevador multiplicaron la imagen de padre e hijo hasta fundirlos en el infinito, en definitiva, eso eran: dos caras de una misma moneda, unidas en lo más profundo de sí mismos. Almas recursivas. Recreación espiritual del efecto Droste, aquel explicado por

la expresión, en francés, mise en abîme (puesta en el abismo, puesta en infinito).

Raúl ingresó al departamento en primer lugar, de inmediato corrió las cortinas del ventanal. La imagen, en el fondo del horizonte, le devolvió la silueta fina y lineal del río. Fede se paró a su lado y quedaron en silencio. Era algo que se repetía a lo largo de sus vidas, juntos o separados, en un día de pesca, en el muelle de la isla, o en sus balcones. Esas aguas color león los poseían.

En simultáneo, los recuerdos de padre e hijo, volvieron atrás en el tiempo, doble relato de los tiempos compartidos. La misma realidad dibujada por manos diferentes.

Habían comenzado a incursionar en la pesca durante la adolescencia de Federico. Quién indujo al otro es algo difícil de determinar. Lo que sí es cierto es que terminaron recorriendo casas de artículos de pesca, intentando evacuar un torrente de preguntas, entre técnicas y míticas, como si las respuestas correctas alcanzaran para eludir la inexperiencia. El dinero les dio la chance de atenuar su ignorancia en la materia con la calidad de los equipos que podían adquirir. El instinto de pescador solo lo pudieron agudizar con las horas, los fríos, las lluvias y muchas decepciones.

Navegaron juntos buscando los mejores lugares, perdiéndose y teniendo que recalar donde fuera para solicitar algún indicio que los llevara de regreso a la casa.

Aquel silencio de pescadores los reunía, otra vez, de pie frente al ventanal. Era claro que algo subyacía entre ellos. Una suerte de equilibrio, dos espadas suspendidas en el aire. Sin haberlo querido se habían ido copiando al crecer como padre e hijo. Se habían dado, en simultáneo, lecciones de vida y, por difícil que fuera, no podían disimular que, como dos arroyos que se unen, estaban fundidos en el mismo acero. En cada lucha por diferenciarse se asemejaban más. Uno le transmitía al otro su dureza mientras, en canje, recibía la tibieza de los espíritus jóvenes y esperanzados. ¿La resultante? Un espacio donde solo cabían ellos dos, muchas veces ni eso.

—¿Te acordás cuando íbamos juntos a la isla? —preguntó Raúl.

—Vos nunca dejaste de ir. ¿No? —respondió Fede.

—No, es mi cable a tierra y siempre creí que a vos te pasaba lo mismo —dijo Raúl.

—No somos iguales, papá —fastidiado al sentir esa similitud.

—Ja, ja. Yo también creía eso, pero luego me di cuenta de que la sangre es más fuerte. ¿Te quedás a comer conmigo?

—Tal vez tengas razón... aunque vos siempre querés tener razón. Algún día deberíamos hablar nosotros dos, ¿no? Pero sin peleas, sin que me tires el abogado por la cabeza. ¿Te parece? —reprochó Federico.

—Está bien... deberías venir a la isla así charlamos. Allá somos nosotros, sin uniformes. Vos dejaste de ir, y sé que amabas la casa —pidió Raúl.

—Lo voy a pensar papá. Pero mejor me voy, sin mí vas a comer sano. Se despidió Federico, dejándole algunas recomendaciones extra sobre el cuidado de su salud. Y, casi escapando del departamento, volvió a la calle.

La Av. Coronel Díaz está atascada de tránsito en los mediodías porteños. Una marea de personas y vehículos corrompe la ciudad con sus ruidos constantes. La intermitencia de los semáforos no alcanza a drenar el caudal de automóviles y, a paso de hombre, Federico iba regresando.

Regresando a su pasado, a la isla, a su madre...

Cecilia, su madre, había tenido una adolescencia feliz. Su vida fue, desde su nacimiento, simple. Demasiado de nada, pero nada faltaba. Hija única de un matrimonio venido desde el campo a probar fortuna a la Capital, para terminar edificando una casita sencilla en la calle Laprida, de Lomas de Zamora, a escasos metros del Camino Negro. La gerencia de una empresa agraria fue la placa en la puerta de la oficina de su padre, que le aportaba un sueldo que daba a la familia buen vivir. A la vez, mantenían vivas todas las ambiciones con que habían dejado atrás su ciudad natal. Ella no era de sonreír demasiado, pero, cuando lo hacía, el sol se reflejaba en sus dientes y encandilaba.

Seguir la carrera de abogacía fue conceder a sus padres el tributo de tener un hijo doctor en algo, lo que fuera. La cosa legal le calzaba justo en su ideario, honesto e inocente para los tiempos que le tocaron vivir. Quería cambiar el mundo, impedir que la sociedad cayera en los abismos. Era idealista. Tenía, además, una belleza exótica. Sus ojos negros y profundos pretendían bucear en lo que miraba. Sus rasgos, delineados por antepasados que se remontaban a los aborígenes de la provincia de Misiones, quedaban esfumados en la oscuridad de su

mirada intensa. Era, en su época universitaria, la que enarbolaba las banderas de cuanto reclamo consideraba justo. Eso le fue ganando respeto y algún que otro enemigo.

Raúl comenzó a apreciarla desde lejos. Intentó dibujar en su imaginación cada trazo de su personalidad, cada idea. Con esa alforja llena de admiraciones silenciosas se fue dejando enamorar por la que él consideraba “la última guerrera de los inocentes”. Pronto comenzó a apreciar sus utopías, aunque se dieran de patadas con el sentido que él le había dado a su carrera. Pero ella también se enamoró al conocerlo. Tal vez fue encantamiento por su personalidad o simplemente su ansia redentora animándole el instinto de protección. Formaron una unidad heterogénea en la que la pasión tuvo un papel de suma relevancia. La cama solía ser el último campo de batalla en el que dirimían sus diferentes puntos de vista. Y funcionó, al menos durante el tiempo en que uno crece dispuesto a ceder y conceder.

Cecilia quería tener una familia típica. Con las pastas de los domingos, como parte de la previa del clásico del fútbol. Con un marido que la acompañe a las reuniones de padres del colegio. Con recorrer negocios, de la mano, eligiendo cortinas, colores y muebles nuevos. Nada para lo que Raúl estuviera preparado, nada de lo que él hubiera proyectado. Sin embargo, supieron vivir en la búsqueda del equilibrio. En ese ir y venir por el camino de los desencuentros, la casa de la isla fue la intersección perfecta de sus mundos. Nada fue más apropiado que la compra de aquella casa isleña, que había sido abandonada por sus propietarios, y que Raúl supo negociar para obtener un precio justo.

Los semáforos de la Av. Pueyrredón confabulaban con la memoria de Federico para remover su historia. Un limpiavidrios se paró junto a su ventanilla, restregó el parabrisas con fervor desmesurado, como si estuviera puliendo el mejor de los diamantes. Con su mano libre, y acercando su cara hasta casi estrellarla contra el vidrio, hizo gestos a Fede cerrando un hueco en su mano, en clara alusión a que debía llenarlo con dinero, pero él estaba tan lejos de allí que aquellos despliegues y reclamos no llegaron jamás a su conciencia. El joven de la calle profirió insultos y dio un manotazo que apenas alcanzó a rescatar de su estado a Fede, en el momento que la luz del semáforo pasaba a verde. Un desfile de fantasmas danzó en su cabeza hasta llegar a su casa. Había pedido el día en el banco, por la salud de su padre, y aún le restaba atravesar la tarde para llegar al sueño nocturno que, suponía, alejaría de él esos demonios.

Al entrar a su departamento fue directamente a la heladera. Tenía

hambre y sed. Estaba vacío, lucía como tierra arrasada, apenas una botella de agua fresca y una milanesa solitaria en un plato que le quedaba chico. Se preparó un sándwich y, con la botella, se sentó en el sofá del living. Encendió el televisor y comenzó a transitar frenéticamente por todos los canales buscando algo que lo entretenga. Había perdido el hábito de ver programas. El aparato se había convertido en una pantalla de cine personal, en la que solo veía películas que compraba en los puestos callejeros y que, por lo general, eran copias baratas de baja calidad.

Mientras devoraba el sándwich consiguió concentrarse en un canal de documentales. Una selva amazónica era recorrida, en canoa, por un investigador que anunciaba su encuentro con un espécimen felino próximo a extinguirse. Bebió agua a borbotones y se reclinó. Lentamente el sonido y las imágenes de la pantalla se fueron alejando de su estado de conciencia, hasta quedar profundamente dormido.

Desde lo alto del roble no alcanzaba a oír con claridad. Había llegado hasta allí armando una pequeña escalera y trepando de rama en rama. Le gustaba trepar, era una forma de intentar alcanzar el cielo, donde todo parecía más diáfano y cristalino. Además, podía ver todo desde una perspectiva diferente, tomando dimensión de cuanto lo rodeaba: la casa del Pelado —distante dos terrenos—; la de la vieja malhumorada —una mujer de algo más de 55 años, pero que a sus ojos era definitivamente una anciana; nunca saludaba a nadie y deambulaba por el parque atacando sin piedad a los jazmines y los rosales—; y lo de César, el carpintero, con su numerosa familia en la que se confundían hijos, sobrinos y nietos. Todo era más claro desde la altura, menos las voces que le llegaban de adentro de su casa, de la casa. Eran gritos de su madre, nunca la había oído así.

De pronto la vio salir, llevaba su bolso en la mano. Su padre intentaba tomarla del brazo. Ella de un tirón se liberó y comenzó a bajar la escalera.

—¡Me tenés harta! Me voy... —gritaba Cecilia.

—¡Esperá, Ceci! Charlemos... dejá que te explique... —respondía Raúl, suplicante.

—¿Qué explicación me vas a dar que no me hayas dado? Ya sé cómo ves las cosas, y me voy. No te soporto más. No quiero vivir con un hombre así... chau —Cecilia no paraba de gritar.

Comenzó a caminar hacia el muelle. Había una enorme bruma

cubriendo las aguas. Una lancha de pasajeros, de color negro, surgió entre la espesura. Fede gritaba llamando a su madre, pero su voz no sonaba en ninguna parte. El llanto de Beatriz se escuchaba mezclado con el silbido del viento entre los árboles. Cecilia subió a la lancha negra, tomando la mano del esqueleto de un marinero que, con un golpe en la planchada, dio aviso a otro esqueleto que estaba al timón, la lancha tomó velocidad salpicando con agua la cara de Federico…

De pronto se despertó. La botella de agua se había derramado en su pantalón. Se miró sin comprender. La mojadura lo había empapado con agua fría y le daba el aspecto de haberse orinado. Por un momento se sintió feliz de esa soledad que le evitaba una vergüenza.

Sentía su cuerpo tenso. La pesadilla había repartido en su cuerpo espinas, dejándolo lleno de contracturas.

Dejó la botella y los restos del sándwich sobre la mesa ratona, apagó la TV y se fue al baño. Sentía que debía darse una ducha e intentar que el jabón le limpiara los fragmentos de dolor que anidaban en su alma.

Mientras el agua le iba entibiando los recuerdos, terminaron de salir de su memoria las viejas esquirlas que habían quedado clavadas en él desde la adolescencia. Pocas veces había vuelto a saber de su madre, y siempre “con causa justa” —como solía decir Raúl—.

Cuando aquella tarde volvieron al continente en la casa no quedaban rastros de Cecilia. Se había llevado sus cosas y hasta daba la sensación que nunca hubiera estado allí.

Beatriz, luego, eligió vivir con ella, segura que en su madre encontraría el eco permanente para sus caprichos; Raúl no se opuso, la pequeña y él no lograban establecer una relación de ida y vuelta.

Con el tiempo Federico supo que ambas vivían en una casita de Hurlingham. Su hermana le resultaba una perfecta insatisfecha que nunca encontró más compañía masculina que la ocasional. Y por su madre no sentía más que resentimiento, no deseaba verla y dejó que fueran las circunstancias fortuitas las que determinaran cualquier encuentro.

Su padre nunca la había vuelto a mencionar hasta aquella misma tarde en su sueño.

Se frotó con más fuerza el cuerpo, mientras el agua caliente lo reconfortaba, en parte…

CAPÍTULO 03

El destino de Julio Soler parecía sellado desde su nacimiento. Condenado por robo a mano armada, con lesiones por herida de bala. La vida en la cárcel no fue un lugar donde rehabilitarse sino, más bien, donde su desilusión ante la vida se fue endureciendo.

No estaba arrepentido ni mucho menos, ya había pasado por esa etapa. Ahora comprendía, y en ese comprender había conseguido colocarse en el lugar al que la sociedad parecía tenerlo condenado, por no haber tenido una oportunidad para ser distinto.

Llevaba ya tres años y dos apelaciones en el penal de Ezeiza.

Veía difícil poder salir antes de los ocho años que los jueces le habían tirado por la cabeza por aquel ilícito. “¡Fue un intento de robo, y no se consumó!” —se decía a sí mismo. “De última, el cuhetazo que le di en las patas al trolo ese, fue sólo para que chille por algo en serio” —terminaba sus justificaciones. “Hay trolos y trolos —razonaba— y este marica gritaba como chancho. Acá los he conocido, más putos y todo, ¡y no andan berreando!”.

La monotonía de la prisión era un taladro en su cabeza. No tenía mucho afuera, al menos nada que valiera. La pocilga donde vivía, con una habitación y un baño, en la villa de Retiro, no daba para andar con exquisiteces, sólo lo necesario: la cama, la mesa, una heladera vieja y la garrafa con la hornalla, y por supuesto la camita de la Jime, su pequeña hija. Por solo mencionarla o pensarla, sus ojos, duros de la calle, se enternecían. De la Irene —su mujer— mucho no se fiaba, prefería no escarbar. Muchas cosas se pierden tras las rejas, la confianza es una de ellas, aunque también la extrañaba. Después de todo la mina le había bancado todas sin chistar.

Él había llegado de su Formosa natal cuando tenía dieciséis años. Un tío, hermano de su padre, le iba a conseguir trabajo en la construcción. Así llegó a la villa, con un bolsito de mano y mucha fe. Su pariente le fue enseñando el oficio y se convirtió en una suerte de guía que le hizo aprender, además, los códigos villeros, sin los cuales se lo habrían “comido” en menos de una semana. De algún modo igual lo hicieron.

Acompañaba a su tío, de peón. Preparaba la mezcla, alcanzaba ladrillos, paleaba arena. Todos trabajos fuertes que le fueron dando forma a su esmirriado cuerpo. A sus dieciocho años ya tenía un buen par de brazos y algunos tajos de navaja, que hablaban de cómo habían querido domarlo los vecinos.

Trabajaba de lunes a sábado, en tanto los domingos eran para él. Esos días los dedicaba a ir a la cancha, para ver jugar a San Lorenzo de Almagro, o tomaba mate con tortas fritas si no había partido, mientras miraba todas las películas que podía. Le gustaba la televisión. Era como dejar de ser él mismo para ser el de la pantalla. A veces soldado, a veces viajero, otras veces cazador o ilustre caballero. Nunca podría ser un personaje por más de dos horas, o lo que duraran las películas.

Conoció a la Irene cuando recién había llegado a la villa. Ella tenía apenas doce años en el momento en que se cruzaron por primera vez, en uno de los pasillos. La piba lo miró de arriba abajo y le sonrió. Era coqueta la Irene, sigue siendo. El tío le había pedido que no se metiera con ella o con su familia. Pero ya se sabe cómo es eso, los muchachos nunca hacen caso. Así que pronto Julio estaba de visita en lo de la Irene. La familia de la chica lo esquivaba, pero conoció a Betún, su hermano, que tenía diecinueve y andaba siempre en líos.

La casa de ella era grande, tenía dos piezas y la cocina. En una dormían los padres, en la otra todos los hijos, que eran como cinco. Siempre había barullo en esa casa, la música sonaba bien fuerte, cumbia por supuesto. Los gritos eran necesarios para hacerse oír. Pero la Irene se reía de todo eso, y él aprendió a reírse con ella.

Julio sentía que sus hormonas se enloquecían cuando tenía a la Irene cerca, pero a la vez se sentía inseguro. Ella era muy chica y él no tenía ninguna experiencia, más allá de sus fantasías. El tiempo comenzó a correr. El deseo por la niña aumentaba a medida que ella fue creciendo, dejando atrás su cuerpo delgado y alto, para comenzar a florecer en curvas y sensualidades, que a nadie pasaban desapercibidas. Irene comenzó a percibir que las miradas sobre ella habían cambiado, pero se resistía a dejar su forma de vivir. En Julio encontró un compañero de juegos que no se detenía a mirarle los pechos —de hecho, él lo hacía, pero con tal disimulo que ella nunca lo notó—.

Poco tiempo antes de cumplir sus quince años, una tarde, a principios de marzo, Irene le pidió a Julio que le explicara algo de su tarea escolar. Julio no sabía leer, pero su orgullo le impidió negarse. Ambos fueron a la casa de su tío. Era sábado, no había nadie, ya que sus

parientes iban a una feria a intentar hacer un dinero extra vendiendo aves exóticas, que el padre de Julio les mandaba desde el monte formoseño.

En la pequeña casa reinaba el silencio. Julio sentía que su pecho estallaba ante la proximidad de Irene, en ese espacio de intimidad que el sábado les proponía. Desplegaron las hojas de la carpeta de ella sobre la mesa y tomaron dos sillas, sentándose uno junto al otro. Ella comenzó a hacerle preguntas acerca de problemas matemáticos, él comenzó a evadir las respuestas. Irene era joven, es cierto, pero no por ello tonta. Pronto se dio cuenta de lo que ocurría. Tal vez, dejando por primera vez brotar sus instintos maternales, mezclados con otros mucho más terrenales, le tomó la cabeza en un abrazo que lo cobijó junto a su pecho. Julio perdió la respiración y se quedó estático, temeroso que cualquier movimiento quebrara el encanto del momento. Se dejó contener. Ella se dejó volar hasta ese niño-hombre que era, desde siempre, parte de su vida.

Pronto los lápices, la carpeta y los pequeños cuadernillos quedaron en la soledad de una mesa que sería testigo mudo de lo que ocurría a escasos metros, en el cuarto de Julio. Se amaron en silencio, por primera vez, dejando en las sábanas de Julio el rojo recordatorio del inicio mutuo. Se fundieron como solo los inocentes de espíritu saben hacerlo, dejando el cuerpo y el alma en las manos del otro. Un sello se había estampado en sus vidas, y era sólo el comienzo.

El tiempo que siguió los encontró buscando espacios donde entregarse, donde aprenderse, donde ser exploradores de sus rincones y sus emociones. No pasó desapercibido a nadie que algo había ocurrido. Tal vez la tía de Julio haya comentado la señal inequívoca que quedara aquella tarde en las sábanas, o tal vez lo que sentían se había vuelto inocultable.

Dos meses más tarde el paraíso comenzó a resquebrajarse. Irene notó que tenía un atraso y no tuvo más opción que confirmar con su madre lo que sospechaba: estaba embarazada. El padre se enteró de la noticia esa misma noche y, desafiando el peligro del barrio, fue hasta la casa de Julio con la noticia. No había en él furia o rencor, hasta se podría decir que estaba preparado para que algo así ocurriera. Solo deseaba que fuera con la persona correcta.

El color mate de la piel de Julio se volvió pálido, las piernas le temblaron. Se sintió perdido, pero al mismo tiempo, en el fondo, sintió crecer una alegría: en última instancia, estaba creando su propia familia, una de él, por él. No era un mal proyecto, si lo pensaba desde

la infancia que había atravesado.

En los siguientes quince días la pieza de Julio sufrió algunos reacondicionamientos, el más importante fue la cama grande, para dos. Se sentía feliz. Irene se mudó otro sábado, hacia fines de junio.

Los días pasaban con rapidez, acompañando el ritmo de crecimiento de la panza de Irene. En la misma medida crecían los gastos de la pareja. Julio se multiplicaba en los trabajos, sin bajar los brazos. No por ello descuidaba la atención de Irene. El incipiente hombre se desvelaba por su niña-mujer y el amor era el agua de riego de ambos. Los adultos que los acompañaban también fueron acercándose y entablando una amistad solidaria, más allá de los recelos barriales.

Como en una exhalación se encontraron, de pronto, haciendo espacio en el cuarto para una cuna que rescataron de por allí, del barrio. Con un poco de lija, unos clavos, pintura y un pequeño colchón —nuevo, porque Irene así lo quiso— la cama quedo impecable y a la espera. De color blanco, porque no sabían si sería niño o niña.

La pequeña Jimena no vino con un pan bajo el brazo. El parto fue natural, y no tuvo mayores consecuencias físicas para Irene. Su cuerpo recuperó pronto las formas y el equilibrio, sumándole belleza a sus rasgos, que se embebieron con aires maternales. Sin embargo, el trabajo comenzó a faltar y con ello a escasear el dinero. Julio se había vuelto devoto admirador de su hija que insinuaba, ya desde la cuna, superar la belleza de su madre. Las horas de trabajo se le hacían eternas pensando en tener a la pequeña en sus brazos, y la niña le respondía con sonrisas y pestañeos que sólo él podía ver.

El tiempo es veloz cuando el ritmo de la vida lo establece la felicidad. Una mañana despertaron y Jimena estaba por cumplir su primer año. Julio creyó que era un acontecimiento que merecía un gran festejo. Debía compartir la felicidad que sentía con todo el barrio y comenzó los preparativos. Irene le pedía que no, que con los más cercanos era suficiente. Pero él estaba tan feliz de tener una familia que no podía oírla —ni quería—. Echó mano a los pocos ahorros que disponían y pidió prestado algún dinero a sus amigos. Pronto el barrio comenzó a contar los días para la anunciada fiesta.

Los vecinos armaron una mesa larga en un pasillo villero. La parrilla la instalaron en el hueco de la entrada de una de las casas, que quedó tapiada por las achuras y los costillares. El humo recorría el barrio como un virus que se expandía convocando a todos. Betún cuidaba el fuego, su tío las bebidas, los vecinos llegaban con ensaladas y pan, y la

música sonaba a todo volumen. Hasta los policías, que custodiaban la entrada de la villa, se acercaron y, a escondidas, devoraron un sándwich de chorizo y media copa de vino.

La noche los invitó a la prudencia y se fueron marchando para dejarle paso a la otra cara de los sueños. Las sombras multiplican su rostro hostil. En el barrio reina el silencio de la muerte que, de cuando en cuando, es interrumpido por algún grito, una carrera y el sonido de un disparo que busca una vida para cobrar.

La semana que siguió fue invadida por la resaca de la fiesta. Los trabajos no aparecían y el dinero se había esfumado. Irene se mantenía erguida y firme cuidando a la niña. Parecía que nada podía conmoverla ni sacarla de su fortaleza. Julio fue cayendo en la desesperación. Se sentía responsable. No podía asumir el rol que, por mandato, le habían transmitido desde pequeño, el de proveedor; tampoco le había hecho caso a Irene, cuando le sugería no gastar en esa fiesta. Culpa y remordimientos son malos consejeros para los hombres.

Betún estaba sentado —como de costumbre— en una esquina, con una botella de cerveza entre las piernas, cuando Julio pasó de regreso de otro presupuesto rechazado. Lo invitó con un trago para despejarse. Él se sentó junto a su cuñado, bebió. El alcohol le soltó el pico de las penurias. Betún intentaba consolarlo alargándole la botella. Pronto, los dos, habían bebido en exceso.

—Che cuña... ¿no te querés hacer unos mangos rapidito? —preguntó Betún.

—Y si... pero ¿cómo? Si no hay ni cinco de laburo —le respondió Julio curioso.

—En la mía siempre hay, cuña, sólo hay que poner un poco de huevos —dijo el otro.

—¿En el choreo? ¿La falopa? O ¿qué? —inquirió.

—Salimos a la noche. Yo te doy un fierro. Y le hacemos la guita a un par de giles —le informó el otro. Es fácil —agregó.

—No sé... a la Irene no le cabe la tuya —afirmó, queriendo parecer seguro.

—No seas cagón hermano, ¡si estás al horno! —insistió.

—Dejámela pensar —terminó, levantándose y caminando hasta su casa.

Ver a la pequeña Jimena en la cuna, extendiéndole los brazos, y el beso cálido de Irene, hicieron capitular sus miedos y fracasos. Decidió que podría probar, aunque sea una vez, lo que su cuñado proponía. Prefirió no decirle nada de aquello a su mujer, pero la ruleta ya había comenzado a girar.

En los días que siguieron comenzó a salir de noche, con el pretexto de estar refaccionando unas oficinas del centro. Irene no preguntó detalles y eso le alivianó la culpa del silencio. "Betún" le enseñó el oficio y, pronto, comenzó a entrar dinero en la casa. Las cuentas se saldaron, y hasta sobraba algo para los antojos. Le fue tomando el gusto a la cosa, aunque, en algún lugar, vivían los remordimientos.

Nunca pensó caer preso, ninguno lo piensa. Él no quiso matar al tipo, pero el juez pensó que sí, y que no le salió bien. Irene se lo perdonó, como si lo hubiera sabido siempre. La pequeña Jimena tuvo que festejar los siguientes cumpleaños muy lejos de aquellas alegrías del pasado.

Su compañero de celda estaba cansado de verlo mirar la foto de la hija. Creía que no era de machos, pero Julio casi se había cargado a uno, afanando de caño. Por eso consideró que podía darle una mano.

—Che Julio, ¿qué onda tu boga? —le preguntó.

—Un boludo —respondió Julio, sin dejar de mirar la imagen de Jimena.

—El mío es un capo, creo que me saca pronto. ¿Querés que te lo pase? —continuó el reo.

—¿Es polenta? Para forros ya tengo —respondió Julio, escéptico.

—Con probar no perdés nada. Le voy a contar lo tuyo y si le va seguro te saca —le prometió.

—¿Cómo se llama el tipo? —preguntó Julio.

—Raúl, Raúl Prinz —terminó diciendo el preso.

Raúl escuchó la historia de boca de su cliente y quiso conocerlo, para ver cuánto había de cierto. Pidió una entrevista y, por su prestigio como abogado penalista, se la concedieron de inmediato.

De algún modo Julio impresionó a Raúl con la simpleza de sus ideas, y con el amor por su hija y su mujer. Decidió depositar en este joven algo de aquellas esperanzas y utopías que lo habían alimentado, cuando aún estaba convencido que el mundo era un lugar agradable.

—Si vos querés me hago cargo de lo tuyo —finalizó diciendo.

—¿Y cuánta plata me va a costar? —preguntó Julio.

—Si te saco antes de seis meses, que es lo que creo, me vas a tener que pagar con trabajo y por mucho tiempo. ¿Te va? —le preguntó, midiendo el lenguaje de su cuerpo.

—¿Quiere que afane para usted? —preguntó Julio, descreído.

—No, sería trabajo honesto. Una posibilidad para vos y tu familia, pero las reglas las pondría yo, siempre. ¿Te va o no? ¡No tengo mucho tiempo! —lo apuró Raúl.

—Si tarda menos de seis meses usted pone las reglas y yo hago, sino no le debo nada —respondió Julio, con firmeza.

—¡De acuerdo! Firmáme acá —le dijo, extendiéndole un grupo de papeles que el otro firmó con un garabato que le había enseñado Irene para estos casos.

Esa noche Raúl llegó a su departamento con cierto entusiasmo. Llevaba mucho tiempo en el oficio y sabía que podía sacar al muchacho en breve. Se sentía feliz porque, además, le estaría dando una oportunidad, ya lo tenía pensado: sería el casero de la casa de la isla.

Esperó estar a solas en el dormitorio con Cecilia para contarle con detalles lo ocurrido. Ella siempre le reprochaba su dureza, y que no le importaban las personas, solo las leyes. Presumía que con esto su mujer estaría feliz. Él la quería y, aunque no coincidía ya con sus idealismos, nunca dejaba de buscar la forma de hacer cosas que la reconfortaran y la hicieran sentir orgullo por él.

Aguardó que ella estuviera acostada junto a él. Solían meterse en la cama desnudos, con sus cuerpos pegados, y quedar inmersos en diálogos inconclusos y besos, que terminaban en estallidos de pasión. Pero hacía ya un tiempo que ella estaba esquiva, y lo dejaba terminar el día con el inhóspito paisaje de su espalda, como única geografía del amor intenso de otros tiempos. No tenían muchas diferencias, pero las que existían eran profundas y se convertían, con el tiempo, en abismos

sobre los que él tendía puentes que ella derrumbaba con el vacío de la indiferencia. Con esta noticia él estaba seguro de poder ganar alguna batalla. Su vida estaba signada por los triunfos en los tribunales y las derrotas con la mujer con que compartía la vida.

—Ceci, tengo algo para contarte que, con toda seguridad, te va a gustar —comenzó él, buscando su atención.

—¿Qué ocurre? ¿Te vas? —respondió ella, con ironía desmedida.

—No, ¡te quiero! Solo que hoy surgió algo que espero te muestre que no soy el que vos crees —respondió él intentando defenderse de su hostilidad.

—Dale, contáme que tengo sueño —dijo ella, girando levemente para ofrecerle su costado.

Raúl le explicó, con detalles, todos los aspectos legales del caso, y cómo pensaba resolverlo —ella lo comprendía desde ese aspecto, porque, aun ejerciendo en los fueros civiles, nunca perdía contacto con lo penal. Luego, le contó lo que pensaba que la pondría feliz: esta posibilidad de reinsertar a un convicto en la sociedad, a través del trabajo que le proponía en la casa de la isla.

Ella permaneció en silencio meditando unos minutos. Luego giró un poco más la cabeza, hasta poder clavar su mirada en él. Había una expresión extraña en sus ojos, que Raúl no había visto antes, fría y lejana.

—¡Es lo único que te faltaba! ¡Comprarte un esclavo! —dijo con dureza, mientras giraba para apagar su velador y dormirse.

Raúl quedo estático, no se animaba a moverse. Casi no respiraba, para evitar que el movimiento de sus pulmones agitase las aguas de su lecho, desencadenando una tormenta. Permaneció quieto y estupefacto. Cecilia le había dado la respuesta que menos esperaba. Su entusiasmo desapareció, dejándole paso a la decepción y la angustia. Sentía que su matrimonio no iba en ninguna dirección, por más que él trataba de mostrarle a su mujer cuánto la quería. Ella parecía navegar en dirección a un destino de destrucción.

Por la mañana, cuando despertó, luego de una vigilia que se extendió hasta la madrugada, Cecilia no estaba en la cama, ni en la ducha, ni en la cocina, ni en la casa. Raúl decidió que iba a seguir adelante con su proyecto. Dejó que el lado glacial de su personalidad se hiciera cargo del resto. No compartía la visión de su esposa, y eso se convertía

en un argumento más para seguir adelante.

Se duchó, preparó un café con tostadas y desayunó pensando en cómo llevar adelante este caso que, luego de esa noche, se había convertido en el más importante de su estudio. Cuarenta minutos más tarde estaba camino a sus oficinas para poner manos a la obra.

CAPÍTULO 04

Antes que se cumpliera el cuarto mes Julio estaba saliendo de la prisión de Ezeiza. En la puerta lo esperaban Irene y su hija Jimena; parado un poco más atrás Raúl con el automóvil en marcha.

Cuando Julio se pudo desprender de los abrazos tomó una bocanada de aire. Le resultaba más fresco allí, a escasos metros de la celda que había sido su hogar por más de tres años. No pensaba volver jamás.

Raúl le hizo una seña y todos subieron al auto. Tomaron la autopista sin decir palabra hasta que el silencio se rompió:

—Te lo prometí y cumplí. ¿Estás feliz? —dijo Raúl.

—Sí, doctor, estoy feliz y agradecido. Usted ha confiado en mí desde el primer día, yo voy a cumplir mi parte, ¡aunque todavía no me dijo nada! —respondió Julio, con cierta intriga.

—Decime, ¿a vos te gusta el agua? El río digo... —comenzó Raúl.

—¡Sí, doctor! De pibe vivía cerca de una aguada... linda época —se dejó invadir por la nostalgia.

—Bueno, ¡entonces esto te va gustar! ¿Estuviste en Tigre alguna vez? —preguntó Raúl.

—Sí, doctor, pero era de noche, y prefiero olvidarme de eso —respondió Julio, por lo bajo.

—Tranquilo, pensá para adelante. ¡Te va a gustar! —sentenció Raúl, y volvieron al silencio.

La ruta Panamericana estaba congestionada. El tránsito de la mañana es intenso. Avanzaban a muy baja velocidad. Raúl miró por el espejo retrovisor y se encontró con la mirada intensa de Jimena. La niña tendría la misma edad que Beatriz, su hija —pensó.

De pronto el tránsito se detuvo por completo. La caravana de vehículos despedía un vapor que se elevaba del mismo modo que una caldera. Los primeros bocinazos comenzaron a sonar. Jimena se incorporó, por entre las butacas delanteras, buscando el rostro de Raúl

y, sosteniéndole la mirada directo a los ojos, dijo:

—¿Usted es el que salvó a mi papá?

Raúl no pudo disimular la sorpresa y miró a Julio, que sonreía. La pequeña se acercó aún más para dar un beso a la mejilla del abogado más respetado en el ambiente criminal que, en este momento, tenía las mejillas sonrojadas y una emoción que no vivía desde que naciera Federico.

—No Jimena, yo no lo salvé, tu padre comienza hoy a salvarse solito —respondió sin articular bien las palabras.

—Gracias igual señor, ¡lo quiero mucho!

¡Cuánto le hubiera gustado a Raúl que la escena hubiera sido presenciada por Cecilia! Tal vez así comprendiera la verdadera dimensión de lo que intentaba hacer. Los autos comenzaron a moverse. El silencio volvió al habitáculo del automóvil hasta llegar a la Guardería Náutica, sobre el río Luján, en pleno Tigre.

El encargado del lugar se acercó en cuanto reconoció el auto de Raúl. Sin disimulo examinó las caras de los que acompañaban al abogado. No ocultó su disgusto.

—¿Cómo anda, doctor? ¿Y su señora? ¿Los chicos? —preguntó con malsana curiosidad.

—Todos bien, José, en sus cosas... Le presento a Julio, es el nuevo casero de La Herencia. ¿Me baja la Doncella por favor? —solicitó Raúl, refiriéndose a su lancha.

José subió a la grúa. Con destreza comenzó las maniobras para colocar la embarcación en el agua. Julio y su familia observaban el río, de pie junto a la rampa.

La Doncella era una vieja lancha Pagliettini. La había comprado más de diez años atrás, cuando habían decidido —con Cecilia— hacer del Delta su lugar de descanso y reencuentro. La mantenía en perfecto estado de conservación, lo que en el río significaba también muchos admiradores. Como símbolo de aquellas épocas tenía la firme convicción de que la lancha debía permanecer en la familia, aun a pesar de estar en condiciones económicas para adquirir una nueva. Era confortable y con un motor noble y duradero. Algunos pensaban que el nombre se debía a su esposa, otros a su hija, pero la realidad es que no era por ellas y prefería guardar esa parte de la historia en

secreto.

Ni bien la embarcación estuvo en el agua Jimena se lanzó a bordo, Irene detrás de la niña —con un indisimulable temor— luego Julio y finalmente él.

Realizó todas las maniobras y sus rutinas de siempre. Le gustaba controlar, en persona, los niveles de los distintos líquidos que llevaba el motor. También revisaba los salvavidas, y las bengalas reglamentarias. El viaje era largo, y no quería tener percances que impresionaran, de forma negativa, a sus flamantes pasajeros.

El recorrido hasta la casa fue placentero. En un día de semana es poca la marejada que producen otras embarcaciones, así que la travesía no tuvo mayores sobresaltos. Jimena iba parada entre los dos hombres, tomada de los hombros de cada uno de ellos. Se la veía como si aquello estuviera grabado en su naturaleza de alguna vida anterior. Su cabello al viento repartía cosquillas en las narices, provocando risas. De tanto en tanto Julio miraba a Raúl. En sus ojos se dibujaba la gratitud al desconocido abogado, que lo había tomado bajo su tutela. Si aquello era la felicidad estaba seguro de no haberlo vivido antes.

Luego de tomar un recodo, más allá del arroyo Felicaria, Raúl señaló a la distancia. La silueta de un muelle se comenzaba a divisar a los lejos. Julio entendió que el viaje estaba llegando a su fin, y reconoció, para sus adentros, que aquello le gustaba. Era un buen lugar para formar una verdadera familia. Se sintió pleno.

El nombre de la casa colgaba de una cadena, en una de las casuarinas de la costa, junto al muelle. Irene, mujer al fin, no pudo contener la pregunta:

—¿Por qué se llama La herencia la casa? —preguntó.

Raúl respiró hondo, elegir el nombre de la casa no fue una tarea sencilla. Hubo que conciliar las ideas y los gustos de toda la familia, y no fue fácil. Los niños proponían nombres extraídos de su mundo de seres y lugares fantásticos, en cambio Cecilia encontraba el lado romántico de cada rincón del lugar.

La elección estuvo matizada de sueños, de la propia proyección que ellos querían sentir a través de ese espacio natural, que les serviría para el reencuentro. La herencia surgió como eso: el deseo de trascendencia en una sucesión que, pretendían, se extendiera de padres a hijos y nietos. La casa era más que paredes, era un símbolo de la continuidad, de su unión de sangre, pasando de una generación a

otra. Raúl soñaba que allí crecieran los hijos de sus hijos, respirando el entorno desde ese ambiente recreado por él y su mujer. Un sueño en el que, de manera deliberada, habían elegido ignorar los avatares del destino. Desde ese ideario, la presencia de Julio y su familia, era un engranaje más. La casa debía estar siempre cuidada, siempre abierta a recibir. Debía ser acogedora y estimular el deseo de permanencia. Su plan seguía en marcha, aun a pesar de lo que el futuro trajera con Cecilia. No pensaba arriar otro sueño más.

Jimena fue la primera en tocar tierra. Se manejaba con total soltura, mezclando entusiasmo y juventud. Raúl amarró la lancha, mientras Irene y Julio recorrían el espacio con la mirada. Luego se acercó a ellos y los invitó a conocer el lugar. Julio estaba fascinado y no paraba de hacer preguntas. Irene, cultora natural de los silencios, se dejaba invadir por una paz que necesitaba desde su nacimiento. Había sido una buena decisión, pensaba Raúl, mirando a Jimena intentar trepar al árbol de Federico.

—¿Qué hay allá arriba? —preguntó.

—Mi hijo Fede construyó una casa en el árbol. Dice que, desde allí, puede ver toda la isla —respondió Raúl, tratando de adivinar si su hijo sentiría a esta niña como una invasora.

Ingresaron a la vivienda. Julio se sorprendió de la sencillez que impregnaba el ambiente. Había supuesto que un abogado, de la talla de Raúl, debía tener una suerte de palacio en la isla, y no era así. La casa era austera, los muebles eran simples —de esos que se podían conseguir en las fábricas de San Fernando—. Las paredes estaban despojadas de adornos. El color era de un tono verde que transmitía aún más serenidad.

Se sentaron a la mesa, mientras Jimena seguía una minuciosa recorrida de inspección por todos los ambientes. Irene, de tanto en tanto, intentaba llamarla al orden, en vano. La niña estaba como pez en el agua en aquel lugar.

Raúl delineó su proyecto sobre unos papeles que tenía preparados. Julio miraba y asentía sin opinar. La confianza y su conocimiento de la tarea fueron soltándole la lengua. El monólogo se transformó en un dinámico intercambio de ideas. Pronto la pava comenzó a silbar y se armó una rueda de mates.

Julio tenía seis meses para construir una casa para él y su familia, a uno de los lados de la principal. Debía utilizar el lote —también de

Raúl— lindero a la finca. Las medidas de tierra eran generosas, con unos veinte metros de frente sobre el arroyo, para cada lote, y más de doscientos cincuenta de fondo. Tenía que disponer una distancia de parque, entre las casas, que sería aprovechada como jardín. Para ello iba a contar con la ayuda de algún peón. La época del año era la adecuada, aprovechando la temporada de invierno para la construcción, que era el periodo en que los Prinz no venían con frecuencia. Mientras tanto vivirían en la casa principal. Los materiales los pondría Raúl, desde tierra firme, ocupándose del traslado hasta la isla. Además, le asignaría un sueldo como casero, que le permitiera vivir con dignidad y mandar a su hija a la escuela de islas. No habría papeles firmados entre ellos, y el convenio era de por vida. Julio cruzó miradas con Irene. Ella, con un gesto leve, le dio la bendición a esta decisión. El arreglo se selló con un apretón de manos.

Raúl emprendió el regreso al continente, feliz pero angustiado. Una cuestión había sido contarle la idea a Cecilia, la otra era el hecho consumado. No esperaba nada bueno, aunque tampoco apagaba todas las luces de la esperanza.

Era también momento de contarles a los chicos lo que estaba ocurriendo. Decidió pasar por la rotisería para encargar la cena, dándole el gusto a cada uno de ellos. Milanesas y puré para Beatriz, ñoquis con salsa para Federico, salmón rosado al queso azul para Cecilia. El pedido debía llegar a las ocho y media de la noche, que es la hora en la que ya están todos en la casa. Pretendía que fuera una noche placentera.

El timbre sonó a la hora prevista, la mesa ya estaba preparada. Sólo faltaba que Cecilia llegara. Raúl intentó comunicarse con ella, a su teléfono móvil, en varias oportunidades, pero no lo atendió en ninguna. Decidió seguir adelante, al menos podría ver cómo lo tomaban los niños.

Estaban felices con la comida, reían entre ellos, aun dejando de lado la cuestión de sus mutuos celos. Él se sirvió el plato que había pedido para su mujer y lo comió con entusiasmo. Estiró lo más posible la sobremesa, Cecilia no daba señales de llegar, por lo que comenzó a explicarles a los chicos lo que estaba por ocurrir en la casa de la isla.

Federico lo tomó con una mezcla de curiosidad y alegría. La presencia de una niña no lo ponía del todo feliz, pensando que con su hermana ya tenía suficiente, pero prefirió esperar a conocerla. Tal vez no fuera de ese tipo de caprichosas insoportables...

¡Beatriz, en cambio, se sintió encantada! Dejarían de ir a esa estúpida isla llena de alimañas y mugre, donde se sentía demasiado avergonzada como para, siquiera, invitar a alguna de sus amigas del colegio. ¡Hasta tuvo un rapto de generosidad y le dijo a su padre que podía regalarle su cama a la chica esa!

Cecilia llegó cuando los niños ya estaban durmiendo. Raúl estaba acostado también, pretendió estar dormido para no tener que hablar con ella, no sentía deseos de hacerlo en este momento. En la mañana le daría las noticias y se vería.

Durmió sereno esa noche, sentía que estaba en el rumbo correcto y que podía hacer realidad el sueño de La herencia, aun a pesar que su matrimonio se fuera al diablo. No amaba a Cecilia como cuando se casaron, pero aún confiaba en poder tener una familia junto a ella. Sin embargo, parecía que su esposa había perdido los sentimientos por él.

A la mañana siguiente, mientras bebía el desayuno, y terminaba de anudarse la corbata, le sintetizó lo que ocurriría en la isla desde allí a la primavera. Ella escuchó en silencio. Luego preguntó la opinión que habían tenido los niños. Él se la relató, y ella estuvo en un todo de acuerdo con Beatriz, no pensaba volver a la casa hasta que toda esa locura hubiera finalizado. Ya no se sentía parte de aquel lugar, si es que alguna vez lo había sido.

Raúl se colocó el saco, tomó su portafolio y se despidió de su mujer con un beso en la frente. El espejo del ascensor lo puso frente a su propia imagen, de pronto le comenzaba a gustar lo que estaba viendo. Sus ojos hurgaron su historia reflejada. Esta mañana se sentía satisfecho.

CAPÍTULO 05

La ducha le sentó de maravillas. El efecto del agua caliente y la friega del jabón lo habían relajado. Deseaba que el día terminara de una vez para retomar su ritmo normal. Extrañaba la fila detrás de la ventanilla de la caja del banco. Esa posibilidad de ausentar los pensamientos de su mente. Aun los reclamos de los apresurados de siempre le parecían un bálsamo en el momento que estaba atravesando.

Encendió la TV para ver las noticias. No estaba mal después de todo enterarse de las desventuras del mundo, lo ayudaría, al menos, a sentir que no estaba solo.

El teléfono sonó, era Cynthia. Con todo el trajín del día se había olvidado de mantenerla al tanto de las cosas. La niña le preguntó por su abuelo, quería visitarlo, cosa que sorprendió a Fede, ya que Sofía —la madre de Cynthia— vivía llenando la cabeza de la pequeña con todo tipo de menosprecios hacia su padre. Le prometió hacer la visita ni bien el abuelo estuviera recuperado. Estaba seguro de que a su padre lo emocionaría volver a verla. Siempre habían tenido una relación muy afectuosa.

Cortó la comunicación y sintió deseos de hablar con él. Marcó su número. Raúl atendió cuando ya estaba por desistir de la comunicación.

—Hola papá.

—¿Cómo estás hijo?

—Bien, aunque deberías ser vos quien me diga cómo se encuentra.

—Bien, bien. Un poco conmocionado por todo esto, pero bien. Parece que los años me pasan factura ¿eh? Ja, ja. —bromeó.

—¿Ya cenaste viejo? —desde la adolescencia que no le decía así.

—Sí, joven, ya lo hice. ¿Estás con una regresión? Hace más de 20 años que no me decías así.

—He tenido algunas pesadillas.

—Hemos vivido algunas pesadillas. Pero es bueno este tiempo si permite el reencuentro, ¿verdad?

—Sí, viejo. Bueno, que descanses. Mañana hablamos… —se despidió Fede.

—Que descanses vos también... joven... —y colgó el auricular.

Sería una noche larga, pensó Raúl. Pero nunca tan larga como la que estaban dejando atrás: la noche de las ausencias.

Federico aún no encontraba el camino de regreso. Las pesadillas que había tenido durante la tarde daban vueltas en su cabeza. El tiempo pasado es irrecuperable, pero recordar tenía un sentido tan profundo como aquello que quedo atrás. La etimología de la palabra recordar regresó a su cabeza desde el colegio secundario, la repitió: recordar, del latín recordari, (re) de nuevo, (cordis) corazón, “volver a pasar por el corazón”. Y se lanzó, con el atardecer, a su adolescencia.

Su hermana no quiso ver la casa hasta que no estuvieran terminadas todas las reformas. Mucho menos conocer a los caseros que su padre había traído. “Unos refugiados...” según decía su madre, que “quien sabe si no terminaran robándolo todo”.

Él, sin embargo, no veía la hora de conocer a esa gente, ver que estaban haciendo, y defender —si fuera necesario— su casa del árbol que, aunque ya estaba grande para esas cosas, era importante, porque la había construido con sus propias manos. ¡Muchos martillazos se había dado clavando las maderas, como para que vinieran ahora a destruirla! Si le habían hecho algo estaba seguro de que tendría un buen enojo con su padre.

Así llegó la mañana del sábado. Su madre y su hermana hicieron planes de compras; su padre y él a la isla. El viernes se quedó hasta bien entrada la noche terminando las tareas escolares. Estaba listo para partir. En una pequeña mochila llevaba sus cassettes de música y una muda de ropa. De todo lo demás se ocupaba su padre. No creía que tuvieran posibilidad de salir de pesca, pero tal vez intentara algo desde el muelle de la casa, si la cosa se ponía medio aburrida.

El río estaba en bajante, por lo que la navegación fue lenta, cuidando de no romper la hélice de la lancha contra algún tronco que hubiera quedado a la deriva. Le fascinaba navegar, por lo que esto no fue para nada un contratiempo. Además, no estaba seguro si lo que encontraría

allá le iba a gustar. Esta vez no le interesaba tener prisa, como ocurría siempre.

Fede hizo las amarras al llegar, mientras su padre descargaba algunos materiales y herramientas. De reojo pudo ver al hombre que salía a su encuentro. Le pareció una espiga fibrosa, delgado y alto, se notaba que el trabajo duro no le iba en falta, porque sus músculos estaban torneados por el ejercicio de las duras faenas. Más atrás venía una jovencita que, supuso, tendría la edad de su hermana. Con la mirada, que sólo un adolescente tiene, la evaluó de pies a cabeza. El resultado fue un estremecimiento interior. Eso es algo que venía produciéndose, desde el despertar de su sexualidad, como una llamada de atención de su cuerpo. Trato de parecer preocupado en los nudos, y a la vez exhibir cierta maestría en el manejo de los cabos de amarre. El resultado fue un matete, que su padre le reclamaría a la hora de partir. La jovencita parecía ser parte del paisaje de la isla. Su cabello flotaba en cada paso, como meciéndose al compás de las aguas. Debió respirar profundo para recuperar la compostura.

Notó que su padre lo estaba mirando, y se sonrojó ante el guiño de Raúl. Luego todos quedaron de pie en el muelle. Julio le extendió la mano. Parecía que un manojo de pinzas le estrujaban los dedos. El hombre, que sin duda había percibido su turbación ante la jovencita, le estaba dando un mensaje: “ojo con mi hija, que aquí estoy”, él lo comprendió. A pesar de esto, el hombretón le caía bien. Irene apareció en la puerta de la casa, eso sí lo estremeció. Fede estaba acostumbrado a ver a su madre allí, vanagloriándose de algún pastel recién sacado del horno. La mujer se frotó las manos en un delantal de cocina y se sumó al grupo.

Por primera vez se sintió perdido en la isla. No sabía qué hacer, ni dónde ponerse, ni qué decir. Jimena parecía muy divertida por la situación, le sonreía, haciendo una mueca, inclinando ligeramente de lado la cabeza. Optó por sentarse en el muelle —ni tierra ni agua— y puso sus manos sobre las piernas. Al instante Jimena estaba sentada a su lado lanzándole un aluvión de preguntas. Los mayores cargaron los bártulos y se fueron hacia la casa.

—¿Es cierto que la casa del árbol la hiciste vos? —preguntó Jimena.

—Sí, sí, claro —respondió Fede, resumiendo hasta las letras.

—¿Podrías mostrármela en algún momento? —insistió la joven.

—Claro, claro, cuando quieras... —respondió trémulo.

Raúl lo sacó de aquel atolladero pidiéndole ayuda, a lo que concurrió más rápido que nunca. Luego lo llevó al terreno lindero, donde la estructura de la casa comenzaba a tomar forma. Federico se sintió cómodo y feliz. Esta familia no se parecía en nada a lo que su madre imaginaba.

El resto del día transcurrió con normalidad, a excepción de las piruetas que debió hacer intentando evadir a Jimena que, sin descanso, buscaba acercarse a él.

Antes de caer la noche emprendieron el regreso al continente. No podrían dormir allí hasta que la casa de los caseros estuviera terminada. Pero, aun con ese impedimento, Fede se marchó añorando volver, como siempre le ocurría desde pequeño. Ahora, de algún modo que no llegaba a comprender, la presencia de Jimena sumaba un motivo a sus ganas de isla.

Los fines de semana del invierno pasaron. En cada uno de ellos el avance de la pequeña construcción era visible. La relación entre los dos muchachos también, aunque Fede seguía evitando llevar a Jimena a la casa del árbol.

Para los últimos días de setiembre la casa estaba lista. Fede la pudo recorrer antes de la mudanza. Pudo ver los dos dormitorios, la cocina-comedor y el baño. Intentó adivinar cuál sería el cuarto de Jimena y, al entrar en la habitación que daba a la casa grande, no lo dudó: ese debía ser. Asomado a la ventana se veía el arroyo, y la casa del árbol. "¿Es que esta chica no piensa en otra cosa?" —se preguntó casi con fastidio.

En una semana más estaría hecha la mudanza. Todo volvería al ritmo habitual. ¿Vendrían su madre y su hermana a la isla como antes? Prefirió no arriesgar una respuesta en esto. Sabía que su hermana no iría allí jamás, si por su voluntad fuera, pero a su madre le gustaba la isla. El corazón se le llenó de dudas al recordar las discusiones entre sus padres. Las voces le llegaban desde el cuarto que ellos ocupaban, en la noche. En las mañanas, el testimonio estaba vivo en los ojos hinchados, por el llanto, de su madre. Todo su mundo colgaba de unos cuantos hilos, y él no era titiritero de nada de lo que estaba ocurriendo.

El sábado llegó con los aires de la primavera impregnados de tibieza. La isla, en esa época del año, estalla de colores. El aroma de las plantas en flor comienza a poblar todos los rincones del espacio. También los insectos salen del letargo invernal y comienzan a

deambular como amos y señores. Entre las hierbas verdes, los mosquitos inauguran la temporada de cacería del humano, esperando a algún incauto para saciar su sed.

Llegaron temprano a la isla. Cecilia hacía gala de una seriedad que no daba un buen presagio. Beatriz se quedó en la casa de la tía, según ella, la hermana de su madre le explicaría algunos puntos de su tarea escolar que no tenía demasiado claros —aunque todos sabían que era una excusa—. Raúl había dedicado todo el viaje, por tierra y agua, a mirar con disimulo a su mujer. Tratando de descifrar algún código secreto en sus muecas o comentarios. Muy lejos quedaba aquello de ser uno de los viajes distendidos que solían compartir.

El doblar el recodo del arroyo y divisar a lo lejos el muelle se sintió, casi, como un alivio a la tensión que imperaba en el ambiente. Raúl bajó el morse y aceleró en los últimos metros, estaba ansioso pensando que tal vez su mujer encontrara, en la isla renovada, el camino de regreso a la felicidad que habían vivido. Quería recuperarla, la quería. Ella había sido la primera mujer que había cruzado la barrera detrás de la que dejar rienda libre a sus sentimientos.

Cecilia bajó de la lancha en silencio. Fue directo al encuentro de Julio e Irene que, con su habitual cordialidad, salieron a su paso para conocerla. Habían oído hablar mucho de esa mujer y suponían que sería una mujer encantadora —él, en sus descripciones, pasaba de largo ahondar en las facetas complejas de ella—. Jimena, al amparo de ese instinto que tienen los más jóvenes, prefirió quedarse en su flamante casa. Ni siquiera la certeza de que Fede estaba allí pudo incentivarla lo suficiente. Prefirió mirar por la ventana, deseando estar en la casa del árbol, su zona vedada.

Julio e Irene volvieron, luego de las presentaciones, a su casa. Cecilia les había parecido una mujer demasiado seria, que poco tenía que ver con aquel lugar, y mucho menos con aquel hombre. Se sentían agradecidos hacia Raúl y en esa incondicionalidad, todo su esfuerzo y lealtad, apuntaban a quien les había dado una oportunidad, y no era difícil notarlo.

Federico conocía demasiado bien a su madre. Podía sentir que algo no andaba bien. Decidió subir a su casa del árbol. Ya estaba grande para eso, pero era un lugar donde podía tener algo de privacidad, y estar a la expectativa de lo que pudiera ocurrir.

Desde allí vio entrar a sus padres a la casa principal. Sintió algo de alivio. Se extendió, largo a largo, en el suelo de la casucha. La paz de

la isla fue entrando en sus pulmones en cada aliento. Siempre había oído que era imposible volver el tiempo atrás, pero tal vez… por esta vez… podría ser cierto.

En la otra punta de la ciudad, Raúl abría el envase de los medicamentos que le habían recetado. Con un sorbo de agua los ingirió. Luego fue hasta su maletín y revolvió en uno de los bolsillos. Extrajo otro envase con píldoras. Tomó un par de ellas.

El río seguía allá, en su horizonte de soledades. Cambió el vaso de agua por una copa de whisky, que, por supuesto, no figuraba en las prescripciones médicas. Pensó: "Volvería a hacer todo como lo he hecho…"

CAPÍTULO 06

La casa no era, en este caso, paredes, un espacio de permanencia, de descanso, o donde guarecerse.

Las casas suelen ser eso, un hábitat temporal o permanente, donde los muros sirven de refugio, dan abrigo si es época de frío, o fresco en el verano. Dan un techo que nos cubre. Nos alojan de manera indiferente. Ellas no se preocupan por nuestra historia, por nuestras alegrías o tristezas, solo se abren. Nos permiten permanecer mientras dure la estancia. Luego se reciclan a sí mismas con otros moradores, una y otra vez.

Tampoco almacenan vivencias ni recuerdos. Se dejan usar y se someten al capricho de eventuales ocupantes. Tal vez se resignen o resistan, pero a nadie le consta ni mucho menos le preocupa. Inanimadas, se muestran permeables y, hasta a veces, relajadas en épocas de gloria o desventura.

No preguntan, aceptan impasibles el destino que les asignen. No se estremecen por lo que oyen. No se enternecen ni derraman lágrimas de olvido. Viven las fiestas y los lutos con igual indiferencia. Guardan, con el mismo afán, la riqueza y la miseria. Ven pasar los años sin esperar nada. Vienen y se van sin que les preocupe su existencia, mucho menos su trascendencia. Son únicas para ellas mismas e irrepetibles, pero eso jamás las ha hecho sentir que se puede prescindir de ellas. Se comportan como un mero instrumento desalmado. Sin embargo, entre ellas, existen siempre brutales diferencias.

Para Raúl y Cecilia no era muy distinta la forma en que sentían una propiedad. Incluso así la definían: propiedad. Como si, más allá de la función, solo se tratara de un bien material de su pertenencia. Un vocablo formado a partir de la unión de tres palabras, con origen en el latín. Tres partes delimitadas con claridad: el prefijo pro que equivale a "movimiento hacia delante", el adjetivo privus que significa "de uno solo", y el sufijo tas que indica "cualidad". Un torrente filosófico escondido detrás de la humanización de estos conceptos.

Ellos, los dos, provenían de distinta raíz, pero con numerosos gajos que los unían en la estructura del pensamiento. Raúl elevado desde la

nada, Cecilia con una vida acomodada desde el origen. Ambos veían en una casa un elemento más para sumar a sus caudales, en una sociedad que los empujaba con sutileza, al consumismo.

En ese camino habían ido sumando riquezas. Autos nuevos, confort, viajes, ropa fina, paladar gourmet, y propiedades.

Primero fue el departamento de la calle Vidal, en pleno Belgrano, pequeño, apenas para dos, pero coqueto en sus detalles. Más tarde uno con dos dormitorios, a estrenar, de la calle Juramento, en el que pudieron tener aquel primer auto guardado en el mismo edificio.

Luego fue la mudanza al piso de Av. Cramer. Los niños ya habían crecido y era necesario darles un espacio de privacidad. Cada uno tenía su habitación, para ellos reservaron la suite. La cochera les permitía guardar los dos automóviles, y las dependencias dar alojamiento personal de servicio.

Pensaban la vida a futuro. Por esa causa no creyeron necesario desprenderse del anterior inmueble que, de común acuerdo, consideraron sería un buen regalo de bodas para alguno de los niños.

Aquella idea de las cosas instaló la necesidad de otro apartamento, con la intención de dar a los hijos un trato igualitario. Pronto llegó un inmueble en la Av. de los Incas, con características que, cuando llegara el momento, no dieran posibilidad de celos a nadie.

Las vacaciones fueron, también, un vehículo que impulsó la necesidad de seguir amarrados al consumo. Primero fue un cómodo departamento con vista al mar, en San Bernardo, sobre la costa bonaerense; luego un dúplex, a escasas cuadras de allí, con el que incorporaron la posibilidad de compartir encuentros y parrilladas, con amigos y familia.

La bonanza económica pronto empujó las olas del mar de sus inmuebles a Cariló. Una bella finca, oculta en el bosque, se transformó en refugio de invierno y palacio de verano para la familia.

Una lista interminable de adquisiciones materiales común a quienes llegaban desde abajo a los puertos de la abundancia de recursos.

¿Cuál era el rol de la casa de isla en este contexto?

Con mucho esfuerzo, Raúl convenció a Cecilia de la necesidad de un rescate —así lo llamó—. Uso de argumento la recuperación de aquello que, su propio progreso, les había ido quitando.

La casa estaba muy lejos de ser compatible con sus realidades sociales. Era una reivindicación, el símbolo de la memoria.

Una construcción de los años ´60 que, según pudieron averiguar, en su historia tenía mucho de aquel viejo cuento de los tres cerditos. Supieron por los vendedores que unos primos venidos de España, decidieron construir sus casas en la isla, próximas e iguales. Poniendo en las tres las manos de los tres. Hombres, venidos de lejos, que aprendieron el oficio de construir construyendo. Vieron que, las escuadras y los niveles no estaban en su caja de herramientas y, aun así, las paredes pudieron elevarse sobre las patas escuálidas de madera, de la construcción palafítica. Tres hombres que pusieron, en la obra, igual cantidad de material que de sudor. Que consiguieron pisos de pinotea y mármol, recorriendo los corralones y madereras de la zona de San Fernando, en busca de todo aquello que parecía no servir a nadie. Baños simples que debían servir para cosas simples. Cocinas de fundición que se alimentaban de la leña del lugar. Mucha voluntad, mucho esfuerzo, mucha sangre de familia. Tres hombres que dieron a luz tres casas con la misma esencia.

De aquel origen sólo quedaba una en pie, la de Raúl y Cecilia. Las otras dos fueron devoradas por esa falsa modernidad que, lejos de solucionar, complica. Se convirtieron en cabañas de madera, de esas que requieren mirada permanente y mantenimiento continuo. Raúl logró que la tercera se salvara de la devastación, Llegó en el momento justo, con la idea de rescatar no sólo una casa sino también su propia existencia. Esa propiedad, tan inanimada como todas, pareció recibirlo para dejarlo hacer sin oponer resistencia. Dejó que la mano de Raúl la acaricie devolviéndole su naturaleza, hermanándola con su pasado.

Luego de aquel período de restauración pareció elevarse, con orgullo, en el barrio. Altiva, lucía sus imperfecciones con belleza nativa. Si la casa se abrió a Raúl para seducirlo con su origen, o si fue Raúl el que la enamoró con la fuerza de su deseo de recuperarla, es una pregunta que no tiene respuesta. Lo concreto es que, cuando las manos transitan la rústica superficie de las paredes, un vínculo se establece, una secreta corriente une lo animado con lo inerte, armando una soldadura de energía espiritual difícil de igualar.

Federico compartía las sensaciones con su padre. Sentía esa corriente energética vibrar. Podía sentarse en el pequeño living de paredes verdes, y permanecer mirando el arroyo por el ventanal, mientras la casa lo envolvía con el silencio de sus muros, mudos testigos de cada minuto, desde aquella primitiva construcción familiar.

De alguna extraña forma, como un náufrago que ha sido rescatado de las aguas, la casa les respondía a padre e hijo, con la gratitud de su cobijo. Les entregaba noches silenciosas, en las que algún tirante de madera se animaba a emitir un crujido quieto y temeroso de despertar a sus salvadores.

Fede había armado su casa del árbol con algunos retazos de madera de la casa original. Muchos, por efecto del tiempo y la humedad, se habían podrido y debieron ser cambiados. Federico aprovechó hasta la última astilla para su pequeña obra. Podía decirse que la pequeña casa del árbol era una extensión de la otra. Tenía su mismo olor, la misma rusticidad de sus pisos, su falta de respeto por las simetrías y las leyes básicas de la arquitectura. Y, como si no fuese suficiente, desde la pequeña ventana —rescatada de la del baño— se veían entre sí. Federico solía asomarse y, desde las alturas, observar, hechizado, la vieja casa rescatada del destino.

Cecilia y Beatriz no sentían el mismo placer. La niña apenas podía soportar pasar los fines de semana en la isla. Mucho menos tolerar las incomodidades que le proponía aquel ranchito. Cecilia, que había aceptado el proyecto como una forma extra de consentir a Raúl, tampoco las llevaba todas consigo. Era tenaz, pero la casa siempre le marcaba el territorio. Se aplicaba la declaración popular, que señala algún grado de perversión como cualidad de los objetos inanimados. La puerta se le cerraba, en un descuido, dejándola afuera. Los postigos, en mitad de la noche, batían sus palmas, perturbadoras del sueño. O, de manera más rudimentaria, haciéndole tener la sensación de que se derrumbaría a su paso por los cuartos.

Raúl aprendió con el paso del tiempo escaparse en medio de la semana hasta la isla, sólo para desplomarse en el sillón y dejarse llevar en brazos de la paz y el sosiego. Muchas veces transitó, en su memoria, los caminos recorridos preguntándose los porqués. Dejando que su mirada rebote en las paredes lo invadía una somnolencia reparadora, que lo alejaba de sus monstruos. Sólo allí podía recordar a su padre, y al padre de su padre, como hombres, luchando contra sus miserias. Elevaba por ellos una plegaria descreída, pero no menos emotiva. Deseaba que ellos, donde estuvieran, hubieran encontrado su hogar, luego de tanta lucha terrena. Él había tenido suerte —se decía —: había encontrado en la isla su lugar. Allí podía ser el que era, sin adaptarse a los caprichos que aquella maratón por ser alguien le había demandado, toda la vida.

Federico sentía la misma pasión por ese mundo verde, por esa casa pequeña, perdida en un arroyo silencioso. En aquel espacio mínimo,

donde los cuartos no superaban la medida del tres por tres, donde la cocina y el living se mezclaban, sin haber realizado nunca un tratado de límites que le ponga sentido a los nombres, donde el deck de madera de eucalipto era la mejor sala, con el diáfano cielo celeste por techo. Allí se realizaban todos sus imposibles. Allí su cabeza se acomodaba, su mente despertaba a la creatividad y podía alcanzar niveles de concentración que jamás en tierra firme lograba. Sus maestras ya sabían si había pasado un fin de semana en el Delta, o si la ausencia de mitad de semana era por alguna enfermedad o por una escapada furtiva con su padre. Sólo al abrir sus cuadernos y carpetas, sólo al percibir su rendimiento escolar. Era como si aquel entorno especial le oxigenara sus capacidades y, aún más, lo potenciara.

Aprendió a ver el mundo con un cristal natural. Aprendió a manejar herramientas, sorprendiéndose de la destreza de su padre, a quien solamente podía imaginar entre papeles y malandras. Aprendió que el metabolismo de la tristeza hace difícil la digestión de los malos momentos. Uno puede resbalar en la tierra mojada, con la tijera de podar en la mano, y sentir como se hunden en el barro las piernas, pero no las ilusiones. Aprendió que, muchas veces, uno quiere avanzar y se encuentra con barreras que, aunque ya las había derribado, volvieron a erguirse con renovado brío. Su padre, otras veces frío y esquivo, era un maestro gentil con el martillo, experto con el machete y doctorado en el arte de unir maderas, clavos, cables y caños. Veterinario sin diploma, botánico sin raíz académica. En definitiva, un autodidacta de la supervivencia. La isla enseña sí, porque deja que los acontecimientos naturales, que repiten su ciclo de vida, sean un libro de paralelismos abierto en la página de los ejemplos.

Padre e hijo estaban en una secreta comunión con ese espacio, con ese arroyo, con esa casa.

CAPÍTULO 07

Cecilia subió a la lancha de pasajeros sabiendo que no volvería a pisar la isla en su vida. Nunca le había gustado aquel lugar, y ya no había ningún motivo por el que volver allí. Hacía mucho tiempo había dejado de ser la muchachita idealista que soñaba cambiar el mundo. A su modo, se había terminado pareciendo a esa imagen brutal que tenía de Raúl, a diferencia que ella no tenía las dos caras que le adjudicaba a él. Creía, luego de tantos años, que las utopías eran sólo sueños irrealizables y que la verdadera felicidad estaba en los lugares de moda, donde la gente se reúne y comparte su bienestar. No en aquellas tierras fangosas del olvido. Aun así, había recuerdos buenos, pero sentía que eran parte de un pasado que ya no le pertenecía y que, de algún modo, prefería desterrar.

Beatriz estaría feliz junto a ella. Ambas mujeres coincidían, como la extensión de carne que eran. La pequeña sentiría un gran alivio al enterarse de la noticia. Sólo debía ser cauta al explicarle las razones. Estaba segura que la niña era capaz de llevar adelante la situación, más aún, sabiendo que el mundo que se abría por delante era el que ella quería, el espacio de comodidad y lujos en el cual se sentía feliz.

Debería explicarle, también, que vería menos a su hermano y a su padre. Aunque en este punto estaba convencida de que su hija no sentiría dolor, más allá de la perdida de algunas costumbres familiares. Con Federico la relación había pasado por el filtro de los celos mutuos, desde el mismo día de la concepción, por lo que, con Raúl, se había tejido un pacto tácito: ella estaría junto a Beatriz y él junto a Federico. A priori, era un plan casi perfecto, crecerían sin molestarse, sin enfrentarse con sus egoísmos. Ellos, como padres, absorberían la pesada carga de mantener el equilibrio a la espera de que el crecimiento y la madurez los igualaran como hermanos. Esta decisión marcó el camino de la relación entre padre e hija: existía el amor que la sangre daba, sí, pero con el matiz de una distancia mutua que los convertía en extraños. Los gestos recíprocos estaban siempre teñidos de un amor formal. El protocolo de quererse, por ser familia, se cumplía con rigor social.

Luego de que los varones de la familia quedaran en uno de los

departamentos y las mujeres en el otro, la vida cambió para todos. La decisión de Cecilia encerraba un costo que todos debían pagar, les gustara o no.

Los primeros tiempos, mientras la edad de los hijos no transitó los sinuosos caminos de la adolescencia, todo fue bien. Las coincidencias entre Beatriz y Cecilia eran tantas como las de Raúl y Federico. Los gustos, las ideas, la forma de resolver y encarar cada acontecimiento de la vida siempre los encontraba de la mano. La llegada de la adolescencia fue un punto de inflexión. Beatriz potenció su carácter tratando de superar a su madre. El glamour invadió por completo su estilo de vida. Todo debía pasar por el filtro de la moda, aun las cosas menos importantes. Los problemas de alimentación no tardaron en aparecer. Ante ello, Cecilia sintió que debía demostrarles a todos que podía sostenerse frente a cualquier tormenta —aunque la realidad era que debía demostrárselo a sí misma—. Desplegó todo su arsenal de autoestima y, de la mano de los mejores terapeutas que el dinero podía pagar, consiguió sacar a Beatriz del problema. Los médicos le dijeron, sin embargo, que esos duros tiempos no se habían marchado sin dejar secuelas psicológicas. Si algún demonio había quedado anidando en el interior de la joven no se exponía a la luz. Medir los niveles del daño no era una tarea sencilla. Los resultados jamás se podrían determinar.

Raúl nunca llegó a enterarse. Los incrementos en la necesidad de dinero que Cecilia pidió los interpretó con extrañeza. Supuso que alguna cirugía estética debía estar detrás de eso. Luego de los primeros meses ni siquiera se percató que algo atípico debía estar ocurriendo. Sin involucrarse, aumentó la cuota alimentaria. En los esporádicos encuentros que mantenía con Beatriz, la muchacha supo ocultarle la situación. La relación que mantenía con su padre no incluía un genuino interés por aquel hombre. Raúl poco sentía que debía hacer por aquella adolescente esquiva, que se volvería, con el tiempo, una mujer adulta e indiferente hacia todo el universo masculino. Nunca iba a saberlo.

Federico, por otro lado, caía en una telaraña similar. Su adolescencia lo empujó a subir la apuesta de su padre. Allí donde aquel hacía, él intentaba ir más allá. La pesca, las armas, el deporte, el amor por el Delta, la pasión por aquella casa perdida en un arroyo, cualquier calificación que Raúl obtuviera, realizando una actividad, Federico pretendía superarla. Se transformaba en una versión mejorada de su padre. Un competidor implacable y hambriento al cual Raúl reconocía méritos —cuando lograba superar el estigma de no saber perder, con la que había forjado su existencia—.

Muchas veces se los veía, desde lejos, probarse la destreza intentando derribar algún álamo, intruso del terreno, en el menor tiempo posible. Enterrados en alguna ciénaga hasta la ingle se provocaban, hasta romper en carcajadas que llegaban hasta la orilla del arroyo. Muchas otras veces cruzaban miradas territoriales, uno en la ventana de la casa y el otro desde su refugio del árbol al que, aún con sus casi 18 años, seguía subiendo para sentirse el amo de esas tierras.

Los años corren con vértigo cuando se vive en plenitud cada momento. Jimena dejó de ser una niña entrometida. Se transformó en una adolescente en la que el río y su naturaleza hicieron gala del despliegue de aromas y colores. Los veranos la mostraban en flor, como una hortensia. El olor de su piel se asimilaba a los jazmines que su padre cultivaba. Sin embargo, por entonces, la turbación que, al unísono, sentían al cruzar las miradas, los empujaba al silencio. Se observaban desde lejos y, como toreros en lidia, se hacían fintas y esquives. En su agreste ímpetu, Jimena se frenaba. Sentía que ella no estaba a la altura de aquel joven, que llegaba como un torbellino a la isla a desplegar sudores. Mientras Federico se enredaba en la competencia territorial con Raúl recibía con disimulo la mirada enamorada de Jimena. Nunca la percibió o nunca se animó a recibirla, de la misma manera que tampoco la había invitado jamás a subir a la casa del árbol que, en aquel primer encuentro, había sido el punto de comunión.

Mientras tanto Raúl, que se convertía en un perdedor nato en cuanta cosa encaraban, fue cediendo amor propio y ganando orgullo por aquel hijo que, cada mañana, amanecía por detrás de los verdes árboles y ascendía hasta dar calor a su existencia en el firmamento de su vida. Sentía que, entre tanta frustración de amor y tanta victoria profesional, su hijo era esa astilla que renacería de él en árbol y renovaría el oxígeno de sus pulmones.

En la recta del destino, había entendido que su mayor logro no era aquel por el que todos lo aplaudían, sino el que, sin más condición que la del amor de hijo, caminaba a su lado día tras día. La vida cobraba sentido por aquel muchacho.

En el futuro de Federico no había muchas opciones y menos dudas: iba a ser abogado, como su padre y su madre. El mandato familiar no era de peso, pero su decisión estaba anclada a él desde que tenía uso de razón. Por supuesto, no era algo que le viniera desde su madre, ¡era por su padre!

Había andado de su mano toda la infancia. Luego, en la adolescencia,

se había desvelado por mostrarle que era de su talla, y aún más… que era superior a él. Lo había logrado, pero al comenzar la etapa adulta debía ponerle la firma a aquello en la universidad y luego en los tribunales.

Cecilia no estaba de acuerdo. No quería, de ninguna manera, que su hijo se convirtiera en un ser despreciable, como sentía que era Raúl. Prefería cualquier cosa antes que eso. No dudaba en dejarlo en claro. Era muy consciente del parecido natural, entre padre e hijo, y no deseaba que esa similitud se coronara con la experiencia de trabajar en un ámbito que terminaría con su deseo de tener un hijo sano emocionalmente.

Su prédica fue inútil. Como desde pequeño, Federico era de tener convicciones monolíticas: nada le haría cambiar su idea, mucho menos su destino autoproclamado.

Raúl, en cambio, veía en su hijo algo diferente. Más que verlo, se veía a sí mismo. Rememoraba en aquel adolescente su propia adolescencia. La misma fuerza de carácter, las mismas intensiones superadoras, la misma capacidad para enfrentar la adversidad. Creía que, en su hijo, las semejanzas eran el indicio de alguien con el temperamento feroz que él había tenido en su juventud. Sentía que alguien estaba llegando con la capacidad de ser su par e incluso de superarlo. Recordaba aquella primera vez en que lo tuvo en sus brazos y cruzaron la mirada, reconociéndose la sangre. Alimentaba su ego pensando que, de alguna forma, aquel muchacho estaba hecho a su imagen y semejanza. Había pasado años observándolo crecer, acunando en sus fantasías una imagen, idealizada a través de sus deseos. Al llegar el final de la etapa estudios secundarios comenzaría a correrse el velo de todo lo que él, como padre, había soñado.

Luego de la graduación en el Nacional de Buenos Aires, comenzar en la Facultad de Derecho se limitó a aguardar el inicio de las clases. Algunos de sus compañeros de la escuela media tenían la misma intensión, por lo que el grupo quedó conformado y cargado de expectativas. Cecilia estaba decepcionada, Raúl ilusionado. La vida los colocaba en veredas enfrentadas. La miopía de ambos les impedía apreciar a su hijo en su real magnitud.

El primer año de la carrera transcurrió con cierta normalidad. Los pocos tropiezos de Federico fueron adjudicados a su falta de atención —algo que lo acompañaba desde la niñez—. Eran reemplazados con más cantidad de horas de encierro y concentración. Raúl intentaba convertirse en un archivo de consulta viviente y permanente. Cecilia

se abstenía de cualquier colaboración posible con quien podía hacerle revivir las peores facetas de su etapa de estudiante.

En el segundo año los inconvenientes comenzaron a florecer. Federico se dispuso a poner más energía. Creyó que ir a la isla a estudiar podía ser una llave que le permitiera encontrar el camino, pero, lejos de eso, su fascinación en la casa lo alejaba de cualquier texto. Raúl comenzó a preocuparse y trasladó su ansiedad a Fede. Lo llevaba hasta la universidad y, en ocasiones, lo esperaba a la salida, bombardeándolo con consultas y consejos. Sin ninguna delicadeza, le metía presión, creyendo que el muchacho podría soportarlo como él lo había hecho.

Federico ponía empeño en la tarea, pero los claustros universitarios comenzaron a ahogarlo. Se sentía oprimido y fue cayendo en el silencio. Esquivaba la conversación con su padre. Rehuía su contacto con argumentos de horarios y cosas que lo mantenían fuera de la casa. Pronto deslizó la primera mentira... Comenzó a ingresar a las aulas, pero no tomaba apuntes ni participaba. Se convirtió en un simple alumno de “cuerpo presente”. Luego, con el correr de las semanas, ni siquiera esta situación le daba ánimo de seguir adelante. Terminó ingresando al edificio de la Facultad pero, en lugar de ir a clases, se instalaba por horas en el buffet, a leer manuales de herramientas y diseño de carpintería. Se había echado a andar una bola de nieve que le volvió el carácter irritable y hosco. Sabía que, tarde o temprano, debería enfrentar la situación y tomar decisiones. A la vez, se debatía entre sus elecciones y los deseos de su padre. No quería decepcionar a la persona que más amaba en esta tierra.

Raúl, inconsciente y ciego ante el problema de su hijo, aumentó su persecución. Las cosas se le escapaban de las manos y él no estaba acostumbrado a ello. Cecilia —con más sensibilidad y percepción— le propuso un encuentro, para hablar de lo que ella entendía que estaba pasando con su hijo.

El encuentro se produjo. No fue sencillo ni siquiera saludarse. Llevaban meses sin tener ningún tipo de contacto, por lo que la rigidez del trato parecía labrada en hielo. Raúl estaba cargado de prejuicios acerca de la óptica de Cecilia en la vida. Escucharla no hizo más que ratificar su punto de vista. Se fue de la reunión dejando atrás un pocillo de café frío, a medio beber, y la sensación de no encontrar explicación que argumente los motivos de aquel matrimonio que los había unido. La descripción de lo que ella estaba apreciando acerca de Federico, sin embargo, no cayó en saco roto. Raúl rumió el resto de la semana las frases de su ex esposa, tratando de digerir una situación que no quería aceptar: la universidad no era el destino de su hijo.

Raúl pasó de ser un entusiasta, devoto del mundo que planeaba, a ser un observador puntilloso de cada uno de los movimientos de Fede. Pronto su actitud fue la misma que solía poner en los casos judiciales que llevaba adelante en su estudio. No dejó ningún detalle ni cabo suelto. Al amparo de amigos, que aún conservaba en la Universidad, pudo enterarse de las calificaciones obtenía y de cómo su rendimiento había ido cayendo en picada con el correr de las materias. Luego, de la mano de algunos ardides que sus clientes mafiosos le habían enseñado, lo pudo ver sin ser visto. Lo observó caer en el abismo de ver pasar las horas, los días y los meses sin buscar el norte de su vida. Tomó conciencia de la realidad. Aceptarla era ya algo diferente. Su ánimo deambuló por todos los estadíos posibles: la ira, el desconsuelo, la decepción, la tristeza. Ninguna de esas emociones terminaba por arraigarse. Su razonamiento le impedía transitar el mejor de los senderos: el de la comprensión.

Sólo quedaba una cosa por esperar: el momento de enfrentar a Federico. El momento de ponerlo frente a la verdad. Luego se vería como solucionar el asunto.

El profesor conocía a su padre, el aspecto de ambos era similar. El viejo docente tenía grabado el rostro de aquel discípulo con el que había crecido y sufrido. Cuando vio a la versión joven de Raúl pasar frente a la puerta del aula lo detuvo. Eran demasiados años los que había compartido con su padre. Sabía que nada bueno saldría si él seguía escarbando en la vida de su hijo.

—¿Federico Prinz? —lo llamó.

—¿Sí? —respondió Fede deteniéndose— ¿Qué desea profesor?

—Permítame unos minutos, tengo algo que contarle.

Tomás Torres era profesor de Teoría del Derecho, abogado penalista. En sus 78 años había visto, de la vida, todo lo que se podía ver. Durante unos diez minutos hizo un monólogo ininterrumpido, en el que le explicó a Federico todo lo que su padre había estado haciendo, no sólo en la universidad. Le contó, a grandes rasgos, lo que creía que Raúl sabía y había averiguado. Federico permaneció mudo. El veterano profesor, al terminar, posó una mano en el hombro del muchacho a modo de despedida, y regresó a su aula.

Federico permaneció estático durante un par de minutos. Sabía que no podía demorar la charla con su padre, cada minuto iba a sumar

reproches. Amaba a Raúl, pero, a la vez, no estaba dispuesto a permitir que lo tratara como lo había visto, más de una vez, humillando a sus clientes.

Tomó la determinación: esa misma noche durante la cena hablaría con él.

La mesa estaba puesta a las nueve de la noche. La empleada seguía las instrucciones de Raúl con rigor, sabía que a él no le gustaba cenar más tarde. Los platos, copas, el mantel y los cubiertos estaban en un perfecto orden. La fuente con la cena no tardó en esparcir aromas en el comedor.

Sin que ninguno de los dos conociera las intenciones del otro, se podía sentir la tensión en ambos. Los primeros diálogos deambulaban las trivialidades diarias. Cuando la rutina quedó relatada el silencio inundó la sala. Ambos aprovechaban, cuando el otro bajaba la vista al plato, para observarse con disimulo, como intentando determinar cuál sería el momento justo para lanzarse a las espinas de un asunto que no sería fácil.

Al mismo tiempo, ambos se buscaron con la mirada y rompieron el silencio:

—Tengo algo para decirte —dijeron a dúo.

Esbozaron en sus labios una media sonrisa, reconociéndose.

Federico tomó la delantera de la palabra diciendo:

—Quiero dejar la Universidad. No me siento a gusto, no encuentro el camino allí.

Raúl dejó los cubiertos a un lado y lo miró directo a los ojos. Se comportaba como si estuviera en los Tribunales, encarando una de esas causas que sabía perdidas de antemano, pero que no se resignaría jamás a abandonar, hasta la última chance.

La charla se extendió pasando por curvas, rectas, encuentros y desencuentros. El aire se hizo pesado con el correr de las palabras. Las voces subieron y bajaron, de la mano de los argumentos de ambos. El repertorio de excusas y reproches se agotó, mientras la sombra de la ira empujaba la sangre a los cachetes. De pronto, un abismo se interpuso entre ambos. Sus voluntades férreas, forjadas del mismo

acero, no parecían dispuestas a la claudicación.

Desde la cocina la mucama, que escuchaba atenta, no se animaba a salir para continuar con su tarea en la mesa. Decidió que era mejor esperar ser llamada y se mantuvo expectante.

Los tonos iniciaron una inevitable cuesta arriba. Como corolario de la escena, con el último aliento de su racionalidad en pie, Federico se levantó de la mesa y arrojó la servilleta sobre el mantel. Bebió un trago del vino de su copa y clavó su mirada en los ojos de su padre diciendo:

—Es una decisión tomada, papá.

Raúl, ofuscado e impotente, le respondió con toda la dureza que le era posible ante la frustración:

—¡Yo no mantengo vagos!

—Mañana mismo me iré de esta casa… —respondió Federico, marchándose hacia su cuarto.

Por la mañana, Federico bebió un café en la cocina del apartamento de su padre. La empleada doméstica se lo sirvió, sin decir palabra. Le conocía los gustos desde que era un niño. A un costado de la pequeña mesa, una valija y algunas cajas de cartón guardaban su ropa, libros y las cosas que él más apreciaba. Consultaba su teléfono celular, a cada instante, esperando recibir un mensaje de su amigo Ricardo.

Ricky —así le decían en el grupo de amigos— lo iba a pasar a buscar. El muchacho tenía apenas veintitrés años, dos más que Fede. Compartían una amistad que se había originado en el club al que concurrían desde adolescentes. Su familia era también acomodada e intentando no caer en el caos emocional de toda su parentela, había conseguido que le alquilen un pequeño departamento en Caballito. Enterado de lo que le estaba pasando a Fede, no vaciló en invitarlo a pasar una temporada con él. Mientras la situación se tranquilizaba o, al menos, encontraba un cauce por el que seguir andando la vida.

Para Fede el destino se había echado a andar y no tenía red, todo dependía de él ahora. Sabía que recuperar alguna forma de diálogo con su padre podía llevar mucho tiempo, meses, años. Tal vez toda la vida.

Cuando el timbre de servicio sonó, bebió el último trago de café. Se enjugó alguna lágrima que no supo contener y, luego de dar un beso a la mucama, salió del edificio por la puerta de servicio. Al igual que había sido la vida de su padre, la calle lo esperaba con toda su rudeza. No iba a ser fácil, pero debía echarse a andar.

CAPÍTULO 08

Vivir con un amigo es una de las alternativas que muchos jóvenes comienzan a imaginar a la hora de emanciparse. Ricardo Brener era un joven que tenía una idea de la realidad que incluía ir por ese destino concreto e intentar realizarlo, pero que dejaba un espacio para dar una oportunidad a los sueños. Sus padres eran una clásica familia de clase media acomodada, que podía permitirse impulsar económicamente el ideario que su hijo se proponía. Una madre ama de casa, un padre empresario y ser hijo único lo habían convertido en un realizador permanente de caprichos, casi ingobernable.

A pesar de que su mundo material tenía costados predecibles, el mundo emocional no lo había transformado en un ser mezquino o insensible. La costumbre de la bonanza germinó en su personalidad características alejadas de cualquier forma de egoísmo. Era el prototipo del amigo leal que todos quieren tener. Su capacidad de dar y de oír sólo eran igualables con su generosidad y desinterés.

Federico se sentía feliz de haberlo conocido. Encontraba en él toda la contención de un par y eso, en su mundo, no era poca cosa.

Lo que en principio se anunciaba como una estadía temporal, hasta que se diluyera un enojo, se fue profundizando. Raúl no daba muestras de volver atrás —cosa muy predecible en él— y Federico no encontraba caminos de regreso, mezclando sus convicciones y el amor propio. Lo que estaba pensado como días se volvió semanas y luego meses. El teléfono de Fede no recibía ni llamadas ni mensajes de su padre y, a la hora de ser quien marque los números, no pasaba del tercer dígito y anulaba la llamada.

En paralelo a esto, su madre intentaba acompañarlo desde lo económico, aunque no podía llegar a él emocionalmente. En algún rincón de su interior, Federico sentía que la tormenta en la que vivía se había originado aquella tarde en que ella se marchó de la isla, junto a su hermana. La fortaleza de las convicciones con que había sido educado, se manifestaba aceitando sus mecanismos de supervivencia. Debía salir adelante por sí mismo, aun a pesar del amor inmenso que sentía por su padre. Tal vez, incluso en su interior, existiera el fantaseo de la parábola del hijo prodigo, donde finalmente pudiera exhibirle a su padre un éxito que, a priori, parecía estarle vedado.

Ricky le fue abriendo espacios de confort en su departamento de dos ambientes. Pronto, los dos amigos consiguieron armonizar sus vidas en ese pequeño hábitat. Fede se sentía en deuda con su amigo, e intentaba hacer la convivencia llevadera para el reducido espacio. Pronto aprendió los rudimentos básicos de la cocina y la limpieza. También debió convertirse en un avezado buscador de precios y ofertas, que hicieran que llenar la olla no fuera una materia de discusión. Sin embargo, en su interior, la naturaleza hervía. El germen de su padre comenzaba a arañar las paredes de su inquietud: ¡debía conseguir trabajo!

Siempre acompañado por su amigo comenzó a transitar pasillos, entrevistas, páginas de búsqueda de empleo y algunas influencias. No fue fácil, hasta que finalmente, merced a los padres de Ricky, consiguió empleo como recepcionista en una entidad bancaria. Estaba en carrera y se sentía feliz, aun a pesar de que la paga era muy por debajo de su estándar de vida.

Sintió, sin embargo, que era el puntapié inicial de algo que dependería de él, de manera única. Por primera vez se sentía encausado, aunque le dolía no poder compartir su alegría con aquellos a los que amaba. Se preguntaba si debería, también en su porvenir, encontrar nuevos amores acordes al futuro que tenía por delante. La idea lo tranquilizó y le dio alguna esperanza.

Esa noche, a modo de festejo, bebieron un vino diferente, un viejo Malbec del año 2012. Volvió a sentir en el paladar algo de aquellos sabores que degustaba a escondidas en la isla, cuando su padre se perdía en el monte de álamos por detrás de la casa. El gusto de la bebida le trajo de regreso el sonido de la motosierra, y el olor de los asados hechos sobre una chapa de zinc rescatada de la demolición. Se dejó llevar a una dulce borrachera adolescente hasta caer dormido.

La vieja canción de rock decía la verdad: “el tiempo es veloz...”

Los meses pasaron, luego los años. El puesto de recepcionista quedó atrás y, con esfuerzo, se fue proyectando en el banco. Primero fue ascendido a oficial de cuenta, un puesto en el que debía generar nuevos clientes e intentar persuadir a los viejos que todo allí era mejor que en cualquier otro lado. Luego, asumiendo riesgos y responsabilidades, se abrió paso hacia un lugar como cajero. A los dos meses estaba arrepentido de ese cargo durante veintinueve días del mes, y feliz el día en que su sueldo se acreditaba. Sin embargo, como

dictaba su sangre, no dejó que sus brazos cayeran y fue por más. Una vacante de tesorero se abrió en otra sucursal, y calificó de manera positiva. Se sentía satisfecho. El sueldo nuevo le permitió liberar a Ricky de la carga de la convivencia. Durante los años que compartieron se ayudaron a crecer, pero el tiempo de la independencia absoluta había llegado. Se extrañaron mutuamente durante los primeros tiempos. Que su amigo recuperara el espacio que le invadiera fue importante, tanto como para él tener "su" propio lugar.

El día de la mudanza fue, sin dudas, uno de los más intensos de su vida, apenas comparable con las vivencias en la isla.

El departamento elegido estaba a diez minutos en subterráneo de la sucursal, donde ahora comandaba el funcionamiento de un grupo de tres cajeros. Era agradable no perder tiempo en viajes, y disponer de algunas libertades para dedicarse a sí mismo.

Buscó un edificio alto, en el barrio de Once, cuya orientación le permitiera ver, aunque de lejos, el río a través de los ventanales. Sus credenciales como empleado le facilitaron la obtención de un crédito que le llevaría diez años pagar, pero que, de pronto, lo colocaba como propietario, por derecho propio. La elección incluyó la idea de un futuro de familia. Dos dormitorios, dos baños, una amplia cocina y un espacioso living comedor. Suponía que tendría al menos un hijo. Era el momento de prever hasta esos aspectos futuristas, podía hacerlo. Aunque ese cuarto resultó, mientras tanto, una suerte de depósito personal de trastos en desuso.

Luego vinieron los muebles, los adornos, la funcionalidad de este espacio a su medida. Le reconfortaba el espíritu por tratarse de un logro personal.

Acomodó todo prescindiendo de ayuda, incluida la de su madre, que nunca fue a conocer su hogar. Renovaba los pretextos, inverosímiles para él, aumentando así la distancia entre ambos. El mundo del desencuentro y la falta de coincidencias edificaban una muralla, que ni siquiera la sangre podía trasponer. En Fede había una herida sin cicatrizar, que tenía raíces en su infancia —"carne pura de diván" le decía su amigo Ricardo, toda vez que tocaban el tema—.

Él no pensaba en detener su destino, pero sentía que, en su mochila de vida, había algunos trozos de existencia que pesaban más que otros.

Se fue volviendo parco y taciturno. La vida en soledad volvió su

carácter hosco y, de no ser por su amigo, se hubiera vuelto un ermitaño, confinado a un departamento y una sucursal bancaria.

Ricardo, en la vereda opuesta, hacía de lo social el eje de su existencia, y lo arrastraba a relacionarse. Las amistades de café se multiplicaron, junto a las trasnochadas y los amaneceres, con resaca de sexo y alcohol. En cada una de esas mañanas, su remanso era levantar las persianas y dejarse ir hasta la borrosa imagen del río que, desde su piso catorce, se mezclaba con nubes y hollín.

Quería volver a la isla, quería volver al Delta. Era su asignatura pendiente, volver al único lugar donde podía ser él mismo.

La muchacha venía al banco todos los días, siempre a la misma hora, con una rutina que Federico no imaginaba, y que lo tenía en el centro de la cuestión.

Con timidez, ella buscaba llamar su atención. Pronto él reparó en sus ojos que, desde un celeste intenso, se clavaban en su boca, hasta lograr que sus labios latieran ante la mirada. Federico no era un seductor experimentado, más bien todo lo contrario. Decidió que Ricky podía darle algún consejo sobre cómo actuar ante aquella mujer que, sin ningún pudor, lo invitaba a transponer la muralla de vidrio de la caja del banco. Las ideas de su amigo le parecían, sino atrevidas, por lo menos tan audaces que no se atrevía, ni siquiera, a imaginar las escenas. Pero, Sofía De Marco, tal era el nombre de la joven, se anticipó en el desenfado, antes que él pudiera tomar ninguna iniciativa. Sobre la pila de billetes que le extendió, un día, deslizó un papel garabateado, con su nombre y número de teléfono.

Federico lo tomó y guardó en la caja, sintiendo que todos sus compañeros de trabajo habían notado lo que ocurría, mientras Sofía sonreía provocadora, abusando de su timidez.

Ricardo no sólo fue testigo de su casamiento civil —ella no quería vivir los protocolos eclesiásticos de ninguna manera— sino también el padrino de la hija que tuvieron. En esa contienda de la fe, que llevaron como una discusión permanente, Fede se llevó la victoria de la cristianización de la hija de ambos. Un virtual empate de ritos y mitos.

Los tiempos de felicidad duraron menos de lo que Federico deseaba, y mucho más de lo que Sofía supuso, al ir desgranando la personalidad de Fede, en el día a día de la convivencia. Ninguno de los dos reunía

lo que el otro deseaba para su futuro, para una pareja. Ni siquiera ese lazo que los uniría por siempre —Cynthia— podía crear algo más que un buen recuerdo entre ellos.

Federico quería encontrar una mujer que fuera la metáfora de su casa, su amada isla. Ese lugar, edificado de piel y huesos, al que volver, en el que encontrarse a sí mismo, en una extensión de carne. Sofía quería un compañero desfachatado de aventuras. La unión se construyó sobre el capricho de ella de obtener al serio tesorero, que se mostraba imperturbable tras el vidrio.

Fede luchó por la relación sin estar convencido. No soportaba la idea de perder un amor. Cayó en la trampa del materialismo, como instrumento para comprar la voluntad de aquella mujer etérea. Compartió con ella todo lo que había logrado en la breve batalla de sus casi treinta años.

No sirvió. La separación fue una grieta abierta que debió resolverse en la dura crudeza de los Tribunales. Sin demasiada fe pensó que su madre era la persona idónea para ello, pero sus argumentos, esta vez, pasaron por la ética de la profesión, dejando a su hijo con un nuevo sabor amargo en la relación con quien le diera vida.

Sintió que había llegado el momento de terminar de marcar los números de teléfono de su padre —aquellos que tantas veces comenzara a digitar y nunca terminara— y apelar a él, cuanto menos como cliente.

Raúl lo escuchó con atención. Le formuló varias preguntas que Fede sintió como estocadas a su intimidad. La conversación se volvió áspera, alejándolos del camino del reencuentro. Raúl intentaba ser profesional, a la vez que no podía impedir que su carácter censor dejara escapar la crítica.

Sin embargo, supo notar a tiempo el tono de su hijo. Intentó redirigir la cuestión, sugiriéndole poner uno de los mejores abogados de su estudio a manejar la causa. Fede aceptó de inmediato, tampoco deseaba reencontrarse con su padre transitando el terreno de la disputa legal que lo involucraba.

Tenía, en el fondo, la ilusión de que esta pérdida suya sirviera, al menos, para poder volver al diálogo que siempre habían tenido. Tomó nota del nombre del abogado y los demás datos que serían necesarios. Luego preguntó:

—¿Cómo está la isla? ¿La casa?

—Todo está como la última vez que estuviste. Es tu lugar también, y te espera —respondió Raúl.

—Algún día tal vez pueda ir —dijo Federico, en voz casi inaudible.

—Vos sabés lo que sos para mí —terminó diciendo Raúl, y se despidieron.

El sábado siguiente, por la mañana, Federico se despertó temprano. Arrastrando los hábitos del trabajo, no podía permanecer en la cama más allá de las nueve. Desayunó sentado en el sofá del living. Los ruidos en la casa se habían esfumado, la soledad le pesaba. A lo lejos, el río le guiñaba un ojo.

Se justificó a sí mismo pensando que nada podía hacerle mal si volvía a visitar Tigre, después de tantos años. Se vistió y bajó al estacionamiento.

Había olvidado por completo el camino, tal vez por la costumbre de que fuera su padre quien conducía el automóvil. Se fue acercando a la ciudad, a una velocidad que le permitiera recapacitar sobre ese impulso de volver que no había podido contener. Después de cuarenta y cinco minutos estaba bajando de la Autopista Panamericana en el Ramal Tigre. El camino de pronto se había vuelto más angosto, limitando los espacios de sus dudas.

Diez minutos más tarde encaraba la primera rotonda, luego la segunda, y finalmente vio a lo lejos la estación de ferrocarril.

Ya estaba en Tigre.

En su interior se mezclaron los sentimientos. Su padre, su madre, su hermana, su ex-esposa, su hija, Tigre, la casa de la isla... Estuvo a punto de dar la vuelta y regresar, pero la última rotonda lo envolvió en sus giros y lo expulsó hacia el Paseo Victorica. Decidió estacionar y caminar por el lugar.

Se asomó al puente a mirar la Estación Fluvial. El tiempo parecía no haber transcurrido. Allí estaban las mismas lanchas de pasajeros, la misma fiebre de sábado, con turistas yendo y viniendo en todas direcciones de manera febril. Se había agregado al paisaje una casa de comidas rápidas y locales de gastronomía. El nuevo asfalto daba la sensación de una modernidad, acorde a la explosión de visitantes. La rampa seguía allí, igual que antes, y las chimeneas de las

embarcaciones tronaban ese sonido único y familiar de los motores. Mientras tanto, el agua se deslizaba mansamente entre las lanchas.

Sintió apetito y buscó su lugar de siempre. Al pie de la escalera, sobre la margen del paseo, el stand lucía como detenido en el tiempo. Más allá el surtidor de combustible, que abastecía las lanchas, seguía custodiado por su dependiente que, por los rasgos, seguía siendo el mismo, reconocible a pesar del paso del tiempo.

Bajó la escalera y se detuvo frente a la panchería. Todo estaba igual, a excepción de que ahora era atendida por tres jóvenes, que alternaban funciones como un mecanismo de relojería, despachando a la clientela. Pidió lo mismo que pedía de pequeño: una hamburguesa con jamón y queso, con un vaso de gaseosa. Uno de los muchachos escribió el pedido en un papel, otro hacía las entregas, el tercero aparecía, apenas visible, detrás del humo de las hornallas.

Minutos después caminaba hacia la orilla. Buscó un asiento de hormigón vacío y se sentó a almorzar, mientras el sol de setiembre lo bañaba de tibieza. El olor del río le llegaba con intensidad, como un aderezo vital. Se sintió bien.

Luego de impregnarse de sabores y olores, sintiendo su estómago tan satisfecho como su espíritu, comenzó a caminar por la ribera del río Tigre hacia el río Luján. Cada piedra del camino le era familiar, cada paso repetido una y mil veces. Recordó las procesiones del día de la Virgen, los ocho de diciembre.

Pronto estaba parado, respirando el aire que llegaba del agua, en la intersección del rio Luján y calle Lavalle. Con imprudencia se asomó sobre las barandas de contención. Un hombre de uniforme, de la Prefectura Naval, le tocó el hombro y le pidió que no se asomara, que podía caer por accidente. Él respondió con un gesto, se apartó y se sentó en un banco de material, por detrás del monumento al remero. Las embarcaciones de pasajeros entraban y salían a las aguas anchas del río.

La serenidad se fue apoderando de él. Aprovechó que la pareja que estaba a su lado se marchó —invadida por la presencia de ese solitario de sábado— y se acostó, a lo largo, en el banco duro.

Tomó la botella de gaseosa que estaba bebiendo, y la colocó debajo de su nuca, como si fuera una almohada. Minutos más tarde caía en un plácido sueño, sólo igualable al que vivía en la casa, en su casa del río.

Allí pertenecía, por más que la rueda del destino se empeñara en



apartarlo.

CAPÍTULO 09

La lancha ambulancia llegó a los cuarenta minutos de que Julio la llamara. El vecindario, en día sábado, se llena de visitantes. Casi todos ellos estaban allí, junto a Raúl, quieto, tendido sobre el pasto, junto a la máquina de cortar el césped.

Los enfermeros lo colocaron sobre la camilla y lo alzaron lentamente. Raúl se tomaba el vientre con ambas manos y gemía. Pronto la lancha dobló el recodo del arroyo, perdiéndose a gran velocidad por el río, en dirección al continente. Una ambulancia ya aguardaba junto a la rampa municipal.

A pesar de la urgencia, las distancias allí imponen sus tiempos y la navegación duró veinticinco minutos. Raúl debió soportar el oleaje. En cada salto de ola, su cuerpo se despegaba de la camilla por un instante. Él se mordía los labios, sin dejar de sujetarse a sí mismo, en posición fetal.

El médico le hacía preguntas mientras llenaba una planilla. Si lo hubiera conocido un poco más hubiera percibido que, varias veces, contuvo el insulto ante aquel interrogatorio que suponía absurdo. Raúl sabía lo que estaba ocurriendo. Hacía mucho tiempo que lo sabía, pero creía que con su voluntad alcanzaba para torcer el destino.

Contenía el dolor de la mejor manera posible, pero cada punzada parecía cortarlo en pedazos. El médico hablaba con el enfermero. Lo único que deseaban era llegar para pasarle la posta a los de tierra y poder volver a la base de operaciones, con la ilusión de algún otro llamado. con un cuadro menor, de fiebre estacional u otra trivialidad, que no los empujara a desempolvar conocimientos que tenían aletargados por falta de uso.

Harto del murmullo de sus voces, Raúl sólo quería escuchar el ruido del agua contra la embarcación y llevarse ese sonido con él. Presentía que no volvería a oírlo. Su paciencia se agotó:

—¡Cáncer! ¡Tengo cáncer! Dejen de cuchichear como viejas y ¡déjenme oír el río! —les gritó con el poco aliento que podía dejar escapar conteniendo un instante de dolor.

El silencio invadió la embarcación por completo. El lanchero giró la

cabeza para ver qué clase de tipo podía tener una reacción así, no olvidaría esos ojos de acero con facilidad. Luego puso la vista en el horizonte de agua, y se concentró en el rumbo a plena potencia. Él también quería llegar a puerto.

Las balizas del techo de la ambulancia giraban mudas, emitiendo su destello rojo. Los enfermeros realizaron la maniobra con rapidez. Raúl estuvo pronto en marcha de nuevo, esta vez con rumbo a la clínica donde, habitual y secretamente, se atendía. Los datos estaban en el bolsillo de la chaqueta que llevaba puesta. Siempre estaban allí, a la mano. Cuando se han pasado los sesenta uno comienza a tomar ciertas precauciones que antes hubieran parecido ridículas. Recibió un sedante vía suero. El mundo comenzó a girar con lentitud a su alrededor hasta quedar semiconsciente, viendo imágenes difusas flotar en cámara lenta.

En menos de veinticinco minutos estaba ingresando por la explanada de acceso a la guardia. Su médico de cabecera estaba al tanto de la situación y ya se encontraba allí, esperándolo.

Con un par de maniobras la camilla avanzó, dejando escapar el chirrido de sus ruedas, por el pasillo de entrada. Su médico salió al encuentro y detuvo a los enfermeros. Se acercó a Raúl y lo miró.

—¿Qué pasó?

Con la boca adormecida por los calmantes, Raúl decidió que responder a aquella pregunta debería quedar para otro momento. Hizo un par de parpadeos por toda respuesta. El Doctor Gómez le puso la mano en el hombro e hizo una seña a los camilleros para que ingresen.

En la administración le asignaron la habitación que él mismo había elegido previendo ese día. Cuarto piso al frente, con una amplia vista a la Avenida Bullrich. Podía divisar la cúpula de la mezquita y hasta sentir el aliento exhausto de las caballerizas del hipódromo.

No pudo determinar cuánto tiempo pasó desde que aquel mareo le hiciera perder el equilibrio y cayera en el parque de la casa. Tampoco podía establecer si la ausencia de dolor significaba que ya estaba muerto. Juntó coraje y abrió los ojos. Marcos Gómez, cirujano, oncólogo y amigo, estaba sentado junto a él en una silla pegada a su cama.

—¿Todavía estoy de este lado? —intentó bromear.

—Dejáte de joder Raúl, viene seria la cosa, te hice una batería de

estudios —le respondió el médico.

—¿Cuánto hace que estoy acá dormido? —preguntó.

—Casi un día y medio. Estás sin dolores ¿no?

—Sí, sí, ¿qué me hiciste? —siguió interrogando Raúl.

—Te di analgésicos muy potentes. Tenemos que hablar —respondió Marcos.

—¡No me vengas con sermones! Ya pasamos varias veces por esto —afirmó Raúl.

—Esta vez es diferente... —replicó Marcos silenciándose.

Raúl lo miró fijo, buscando una respuesta o tal vez una esperanza. Marcos le sostuvo la mirada y no fueron necesarias más explicaciones.

—¿Cuánto? —preguntó Raúl.

—Un par de días...

—Quiero despedirme de algunos. Haceme una lista.

—Está bien Raúl... dale... —tomó un bolígrafo y papel para anotar las instrucciones del abogado, por más de veinte minutos. Luego salió de la habitación.

Afuera caía la tarde y comenzaba la danza de los bocinazos que matiza el regreso a los hogares. Raúl pensó en la isla y cerró los ojos.

Marcos en el vestíbulo de la clínica comenzó a realizar algunas llamadas siguiendo el orden de la lista.

Para las primeras horas de la noche la información había corrido más de lo esperado. La sala de recepción de la clínica estaba llena de gente. Algún periodista afiebrado también estaba con su cámara y grabador esperando una nota que seguro no le otorgaría un Pulitzer y sólo serviría para rellenar el periódico.

Cecilia fue la primera en llegar acompañada por Beatriz. Marcos le explicó la situación y por un instante ella pareció conmovida —después de todo habían estado casados—. Por detrás de ella el hombre con quien habían llegado observaba y escuchaba, se lo veía unos años

menor que ella y mayor que Beatriz, era difícil determinar la relación que lo unía a las mujeres, ellas parecían estar pendientes de él por igual; su apariencia, cuidada al detalle, y sus modales dejaban claro una personalidad dominante. De tanto en tanto Beatriz giraba a observarlo, sin dudas era una referencia para la joven. Él le devolvía el gesto con una media sonrisa y volvía a enfocarse en Cecilia.

Las instrucciones de Raúl habían sido claras: sólo ingresarían a verlo las personas de la lista y en el orden establecido. Marcos le señaló el ascensor a Cecilia y le indicó el número de habitación. Un instante después entraba en el cuarto.

Marcos se acercó a Beatriz. Solamente la había visto en fotografías que su amigo le mostraba en cada encuentro. La joven mujer apenas pasaba los 25 años y tenía la misma belleza que su madre. El diálogo con el médico fue estrictamente académico y Beatriz no mostraba signos de emoción. La relación con su padre había estado, para ella, marcada por la distancia y la ausencia. Ignoraba por completo que su padre conocía al detalle cada aspecto de su vida desde el mismo momento en que había partido de la casa hacía ya demasiados años. Incluso los aspectos sombríos de su hija que lo tuvieron ausente. Marcos no pensó que debía ser él quien la pusiera al tanto de aquellas cuestiones, después de todo las elecciones de Raúl rara vez estaban equivocadas.

El hombre a su lado prestaba atención a cada palabra y de tanto en tanto asentía con movimientos de cabeza. Marcos nunca le escuchó la voz y, para sus adentros, trató de imaginar lo que podría decir Raúl de ello. A duras penas pudo contener la risa.

Luego de quince minutos se volvió a abrir la puerta del ascensor para dar paso a una Cecilia diferente. Su rostro estaba húmedo de lágrimas y sus ojos hinchados por el llanto. Algo había cambiado en ella en ese encuentro con aquel que había sido su compañero de ruta por casi quince años. Se acercó al grupo y antes que Marcos pudiera consultar sus papeles dijo:

—Subí Beatriz, tu padre te espera.

La joven mujer respondió la orden con movimientos, y se dirigió al elevador. Mientras el hombre tomaba la mano de Cecilia y buscaba respuestas que seguro le llegarían al recuperar la intimidad que la presencia del médico quitaba. Marcos entendió y se apartó dejándolos solos. Los pudo ver desde la distancia dialogar, mientras, de manera infructuosa, Cecilia intentaba contener los sollozos.

De pronto una brisa entró en el recinto. Las puertas automáticas de la entrada de la clínica se cerraron detrás de quien ingresó. Era Federico.

Miró a su madre y luego pasó la mirada por su acompañante. Luego divisó a Marcos y se dirigió a él. Se conocían, su padre se lo había presentado tres años atrás. Por aquel entonces Fede creyó que era un cliente, algún médico con problemas de mala praxis de esos a los que sólo Raúl podía sacar indemnes. Nunca le había contado nada de él, por lo que todo quedó librado a su imaginación. Se dirigió a Marcos, tratando de evitar a su madre y con la idea de hablar con alguien que no fuera ella, cuanto menos mientras estuviera acompañada.

Marcos le estrechó la mano y se presentó. Fue indudable la sorpresa de Fede al ponerse al día de los acontecimientos. Este no era el lugar donde su padre se hacía los controles periódicos, ni tampoco el diagnostico que el médico le estaba informando tenía que ver con achaques de la vejez. Su rostro se tensó dejando a flor de piel una importante cuota de enojo. Marcos lo percibió y pensó para sus adentros que los códigos de la sangre muchas veces son más intensos de lo que él creía. Era, como tantas veces había tenido que ser testigo, presenciar uno de los ataques de frustración de Raúl.

El tiempo es una variable implacable en estas situaciones. Puede ser veloz o tan lento que cada minuto parezca una hora. Explicar lo que estaba ocurriendo en este punto al hijo de su amigo aglutinó las dos opciones: una eternidad para Marcos, un instante para Federico.

Ambos se dieron vuelta cuando el ascensor se abrió y Beatriz salió. Su mirada se cruzó con la de su hermano, pero no se detuvo en ningún gesto, ni siquiera el saludo. La joven caminó directo hacia su madre sin que se le notara la menor muestra de sentimientos. Marcos sabía, aunque no entendía muchas veces, el comportamiento de los seres humanos. Confirmó en su lista —no se perdonaría jamás un error con su amigo— y debió seguir el orden impuesto, una tras otra fueron pasando cuatro personas más. Desconocidos tanto para Federico, como para Marcos, Beatriz y Cecilia.

Una hora más tarde y cuando la ausencia de temas de charla ya se hacía agobiante, el médico le indicó a Fede que era su turno, que su padre lo estaba esperando.

Los espejos de los ascensores suelen ser crueles. Disponen del tiempo suficiente para dejarnos solos frente a nosotros mismos. Se ensañan en mostrarnos no sólo el paso del tiempo sino también empujarnos a recorrer nuestra vida pasada. Muchos ascensores, muchos espejos,

mucha vida transcurrida. Federico prefirió alejarse de esas imágenes y enfocarse en el tablero luminoso: 4to piso, las puertas se abrieron y el pasillo vestía su desnudez con el cartel indicativo de la ubicación de los cuartos.

Habitación 407, al fondo del pasillo del ala izquierda.

El cuarto era amplio y tenía una pequeña sala de estar en el ingreso con sillones tapizados de pana y una mesa con velador que emanaba una luz cálida. Más allá se veían los pies de la cama. Fede se detuvo antes de seguir avanzando hacia el interior de la habitación, no estaba seguro de querer ver allí a su guerrero. La imagen de su padre derrotado no estaba en su archivo de vida. El olor era agradable, aunque en el fondo de los aromas subyaciera la asepsia y los desinfectantes.

—Demasiado tiempo perdido —pensó Fede. Y se encaminó hasta donde su padre yacía en la cama.

Tomó una silla y se sentó a su lado. Pudo percibir por sus gestos que estaba conteniendo el dolor. Supuso que tanto encuentro con personas hizo que pidiera que le suspendieran medicamentos para lograr cierta lucidez. Se conocían demasiado bien, y eso era lo que él también hubiera hecho.

—Bajá un poco las luces, esto parece un estadio —pidió Raúl.

La charla duró algo más de hora y media. Por momentos la risa de los dos salía de la habitación para inundar el pasillo. Por momentos el silencio era cruel. El rostro de Raúl, sin embargo, estaba sellado por un rictus de paz y de armonía que Federico solo había visto en su padre estando en la isla, en la casa. Hubo dureza por momentos, como también reproches mutuos y, de algún modo, al cabo de la conversación las cuentas parecían estar medianamente saldadas. Como era de esperar había un único punto en que no podían acordar, y tenía que ver con la casa de la isla.

Federico no estaba dispuesto a acompañar la decisión de su padre, pero a la vez no quería una discusión, no en esta circunstancia. Decidió seguirle la corriente y luego, en definitiva, él haría lo que quisiera.

La expresión de Raúl fue cambiando con el correr de los momentos. Cuando sintió que lo que tenía por decir estaba dicho le pidió a Fede que se acerque a él. Le besó la mejilla del mismo modo en que Fede recordaba ese beso a sus 4 ó 5 años, cuando se comenzaron a grabar

sus recuerdos. Luego lo apartó y dijo:

—Llamá a la enfermera, por favor.

Fede presionó el pulsador junto a la cabecera de la cama y antes de un par de minutos una robusta mujer de uniforme blanco entró en la habitación. Sus mejillas estaban rojas, tal vez por la prisa o tal vez fuera así su rostro, sanguíneo como la muerte que tantas veces recorriera los pasillos de la clínica.

—Quisiera dormir, ya es tiempo de descansar —le dijo Raúl.

—Consultaré con el Dr. Gómez —le respondió la mujer volviendo sobre sus pasos.

—¿Fede? ¿Trajiste algo de música en tu pendrive? ¿Clapton? —le preguntó a su hijo.

—Sí papá —respondió notando cuánto hacía que no lo llamaba así.

—Dale, poné a Clapton, nadie toca como él la guitarra, ¿viste?

—Sí papá —dijo Fede mientras cargaba su dispositivo en la pantalla de LCD de la habitación.

Pronto las imágenes del último recital del músico estuvieron en escena y las melodías invadieron el ambiente. Marcos ingresó con la enfermera tras de sí. La mujer llevaba una bandeja con una jeringa y unos envases de vidrio. El médico le pidió que los dejara sobre la mesa de luz y que se retire.

—¿Querés descansar ya, Raúl? —preguntó el médico.

—Sí, Marcos, ya es tiempo.

El médico cargó las sustancias incoloras en la jeringa y luego en la vía del suero que colgaba lánguido del brazo del hombre. El fluido recorrió, con pesadez, la manguera e ingreso en Raúl, que antes de cerrar los ojos echó una mirada a su hijo.

—¿Qué le puso, doctor? –preguntó con prejuicios y dudas.

—Sedantes Fede, sólo son calmantes para el dolor, que lo harán dormir en paz.

Marcos salió del cuarto ocultando sus lágrimas. Fede volvió a la silla y tomó la mano de su padre. La música de Clapton se mezclaba con el

sonido de la respiración de su padre. Se sintió en calma y se fue adormeciendo.

Su padre nunca despertó, y cuando él lo hizo la música seguía sonando suavemente. La mano de su padre comenzaba a perder temperatura. Lo miró por última vez y lloró…

CAPÍTULO 10

El féretro descansaba en el centro del recinto. Dos porta coronas vacíos apenas llegaban a destellar los reflejos de las luces tenues, su tono plateado se había vuelto opaco tras los numerosos desfiles de ornamentos florales.

Un escenario repetido noche tras noche, pero esta vez era el cuerpo de Raúl el que ocupaba el centro de la escena.

Las gasas cubrían la totalidad del cuerpo. Sus manos gruesas y fibrosas enlazaban los dedos sobre su abdomen prominente de cervezas y finos vinos tintos. Una pequeña porción de los tules le cubría los labios, defendiendo la dignidad de no mostrar las últimas heridas infringidas por los artilugios de la medicina.

Federico empujó la enorme puerta de vidrio que daba a la avenida. El sonido de la calle, en domingo, ingresó por la puerta quebrando el recogimiento silencioso de la sala, con un intenso bullicio. Cynthia —su hija— le dio un suave apretón en la mano y desde su pequeña estatura lo miró directo a los ojos. Al final del ancho pasillo —preparado para el ingreso de esos extraños vehículos porta féretro— pequeños grupos de cinco o seis personas formaban un tumulto que no paraba de hablar. La suma de sus voces, con intensiones respetuosas, generaban un murmullo desordenado e ininteligible.

A medida que se iban acercando a la sala velatoria las miradas fueron girando hacia él, aunque las conversaciones no se acallaron. Los gestos lo llevaron a intuir que se había convertido en el centro de los diálogos. Dentro de la primera sala sendos sofás a los lados servían de refugio a los más tímidos. El paso hacia el lugar donde descansaba el cuerpo de su padre estaba obstruido por ese conglomerado humano que él no llegaba a descifrar. Las voces sonaban más claras y pudo percibir que había varios grupos de gente que se vinculaban por temas en común: el mundo tribunalicio, el náutico, y el tercero y más complejo, pero a la vez más fácil de identificar, el de los que de un modo u otro estaban vinculados al delito. Federico pensó que, si en ese momento hubiera una redada en el lugar, más de la mitad de los presentes desaparecería en un instante.

Se abrió paso y pudo tener a la vista el cuerpo de su padre. El pequeño

recinto estaba vacío, y además de su padre y algunos ornamentos menores había dispuestas unas sillas, todas ellas vacías. Buscó a su hermana con la mirada y se dirigió a la pequeña cocina. Ni bien ingresó la pudo distinguir frente a la máquina de café preparándose un expreso. El olor inundaba la kitchenette. La primera en verlo fue una sobrina. Que luego de pasar una mirada fugaz por él bajó hasta encontrarse con Cynthia. Sólo entonces esbozó una sonrisa y le extendió los brazos a la pequeña. La hermana de Fede giró y ambos quedaron frente a frente invadidos por el titubeo de los desencuentros.

Se abrazaron empujados por las circunstancias más que por el cariño. Luego Federico se desprendió y pudo ver el vacío de siempre en la mirada de su hermana. Los diálogos que siguieron no fueron más que responder a los rituales a que la muerte de quienes nos rodean nos empuja. Federico salió a la sala y se sentó con la pequeña Cynthia a su lado. De soslayo podía observar el ataúd y su memoria comenzó a destapar los mejores recuerdos.

Recorrió con la mirada la cara de los presentes y pronto se dio cuenta de que en su mayoría eran extraños. No los conocía, a excepción de alguno que le resultó familiar por haberlo visto en el estudio de su padre. Sintió que sin dudas eran todos deudos de su padre en el más estricto sentido de la palabra. Todos debían deberle algo, algunos dinero, otros incluso la libertad. De pronto se sintió atraído a acercarse a los que, a caballo de su simpleza, no podían ser de otro sitio más que de la isla. Ellos estaban allí por alguna retribución no material, solo por afecto.

Se aproximó al pequeño grupo con Cynthia pegada a él. Pronto se sintió rodeado de personas que sentían genuino aprecio por su padre. Las anécdotas llenaron el espacio y, a pesar de la congoja que sentía y que no podía liberar, se sintió a gusto. Era el velorio de quien le había dado la vida.

Un desfile de lugares comunes ocurría ante ese dolor que sentía en su pecho pero que se negaba a escapar. Una percepción llegó a él: no había visto una sola lágrima en ojos de nadie, como si su padre, más allá de cuanto había generado material, judicial y socialmente, hubiera sido incapaz de sembrar amor en nadie. Se sintió en deuda, como los demás, por no haber sido capaz de expresar todo el amor que sentía por él en vida. Ahora ya era tarde.

La puerta principal de la casa fúnebre volvió a abrirse, era casi la medianoche. Cynthia comenzaba a sentir la mezcla de cansancio físico y aburrimiento que los chicos expresan cuando nada de lo que viven

les genera algo más que una prudente empatía.

La mujer entró en la casa de sepelios consiguiendo al menos un instante de silencio. Las miradas se volvieron hacia ella generando en los hombres una cuota de deseo y envidia en las mujeres. Vestía un ceñido jean azul que no por clásico era menos atractivo. Las curvas de sus muslos se exaltaban dentro creando una escultura de tela digna de ser invadida. El suéter lila que llevaba bajo la campera de cuero negra delineaba su torso y sus pechos empujaban hacia afuera un cierre que se quedaba a mitad de camino. Su cabello ondulado y del color del café con leche caía sobre sus hombros como una suave telaraña de miel para moscas ávidas de tenerla. Se acercó al hombre de la funeraria que se encontraba a escasos metros de la puerta. Los zapatos charolados del empleado brillaban como la mirada de la mujer, haciendo juego con su impecable traje negro. Llevaba puestos unos lentes oscuros detrás de los cuales uno podía suponer que se paseaba por las imágenes que los interminables velorios presenciados le habían ido curtiendo en las retinas con la más absoluta indiferencia.

—¿El velatorio de Raúl Prinz? —preguntó la mujer.

—Departamento E, al final del corredor —respondió el empleado con tono monocorde.

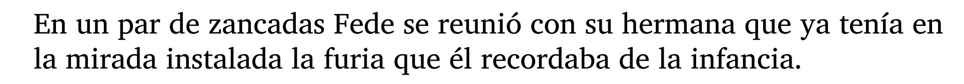
—Gracias —fue la respuesta de la mujer antes de ponerse en marcha hacia el enorme grupo.

El paso de la mujer era similar al de una gacela, aún más: el de una gata. Con cierta altanería sus caderas dibujaban curvas indescriptibles en el aire al compás de sus tacos aguja. La cartera que colgaba de su hombro se estrellaba, con ritmo, contra ese cuerpo femenino que, a pesar de rondar los cincuenta años, no había perdido ni un ápice de gracia o sensualidad.

No fue necesario que pidiera permiso al ingresar al recinto. La gente le abría el camino, las mujeres con desdén y los hombres buscando adivinarle las nalgas.

Pronto estuvo frente al ataúd, ante Raúl…

Federico, desde un rincón de la sala cruzó el aire con los ojos buscando a su hermana y una explicación. La búsqueda fue interrumpida por el sollozo quebrado de la mujer. Las primeras lágrimas de esa noche se habían puesto a rodar y no había sido desde la sangre sino desde una desconocida.


En un par de zancadas Fede se reunió con su hermana que ya tenía en la mirada instalada la furia que él recordaba de la infancia.

—¿Quién es esta? —le susurró al oído.

—Esta es la que hizo que mamá te abandone a vos y a tu padre —le respondió Beatriz conteniendo apenas su impulso a realizar una escena que ni el mismísimo Fellini hubiera podido describir.

Federico estaba seguro de que no iba a conseguir una respuesta coherente de su hermana y puso dos pasos de distancia entre ellos. Al mismo tiempo sintió una mano que con firmeza lo sujetó haciéndolo girar.

—Tranquilo, nene —le dijo el hombre que lo sostenía. Su mano lo tenía atenazado y optó por no resistirse.

—Vamos afuera —agregó el forzudo.

Federico lo siguió en silencio.

—¿Quién es usted? —preguntó Fede con cierto temor en la voz.

—Para vos soy Juan López, pero podés llamarme "Zeta" ja, ja, ja, ¡después de mí no hay más nada! Así me puso tu viejo cuando me sacó de la tumba. ¿Qué loco, no? ¡Ahora yo soy quien lo lleva a la fosa! Ja, ja —le respondió.

—¿Por qué me sacó? —siguió Fede pretendiendo ignorar el comentario.

—Porque te ibas a mandar un moco, vos o tu hermanita… con la Cebra —siguió el grandulón.

—¿Quién es la Cebra? —preguntó Fede sin estar muy seguro de querer saber la respuesta.

—La Cebra es el minón que entró recién. ¿Viste qué buena que está? ¡Y eso que ahora esta veterana ya! ¡La hubieras visto de pendeja! ¡Rompía todo! —le respondió no pudiendo impedir que cierto brillo lujurioso se instalara en sus ojos.

—¿Y qué vino a hacer acá? ¿Qué tiene que ver con mi familia? —inquirió Fede.

—Te la hago corta: la Cebra era de joven una yegua rayada ja, ja, ja; andaba en todas: prostitución, falopa y la que quieras. Era bien jodida

y si tenía que agarrar los fierros no tenía drama. Tu viejo la conoció una vez que cayó; la yuta la había agarrado y no había ningún boga que se le anime con la defensa. Tu viejo entró y no sólo se la hizo sacar barata, sino que además la limpió de todo. Tu viejo era más terco que ella y al final se la ganó. La Cebra se convirtió en una mina legal. Tu viejo le ayudó a ponerse un negocio de ropa finoli y como la mina es brava comenzó a hacer un billete y entró en la buena. Le devolvió hasta el último sope a tu viejo, pero la cagó porque le pintó el amor por él.

Federico intentó atisbar a la mujer por sobre el hombro de Zeta; ella seguía sollozando y ahora una de sus manos estaba posada sobre la de su padre, mientras con la otra sostenía un pequeño pañuelo con el que se enjugaba las lágrimas.

—Tu viejo se dejó llevar un poco por la Cebra y medio se enredó, pero la cosa no podía funcionar así que la cortaron al toque. Igual dicen que fue al único tipo que ella amó de verdad. Tu viejo la salvó y ella nunca olvidó. Siempre estaba cuando él quería desahogarse de algún quilombo ja, ja, ja… como los que le traían vos y tu hermana. Una larga historia pibe y no es momento. Así que andá y bajále la locura a tu hermana —terminó el Zeta el asunto y se dio la vuelta para volver con su grupo de amigos.

Fede volvió a entrar en la sala y se acercó a su hermana. Ella estaba farfullando groserías y a punto de abalanzarse sobre la Cebra. La tomó fuerte de la mano y le clavó la más fuerte mirada que pudo inventar diciéndole: “Quedáte quieta y no armes lío…” Debió resultar convincente ya que su hermana distendió los músculos y lo miró con desprecio dándose la vuelta y volviendo a perderse en la pequeña cocina.

De pronto apareció en la puerta otro empleado de la funeraria. Mucho más mayor que el anterior, canoso, con el rostro cargado de ángulos. Su tez parecía tener el mismo blanco cadavérico que aquellos con quienes trabajaba a diario y sus ojos transmitían las mismas emociones que los de un pez. Con aire ceremonioso y estéril anunció que en cinco minutos iban a cerrar el féretro.

Todos los que estaban allí presentes redujeron las distancias de tal modo que terminaron tan confundidos unos con otros como antes habían estado separados. La pequeña sala se colmó y el aire se volvió tibio e irrespirable, mezclando los olores de la muerte con los de la vida. En medio del tumulto la Cebra desapareció, y el velorio entró en las rutinas y lugares comunes de todos.

Raúl se había ido de este mundo dejando tras de sí un montón de gente que lo recordaría por las próximas veinticuatro horas y una sola mujer que derramó lágrimas de amor por él.

CAPÍTULO 11

Federico le dio un manotazo al despertador silenciándolo. Se restregó los ojos y los entreabrió buscando una explicación a la mañana que se filtraba por la ventana del catorceavo piso del barrio de Once. Poco a poco las respuestas se fueron aclarando hasta que el sábado cobró sentido. Se desperezó sobre la cama de dos plazas que llevaba más de dos años sirviendo para el descanso de una sola persona y como refugio eventual de las mujeres que la vida le había ido poniendo en el camino. Sus sueños de una pareja estable se habían esfumado tras el portazo con que Sofía se había marchado de sus ilusiones.

A sus treinta y cuatro años había aprendido que la vida era un ir y venir entre sumas y restas, que siempre es cuestión de pequeñas victorias y grandes derrotas y que muchas de las facturas que el destino desliza bajo la puerta se pagan en la misma fila que él veía desfilar desde su puesto de cajero del Banco Nación. Llevaba ya muchos años en el cargo y estaba seguro de que la vida le reservaba un lugar mucho mejor que aquel. La burocracia de la entidad financiera le negaba un merecido nuevo ascenso, pero él no perdía la fe.

Se levantó y se dio una ducha. Mientras el agua empapaba su cuerpo, su cabeza se inundaba de ideas y proyectos que hasta hacía apenas un mes atrás ni siquiera cruzaban por su cabeza. Un golpe al timón del destino lo colocó poniendo proa a su pasado, a su infancia, a sus más gratos recuerdos. Sin embargo, el futuro inesperado no dejaba de armar maquetas. Adaptándose a una realidad nueva la ilusión cobraba fuerzas.

En un rincón de la pequeña cocina, la heladera de camping ya estaba preparada con las cosas más esenciales que creía necesitar para encarar los dos días que tenía por delante. Bebió su café —negro — mientras echaba un vistazo al GPS. Había cargado los mapas actuales y esperaba que la memoria de la niñez rescatara algo de aquellos días en que los derroteros por el rio eran parte inseparable de su vida.

Todos los datos estaban listos. Muchas notas le hacían de ayuda memoria junto a fotos en las que se veía, con diez años, sentado en el muelle de la casa de la isla, teniendo de ladero a un perro marrón oscuro al que su padre había bautizado Brandy, como si su pelaje y su

tamaño lo convirtieran en una pequeña petaca de aquel licor. Sonrió.

Al llegar al hall de entrada del edificio se cruzó con el encargado. Los porteros saben todo de cada uno de los moradores del lugar y Juan no era la excepción. Al ver a Federico preparado como para un día de campo le soltó:

—¡Buen día! ¿No me diga que se hizo scout?

—Buen día, Juan. No, sólo tengo que ausentarme al lugar donde he pasado parte de mi infancia. Hace años que no voy. No sé si voy a necesitar todo lo que llevo. Me estaré quedando corto de algo o me sobrará mucho. Por cualquier problema llámeme al teléfono móvil.

Respondió y siguió camino sin caer en la propuesta dialoguista. No le caía en simpatía Juan. Lo sentía siempre fisgoneando y tratando de saber más de lo que debía, o necesitaba, para su trabajo. "Una comadrona de barrio" pensó. Ingresó al garaje del edificio. Allí el aire siempre es fresco y húmedo. El olor de los motores y la gasolina le invadió los sentidos. Le gustaba ese aroma y con los calores que este verano había desatado las cocheras eran un lugar más que atractivo para sacarse el agobio.

Cargar las cosas en el baúl del auto le llevó algo más de diez minutos. El caos que reinaba allí era tan increíble como la promesa que se hacía y renovaba de poner orden y tirar lo que no servía. El equipo de mate terminó mezclándose con las herramientas del auto y los papeles de diario le sirvieron para aislar la heladera plástica de las revistas de náutica que coleccionaba desde pequeño.

Finalmente se sentó al volante, y dio arranque con cierta incertidumbre. No tenía ganas de tener que pedir asistencia mecánica, no ese día. Pero el Chevrolet, aunque mañoso, era leal, y en un instante estaba ronroneando con regularidad. Se sintió feliz por eso.

Mientras el auto con pereza sonaba a ralenti, Federico tomó el celular y llamó a su pequeña hija Cynthia. Hacía más de cuatro años que su matrimonio había terminado, y Cyn era la más dulce de las consecuencias de aquella unión. La niña era de la generación de los precoces tecnológicos; esos que han aprendido a chatear antes que a dialogar, y lo atendió al segundo ring del aparato.

—¡Hola, pa!

—¡Hola, Cyn! ¿Cómo estás?

—Acá desayunando y esperando tu llamado.

—¡Ja, ja! Mirá que sos compradora ¿eh?

—¡En serio pa! ¡Sabía que me ibas a llamar antes de salir! ¡Me acuerdo que me lo contaste! ¿Ya vas para el Delta?

—¡Sí, hija! Veremos qué me encuentro. Llamaré para contarte y prometo que iremos juntos cuando vea que todo está listo para recibir princesas.

—¡Dale! ¡Cuidáte! ¡Te quiero!

—¡Te quiero, hija!

Accionó el control remoto del portón levadizo de la cochera y salió a la avenida. El tránsito estaba ligero a esas horas y calculó que en menos de cuarenta minutos volvería a ver el río. Después de más de diez años…

El cartel de la guardería náutica estaba tan deteriorado como la última vez que lo había visto. Su padre siempre bromeaba con el nombre del lugar: Danubio

—¡Ja, ja! ¡Como si quisieran parecerse a Europa! —decía.

Encontró un espacio donde estacionar y buscó con la mirada tratando de ver si la oficina también seguía igual que entonces. Tampoco el tiempo pareció haber pasado allí. Se fue acercando y reconociendo en cada paso lugares y olores. El ventanal miraba al río por detrás de las rejas, el escritorio de vidrio, el atril con el libro de rol, la biblioteca por detrás del escritorio llena de libros vetustos que narraban historias de navegaciones increíbles. Estela allí sentada, como la recordaba, pero diez años mayor, con su cabello rubio teñido, su piel morena. La novedad la constituía las arrugas que había acumulado. Una cantidad suficiente como para atrapar su atención, desviándolo de la costumbre de espiar sus piernas, cruzadas con sensualidad. Nunca creyó ser el único que se distraía mirando a través del vidrio del escritorio.

Ni bien vio entrar a Federico se levantó para abrazarlo con afecto.

—¡Hola, Fede!! ¡Cuánto tiempo ha pasado! ¿Cómo estás? Todavía no podemos creer lo de tu padre… ¡se lo extraña por acá!

—¡Hola, Estela! ¡Es un placer verte! Sí, lo de papá es increíble. Fue inesperado para mí. Me queda la tranquilidad de que haya sido como

él deseaba. Te acordás que siempre decía: “Me quiero morir en la calle... nada de andar siendo una carga”. Y bueno, el destino le cumplió en parte el deseo, la enfermedad no le dio tiempo para sufrir, fue rápido.

—Sí, lo recuerdo, sólo que cuesta aceptar que un hombre como él deje de estar. La alegría que él tenía era contagiosa, vos debes saberlo mejor que yo.

—Es verdad, aunque no te hubiera recomendado verlo cabreado ¿eh? ¡Ja, ja!

—¡Ja, ja, ja! También tuve oportunidad de verlo enojado, sí, era tremendo así también. Pero bueno, ¿qué te trae por acá? La lancha imagino. ¿Qué pensás hacer con ella? Vos sabés que hay una deuda de la mensualidad. Nosotros no sabíamos que pasaría y dejamos todo hasta que alguno de la familia viniera...

—Sí, papá amaba esa lancha, prefería no tener auto a quedarse sin su Doncella. La voy a conservar por ahora. Ya veré más adelante, así que decime el importe de la deuda y te haré el cheque.

—¡Gracias! ¡Y bienvenido!

Federico escribió la suma, firmó, y entregó el documento de pago a la mujer. Ella garabateó el talón de recibo y se lo extendió.

—¿Vas a sacar la lancha al río hoy?

—Sí, me gustaría. ¿Será posible?

—Sí, sí. Por supuesto. Ya pido que la bajen. Andá para el playón.

—Gracias Estela. Nos vemos...

La voz de Estela sonó en los altavoces del galpón pidiendo la embarcación. Los empleados se miraron intercambiando gestos de ignorancia, hasta que se asomó a la puerta del despacho el viejo José, con más años que los que él recordaba.

—¿Quién pidió ese cachivache? –gritó mirando dentro.

Estela le hizo un gesto señalando a Federico que paseaba su vista por las hileras de lanchas que se extendían hacia el fondo, como enlazadas por un hilo interminable. José miró en la dirección que le señalaban y vio a Federico. Dando las zancadas que eran su forma de andar, estuvo

al lado de él casi en un instante.

—¡Hola! ¿Vos sos Federico? ¿El hijo de Raúl?

—Sí, José. ¿Cómo le va? ¿No se acuerda de mí?

—Has cambiado mucho muchacho ¡y mi vista ya no es la misma! —resopló e intento las típicas condolencias.

—Gracias, José. Todo está bien. Sólo quiero bajar la lancha e ir hasta la casa de la isla. Hace ya un par de años que nadie se ocupa de todo esto.

—Si quiere la lancha se la bajo, pero es al pedo. No creo que arranque después de tanto tiempo, pero en fin... Ya la bajamos al agua.

—Gracias, José, veremos qué pasa...

Sin esconder su escepticismo José fue hasta la grúa y la puso en movimiento perdiéndose en el fondo del galpón. Minutos más tarde una Doncella casi irreconocible aparecía en escena. Federico sintió un estremecimiento y los recuerdos se le hicieron imagen viva.

La grúa se detuvo frente a él. Estaba raída y polvorienta, y tal vez ocultaba mugres mayores. Era una vieja Pagliettini Gacelux, con un motor interno de automóvil adaptado a la náutica, un Peugeot de cuatro cilindros que alcanzaba de sobra para recorrer los ríos y arroyos del Delta y mucho más para llegar al arroyo Estudiantes donde estaba la casa. La había comprado sin uso y no había escatimado cuidados para que estuviera siempre lista. La lancha, como si tuviera respuesta a ese encanto, jamás lo había dejado en medio del río. Federico recordó como su padre le había enseñado a timonear aún antes que a conducir un automóvil.

Con muy poco entusiasmo José retiró la funda y se sorprendió al ver que todo en el interior estaba como había quedado después de la última salida. Ni siquiera el polvo se había animado, y los asientos sólo tenían una pequeña capa que, sin resistencia, se fue ante las pasadas vehementes del plumero que José empuñó recuperando las ganas de moverse.

—¿La quiere tirar al agua? —dijo.

—Sí, sí, por supuesto. La voy a revisar e intentaré ver si arranca el motor. Tengo planes y espero poder usarla.

—Está bien, ¡pero no se ilusione!

Con lentitud el elevador fue descendiendo hasta que la Doncella tocó el agua y comenzó a mecerse al ritmo de la marea. Los empleados, por orden de José, la amarraron en una punta alejada de la rampa y al pasar junto a Federico levantaron el pulgar en señal de haber terminado su parte de la tarea. Federico permaneció unos instantes mirando la embarcación desde lejos y luego se encaminó por la pasarela hasta abordarla.

Dicen por allí que la felicidad no existe en el presente, que la felicidad es un recuerdo. Se podría encarar sobre esto una larga charla llena de sustancia filosófica, pero lo cierto es que Federico fue invadido por una sensación de felicidad plena en la medida que fue recorriendo los detalles de la lancha con la mirada y con el tacto. Sus manos recorrían las cuerinas y perillas y sus ojos daban vueltas vertiginosas sobre el tacómetro y el velocímetro. La memoria de su padre vivía en esa embarcación, y había sido tanta la felicidad que había existido allí que esa energía residual le fue ingresando por los poros hasta dibujarse en la misma sonrisa que tenía de pequeño y que la vida en la ciudad había ido domando. Supo que él también comenzaba a ser uno con la lancha.

El entusiasmo se apoderó de él aportando la energía que le hacía falta. Si quería llegar a la casa de la isla debía moverse. Había mucho por hacer.

Destapó el tanque de combustible. El aroma rancio de la nafta podrida se escapó. Habría que vaciarlo y poner combustible nuevo, limpiar las bujías, controlar el aceite y los diferentes lubricantes que el motor necesitaba para poder rugir otra vez. Puso manos a la obra. Tenía idea de llegar a la isla antes del anochecer. José y el resto de los empleados fueron, poco a poco, sumándose a sus ganas y le brindaron la ayuda que podían. Él debió salir un par de veces por repuestos, aceites y combustible, pero al final de la tarde, cuando ya eran casi las seis, la Doncella estaba lista para su primer intento de resurrección.

Apretó un par de veces la perita de nafta, levantó el acelerador del morse, dio unos empujones a la llave de arranque para accionar el cebador y giró la llave. El motor dio un par de vueltas sin potencia, como un viejo borracho que despierta y no sabe dónde está. José y los muchachos hicieron una mueca de decepción desde lo alto de la rampa, y siguieron con su trabajo mirando con disimulo a Federico. Él se quedó quieto unos minutos y repitió el intento. El motor tambaleó arrastrándose sin fuerza, y Federico grito: ¡La batería! dando un salto

hacia el cofre del motor. Se le había pasado por alto que el acumulador tiene una vida útil mucho menor que el tiempo que llevaba la Doncella abandonada. Preguntó en la oficina y Estela le dio la dirección de algunos negocios de náutica que aún podrían estar abiertos sobre la Av. Liniers. Y hacia allí lo vieron ir.

Luego de media hora Federico estaba de regreso. Nadie podría discutirle su tozudez ni su decisión. Había conseguido una batería nueva y en menos de diez minutos la instaló. José lo miraba habiendo recuperado el escepticismo original: Ese cachivache no va a arrancar, pensaba.

En el interior de Federico alguna duda se estaba instalando, pero no le permitió crecer y pronto estuvo preparado para hacer un nuevo intento de arranque. Revisó nuevamente todo y antes de girar la llave miró hacia la salida de la guardería, allí donde el río y el cielo se unían, y pensó en su padre, en el tiempo perdido entre ambos por mutuos caprichos, y se dispuso a recuperar el tiempo desaprovechado, aún desde el más allá. Giró la llave. El motor se sacudió con fuerza y se quedó quieto. Volvió a colocar el acelerador en posición y una vez más dio arranque al motor. Lo escuchó toser como un anciano y escupir una nube de humo negro hasta que el león que llevaba dentro rugió llenando el aire de olores y de un sonido familiar. Los empleados se acercaron a mirar y sonrieron.

La Doncella había resucitado y estaba dispuesta a mostrar las razones que la habían hecho famosa en el agua. Federico sonrío y recuperó de su memoria las instrucciones precisas que su padre le daba en la previa de cada navegación. Dejó la lancha en la amarra, con el motor susurrando melodías recuperadas, y se dirigió al auto. Todos sus preparativos ahora tenían un porqué más intenso que en la mañana. La hora no importaba, todavía le quedaba luz de día como para emprender el camino, y estaba listo para eso.

Dicen que una vez que se aprende a andar en bicicleta no se lo olvida. La gente de la isla no puede dar testimonio de eso, por haber pasado la vida entre ríos y arroyos, pero lo que sí se puede asegurar es que quien ha navegado una vez jamás deja de llevar en su sangre la esencia misma de la naturaleza. Navegar es como integrarse a ese mundo de agua.

Federico soltó la amarra y empujó con suavidad el morse hacia adelante. La lancha comenzó a moverse con lentitud sobre el manto color león, dejando apenas una estela imperceptible tras de sí. Pronto estuvo en las aguas del río Luján, con su marejada de fin de semana.

El GPS le indicaba, con voz femenina y aires andaluces, por donde debía navegar para llegar a la casa de su niñez, el lugar donde había aprendido a nadar, a escuchar el silencio nocturno. Nada en el río había cambiado tanto como para perderse, pero la irrupción de las directivas del aparato, de la gallega, lo hacía sentir acompañado por una mujer que sin querer cambiar su estilo de vida lo guiaba. Ante cada recalculando que el instrumento emitía no podía evitar sonreír pensando que esa era tal vez la única mujer que aprendía a adaptarse a sus cambios de rumbo, y volvía a trazar el camino a un destino ya elegido.

Pronto se encontró jugando a desorientarla, mientras recibía la brisa de una tarde que comenzaba a volverse noche. Esperaba estar cruzando el río Paraná antes del anochecer, siempre le había causado temor esa ancha vía llena de enormes barcos. En su imaginación tejía colisiones y hasta feroces monstruos que podían devorarlo sin que nadie lo supiera jamás.

El viento le daba en la cara, podía sentir a la Doncella deslizarse sobre el agua y dar pequeños corcovos. Una suerte de cabalgata salvaje en la pradera de agua marrón. Mil sensaciones del pasado volvieron a su memoria. Las charlas con su padre, las salidas juntos a pescar, la risa.

La figura de Raúl se hizo vívida. Un hombre de pocas palabras y muchos gestos; incapaz de decir, pero que con una mano en el hombro o una mirada dejaba escapar todos sus sentimientos. En vida crecieron juntos, aprendieron el oficio de ser padre y ser hijo de la mano, hasta que la adolescencia comenzó a dejar la huella de los temperamentos. Ambos sabían que era una etapa a superar, y que volverían a manejar el código secreto de los amores de la sangre, pero el destino se interpuso y sembró la muerte en el camino. Ahora, con el río por delante, las distancias se disolvieron y las primeras estrellas nocturnas trazaron la cadena del reencuentro. La sensación de paz y unión lo invadió por completo. Bajó el morse hasta que la lancha apenas dejaba una estela de palabras en el río. Sonrío. Feliz como pocas veces...

La casa en la isla y la vieja Pagliettini eran, sin duda, un legado que trascendía las fronteras de lo material. Se convertían, por gracia de mutua elección, en manos unidas a través del tiempo, continuidad y trascendencia. Comprendió porqué su padre siempre se negó a deshacerse de esos dos objetos, aun desde su lecho final. El dinero obtenido enajenando esos objetos solo hubiera sido una aspirina para un desahuciado, extendiendo un par de meses su martirio carnal.

La noche cayó antes de que el Paraná quedara detrás. No le gustaba la

idea de cruzarlo en esa oscuridad sin luna. Ni la voz en el GPS señalando el rumbo le daba la suficiente tranquilidad. Al llegar al cruce del canal Honda y el arroyo 25 de noviembre recordó a la familia Salgado, escarbó en su memoria: Mirta y Ezequiel Salgado.

Ezequiel era segunda generación de isleños. Había nacido allí mismo. Su piel se había curtido con el junco, la pesca y la caza de carpinchos. Solía cruzar a la Segunda Sección de islas y obtener hermosos ejemplares que luego vendía a los ocasionales visitantes de la zona recorriendo con su bote cuanto curso de agua encontraba o conocía. Así creía Fede que se habían conocido aquellos dos hombres, entre carpinchos, bogas y algunos trabajos de carpintería. Ezequiel tenía también rudo el carácter, de pocas palabras —como su padre—. De naturaleza simple y concreta prefería anochecer junto al humo de un asado, con una botella de vino. Aquel amigo de Raúl sentía el mundo de la isla en sus entrañas y evitaba acercarse al continente a menos que fuera necesario. Era hábil con la caña y la escopeta, pero no con la palabra. Federico suponía que su padre debía aligerarle los trámites del continente a cambio de algunas empanadas de tararira.

Mirta había llegado a la isla con apenas cuatro años. El arroyo Felicaria fue el refugio de sus padres, a los que la tierra firme había expatriado. Asumió la isla con la naturalidad de los niños, creció con sauces en sus venas, con muelles y poca escuela. La adolescencia coronó su cuerpo con curvas intensas y su piel morena se contagió la suavidad del arroyo. Pronto no hubo isleño que no siguiera su paso con los ojos brillantes de anhelos. Ella hacía gala de su inocencia nativa y sus descuidos provocaban ensoñaciones eróticas y más de un pensamiento lujurioso. Sus padres sentían ese halo intangible que entibiaba el aire a su alrededor, y antes de que cumpliera sus diecisiete años estaban buscando entre los vecinos del Club algún candidato que fuera potable; preferían entregarla antes que fuera tomada. Entre tanta urgencia y tanta falta de posibilidades, lejos del mundo social intenso de continente, la figura de Ezequiel se agrandó. Poco pesaban los quince años de diferencia de edad. Trabajador, serio, austero y sencillo hasta que pasaba el tercer vaso de tinto.

La boda fue un sábado en la capilla del Paraná. No faltó nadie. La luna de miel fue una promesa incumplida y los hijos no tardaron en llegar. A los cuarenta Mirta ya tenía criados sus cachorros, pero su figura seguía siendo inquietante. Los partos solo habían conseguido pulir el brillo de sus pechos y marcar a fuego la curva de sus caderas. Ezequiel para entonces había ganado en asperezas y desilusiones.

La memoria de aquellos días se completó con las excursiones de pesca,

Federico, su padre y Ezequiel. Los fogones hasta la madrugada. Las noches en que se quedaba dormido junto al río con el murmullo del agua a la deriva. La idea surgió casi de inmediato: ¿vivirían aún allí? Tendrían ahora unos sesenta él y cincuenta y cinco ella. Buscó hasta encontrar la boca del arroyo y, con el mínimo impulso del motor, ingresó en él. Eran unos trescientos metros más, estimó, y llegaría. Esperaba poder reconocer la casa.

La luz del muelle titilaba con intermitencia, igual que en el pasado, esa simple señal le sirvió para saber que doscientos metros más adelante estaba la casa. Solo quedaba saber si seguirían allí, si lo recordarían.

Al sentir el motor los perros se lanzaron a la carrera hacia el muelle, no eran los de entonces, pero hay costumbres caninas que se anidan y perduran de can en can. Ladrar a las lanchas forma parte del oficio de perro islero. Arrimó la lancha al muelle y, antes de terminar de amarrar, la figura de un hombre comenzó a recortarse en la penumbra.

—¿Quién es? —gritó al tiempo que se acomodaba la escopeta.

—Buenas noches. ¿Es usted Ezequiel? —consultó Federico casi seguro de reconocer aquella vieja arma.

—¿Quién lo pregunta? —respondió el hombre apenas aflojando sus tensiones.

—Soy Federico, el hijo de Raúl. El de la Segunda…

El hombre apuntó una linterna al rostro de Federico y luego de vacilar un instante dijo:

—¿Qué andás haciendo por acá pendejo?

—Voy camino al rancho de mi viejo y, si usted recuerda, no me gusta el Paraná de noche, por eso pensé en pasar a saludarlos para que me den un empujón de confianza, como cuando era chico. ¿Se acuerda?

—Sí, sí…

Por detrás del hombre llegó Mirta y se sumó al grupo con una sonrisa que dejaba ver la blancura de sus dientes en la noche.

—¿Sos vos? ¿El Fede? —dijo la mujer.

—Sí, él mismo, pero claro, con unos años encima... ¡el tiempo pasa! —respondió mientras paraba el motor de la Doncella.

—¡Es la lancha de tu padre! —exclamó la mujer.

—Sí, me costó hacerla andar, pero ya saben cómo son estos bichos: un poco de mimo y ahí están, listas para andar de nuevo —explicó Federico sin entrar en los detalles de cuánto había renegado para lograr volver al agua.

—La Doncella... —suspiró Mirta.

Ezequiel ya había bajado la escopeta, pero su mirada parecía fría y distante, como si estuviera inmerso en mareas que sólo él podía navegar. Mirta le puso la mano sobre el hombro y dijo:

—Che, viejo, ¿no vas a invitar a pasar a la visita?

Ezequiel vaciló y la miró con desdén. Mirta respondió el gesto apretándole un par de veces el hombro con cierto entusiasmo.

—Bajá nomás... —dijo el viejo girando el cuerpo para volver a la casa.

—¡Gracias! —respondió Federico terminando de sujetar la embarcación al muelle.

Mirta caminó por delante, él no pudo evitar detener la mirada en sus caderas; parecía como si el tiempo hubiera reforzado, con su madurez, la seducción casi salvaje de aquella hembra. El pantalón se ceñía a sus muslos y los torneaba para morir en su cintura que, intacta al paso del tiempo, exaltaba la redondez de sus glúteos. Federico alejó su mirada y sus pensamientos hacia la espesura de la noche. Pronto todos estaban en el comedor de la vivienda.

La estancia era austera pero confortable. El paso de los años había dejado atrás la precariedad. Las comodidades eran sencillas, pero prolijas y funcionales. Una mesa, cuatro sillas, un modular con algunos adornos y retratos del pasado, la cocina de leña junto a la de gas y su garrafa, la heladera y más allá un sofá, la salamandra y un pequeño aparato de TV bastante antiguo.

Se sentaron formando un cuadro de actitudes diferentes. Ezequiel callado y buscando con los ojos grietas invisibles en el piso; Federico tratando con timidez de encontrar palabras que avivaran los el paso en común y Mirta sonriente y llena de preguntas. El diálogo recorrió el espinel de los recuerdos y el clima fue entrando en un tono agradable.

—¿Cenaste Fede? —preguntó Mirta.

—No, la verdad es que fue un día complicado y esperaba llegar al rancho para comer algo.

—Nosotros estábamos por cenar. ¿Te quedás? ¿Qué te parece viejo? Lo podemos invitar, ¿no?

Ezequiel encogió los hombros y se encaminó a la alacena para traer a la mesa una botella de vino tinto.

—¡Está decidido! Será una cena de reencuentro —sentenció Mirta y encendió la hornalla de la cocina.

Pronto los aromas dieron testimonio de la mano de la mujer en el arte culinario. La casa se fue inundando de olores que mutaban con el correr de los minutos. Ajo, cebollas, ruido a fritos, crujidos en la sartén. Ezequiel llenó con generosidad los vasos y, a la pasada, volcó sobre la cacerola un chorro del tinto que le agregó color a la preparación. Mirta invitó a Federico a impregnar un trozo de pan en la salsa. Minutos más tarde la cena humeaba sobre los platos. La botella pronto tocó fondo al tiempo que las risas se soltaban. La hora pasó con armonía y hasta Ezequiel pareció relajado y, por momentos, atento.

Casi sin querer el reloj de la pared marcó la medianoche. Federico miró su muñeca buscando confirmar la hora.

—¡Qué tarde se ha hecho! Pero después de esta cena el Paraná no parece tan bravo —rio.

—No creo que sea prudente que te vayas ahora. Podés encontrar algún banco de neblina. Pasá la noche acá. Hay un cuarto de huéspedes que siempre está listo. Mañana podrás seguir camino tranquilo y sin apuros. Disfrutando, como hacía tu padre —dijo Mirta mientras terminaba de recoger la mesa.

—No quisiera molestar. Han sido muy atentos conmigo ya —respondió Federico.

Mirta lo miró fijamente a Ezequiel hasta que este tuvo que romper el silencio acompañando la decisión de su mujer.

—Quedáte pibe. Ya es demasiado tarde. Mañana te vas.

—¿No los importuno? —preguntó el joven.

—Quedáte. Yo me despido ahora. Seguro mañana no te veo, voy a levantarme temprano, tengo que ir de cacería al monte —dijo el hombre, estrechó la mano de Federico y desapareció tras la puerta de su cuarto.

—Gracias, y ¡nos veremos pronto!

—Tal vez… —dijo Ezequiel cerrando la puerta de su dormitorio.

—Sigue tan parco como siempre, Federico. No te preocupes —aclaró Mirta.

La mujer ordenó la cocina y le pidió a Federico que la acompañara para mostrarle el cuarto de huéspedes. Era una habitación pequeña, con dos camas simples, una mesa de luz, un armario y un hermoso ventanal que daba el arroyo. La mujer abrió la cortina de junco diciendo:

—Te dejo abierto para que las estrellas te iluminen el descanso. Y si tenés que ir al baño, ¡no te tropieces! ¡Ja, ja!

—¡Gracias, Mirta!

Giró sobre sus pasos con una cuota de seducción y entornó la puerta de la habitación, dejando una rendija abierta. Federico la volvió a ver marchar. Sus ojos bajaron, sin gobierno, hasta las nalgas, recorriendo todo el camino de su espalda. Ya había sufrido un momento similar durante la cena, cuando las carcajadas de Mirta hacían que sus senos danzaran con ritmo. Se había dicho, ante ese vaivén, que esos pechos no necesitaban ningún artilugio artificial, que sin dudas la vida rústica del lugar mantenía todos los tejidos firmes y con la turgencia de una mujer joven. Inmerso en esas cavilaciones se acostó, apenas cubierto por las sábanas, y pronto cayó en un sueño plácido y profundo como sólo se puede tener en la isla.

Si existe una forma en que el silencio puede manifestarse más allá de las definiciones de pizarrón es en la noche isleña. Todo es quietud. La naturaleza pareciera ponerse en pausa cuando la luz se va. Los oídos más sutiles podrán intentar escudriñar en vano el aire y no hallarán más que leves vestigios, sonidos vagos, letanías, armónicos abatimientos de algún árbol noctámbulo o algún insecto que deambula sin rumbo en la oscuridad plena.

Federico dormía. Pero no toda la casa dormía.

Mirta abrió, sigilosa, la puerta del cuarto. Las bisagras acompañaron

con silencio el temblor de su mano. Cuando tuvo espacio suficiente se deslizó dentro del cuarto y volvió a cerrar la puerta. Permaneció de pie, sin moverse, casi sin respirar, luego dio un par de pasos hacia la cama donde Federico yacía en manos de Morfeo. Tendido boca arriba su pecho se contraía y se hinchaba rítmicamente, por su boca se escapan algunos suspiros. Mirta se acercó un poco más y se detuvo bajo la luz de las estrellas que iluminaban tenue la habitación. Sus ojos —si alguien lo hubiera podido ver en ese instante—tenían el brillo del deseo instalado. En un movimiento dejó caer su camisón al suelo. Su cuerpo se recortó en la noche y el reflejo de las estrellas bañó su piel. Sus pezones estaban erectos y sentía en su sexo leves palpitaciones. Permaneció quieta y vacilante, temerosa de hacer el próximo movimiento, pero a la vez sintiendo crecer la excitación avasallando su capacidad de razonar.

Pronto se vio sumergida en un camino sin retorno. Se arrodilló junto a la cama. Sentía ya el olor del cuerpo de Federico. Su corazón latía con tal intensidad que temió que el joven se despertara por el estruendo. Permaneció inmóvil respirando aquel aroma conocido. Los años habían pasado, pero todo en ella estaba salido de la pausa en la vida la había puesto. Se sentía la misma de aquellos tiempos en que su cuerpo reclamaba la paz que sólo un hombre le había conseguido dar.

Flotando en la corriente desatada de sus deseos deslizó la mano bajo las sábanas que cubrían a Federico y pudo sentir su piel, el vello de sus piernas. Federico apenas alteró su respiración y retomó la paz del sueño. Mirta se sintió ingresando en su propio torbellino y comenzó a acariciar la pierna del joven, la rodilla, su muslo potente. Se detuvo temerosa un instante y siguió la marcha hasta encontrarse con el pene aletargado de Federico. Su mano lo envolvió como un suave capullo. La respiración del joven cambió y un suspiro largo se escapó por su boca que comenzaba a entreabrirse. La mujer comenzó a acariciarlo con suave intensidad, yendo y viniendo. Comenzó a sentir como su sexo se humedecía. Se pasó la lengua por los labios tratando de recuperarse de la sequedad que invadía su garganta. Tenía sed.

Federico soñaba que estaba en manos de una promesa que lo tomaría.

Mirta decidió que debía saciarse y se irguió como para poder poner su cabeza debajo de las sábanas con la idea de reemplazar a su mano que comenzaba a temblar de éxtasis. Su pelo castaño, largo, y enrulado se deslizó sobre el vientre de Federico mientras su boca se apoderaba del pene que había crecido y se había endurecido al contacto con su lengua.

Federico sintió el roce de los cabellos y pasó de la ensoñación a la realidad en un instante. Sintió la intensidad del contacto y contuvo el aliento. Estaba tan despierto de pronto como nunca antes. Buscó la espalda de la mujer y deslizó la punta de sus dedos sobre ella. Mirta se tensó un momento sin abandonar su presa, que había comenzado a alimentarla con pequeñas gotas de hambre de hombre.

La mano de él deambuló buscando el final de su espalda y volvió por su torso hasta llegar a la cumbre de sus senos. Llenó su mano de esa carne tibia, de esa piel temblorosa de pasión sintiendo la dureza del pezón clavarse entre sus dedos. La lengua de ella comenzó a acompañar los movimientos buscando el punto justo donde la succión le devolvía placeres perdidos. Las respiraciones se agitaron, se mezclaron y fundieron. Mirta no pudo contener su deseo y arrojó las sábanas que cubrían el cuerpo de Federico. Luego se puso sobre él y con urgencia hizo que el sexo la invadiera. Casi suelta un gemido de placer agónico y se mordió los labios cuando lo tuvo por completo dentro.

Queriendo perpetuar cada embestida lo fue cabalgando, fue intentando domar la vara caliente que la abría en dos. Él le acariciaba con fuerza los pechos, la aferraba de la cintura y la atraía como si quisiera llenarla de sí mismo. Los movimientos fueron aumentando el ritmo, de menor a mayor. Del mismo modo, ella aumentaba la fuerza de su mordisco para contener el gemido, el aullido desesperado del placer.

Subieron hasta la cima y transitaron por ella hasta que la pasión les desbordó los cuerpos. Él se vació por completo, no perdonó ni una gota de su delirio y ella bajó de golpe de la altura mayor que había alcanzado su vuelo, sintiendo que su cuerpo flotaba extenuado.

Recuperando el aire y el razonamiento, pero sin separar su sexo, se acercó cargada de tibiezas al pecho de él. Besó con suavidad sus labios y acercando su boca al oído de Federico le susurró:

—Igual que tu padre.

Luego, con cautela, se despidió de la locura. Recuperó su camisón y en un solo movimiento desapareció tras la puerta.

La mente de Federico intentó enlazar ideas, pero el agotamiento lo empujó al sueño. No pudo controlar sus inquietudes y se derrumbó laxo. Sólo tuvo espacio para cubrir su cuerpo y caer dormido.

Horas después la luz del día entraba a pleno por la ventana. El sonido

de la alarma del celular de Federico lo despertó. Lleno de dudas y sin mucha claridad en las ideas se preguntó si habría soñado aquella noche. Corrió las sábanas que lo cubrían y se palpó. Sin dudas no había sido un sueño. Aun su piel almacenaba los recuerdos. Respiró profundo para ver si el oxígeno le daba a su cabeza las respuestas que no encontraba. Sin lugar a dudas, en algún lugar su padre tendría explicaciones que darle. Se levantó y se vistió. La casa estaba en silencio. Pasó por el baño a la cocina. No había nadie. Sobre la mesa del comedor había servida una taza de café caliente junto a un par de tostadas de pan casero y mermelada y una nota: “Navegá tranquilo, el Paraná ya está en calma. Saludos. Mirta”.

Bebió el café de un trago y comiendo las tostadas salió de la casa. En el muelle lo esperaba la Doncella. El motor arrancó en un instante. Soltó las amarras y giró sobre el arroyo en dirección al Canal Honda. Bajó el morse al entrar al canal y de pronto sintió el silbido agudo. Los perdigones se estrellaron en el parabrisas de la lancha astillándolo. Invadido por el miedo aceleró aún más y la embarcación sacó su proa del agua. Otro silbido terminó clavado en el agua mientras la lancha entraba en planeo y se alejaba hacia el río ancho. No se animó a mirar atrás, no quería ser presa de ninguna cacería.

Lo esperaba la casa de su padre, el rancho isleño donde había crecido, parte de un legado, parte de su vida y su historia. Ya no volvería a temer cruzar el Paraná, ya no volvería a ver a los Salgado.

Las herencias no se eligen, se reciben, se transmite parte de una mochila que no nos pertenece. Se nos adjudica de prepo, como una corona de espinas, como un laurel o un trofeo. Podemos soltarlo en la próxima esquina como un lastre o asumir que en cada porción de esa materia anida la voluntad del perdido. Como la Doncella o el rancho islero.

El legado transita otro camino. No se lo toca, no se lo vende, se lo lleva en uno casi sin saberlo, se lo aprende día tras día. El padre de Federico no se había conformado con hacerlo de una herencia.

Como si el nombre de la lancha hubiera encerrado una dedicatoria oculta. Como si la historia estuviera dispuesta para repetir un ciclo. Como si las sábanas tuvieran marcas hechas a fuego. El legado quedaba allí escrito, en cada ola que golpee el casco de la vieja Pagliettini. En la sangre y en los besos.

Seguro en algún lado su viejo se estaría riendo.

CAPÍTULO 12

Se acomodó en el asiento, intentó —en vano— acomodarse el cabello y suspiró.

La vieja Pagliettini se mantenía leal al agua y cortaba las olas con una total naturalidad. Tendría que cambiar el parabrisas ya que algunos perdigones habían impactado, dibujando una tela de araña que lo privaba de observar en forma correcta lo que tenía por delante. Bajó aún más el morse y el motor subió las revoluciones hasta colocar la embarcación sobre el agua, velocidad de planeo, según los expertos del rio. El agua estaba calma a esas horas de la mañana. La horda de navegantes todavía debía estar dormida y envuelta en quién sabe qué resacas de sábado a la noche. Su propia boca se encontraba aun pastosa de la pasión que había estallado en su ocasional cama.

No pudo evitar revivir cada detalle y hacer un minucioso repaso que le hiciera detenerse en esos instantes en los que el fuego lo había consumido. Quiso hacer historia en vano, no tenía recuerdo de haber llegado tan alto en la cima del placer. Sabía que aquella mujer, que había poblado las fantasías de su adolescencia, lo había marcado, en una hora, de manera tal que ya existía un antes y un después de ella.

La visión de su padre atravesando la misma locura lo perturbó. Buscó apartarlo de esas imágenes. Aquella piel madura de anoche, que él recorrió, había sido el mismo sendero, antes joven, que su padre había colonizado. Sin quererlo su boca había besado los mismos laberintos que la de su padre, sus manos habían acariciado los mismos contornos voluptuosos e incansables, y ambos se habían desbordado en ella hasta regar las sábanas de néctar.

Padre e hijo, hombres, con toda la carga de testosterona salvaje que desconoce a la razón una vez que el aroma de una hembra en celo se desata.

El ciclo de la historia había comenzado a girar, entre él y quien le había dado la vida, en el mismo instante en que su padre falleciera. La vida lo había echado de manera prepotente a seguir y reconocer las sendas que otrora le fueran incomprensibles.

Recordó el cabello ensortijado de la mujer, la espalda, el salitre de sus

gotas de sudor obsceno, su lengua ávida, y ese par de esmeraldas nocturnas que se clavaban en él en cada empujón de sus caderas. “Igual que tu padre”, había sentenciado a su oído, en lo que fueran las últimas palabras que había pronunciado antes de dejarlo exhausto y tendido a merced de su memoria, y aquella frase volvía a clavar en él la marca indeleble de un legado que, desde que había tomado conciencia —en plena adolescencia—, se había empeñado en rechazar de plano. Cuanto menos quería parecerse a su padre más terminaba igualándose.

Una mezcla de temor y deseo tomó cuerpo en él: ¿quería volver a tener a esa mujer?

La Doncella golpeó una ola y le lanzó al rostro las aguas del río. Volvió de sus pensamientos y sentimientos encontrados. Controló el paso de la lancha y se encontró con el ancho Paraná esperándolo con toda su inmensidad acotada. Consulto su GPS, el rumbo era el correcto, de no mediar inconvenientes estaría llegando a la casa en media hora más. Encaró la corriente para cruzar dejando Tigre atrás.

El Paraná estaba dormido aun y sus aguas lucían mansas. A lo lejos, con rumbo al noroeste se veían un par de moles flotantes avanzando desde el Río de la Plata. Los instrumentos le decían que el agua estaba alta —término que usaban los lugareños para referirse a la altura del río y su profundidad— y que aún le quedaba combustible más que suficiente.

Era una tibia mañana de domingo, como aquellas en las que su padre organizaba alguna salida de pesca en las que fueron desenhebrando esos secretos de pescador que hacen a la mitología de los aficionados. La experiencia le había demostrado que había tantos de esos secretos que eran ciertos como tantos falsos e insensatos. Una batería de consejos que muchas veces no alcanzaban para llenar de peces la conservadora, lo que era sinónimo de fideos con salsa y una andanada de justificaciones.

Ya casi había terminado de cruzar cuando una idea germinó en su cabeza: “los Bajos del Temor”.

Muchas veces habían encontrado allí los mejores peces y habían competido por ver quién pescaba el de mejor tamaño. Había ganado tantas veces como perdido, aunque en las ganadas su padre siempre había tenido algún inconveniente por el que “el mejor de todos” se había dado a la fuga.

Sin pensarlo dos veces giró el timón y puso rumbo al lugar, mientras la gallega del GPS se resistía con firmeza a modificar el recorrido —una vez más—. Se río a carcajadas, se arrodilló en el asiento para que la brisa del río le diera en la cara y aceleró. Vio por delante el Canal del Sueco y encaró hacia los Bajos.

El paisaje comenzó a abrirse con todo su esplendor natural. Sus ojos recuperaron el éxtasis de la niñez, de la adolescencia. El aire se renovó una vez más trayendo una andanada de aromas en verde salvaje. La mano del hombre está aún lejos de ultrajar estos parajes.

Federico estaba lleno de energía y desbordaba de una felicidad nueva en su interior. Pensó en su hija, hubiera querido tenerla allí para compartir lo que sentía llevar en las venas: sangre color león.

Navegó a buen ritmo hasta dejar atrás las islas Lucha y Nutria. De pronto estuvo allí, en los Bajos. Aminoró la marcha hasta avanzar al mismo ritmo que hubiera llevado un bote de remos. Estaba reencontrándose y disfrutando cada instante. El equipo de pesca había sido una parte incierta de los preparativos, pero ahora había adquirido una razón emocional y lógica de su presencia. Debía encontrar el lugar aquel de su adolescencia. La tecnología no iba a ayudarlo en nada para eso. Dependía de su memoria.

La naturaleza da rienda suelta a su espíritu de libertad en el lugar. Los vientos del Río de la Plata y los sedimentos que llegan de aguas arriba, junto a las mareas, hacen que la apariencia y el paisaje cambien sin interrupción. La belleza de las mutaciones espontáneas hace que cada vez que uno llega al mismo lugar sea diferente. En esas incertidumbres Federico creyó reconocer el espacio en el cual solía pescar con su padre. El ecosonda le daba el dato de una profundidad muy baja, apenas 50 cm por debajo de la embarcación. Detuvo el motor y fondeó. La pesca siempre había sido un espacio compartido con su padre. Preparó las cañas y lanzó las líneas. Bien dicen que aquello que aprendemos de niños queda guardado en algún rincón a la espera de las circunstancias.

El sol comenzó a ponerse a pleno y sus rayos, como espadas, se incrustaban en la cabeza de Federico. Extendió la toldilla roja y algo de sombra lo guareció, mientras observaba el movimiento de la línea de pesca atento a la más mínima señal. Abrió la heladera portátil y tomó un refresco, acomodado en el asiento de la embarcación. El río fue volviéndose una mecedora natural y él se dejó invadir por una somnolencia que pronto fue sueño profundo.

La naturaleza es una fuente inagotable de sonidos, desde una suave brisa, un pájaro, el carraspeo de las hojas, el agua en movimiento. Todo conjuga en una quietud que se torna refugio. Nos arropa el aire puro y todos nuestros sentidos entran en armonía. El Delta es un manantial de sensaciones inaudibles que nos toman por asalto a través del oído y flotamos en esa paz, a la que llamamos sueño. Hay sonidos que, a fuerza de existir, se han sumado a ese éxtasis, los motores de las embarcaciones entran en esa definición, así que Federico no escuchó el pequeño pontón acercarse a la lancha. Sólo el sacudón del contacto lo sacó de un golpe de la siesta en la que había caído.

—¿Don Raúl? ¿Es usted? —dijo el anciano.

—Eh... eh... —balbuceó Federico, intentando salir de la sorpresa y el sueño.

Frente a él, estirando el cuello sobre la borda de las dos embarcaciones, un rostro agrietado por mil senderos lo observaba con rigurosidad.

—¿Cuántas veces le dije que no se duerma a esta hora si hay bajante? —continuó sentenciando el viejo, como si esta fuera una escena repetida de su vida.

—Usted me debe estar confundiendo —dijo Federico.

—Déjese de macanas, don Raúl, o la lancha le va a quedar clavada en la arena hasta mañana. Agregó el anciano sin hacerse eco de otra cosa que no fueran sus propios pensamientos.

—Le repito —dijo Federico incorporándose y acercando su rostro al del hombre. Yo no soy ningún Raúl. Mientras lo decía no pudo menos que recapacitar. Agregó: ¿De qué Raúl habla?

—De don Raúl, ¡el abogado! ¡Quien sino iba a andar en la Doncella por estos lados! —respondió el viejo con seguridad.

—¡El hijo! ¡Yo soy el hijo! Afirmó Federico. ¿Vos sos Pato? —preguntó.

—¡El mismo! ¿Vos sos el Fede?

—¡Sí!

Y la historia pareció acomodarse en un instante. Mientras el abrazo los reunía de borda a borda.

Hubo lágrimas entre esos hombres, hubo una historia pasada que saltó del agua del río y se puso a dar respingos en el fondo de las almas. La memoria de los hombres se nutre de fracciones de tiempo en las que alcanza con haber compartido la risa y alguna buena mesa para mantenerse viva.

—Estás hecho un hombre. Dijo el Pato y por un instante el velo que cubría su vejez se corrió para que oteara en el pasado. Dale, saca a la Doncella de acá, levanta las cañas, yo ya tengo pesca, y veníte pal `rancho —agregó imperativo.

Sin pensar demasiado Federico hizo caso. Las líneas de pesca estaban vacías y el reencuentro con aquel hombre movilizaba rincones de su adolescencia. La lancha arrancó y un remolino de barro se dibujó en la popa. La hélice hacía ruido a chocolate espeso y cuando quiso ponerse en marcha el motor se detuvo encallado en el fondo fangoso.

—¡Te lo dije! —sonrió con aire baqueano el Pato. Tiráme un cabo y te saco —agregó.

Federico volvió a hacer caso al anciano, exactamente igual que hace veinte años atrás. Pronto la lancha estaba en aguas con la profundidad necesaria para navegar. La Doncella se puso en movimiento detrás del pontón del Pato. Así anduvieron, uno detrás del otro, por unos quince minutos. Vaya uno a saber por qué vericuetos de su vida se andarían enredando los pensamientos del anciano; los de Fede habían girado hacia atrás en el túnel del tiempo.

Amarraron y pusieron pie en tierra. Un par de perros mestizos se sumaron al paisaje. Pato, con sus ochenta años, vivía aun en el mismo rancho isleño que él conociera. Paredes de madera, pisos de madera, unas patas de tirante escuálido la sostenían lejos de las mareas y por encima unas chapas que supieron conocer glorias, allá lejos y hace tiempo, y hoy desafiaban al cielo con su oxido.

—¿Te tomás unos mates? —dijo Pato.

—Sí, claro —respondió Fede buscando asiento sobre un banco improvisado con troncos, cerca del leñero.

El viejo acomodó la pava sobre los rescoldos del fuego y con la bombilla revolvió el fondo del mate buscando yerba buena.

—¿Cómo anda tu viejo? —pregunto Pato.

—Falleció. Cáncer. —respondió Fede lleno de dudas sobre la

conveniencia de ser tan directo y sin ganas de dar mucho detalle.

El rostro del anciano se nubló y comenzó a desparramar imágenes felices sobre el pasto a sus pies. Postales de momentos que sólo él podía ver, rescatando el pasado desvanecido hace tiempo. Su mirada fue cambiando a medida que las piezas del rompecabezas de su memoria encontraban su hueco. Una sonrisa se dibujaba y se iba zigzagueando entre lo malo y lo bueno.

—¿Se queda don Raúl? Tengo unas bogas fresquitas para poner al fuego. Le dijo a Fede que lo miró estupefacto, pero dispuesto a entrar al juego que proponía la amnesia de la vejez.

—Métale nomas Pato. Le respondió, intentado imitar la forma de tratarlo de su padre.

El viejo se levantó y caminó hasta la costa. Se metió en el pontón y levantó un gancho de alambre con una media docena de peces ensartados. Desde la distancia los alzó para mostrarlos.

—¡Vio don Raúl! ¡Nadie como yo para las bogas! —dijo el viejo con la victoria en los ojos.

El mediodía se dejó invadir por la tarde y para las dos un par de pescados crujían sobre el fuego. Abiertos al medio, desbordaba sobre ellos el tomate, la cebolla y un par de ajíes que sazonaban el sabor del río. Pato desempolvó un par de botellas de tinto que poco tenían de añejo y más con el barro isleño, pero el vidrio preservaba el gusto de la uva macerada.

El menú se completó con anécdotas de vivencias que jamás había escuchado. Con relatos de aventura que lo zambullían en la vida de su padre, una vez más, en un escenario que, como único denominador común tenía a la isla.

Pato lo hizo recorrer ríos y arroyos, andar por zanjones que los mapas no registran. Sacar la ponzoña de alguna yarará extraviada. Abrir a machete senderos por los que su padre anduviera perdido en el bañado isleño. Le hizo conocer facetas de aquel que esparciera mermelada sobre sus tostadas. De aquel que calentara el café del invierno. De un hombre que admiró y detestó; que amó y odió y del que prefiriera durante mucho tiempo mantenerse lejos.

No le hablaba a Federico, le hablaba a Raúl. Y pronto Fede sintió que se podía aprovechar del viejo. Sacó del arcón de sus intrigas las preguntas que le habían quedado en el tintero. Con atuendo de

usurpador indagó en sus frustraciones, en sus rencores y desazones. Se hizo Raúl en primera persona, y mientras el alcohol le calentaba el pico, el Pato, pescador y remero, sacaba del agua profunda las respuestas que nunca había tenido y que, ni en sueños, se hubiera atrevido a deslizarle a su padre. Siendo un Raúl mentiroso preguntó por Fede. Siendo otro preguntó por él. Y el viejo, una vez más, puso su timón delante y lo guio de regreso.

Su padre, un hombre que se duplicaba a sí mismo, dos en uno.

En la ciudad el abogado implacable, sabedor de los vericuetos de las leyes, aprovechador de oportunidades en que la justicia se paraliza en su pesada maquinaria burócrata. Un frío representante de la faceta más cruel del mundo de los tribunales, defensor inescrupuloso de culpables, verdugo de inocentes. Experto con los textos a los que lo justo nunca sabe interpretar. Auto justificado e injustificable. Recitador compulsivo de normas, códigos y decretos. Un tiburón navegando entre mojarras. Depredador de sus pares. Odiado y a la vez hombre de consulta de novatos ambiciosos y veteranos mediocres. Admirado aun por sus enemigos. Mezclando su suave perfume importado y trajes de sastre con una sonrisa glacial y una mirada acerada.

En la isla, su alter ego. Cordial, generoso, desbordante de alegría. El amigo que todos quieren, el vecino con quien todos desean compartir el pan, la música y la cena. Con el motor de la lancha siempre listo para salir en la emergencia, con la mano siempre abierta si a alguien le faltaba algún dinero, con la puerta eternamente abierta, con la mirada tibia como las alas de un ave acariciando al mundo en su vuelo. Asistente de parturientas, ayudante de mecánico, peón de jardinero. Querido de corazón y tan conocido como el agua en las mareas.

La madre de Federico creció a su sombra, de muy joven, y cuando sus ramas quisieron tocar el cielo se marchó. No pudo con esa bigamia a la que él la obligaba conviviendo de lunes a viernes con su lado malo y los fines de semana con el lado bueno. Nunca pudo encontrar al hombre verdadero que vivía en los confines de aquella figura dual. Tal vez la falta de diálogo, la juventud, una mala brújula guiando el camino hacia el fondo del otro, o quién sabe qué. La cuestión fue que cuando Federico apenas entraba en la adolescencia la mujer se marchó. Una mañana desapareció, sin excusas, cartas o pretextos. Desvanecida sin rastros.

Los que conocían a Raúl de lunes a viernes sospechaban que la

hubiera asesinado. Los de los fines de semana lloraron la ausencia junto a él.

Ser el hijo de este hombre no fue fácil para Federico. Se fue autoconstruyendo en la semana a la espera del sábado y domingo. Los mejores colegios no alcanzaban a mitigar la falta de afecto que sentía en los cinco días laborables. Esperaba la llegada del fin de semana. Allí recargaba sus sentimientos en el manantial inmenso en que se convertía su padre. El frío beso de la mañana y la palmada en la espalda de la noche se convertían en tertulias hasta la madrugada compartiendo hasta el más mínimo detalle. Todo se transformaba en la isla. Había aprendido a esperar en silencio y, casi sin querer, se fue convirtiendo en una réplica de su padre. Los pequeños gestos, la mirada de las cosas, la pasión y la dureza conviviendo.

No había sido consciente de esa mimetización hasta que nació su hija, hasta que la madre de su hija comenzó a reprocharle y hacerle aquellos mismos reclamos que de niño escuchara en boca de su madre. Ponerse en contacto con esa realidad lo enfureció. Sin saberlo caminó la misma senda de su padre, se alejó, se hundió en los silencios, hasta que terminó en aquel departamento en el que hoy vivía conservando los mínimos detalles, como si fuera el museo de su mayor pérdida. Intentaba no repetir repitiendo. No eligió el final de su amor por Sofía, como su padre, pero prefirió dejar que ella marchara junto a su pequeña hija como había hecho su propia madre. Escondió de la niña su propio monstruo y se reservó para los fines de semana. Todos los fines de semana menos éste, donde Raúl lo había empujado al reencuentro.

—¿Se acuerda Raúl cuando me ayudó con la estacada del Centro de Salud? —siguió el Pato.

—¡Uh no!... ¡fue hace tanto tiempo! —mintió Federico.

—¡Fue brava esa! ¡Justo se nos vino la crecida y en una hora teníamos el agua en la cintura! —siguió el viejo.

—¡Ah sí! —respondió, pretendiendo ser su padre.

—¡Si usted no me empuja esa palmera me hubiera dado en la cabeza! —comenzó Pato.

Y el relato del viejo se llenó de detalles. Federico sintió un nudo crecer en su pecho. Extrañaba a su padre. Movió el anillo que él usaba y que ahora estaba en su dedo. Al girarlo sintió como un caleidoscopio pasar los buenos recuerdos. Él si había llegado a descifrar a su padre y se

instaló en lo más profundo de la tortuosa esencia de aquel hombre mezcla de villano y héroe. Las lágrimas comenzaron a correr por sus mejillas y sintió que era momento de ir al encuentro de la casa.

—Sabe Pato, ya va siendo hora que me vaya para el rancho —dijo Fede

—Y si... vaya yendo... ¡mejor si le encara con la luz del día a ver si se termina perdiendo! ja, ja, ja —lanzó la carcajada el viejo.

—¡Nos vemos pronto! —se despidió Federico.

—Vengase y nos vamos a pescar... como hacía con su padre... —lanzó el viejo con la mirada llena de picardía.

Se dieron un último abrazo en el muelle. El motor de la Doncella rugió como si mostrara ansiedad por llegar al hogar.

Antes de doblar en el recodo del río Federico miró hacia atrás. Allí estaba aún de pie el anciano, con la mano levantada. Le adivinó la sonrisa ladina al viejo. Lo estuvo engañando todo el tiempo el muy jodido. Y él le creyó. Sabía que, aun desde el más allá, estaba en ese día la mano de su padre desde el cielo. Se sonrió, devolvió el saludo y giró en la curva.

Rumbo a la casa.

CAPÍTULO 13

Navegar con el sol buscando el horizonte es una experiencia única. Los colores son una amalgama infinita de matices que descargan su arcoíris en la retina.

Fede hurgó en la guantera de la lancha y encontró los lentes de sol que su padre le regalara cuando tenía quince años. El cristal estaba sucio, lo frotó en su remera, con un par de pasadas quedaron relucientes. Se lo colocó y enfrentó los rayos que lo encandilaban rebotando en el río. Una lluvia de perlas brillantes tapizaba el agua, llenándola de destellos.

La Doncella parecía disfrutar a medida que avanzaba y abría un surco entre los reflejos dejándolos atrás, desbaratados. Las casuarinas, a lo lejos, lucían como enormes montañas verde oscuro, con sus picos pinchando las nubes.

Las curvas del derrotero le eran conocidas, en cada una encontraba un recuerdo. Las casas, aunque distantes entre sí, poblaban de paredes conocidas el camino. Lo de Raquel, Las Acacias, El Recodo, nombres y más nombres repetidos hasta el cansancio en la geografía del Delta, guardando detrás de cada uno historias distintas. Algunos reconocían la lancha y saludaban su paso. Otros, desconocidos, levantaban la mano con la misma reverencia que lo había sorprendido de niño. Él respondía.

El fuera de borda ronroneaba como un gato feliz y mimado por las aguas cada vez más mansas de los arroyos. Era como si el viejo motor también estuviera reconociendo su lugar. Como si el caballo salvaje que galopaba sobre las aguas reviviera.

El olor del agua se mezclaba con el aroma de la vegetación formando una mezcla única. Algunos tonos rojizos comenzaban a pintar el cielo de la tarde. No faltaba mucho para llegar a la casa. Fede sintió mil preguntas formularse en el silencio del río. La historia completa de su vida se paraba en las puertas de su conciencia a reclamar el espacio que, de algún modo, él le había negado.

Reconoció la última curva ni bien la encaró. La lancha se puso de costado y pudo verse reflejado en el río. Había hecho esto en infinidad

de oportunidades y sabía que luego venia una zona de juncos sobre su derecha. El juncal se mecería por la fuerza de su velocidad y él se reiría pensando en la capacidad de esas plantas para adaptarse a los caprichos de los navegantes.

Seiscientos metros más allá vería el muelle. ¿Permanecería igual que la última vez que estuvo allí? ¡Habían pasado demasiados años!

¡Sí! Se dijo para sus adentros. ¡Allí estaba! Las patas gruesas de madera dura se clavaban en el agua, firmes.

Trescientos metros: veía el banco del muelle donde tantas tardes se había sentado a dar sus primeros pasos con la caña de pescar. El barniz se veía opaco desde esa distancia. Tal vez el río subió muchas veces hasta allí en estos tiempos dejando su fina capa de fango sobre las maderas, dándole ese aspecto deslucido.

Cincuenta metros: cortó la velocidad de la lancha. La embarcación se frenó de súbito, empujándolo hacia adelante. Las olas que venía dejando atrás lo sobrepasaron generando una turbulencia.

La casa estaba a la vista, entre los árboles de la costa.

Se acercó lentamente al muelle. La escalera le mostraba su dentadura, como si sonriera. Dos peldaños ausentes hablaban del paso del tiempo y de la ausencia de su padre.

Sujetó un primer cabo a la estructura y detuvo el motor. El silencio que se hizo duró apenas unos minutos. Un par de perros isleños se hicieron presentes en el lugar entre ladridos desconfiados. Mientras él amarraba se fueron tranquilizando y cambiaron la desconfianza por un intenso agitar de rabo en señal de bienvenida. Tal vez solo presentían que el forastero debía traer comida, o tal vez sintieron el olor inconfundible que emanan quienes alguna vez sellaron su pacto de amor con la isla, descubriendo en aquel hombre un par. Pronto la quietud volvió a apoderarse del espacio.

La tarde se iba convirtiendo en ocaso mientras Fede, de pie sobre los tablones del muelle, permanecía estático mirando aquella vieja casa isleña. Recorrió con la mirada cada centímetro del terreno, cada contorno, ladrillo, revoque, ventanas y cuanta línea guiaba sus ojos. Hizo unos pasos y puso los pies sobre la tierra. Sintió como desde la gramilla una mano imaginaria comenzaba a ascender por sus piernas, envolviendo luego su cuerpo, acomodando los mechones de su cabello para posarse en su hombro y tomarlo como un fiel compañero.

Un acorde sonó en sus entrañas, unió las razones que se amontonaban en cada una de sus bocanadas de aire y el traqueteo de los sentimientos que latían en su pecho. Se agachó y tocó el pasto, era igual a todos, pero distinto. Hasta creyó ver a su hermana corriendo por el parque escapando de algún cachorro hediondo, con la risa de su padre como música de fondo. Aspiró profundo y por las rendijas sintió escaparse los aromas de las tartas de manzana de su niñez.

Se echó de rodillas y lloró… estaba en su hogar otra vez…

Sin poder percibir que pasó así más de media hora, se levantó y buscó en los bolsillos de su chaqueta las llaves. Era momento de entrar, las luces comenzaron a titilar con sus pasos. La fotocelda se disparó iluminando el muelle primero y el parque después.

Los perros —que se habían sentado junto a él— lo acompañaron hasta el pie de la escalera, se detuvieron y permanecieron quietos como si quisieran dejarle espacio suficiente para el momento. Se paró en el balcón y giró recordando cuanto le gustaba la vista del arroyo desde allí, sonrió por primera vez desde que pusiera un pie en tierra.

Los candados de la puerta se abrieron con docilidad, el cerrojo respondió a los giros de la llave chasqueando, para que la puerta se abriera ante él.

Vaciló y entró. Esperaba ser recibido por el olor del encierro, por esa mezcla de humedad ambiente y soledad; en lugar de eso una tenue fragancia a flores frescas inundó sus pulmones. Todo allí estaba como lo recordaba. Encendió la luz en la penumbra y el ambiente se llenó de calidez. El carrusel de su vida comenzó a girar y se sintió mareado. Se sentó unos instantes a recuperar el aliento, su mano se deslizó sobre el tapizado de la silla como cuando era un niño. La paz del lugar lo fue trayendo de regreso al presente.

Decidió hacer una recorrida por las habitaciones y de alguna manera hacer un inventario de la situación. La heladera estaba funcionando, la garrafa estaba llena y conectada a la cocina, había agua en las canillas, el termotanque eléctrico estaba funcionando, y las camas estaban tendidas. De algún modo la sorpresa ganó terreno: no esperaba encontrar las cosas así, parecía que todo estaba acomodado y listo para recibir a alguien, ¿a él?

Decidió que sería mejor descargar las provisiones que había traído y acomodar la poca ropa. Si bien no pensaba quedarse más allá de un par de días, había previsto una muda de prendas limpias que quería

acomodar también.

Su dormitorio de la niñez estaba casi como la última vez que estuvo allí. Apenas un cambio en el color de las paredes poblando de tonos pastel la estancia. Las camas —de él y su hermana— preparadas y el placard vacío aleteando sus puertas en el pequeño cuarto. No tenía ganas de volver a acostarse allí, por lo que pensó que no iba a estar mal si tomaba posesión del dormitorio de su padre.

Entre la penumbra que invadía la estancia reconoció los muebles. El viejo perchero de herraduras contra la pared, el espejo rescatado de una demolición y el perfume que le gustaba a Raúl desparramar sobre las almohadas, con el inconfundible aroma de la colonia inglesa que había heredado de su abuelo.

Accionó el interruptor de la luz y se dejó encandilar un instante por el destello de las lámparas. Las señales del paso de su padre estaban intactas, sin embargo, algo diferente flotaba en el aire. Había cierto toque femenino en todo que no le era familiar. La cama era amplia y sopesó de qué lado erguiría su trono, aunque sabía que una nueva coincidencia era inevitable. Se sentó y probó el estado del colchón con unos pequeños rebotes.

Al encender el velador la mesa de luz se iluminó para sorprenderlo. El duro abogado, desde el más allá, no parecía dispuesto a darle tregua. Un portarretratos le devolvía la imagen de Raúl, pero no estaba allí solo: sostenía por el hombro a una mujer que lo miraba embelesada mientras se apretujaba contra su pecho.

Los rostros estaban iluminados por haces de felicidad.

El coloso inquebrantable mostraba sus grietas en esa foto. La mujer lucia joven, pero tan sensual como él la recordaba del velatorio. Se estremeció. Raúl y la Cebra. Él mostraba sentimientos, feliz, hombre. Con la misma mujer que había capturado la lujuria de la mirada de todos la noche de la despedida del velorio. Se incorporó de un salto. Se quedó observando la cama como quien observa un viejo campo de batallas. Aun después de muerto su padre seguía exhibiendo con insolencia su naturaleza salvaje.

Por puro instinto Fede fue al ropero y lo abrió. Quería empatar la pelea atribuyendo a las pasiones furtivas la presencia de aquella mujer en la casa. La ropa femenina mezclada en perchas y cajones no le dio esa chance. Fue hacia la cómoda y abrió sus cajones. Ella estaba en todos lados, abrigos, pantalones, blusas, ropa interior. De pronto sintió

nauseas. Aquella mujer había sido, sin dudas, la que había penetrado la coraza más que ninguna que él supiera. En sus oídos retumbaron las frases que le dijera al oído el Zeta en el velorio, la cagó porque le pintó el amor por él. ¿Habría sido así? Los índices de la reciprocidad se multiplicaban en aquel recinto.

Cerca de allí, del otro lado del Paraná salvaje, Mirta sostenía una foto en sus manos, sentada en la pequeña cama de una plaza que aún estaba cargada de las tibiezas de la noche. Las ultimas lágrimas de un amor que nunca fue correspondido corrían por sus mejillas. Se estaba despidiendo de su hombre. Solo ella podía entender las aguas que se habían agitado en su interior al ver a ese Federico tan parecido a su Raúl. Nada se lo traería ya de regreso, nadie amarraría en el muelle de su amor.

Fede debía dejar entrar aire en sus pulmones y en la casa.

Un intento ingenuo de purificar y purificarse. Abrió todos los postigos y descorrió las cortinas, afuera la noche ya se había apoderado de la naturaleza y una brisa fresca recorría el lugar.

Luego salió de la casa y se sentó en el deck. Necesitaba que el aire nocturno lo impregne, que los vientos templados corran sobre él limpiando su cara, su cuerpo y sus ideas.

Sin dudas era mucho lo que desconocía. El tiempo que pasaron separados había construido un río que debía recorrer de orilla a orilla para recuperar aquella imagen y recuperarse, ahora también, a sí mismo. Encontrar su propio destino, su camino de salida.

Inmerso en pensamientos cruzados la paz del lugar agitaba sus emociones. Sintió que no podía quedarse quieto, que si detenía sus movimientos físicos era su cabeza la que se desbordaba. Se dispuso a hacer un orden innecesario. Cuando tuvo todo acomodado se sirvió una copa del vino Malbec que su padre le había enseñado a beber. Al primer sorbo le siguieron otros y pronto su apetito lo llevó a la cocina. Se preparó una cena frugal y siguió saboreando el elixir de aquel vino del año 2011.

Antes que los efectos del alcohol le nublaran los reflejos decidió llamar a su hija para contarle —en parte— los últimos acontecimientos. La niña estaba expectante y a la vez llena de

curiosidad. Para ella la casa de la isla formaba parte de los relatos y secretos mejor guardados de la familia. La charla no se extendió demasiado y terminó con promesas de pronta visita al lugar, una vez que Fede decidiera el destino de aquella enciclopedia material de recuerdos y vivencias. Supo guardar silencio sobre los descubrimientos amorosos que acababa de hacer, era un capítulo que la niña no necesitaba conocer.

Luego se acercó a la biblioteca y recorrió los ejemplares que la colmaban. Su dedo índice recorrió los títulos, sentía deseos de leer y no recordaba que las bibliotecas de su padre tuvieran algo más que libros legales. Jamás se había tomado el trabajo de curiosear en aquella, en su adolescencia no había sido afecto a la literatura y aun adulto le costaba concentrarse, sin embargo, en esta oportunidad la curiosidad fue un valioso guía. Descubrió que allí no había un solo libro de leyes, todo era novela, cuento y poesía. Una nueva faceta quedaba al desnudo.

De pronto, entre títulos famosos que él desconocía uno llamo su atención: “Joyel para el bebé”, la imagen de la tapa mostraba dibujos infantiles. En un pequeño espacio en blanco estaba escrito a mano, con la caligrafía que él podía reconocer entre miles, su nombre: FEDERICO. Era uno de aquellos libros en los que los padres van dejando trazada la historia de sus hijos en testimonio y foto. Tomó el ejemplar y se dispuso a hojearlo con una cierta cuota de curiosidad, nostalgia y temor.

Las páginas comenzaron a pasar acompañadas de la suave y oscura bebida. El silencio de la noche isleña lo envolvía y no le resultó difícil irse metiendo en el recorrido de su propia vida desde una óptica ajena. La letra era siempre la misma. ¿Habría, su madre, participado de esto?

Tal era su concentración que un sonido que venía de afuera lo sobresaltó. Dejó la lectura y salió al balcón de la casa. Sus ojos tardaron en acostumbrarse a la falta de luz, sin embargo, alcanzó a ver que en el muelle vecino alguien había bajado. El bote quedó amarrado por la proa y comenzó a dar suaves golpes contra aquel muelle. Una figura se detuvo mirando en su dirección y retomó el paso con cierta premura para ingresar en su casa. Era su casa sí, pero pronto Fede recordó que aquella era también la del casero que su padre tenía. Intentó en vano recordar el nombre de aquel ex-convicto, pero, de inmediato, recordó el de su hija: Jimena.

Volvió a ingresar a la casa y avanzó con la lectura, sin embargo, los

recuerdos de Jimena comenzaron a crecer en él con la fuerza de lo negado. Aquella muchacha, insolente y desvergonzada, que lo había turbado desde el primer momento en que la vio. Aquella que insistía tenazmente en invadir el mundo privado de su casa en el árbol. ¿Qué habría sido de toda esa familia? Estaba claro que alguien seguía cuidando de todo allí, pero los papeles de su padre nada decían al respecto, y no constaban datos acerca de pago de sueldo o cosas por el estilo.

La curiosidad parecía ser uno de los elementos claves de este regreso. Era claro que había mucho por saber que, como niño y adolescente, había ignorado. En la mañana iría a esa casa y vería de qué se trataba todo esto.

Habían sido jornadas intensas hasta llegar allí, y aún estaba turbado por todo lo que estaba ocurriendo. El vino había conseguido relajarlo y decidió que sería mejor acostarse y dejar que la lectura le acunara el sueño. ¿Podría dormir en aquel dormitorio? Sobre esa cama en la que la Cebra, supuso, había sabido llevar a la cima del placer a su padre. El fondo de la última copa hizo que responder todo no fuera una necesidad tan imperiosa como acostarse. Demasiado alcohol, demasiadas puertas del pasado que al abrirse lo sorprendían.

La casa tenía, desde siempre, una fuerza especial, le daba la sensación de amparo que él necesitaba y a la vez cargaba su energía, lo potenciaba como ningún lugar en este mundo de los que hubiera conocido. Pensó que confiar a aquellas paredes su descanso seria como volver al útero materno y renacer, como poner el cronómetro en cero y catapultarse a la vida que sabía de algún modo le estaba reservada.

El sueño fue plácido y relajado, el libro terminó cerrado sobre su pecho, y de entre sus páginas un sobre se deslizó asomándose con timidez.

La luna pasó por la ventana en su derrotero nocturno, los rayos de luz rebotaron en el cristal hasta morir sobre las maderas de pinotea de piso. Fede sintió en los párpados como los puntos lumínicos encendían destellos furtivos y se removió en la cama. Su libro de la niñez fue a parar al suelo y produjo un ruido seco en la quietud de la noche que lo despertó.

Miró el reloj, eran las 3 de la mañana. Levantó el viejo Joyel y de entre sus páginas cayó el sobre, lo levantó con curiosidad y lo abrió.

Querido hijo:

Si estás leyendo esta carta es porque ya me fui.

Quería dejarte algo más que la buena o mala vida que hayamos podido compartir hasta este día. Quería correr el velo de silencio que siempre empaña las verdaderas palabras que tienen cobijo en el corazón.

Debo decir que la tuve que escribir varias veces, agregando nuevos periodos de nuestras vidas; cuando naciste surgió la idea, pero el sobre debió quedar abierto; más tarde tu niñez y tu adolescencia significaron agregar sentimientos expresados en estas palabras. Y finalmente, cuando la enfermedad y la distancia se declararon entre nosotros es que pude terminar el texto y cerrar el sobre en la certeza de haber podido plasmar todo lo que llevo dentro de mí y que para vos ha permanecido —hasta hoy — bajo las fronteras de lo desconocido. No quisiera haber pasado por tu vida dejando rincones ocultos a tu mirada. Haber pasado sin que sepas desde mí, los cómos y los porqués…

Una carta amarilla ya, algo más de diez carillas, fechada antes de que las circunstancias de la muerte tejieran párrafos mudos, marcando los puntos del camino. La historia quedó amarrada al muelle de las certezas y Federico supo, desde allí, cuál sería su rumbo con la serenidad de saber que el hombre que le había dado la vida había puesto todo su empeño en dar lo mejor de sí.

CAPÍTULO 14

“Los amaneceres en la isla son diferentes a los de cualquier otro lugar en el planeta”, esa era la frase con la que Raúl iniciaba cada mañana en el Delta. Él había tenido la fortuna de recorrer el mundo, lo que le daba cierta autoridad para hacer una afirmación de esa naturaleza. Es difícil y hasta idílico sumarse a esa creencia sin haber transitado los miles de kilómetros que él había recorrido, sin embargo, en mucha gente anida esa certeza.

Federico, aun siendo su hijo, no tenía la misma experiencia mundana, pero coincidía en el concepto. Hacía ya mucho tiempo que no dormía en la isla, y cuando las primeras luces del amanecer ingresaron por la ventana aquellas palabras de su padre se hicieron presentes sin titubeos.

Los rayos del sol comienzan a lamer las paredes de las habitaciones. Se deslizan, de manera subrepticia y en silencio, ascendiendo por los muros. Una tibieza incomparable va penetrando los poros de la madera o el ladrillo llenándolos de acordes generados por la orquesta de pájaros que elevan sus primeros cantos matinales.

Los ojos se resisten a abrirse aún, con la enorme tentación de zambullirse en ese deleite mañanero. Pequeñas rendijas se van abriendo y la luminosidad incipiente ingresa a borbotones oxigenando el espíritu en la suprema continuidad del descanso.

El cuerpo, de manera natural, busca estirarse, sacudirse la pereza adictiva del buen dormir. Las manos se abren y se cierran como si fueran moluscos hambrientos luego de la pleamar, tal vez intentando recuperar cierto grado de movilidad —por algún lado hay que comenzar a moverse— y la boca toma una bocanada gigante de ese aire híper-oxigenado que ingresa como una masa de combustible de alto grado para dar el empuje final de levantarse.

Fede tenía, desde pequeño, incorporado cada uno de estos rituales, solo que a la hora de acostarse decidió mutar la geografía de su cuarto y pasar a la cama de dos plazas del cuarto de su padre —desde la ventana grande los álamos danzaban y el movimiento de sus ramas le sugirió una invitación a sumarse al baile—. Sentía la boca pastosa, sin dudas el Malbec que había devorado con lujuria se estaba cobrando la

resaca. Abrió los brazos en cruz y se estiró, ni siquiera Da Vinci hubiera conseguido emular en sus dibujos la posición que llegó a adoptar. Sonrió satisfecho y se sentó en la cama. Sentía hambre, necesitaba un café.

Se levantó y buscó una toalla. Sin pensarlo, abrió los cajones del placard. Las toallas estaban limpias y acomodadas a la perfección, tal vez aun la mano de la Cebra estaba presente en los hilados de la fina prenda. Él había traído en su bolso un par, pensando que no encontraría nada en condiciones. Volvió a sorprenderse.

La ducha caliente terminó de despabilarlo. Estaba descansado. Las sensaciones en su cuerpo eran las mismas que recordaba. La energía se había renovado como en mucho tiempo no lo había logrado, y las tensiones de la ciudad y su vida personal se habían esfumado. El baño quedó lleno de vapor, los espejos empañados chorreaban gotas de sudor jabonoso.

Se vistió con ropa cómoda, tenía pensado recorrer el terreno y ver el estado de las cosas.

Calentó una taza de café y revisó su teléfono celular, un par de mensajes de su hija lo esperaban con palabras que lo reconfortaban. Tomó un puñado de bizcochos, la taza caliente y salió a la galería a sentarse en el deck y desayunar mirando el arroyo.

El silencio reinaba en la mañana fresca. Los perros, que salieron a recibirlo, se sentaron junto a él. Les convidó un par de galletitas y ellos le mostraron su alegría despeinando el aire con sus rabos.

Tenía que tomar decisiones, pero todo era muy confuso aun en su cabeza. No podía armar un futuro para él. No encontraba aquel sendero del que se había extraviado cuando apenas salía de la adolescencia para convertirse en un hombre, y la suma de desaciertos le pesaba demasiado.

Su padre siempre decía que debía buscar el norte de su felicidad y él —con obstinación— se había empeñado en no seguir ninguno de aquellos consejos. Hoy se daba cuenta de su error. Debía recuperar el buen sentido y de algún modo repensarse. Tal vez su padre lo conocía mejor que él mismo, y si ahora hacía caso de algunas de sus recetas al menos no vería aquella sonrisa con la que Raúl se jactaba y que tanto lo irritaba.

Sabía con certeza que la isla ocupaba un lugar de privilegio en ese futuro. El hecho de no tener que dirimir la herencia con su hermana y

su madre lo colocaba allí como amo y señor de aquel pedazo de tierra que tanto amaba. A ninguna de las mujeres parecía importarle mucho el destino de esa propiedad.

Un ruido interrumpió de pronto el sorbo de café. Los perros se pusieron de pie y en alerta, sin embargo, no dejaban de mover la cola. Miraban en dirección a donde provenían los ruidos, que ahora se multiplicaban: la casa del árbol.

Se puso de pie buscando tener clara la visión del lugar por entre las ramas del follaje. Un par de botas de goma se asomaban por la pequeña puerta de aquella construcción que él había realizado hace años. Una mezcla de enojo y curiosidad se apodero de él. Dejó la taza en la mesa y bajó las escaleras. ¿Quién podía haber osado meterse en su reducto?

En un par de zancadas estuvo al pie del árbol. Aquellos pies seguían allí arriba, su dueño se movía y en cada movimiento los ruidos seguían. De pronto un montón de tierra mezclada con ramas secas y “pinochas” —así se les decía a esos pequeños restos de los pinos con forma de largo alfiler— salió despedido volando por el aire para caer como una nube de mugre sobre él. No solo le estaban invadiendo su refugio, sino que además lo estaban enchastrando. Sintió que el enojo le subía por las mejillas hasta coronar sus cachetes de rojo.

—¿Quién carajo está allí arriba? —gritó.

De pronto se hizo el silencio y las botas desaparecieron en el interior de la casita. Alguien se movió dentro hasta que la cabellera larga y el rostro sonriente de Jimena aparecieron en el orificio.

—¡Soy Jimena! ¡Bienvenido!

Si algo les faltaba a las sorpresas que venía acumulando en este viaje era reencontrarse con aquella hoy mujer.

—Esperá que ya bajo. Solo estaba limpiando acá arriba. Pensé que querrías subir en algún momento —agregó ella.

Federico enmudeció. Esto era mucho más de lo que su capacidad de sorprenderse podía dar crédito. Se recostó contra un árbol mirando hacia la casa mientras desde arriba volvían a multiplicarse los sonidos y nuevas oleadas de polvo caían desde la altura.

Diez minutos más tarde Jimena estaba parada a su lado mirándolo a los ojos.

—¿Me vas a saludar o te vas a quedar allí parado como una estatua? —le lanzó.

Fede pareció salir de pronto de su inmovilidad y le dio un beso, breve y urgente. Jimena seguía provocando en él la misma turbación que en la adolescencia. Aquella sensación era aún hoy para él una incógnita indescifrable. Jimena siempre lo había sabido y disfrutado.

—¿Querés recorrer el lugar? Hace mucho que no venís, tenés que ponerte al día —le dijo en tono imperativo.

—Sí —balbuceó Fede.

—Si querés te acompaño. Hago un par de cosas y te vengo a buscar.

—Dale, te espero —respondió él.

Se sintió un tonto. Ella no solo había invadido su santuario en el árbol, sino que ahora le daba directivas. Él ya andaba por la isla cuando ella aprendía a balbucear su nombre, pero sin embargo ahora actuaba como una isleña de pura cepa, mientras él cumplía el rol de pueblerino.

Jimena... —pensó, y miró su casa en el árbol dispuesto a subir.

Permaneció allí mirando el horizonte isleño por la pequeña ventana. Estaba todo limpio y ordenado allí arriba, no era que hubiera muchas cosas, pero la pequeña mesita y el colchón estaban como si durante todo ese tiempo alguien lo hubiera estado cuidando. Supuso enseguida el nombre de ese alguien y se ruborizó. La belleza de la mujer había aumentado con la edad, tenía aún más de ese misterioso brillo que siempre lo había encandilado y su piel emanaba el tibio aroma de las hembras salvajes. Hoy podía verla, ya como hombre, y se daba cuenta a las claras que ese fuego había sido siempre para él una fuente de atracción.

—¿Te vas a quedar ahí todo el día? —gritó ella desde el pie del árbol.

—¡Ya bajo! —respondió mientras pensaba lo impertinente que era. Se metía en su mundo como si de algún modo le perteneciera. Sonrió. De alguna manera aquella actitud siempre le había gustado, aunque nunca lo reconociera.

Caminaron por espacio de más de una hora, recorriendo el sendero que se perdía en los fondos de la propiedad. Ella iba delante de él, y un poco más allá los dos perros que de tanto en tanto se detenían y los

esperaban como si fueran ellos los guías en aquellas zonas y los estuvieran preservando de los peligros. Todo estaba como él lo recordaba, cada planta, cada frutal con sus primeros retoños primaverales, cada nogal. Se sentía feliz de estar allí.

El aire le llenaba los pulmones y la vida le parecía un remanso de armonía —debida excepción hecha de las caderas de Jimena que parecían pendular como el badajo de un cucú delante de él, llevándolo a parajes desconocidos de su imaginación que, empecinada, le quitaba los ajustados jeans descoloridos.

A orillas de uno de los zanjones del fondo ella se detuvo y lo miró fijo, muy seria.

—¿Vas a vender todo esto? —preguntó, sin rodeos.

—No lo decido aún. —respondió Fede, tratando de sobreponerse ante lo directo de la pregunta.

Ella giró y siguió andando como si nunca hubiera formulado aquella pregunta. Él siguió detenido en el limbo de sus decisiones más trascendentales.

Al volver al arroyo ella siguió tan efervescente como siempre.

—Preparé algo para almorzar. ¿Por qué no venís y comemos juntos mientras conocés mi casa?, después de todo es tuya también y si terminás vendiendo sería bueno que al menos una vez hayas entrado ¿no?

—Tenés razón: acepto. —respondió Fede, no demasiado convencido de querer que las paredes de un recinto le hicieran una encerrona con aquella mujer.

Hicieron una recorrida por los cuartos de la casa de los caseros. Él se limitó a observar sin hacer comentarios. Todo estaba en un orden tan esmerado que la certeza de la mano de ella en la casa principal dejó de ser una cuestión.

Luego, se sentaron a la pequeña mesa de pino que ocupaba el centro de la cocina comedor. El ventanal les mostraba el comienzo del recodo del arroyo y le dio al almuerzo la coronación de una vista única. Ella había preparado unos tallarines con salsa que él saboreó pensando cómo podía coexistir en aquella mujer tanta pasión. Era como si cada cosa que hacía estuviera alimentada por un extraño combustible interior que germinaba en excelencia. Los sabores conjugaban en su

boca en tonadas intensas y lo que era una comida sencilla tenía todos los elementos de un manjar, donde el tomate, las especias y los trozos de carne paseaban por el paladar deleitándolo.

La charla fue de lo trivial a lo profundo, los recuerdos y las historias comenzaron un recorrido de menor a mayor. Pronto no solo estaban al día de sus vidas, sino que se conocieron en niveles que ni siquiera podían suponer uno del otro.

El café se hizo largo y llenó de aromas la estancia.

—Bueno, voy a casa. Te agradezco todo, estuvo excelente. Hacía rato que no comía algo tan rico —dijo Fede.

—Dale, gracias a vos por bancarme, ¡ya sé que hablo demasiado! Ja, ja, ja —se despidió ella.

—Todo bien, ja, ja, y si te parece te devuelvo la gentileza esta noche con un asadito. La noche va a estar estrellada y está cálido, hasta podremos comer en el muelle sin mosquitos. ¿Venís?

—Uh, ja, ja, ja... ¿sabés hacer asado? Mmmmm bueno, correré el riesgo jaja. —respondió ella provocadoramente.

—Vení, comé, y después me decís tu opinión. —respondió él a su desafío.

—¡Dale! Dejaré que el olor me indique la hora.

La siesta se extendió por más de hora y media. Cuando se despertó llamó a su hija.

—¡Hola papá! ¿Todo bien?

—¡¡Si Cyn!! ¡Todo muy bien acá! ¿Vos cómo estás?

—¡Bien pa! ¡Te escucho muy bien!

—Sí, sí, la conexión anda perfecto.

—No, me refería a tu tono de voz. ¡Estás feliz!

Haciendo una pausa Federico le respondió que sí, que estaba muy bien. Luego siguieron un diálogo cargado de preguntas y respuestas de ida y vuelta. Siempre era de ese modo, el diálogo entre los dos rozaba

los límites de la complicidad y la confidencia. Casi media hora les alcanzó para ponerse ambos en situación después de varios días de no estar en contacto, más allá de algunos mensajes de texto.

Se sentía feliz, sí, su hija sabía, a la perfección, detectar sus emociones. No tenía muchas explicaciones para darse acerca de los porque específicos de esa dicha, pero así estaba.

Salió al parque y se dispuso a juntar leña para el asado. La tarde comenzaba a caer y tenía pensado transitar todos los rituales de la preparación de la carne y de la ensalada. No quería quedar mal luego de la exhibición gastronómica de Jimena.

Pronto la noche se hizo cargo de la escena y los primeros trozos de madera comenzaron a crepitar en el fuego. Las luces rojizas destellaban en el agua del arroyo y el olor a madera quemada le impregnó de recuerdos la nariz. Otros tiempos, otros asados, otros protagonistas de privilegio en su vida. Atizó las llamas y cuando estaba por descorchar una botella de vino tinto sintió la voz de Jimena a sus espaldas:

—¡El vino lo pongo yo!

La cena fue una continuidad del almuerzo y el arroyo les mostró su cara más calma. Copas y risas entre bocados de lechuga, tomate y cerdo asado.

La noche comenzó su viaje entre las estrellas, extendiendo su telón sobre ellos. Y la magnificencia del lugar puso un sello a las palabras coronando el silencio nocturno.

Agua, estrellas, verdes nocturnos y el vuelo de algún ave desvelada.

Ella le tomó la mano y él se dejó llevar. Dieron algunos tropiezos y subieron a la casa del árbol. El encendió el pequeño farol y le dio un beso.

CAPÍTULO 15

Creo que ha llegado un momento en el relato en que debo presentarme. Mi nombre es Federico Prinz. Tengo 34 años y hasta esta etapa de mi vida he transitado por muchos caminos que te habrán sido familiares. Desencuentros, desilusiones, frustraciones, alegrías y un sinfín de situaciones que más allá de haberlas vivido con intensidad no dejaron que, en mi más profundo interior, tuviera esa sensación intima de haber llegado en mi vida adonde hubiera querido, adonde soñaba. ¿Te pasó? ¿Te pasa?

Sin embargo, la vida está llena de esquinas, y a la vuelta de ellas vive un mundo desconocido que sólo se abre al seguir avanzando. Es historia… la mía, tal vez la tuya.

La vida está siempre plagada de dobleces.

Hasta ahora he transitado tres de mis quiebres, desconozco cuántas más me quedan, pero te puedo asegurar que con lo que hoy soy podría detenerme aquí mismo. Al fin siento que estoy donde quería, dándome a mí mismo testimonio de que es posible.

Tal vez mis dobleces hasta hoy solo hayan sido tres, pero no siento la necesidad de ir por más.

Mi padre fue uno de ellos. La relación con él tuvo sus propias aristas, pero siempre desde el mismo lugar: nuestra simbiosis emocional. Lo confieso: nuestra unión iba mucho más allá de los acontecimientos que te he narrado y todo lo que vivimos siempre fue desde allí, con nuestros caracteres —que por cierto nunca nos ayudaron mucho—.

Hoy lo entiendo, era un hombre intenso, que se bebía la vida a tragos, pero desde un estado de conciencia plena de cada uno de sus sabores. Siempre me supo, siempre estuvo allí, unas veces a la espera, unas veces desde la bronca y la impotencia, siempre desde el amor.

Otra de mis esquinas fue el mundo sentimental. ¿Te preguntás a estas horas que pasó con Jimena luego de aquel primer beso que le di en la casa del árbol? Bueno, me guardaré los detalles para mi regocijo íntimo, pero te diré que no volví a salir de la isla hasta dos semanas después de ese momento. Cuando lo hice fue para renunciar a mi empleo y volver al Delta. Hoy trabajo, perdón, trabajamos allí, sí, con Jimena —aunque el embarazo de ella hoy la tiene un poco quieta— todo lo que aprendí de

electricidad me sirvió para convertirme en el electricista de la isla, y lo que ella me enseñó en la cocina nos sirve para tener nuestro pequeño emprendimiento de mermeladas y esas cosas.

¡Claro que soy feliz! Como nunca y con mucho menos —desde lo material digo, porque desde lo otro me siento el mayor de los millonarios—.

¿Cynthia? Ella es uno de mis pilares fundacionales. Creo que de alguna manera estoy repitiendo la historia de mi padre, pero tratando de no caer en lo que sentí que fueron sus errores. ¡Está muy ansiosa esperando a su hermanito! Ella quiere una niña, como Jimena, ¡y yo no sé si podré sobrevivir a tanta hormona femenina a mi alrededor jaja!

La "Doncella" está lista para salir de parto. Vos sabés cómo es la isla en eso. ¡Estoy seguro de que nacerá en casa! ¡Todos los vecinos esperan el momento!

En el centro de todas las esquinas ha estado siempre la casa, mi herencia, "La Herencia".

Tal vez mi padre le dio ese nombre como un conjuro, no lo sé. Sí estoy seguro que estas paredes que hoy me cobijan y le dan techo a mi familia son parte de mi naturaleza. Las he amado y necesitado desde el mismo día en que las conocí. Creo que todos necesitamos de alguna forma ese regreso al útero materno que nos dan nuestros muros. Nos sentimos a salvo allí, como si la tierra fuera nuestra madre biológica y nuestra casa el vientre materno con una placenta llena de ríos y arroyos.

Creo que todos tenemos una casa por allí, y que de alguna extraña manera hacemos con ella lo que con nuestra propia madre.

Te conté mi vida en estas páginas, como si se tratara de otra persona. Poniéndome en perspectiva de mis propios acontecimientos y reviviéndolos en cada párrafo.

Por lo pronto me siento integrado al mundo en el que he elegido vivir. Las piezas de mi rompecabezas están en su lugar.

Ojalá vos también tengas tu herencia a la vista, porque de eso se trata, simplemente de ser feliz...

Federico Prinz

PARTE DOS

CAPÍTULO 16

La oscuridad nocturna del otoño, con pereza, llenó la noche de una espesa niebla.

El río se volvió una serpentina gris. El aire, denso y pesado, se posaba sobre el agua. Las casuarinas trepaban al cielo buscando una bocanada de aire limpio. El mundo se suele mover en cámara lenta en esta época del año, a esas horas.

Apenas audible, el sonido de las palas de un remo pasaba desapercibido.

Los perros estaban inmóviles, luego de haber encontrado refugio de la humedad, inmersos en la pereza.

Todo era de un profundo silencio. Una eterna quietud envolvía el Delta.

Dentro de las casas, el sueño se convirtió en la mejor opción a la espera del amanecer. Algunos pocos trasnochados cabeceaban frente a pantallas de TV ignoradas; otros, desvelados, escudriñaban por las ventanas intentando despejar la espesura, con miedo. Tensa vigilia.

Era una noche ideal para que las leyendas urbanas cobraran vida, para que los demonios abandonaran la profundidad de sus madrigueras y salieran de cacería.

Jimena y Federico dormían, exhaustos de amarse. Las piernas de él cubrían las de ella, los brazos de ella se apretaban en el pecho de su hombre, buscando refugio. Sus respiraciones se confundían. Un suave olor emanaba de sus cuerpos, inundando la habitación de memorias.

La figura humana detuvo su remada. Dejó el remo a un costado y se puso de pie. Las aguas estaban tan quietas que la pequeña embarcación de madera apenas se movía. Una capa de lluvia negra le cubría el cuerpo de la cabeza a los pies, fundiéndose con el color del bote.

Con un suave movimiento de las manos se liberó, dejando su cuerpo, delgado como una espiga, expuesto a la nube de humedad nocturna. Solo era una silueta deforme, esfumada en trazos irregulares. Hombre,

mujer o niño eran preguntas de respuesta imposible.

Tomó del piso de la embarcación un arco y una flecha. La afilada punta sirvió para sostener un hisopo embebido en combustible. El olor de la nafta se dispersó en las pequeñas gotas de agua de la niebla. Extrajo de un bolsillo un encendedor y con un chasquido encendió el mortal dispositivo. Los destellos rojizos intentaron dar una alerta imposible.

Sin prisa, colocó la flecha incendiaria en el arco, tensó la cuerda, y buscó con la mirada su objetivo. Luego soltó el aire de sus pulmones y dejó que la saeta buscara su destino. El impacto fue sordo y eficaz. Pronto las llamas comenzaron a crecer incontenibles, de abajo hacia arriba, devorando a su paso todo lo posible.

La figura ya se perdía en la espesura cuando se oyeron los primeros gritos. La desesperación tapaba el golpe de los remos. Una sonrisa invisible se dibujó en los ojos asesinos.

En otros lugares de la isla, los insomnes miraron sus relojes. Ya habían pasado las tres y media de la madrugada, la hora de las llamas había pasado. El fuego no los había buscado. Al menos no esta noche.

Un grupo de vecinos escuchó los gritos de Jimena y Federico y acudió de inmediato. Las llamas estaban concluyendo su obra maléfica. Poco quedaba ya de la casita del árbol. No pudieron más que contemplar lo que ocurría, impotentes de impedirlo.

La humedad de la noche había colmado de perlas la copa del árbol, pero las hojas secas no pudieron resistirse al suicidio del fuego.

En la mañana todo era cenizas… y misterio.

CAPÍTULO 17

El amanecer plasmó en el horizonte tonos y matices. Unas nubes se asociaron de manera extraña y, sin querer, dibujaron entre gamas difusas los colores de la bandera de Bélgica. Maravillas exóticas del Delta. Con toda seguridad, algún remero madrugador estaría ya buscando la toma perfecta para compartir en sus redes sociales.

Mientras tanto, a la “La Herencia” —así se llama la casa de Jimena y Federico, en aquel arroyo con tantos nombres— ya había llegado la lancha de la Prefectura y un paupérrimo semirrígido del cuartel de los bomberos voluntarios de la isla. Los unos hacían preguntas absurdas y llenaban planillas con anotaciones estériles, los otros cumplían el rito de desparramar agua y revisar las cenizas buscando indicios. Repetían una escena que en los últimos meses se había vuelto rutinaria.

Los episodios de incendio deliberado se habían comenzado a repetir en los últimos meses. Las madrugadas, en que la luna llena hacía vigilia, habían incorporado a sus rutinas alguna columna de humo elevándose entre la vegetación de la isla. Arrastraban la locura de alguien que había elegido ese método de agresión caprichosa y, en apariencia, azarosa, como una exteriorización insana.

Ningún elemento quedaba en los lugares atacados. Los investigadores no podían conseguir alguna línea de razonamiento que los llevara a esclarecer las cosas. Parecía imposible poder detener al demente que había conseguido instalar, en los isleños, el miedo a la nocturnidad. Todos sabían que una vez, cada treinta días, podían encontrarse en la mira de quien los arrastraría, sin prejuicio, a la miseria y la desolación que solo la pérdida de todo ponía por delante.

La angustia los llevaba al desvelo, a la creación de redes de comunicación y alerta, al intento de organizar vigilancias y sistemas que los pusieran a resguardo de la ilógica que enmarcaba todo aquello. Algunos, también, dejaban que la ruleta de fuego girara a su antojo, creyendo que, si tenía que suceder, por capricho del hombre o de algún dios inmisericorde, solo debían resignarse al castigo divino.

Jimena y Federico observaban en silencio el ir y venir.

El alboroto que se produjo despertó al pequeño Nicolás, que encontró

refugio en los brazos de su madre, hurgándole la ropa. Buscaba el pecho hinchado y brillante de Jimena, que no solo le llenaría la panza de las dulzuras de la leche materna, sino que también le calmaría la tensión que se respiraba en el ambiente.

Luciana, apenas abrigada por su pijama de jogging invadido de los pequeños animalitos del bosque, encontraba la calma en la mano de su padre. Con sus mínimos tres años había aprendido que aquella mano, que mezclaba rudezas nuevas con viejas suavidades, era el rincón perfecto para enfrentar sus miedos y sus angustias.

Los cuatro armaban una fotografía de la sorpresa y el desconcierto. Más atrás, desde el deck de la casa, Vangy —la gata indiferente, obstinada y refinada— se relamía el cuerpo con frenesí, alisando e higienizando rincones imposibles, aun en contorsión circense; Ronco —un perro sin raza ni linaje— le hacía los honores a su nombre lanzando ladridos distorsionados en un tono tan bajo que no inquietaban a nadie, su mirada recorría a los extraños entre la curiosidad y el cumplimiento de sus deberes de guardia, pero sin animarse a más —¡una cosa era dar aviso y otra muy distinta hacerse el héroe entre tanta gente! Ya tenía experiencia de ser pateado por valiente—.

Uno de los bomberos revolvía en el suelo, al pie de lo que había sido un árbol de frondosos veranos. Con una pequeña pala y un tridente en miniatura intentaba separar despojos de árbol quemado. Se mezclaban maderas y clavos retorcidos con algún vestigio de los peluches. Luciana los amontonaba en la casita cuando Fede jugaba con ella a ser guardaparque. El uniforme del voluntario daba testimonio de mil jornadas. Pequeñas rajaduras, colores que otrora fueron vívidos y el paso de las hogueras y los tiempos habían apagado —si es que el uso de esta expresión se puede permitir—. Cicatrices de una vocación bien aplaudida y mal paga.

De pronto, el hombre pareció obsesionarse con un pequeño montículo de restos. El tridente se clavaba una y otra vez entre los despojos. Unos pastos verdes se mezclaron con las negruras del rescoldo, que aun humeaba. Dejó la herramienta —casera a todas luces— a un costado y, con la torpeza de su mano enguantada, tomó un objeto. En cuclillas, apenas se podía adivinar qué hacía. Pero, al ponerse de pie, acercó su rostro al cuenco de la mano, donde sostenía una pequeña pieza de metal que se empeñaba en brillar. Con dos dedos de su mano libre sostuvo el objeto, observándolo en toda su dimensión. Sonrió victorioso. Un triunfo en medio de la devastación. El árbol reducido a la nada; la vieja y memoriosa casa del árbol, jamás regresarían, pero

aquel sujeto se sentía victorioso con aquello en su poder. Ironías de las personas.

Sin perder la mueca, se puso de pie y caminó hasta un oficial de Policía —si faltaban actores en la escena dantesca eran ellos— entregándole el objeto. El inspector Leónidas —así se llamaba— estaba a cargo de la Dirección de Investigaciones de la Policía de la Provincia de Buenos Aires, Destacamento Islas. El juzgado de San Isidro, que intervenía en las múltiples causas, le había solicitado que se pusiera al frente. Era un viejo sabueso al que aún le quedaban algunos dientes. Su panza voluminosa no había interferido en su carrera. Algunos excesos lo colocaron al borde del abismo y un antiguo favor sirvió para que fuera destinado a un lugar alejado, tranquilo y con poca prensa como el delta bonaerense. Aquel caso del incendiario le había dado un protagonismo inesperado, que no deseaba. Prefería mantenerse en las sombras, administrando algún que otro negocio que le auguraba una plácida pensión.

Leónidas sacó de su maletín una bolsa de pericias y guardó aquella pieza de metal que iría a sumarse en su despacho con otras seis puntas de flecha. Los adminículos habían sido analizados en los laboratorios forenses sin dar más resultado que la certeza de su origen. Se trataba de material de mucha calidad que no se fabricaba en el país, tampoco se comercializaba ni siquiera en el mercado negro de las armas sofisticadas. Era de origen inglés y por las características que remitió el fabricante, a pedido del Juzgado, era utilizado por expertos en arquería que se dedicaban a la caza mayor, no existía registro de compradores, porque solo se comercializaba en Londres y algunos países de África, en donde la caza se inscribe en esa extraña lista de deportes inexplicables.

El viejo policía se sentía cansado y deseaba resolver aquel caso de la manera más rápida posible. Quería sacudirse de los hombros la mirada inquisidora de los periodistas y volver a la dulce espera de su retiro. Había descubierto los placeres del papeleo estéril. Se frotó las manos. La mañana estaba fresca y tenía ganas de tomar unos mates calientes en su despacho. Guardó la prueba encontrada y se encaminó a charlar con Fede y Jime. Los conocía, en especial al padre de Federico, un abogado duro, de la vieja escuela, que lo había enganchado en un par de faltas que le costaron sanciones y ascensos. “Mala leche tener que andar cuidando ahora al hijo del sorete”, se decía a sí mismo.

La charla con la pareja duró lo necesario. Más allá de su antipatía por los Prinz estaba la certeza que el incendiario no los tenía en la mira por nada en particular. Solo eran uno más en la lista aleatoria de

víctimas. Diez minutos después se subía a la lancha policial y se encaminaba al destacamento de Río Carapachay.

El desfile de Prefectos, bomberos y vecinos se prolongó por el tiempo justo que Nicolás tardó en vaciar las dos tetas de Jimena. Junto al sueño del pequeño llegó el silencio. Vangy siguió acicalándose, mientras Ronco daba sus últimos ladridos desde el muelle, aunque más no fuera para cuidar las apariencias.

El sol comenzó a inmiscuirse en la mañana otoñal disipando la neblina. Para cuando llegó la media mañana la calma había vuelto y solo quedaba en el aire el olor de la madera quemada. Los Prinz miraban por el ventanal en silencio, tratando de encontrar explicaciones.

En la memoria de Fede se hizo presente su padre. No pudo menos que imaginarlo recorriendo el parque, dando directivas, y diagramando reconstrucciones. Aun con el suelo caliente de la hoguera, ya hubiera estado proyectando cómo seguir, como volver. A él le costaba reconocer que llevaba en la sangre aquella genética, pero sin querer se encontró mirando la pila de maderas que habían comprado para realizar algunas refacciones y, paseando la miraba, buscando un árbol que reuniera las condiciones justas para una nueva casa. Sabía que Luciana la disfrutaba y estaba seguro de que Nicolás también lo haría llegado el tiempo.

Jimena conocía a su hombre, lo conocía desde pequeños y supo, de inmediato, que aquella ampliación en el cuarto de los niños iba a tener que esperar un tiempo más.

CAPÍTULO 18

Mucho antes de la primera vez lo había estudiado cien veces, y otras cien lo había practicado. No le gustaba improvisar, no le gustaba fallar.

Toda su aplicación en las clases de geografía, de aquella escuela privada de nombre extranjero, le habían servido para algo: podía descifrar los contenidos de un mapa con facilidad y, mucho más, las cartas náuticas, que abundaban en datos y coordenadas. Echar mano a un buen GPS no había sido un aporte despreciable.

Tal vez lo más difícil de todo aquello haya sido superar su desprecio por el agua. Desde la niñez sentía un profundo rechazo por ese medio, fuera en el mar, el río, o una laguna. La sensación de no poder controlar qué es lo que ocurría, donde sus ojos no llegaban, le producía repudio. La pileta del natatorio de la escuela era, en cambio, un espacio de confort. Sus épocas escolares le habían dado virtud para moverse en el agua, lo que significó reconocimientos, premios e incluso la distinción de representar a la institución en competencias intercolegiales. Su figura delgada y espigada le daba la misma celeridad que una anguila, aunque, en estos tiempos, prefería semejarse a un frío escualo.

Tenía paciencia y memoria, virtudes de cazador. El odio le alimentaba el espíritu. Había crecido con ese sentimiento en su interior. Al principio, en la infancia, creía que tenía otros nombres, pero luego, cuando pudo desmenuzarlo en infinitas charlas terapéuticas, en innumerables desfiles por psicólogos y psiquiatras, a los que su madre les derivaba el inútil intento de corregir su personalidad, se dio cuenta de que era odio. Simple y llano. Le brotaba desde lo más profundo de sus malogradas tripas. Desde lo más despojado mil veces de sus vísceras.

No se trataba de auto flagelarse o de alguna psicopatía social. Tampoco de desprecio por el universo, los seres humanos, o incluso alguna suerte de deformación genética hereditaria. Algún especialista intentó acercarse al origen revolviendo, freudianamente, en su infancia, y casi lo logró, pero su instinto de supervivencia, bien afinado, lo percibió y fue suficiente con algunas llamadas anónimas amenazando a su familia para que se excusara de continuar la terapia.

Toda su adolescencia hizo gala de una fría crueldad.

Su madre, ciega de toda ceguera, con su manía de ocultar la realidad, se negaba —vaya a saber por qué— a reconocer sus niveles de perversión. Ni siquiera en los episodios de intento de suicidio o aquella otra vez que se arrojó de lleno a la inanición como método autodestructivo pudo entrever algo más allá y se limitó a atribuir esos desequilibrios a la “loca adolescencia” de los tiempos modernos.

Por suerte, y gracias a aquel especialista del que nunca volvió a saber, encontró un hilo conductor para auto descubrirse. Pero, no fue hasta aquella noche, en la soledad del piso de la Av. del Libertador —su madre andaba practicando su fingido altruismo en reuniones de beneficencia—, cuando al hojear un viejo álbum de fotografías se dio cuenta de cuál era la chispa del origen, lo que había disparado su odio. Pudo enfocarse, reorientarse y comenzar a andar el sendero que había conducido sus pasos hasta hoy.

De alguna manera retorcida se sentía feliz. La siembra de fuego que venía realizando tenía principio y fin. Nada se pondría en su camino, y menos ahora que la punta del iceberg comenzaba a asomar. No podía apartarse ni un milímetro de su plan. Debía mantener la calma y la precisión a pesar de la euforia.

Quinientos metros más adelante dejó los remos a un costado. El pequeño motor de 3 HP no pesaba gran cosa ni ocupaba demasiado espacio. En un par de movimientos estaba colgado de la popa de la canoa y el sonido que emanaba no alcanzaba ni siquiera a despertar a los perros perezosos. Tomó velocidad y se perdió en los recodos de la noche. Si alguien hubiera podido verle el rostro hubiera quedado impactado por la blancura de sus dientes que resplandecían en la sonrisa.

El trayecto se extendió por veinticinco minutos. Cuando el río Luján se hizo presente respiró una gran bocanada de aire y encaró hacia el Canal San Fernando. Las aguas estaban calmas y lucían como una plácida capa marrón inmóvil. Al dejar atrás la ancha vía de agua y entrar al canal apagó el motor y volvió a los remos. Era parte de su plan y su ritual: llegar al desvencijado muelle de manera imperceptible.

Con movimientos estudiados y practicados, subió a las maderas medio podridas, el motor primero, después el estuche negro que guardaba su arco, por último, el pequeño bidón de combustible. De pie sobre las tablas buscó, en la oscuridad, alguna mirada curiosa que debiera

silenciar. Si las había estaban a buen recaudo, en “El Garrote” los habitantes de la noche saben que no tienen que ver lo que no es de su incumbencia. Bajó los escalones, de regreso al agua, y extrajo el tapón que mantenía el aire dentro de la canoa. Poco a poco sus formas se fueron desdibujando hasta convertirse en una masa informe, perdiendo el aliento que le daba el valor de sostenerse a flote. La sacó del agua hedionda, la extendió y plegó hasta que quedó reducida a un pequeño bulto.

Por segunda vez repasó los alrededores con mirada aguda. Nadie a la vista. Solo en una oportunidad un muchachón se había animado a hacerle frente. Quiso robarle, tal vez, y la sorpresa inicial se volvió dureza inmisericorde cuando sintió el frío de la hoja de un cuchillo, intimidante, en su cuello. Lo que vino después fue parte de ese camino sin retorno. Un par de movimientos rápidos y precisos y el cuchillo había cambiado de mano mientras se hundía en el estómago del grandulón. Se tomó con las dos manos el vientre y antes de que pudiera emitir un gemido le llegó el segundo latigazo de aquella mano en la garganta, dejándolo mudo para siempre.

Al repasar la situación se dio cuenta de que debía dejar un mensaje más contundente que un cadáver sin sentido, por si algún otro drogón aventurero pensaba ponerse en su camino.

Arrastró el cuerpo hasta el muelle y lo tendió boca arriba, en la entrada misma. Le corrió la cabeza hacia atrás para que el tajo limpio que le hizo quedara, sin dudas, expuesto. Le acomodó la mano sobre la boca de manera que luciera como esos cuadros que se ven en algunos hospitales donde una enfermera pide silencio. El mensaje no podía ser más claro.

A ciencia de verdad aquel no fue su primer muerto —humano al menos, ya que muchas veces había descargado su instinto en animales —. Fue la primera vez con un cuchillo. La primera vez de ese contacto directo con una carne que había decidido pasar a mejor vida. Sintiendo como el aire se escapa de los pulmones y la mirada se vuelve vidriosa, luego vacía.

El barrio comprendía de manera cabal ese tipo de señales, nadie dudó ya acerca de que se podía y que no, en las noches especiales de cada mes. No hubo informaciones en los noticieros que dieran cuenta de algún homicidio en la zona. Durante el tiempo que vino después, en las noches de luna plena, nadie se acercaba a ese muelle.

Desplegó el carrito y ordenó las cosas. La capucha que le cubría el

rostro le molestaba, pero era necesario mantenerla así hasta subir al Renault 12 que estaba estacionado entre otros adefesios rodantes, a unos cien metros de distancia.

Llegó al auto y dispuso todo en el baúl. Se sentó, respiró y giró la llave de arranque —la dejaba siempre debajo de la alfombra de goma, no quería correr el riesgo de que se le cayera al agua, aunque, en última instancia, siempre podía robar alguno de los otros cascajos—. Nadie podía sospechar que debajo del capot del destartalado automóvil había un motor certero y dispuesto a no defraudar.

Salió del barrio cruzando el paso a nivel. Ya no llevaba la capucha puesta y su aspecto no desentonaba con otros lugareños. El oficial de policía del destacamento le apuntó con la linterna al pasar y con un ligero cabezazo respondió al saludo. El vehículo se perdió en la noche rumbo a Benavídez.

Media hora más tarde el viejo Renault 12 entraba por el portón de rejas de una casucha en la calle Sarmiento. Descendió del automóvil e ingresó en el rancho. Era una vivienda con apenas dos cuartos miserables y un baño. Una vieja cocina con una garrafa y un catre roñoso eran todo el mobiliario. Le alcanzaba para prepararse un café y tener donde apoyar las pocas cosas con las que se movía.

Se desnudó completamente. Aquella ropa andrajosa le revolvía el estómago, y la peluca le daba comezón. Sacudió la cabeza y su cabello tomó el vuelo natural. Metió todo en una bolsa negra de consorcio y la apretó en un rincón del armario que estaba junto a la cama. Detrás de otros harapos que había ido amontonando. Sacó de una percha su ropa de calle, y se vistió mientras daba sorbos al café, que aún humeaba. Se sentía mejor con ese calor recorriéndole las tripas.

La noche aún no terminaba.

Cerró con una cadena y un candado la puerta de la covacha. Revisó que el auto estuviera cerrado y se encaminó al fondo del terreno. Disimulada, entre la enredadera, tanteó hasta dar con el cerrojo de una puerta de alambre, que cedió con facilidad.

Instantes después estaba en la casa lindera.

Era como haber cruzado a un universo social diferente. No tan lejos del anterior pero ostensiblemente distinto. La construcción de material estaba prolija y en buen estado de conservación. El césped cortado y algunas plantas exhibían sus últimas flores. Las luces del interior estaban encendidas. El rumor de las voces de la TV salía como un

murmullo inentendible. Un ovejero alemán se acercó, meneando la cola, al mismo tiempo que se abría la puerta trasera de la propiedad. La silueta de una anciana se dibujaba en el contraluz. No hubo diálogo. Solo una fugaz caricia sobre el rostro de la anciana y seguir camino hacia el frente, atravesando los cuartos, allí donde el living daba acceso al garaje.

La camioneta Honda brillaba, su color oscuro parecía emanar destellos lumínicos, con los pocos rayos de luz que llegaban del exterior. La puso en marcha. El motor emitió un zumbido poderoso. Rebuscó en el interior de la guantera y extrajo un sobre. La anciana se recortó sobre la puerta, sin acercarse. Sacó la mano por la ventanilla y le extendió el sobre que la vieja metió, con diligencia, en el bolsillo de su batón. Luego fue hacia atrás y abrió la puerta del garaje.

Todo fue silencio entre ambos. Una danza armoniosa de cuerpos cumpliendo los roles asignados sin necesidad de otro intercambio.

Pisó el acelerador y el motor silbó por la calle Bartolomé Mitre. Luego dobló en Chaco, buscando la avenida que le permite alejarse de aquel lugar que le repugnaba. Al menos hasta la próxima vez. Pronto. Su plan ya estaba en marcha. Sentía la adrenalina suficiente como para no poder detenerse hasta el final.

Una hora más tarde ingresaba en las cocheras de su edificio. Las luces de la mañana comenzaban a desperezarse. El portón de las cocheras se deslizó hacia arriba y la camioneta se zambulló hacia el subsuelo.

Estacionó en su espacio privado y deslizó la tarjeta de identificación por el panel del ascensor que se abrió de inmediato. En soledad y silencio llegó al piso séptimo, se observó de reojo un par de veces en el espejo. No podía disimular la sonrisa de satisfacción. Una llave electrónica le permitió acceder a su departamento. Su viejo perro pug se acercó a hacerle los honores del recibimiento. Se agachó y lo llenó de caricias. Luego se fue directo al cuarto de baño. La suite se iluminó y el sonido de la bañera de hidromasaje le llegó mientras se desvestía.

Mañana sería un día normal.

CAPÍTULO 19

Muchas veces la reflexión nocturna es un bálsamo, otras tantas es el anticipo de un vendaval.

El día del atentado a su vieja casa del árbol Fede permaneció taciturno, casi detenido en el tiempo. Jimena no pudo acceder a su silencio, a pesar de haber buscado las grietas que ella le conocía. Mudo y deambulando por el parque, de a ratos entretenido con alguna poda tardía, entrando y saliendo del galpón de herramientas.

No se daba por vencida, pero tampoco podía dejar de intentar comprender qué le ocurría a su marido. ¡Después de todo no era más que una casa para juegos, en un viejo árbol!

En un intento supremo, luego de tratar que se abra enviando a él a los niños y sus demandas, echó mano al último recurso: Cynthia. Federico era vulnerable a su hija mayor. Con seguridad, el contacto con ella lo haría salir del silencio. Solo era cuestión de encontrar el momento en el que sugerir que la llame y le cuente lo sucedido.

La mañana pasó, luego el almuerzo y la siesta. Fueron esas dos horas de descanso las que le dieron la posibilidad de encararlo, viendo que no podía concretar la modorra de la panza llena. Fede la miró en profundidad, tenía los ojos rojizos —mala señal— pensó ella.

Muchas veces él había ingresado en estados parecidos. Daba la sensación de alejarse, de tomar distancia del mundo. La isla era similar a estos momentos de su hombre, un lugar silencioso y plagado de rumores secretos. Pero él, alguna vez, le había mostrado que siempre había un resquicio de su humanidad por el que ella podía acceder a rescatarlo. Este era sin dudas el día y el momento para tomar ese camino.

Tendidos en la cama, próximos y sin contacto. Los niños en silencio, en el cuarto contiguo. Ella hizo lo que, más allá de un gesto simple, encerraba la línea de vida que los mantenía unidos. Le tomó la mano… él se estremeció como si lo estuvieran despertando de un letargo. Al principio se dejó tomar. Luego devolvió el apretón, firme, cálido y sincero. Ella disimuló una sonrisa. Había llegado a rescatarlo, una vez más: justo a tiempo.

Pasado el instante de calidez, de besos dados en la mejilla, ella le buscó la mirada. Él se cobijó en su pecho y lloró. Aunque las palabras no brotaran, el diálogo de los ojos comenzó despacio. El resto del día se fue a media voz. Todavía no había tocado fondo, sabía que la oscuridad podría ser un camino áspero para recorrer. La sugerencia de Jime para que pusiera al día a Cynthia no llegaba a afirmarse como una idea, al menos no con ese cúmulo de sensaciones deambulando en su memoria.

Hay momentos especiales en la isla, durante cada jornada. Uno de ellos es el anochecer. Es cuando todos los colores se encaminan al sueño, cuando las imágenes hacen lugar a los sonidos. La tierra y el agua se funden y por entre ellos se elevan los últimos graznidos, los crujidos de la madera en movimiento, los pequeños golpes del arroyo contra las estacadas, el silbido del viento buscando deslizarse entre las ramas de los árboles —como si cada especie fuera un instrumento afinado, con magia, para dar el grito de una orquesta de aires frescos —. La pequeña batucada de la noche isleña es así, voluptuosa, extravagante y única. Los seres humanos tienen, a su disposición, un planeta lleno de melodías nocturnas, una geografía entera de espacios, pero la isla, dormir en ella, es, tal vez, el mejor de todos ellos. Para algunos significa la posibilidad de pernoctar dentro de un arcoíris.

No eran más de las veintidós treinta cuando “La herencia” ya formaba parte de aquella sinfonía. Todos dormían menos Fede, que parecía inventariar las vetas en las tiras de pino del cielorraso de la habitación. Inmóvil, su pecho estaba en el sube y baja imprescindible, no quería despertar a Jime, aunque la necesitaba tal vez más despierta que nunca.

Sonrió, nunca dejaba de admirar aquella capacidad de su mujer de poder conciliar el sueño, aunque “el mundo se estuviera viniendo abajo”, el dormir era más fuerte que sus peores enemigos y aun habiendo tenido un día lleno de contratiempos el efecto de su cabeza sobre la almohada era casi inmediato y se prolongaba, con respiración plácida, en brazos de Morfeo. Él, en cambio, era el magnate de los insomnios y si el día le dejaba algún alfiler extraviado en un pajar era seguro que el amanecer lo encontraría con la mirada clavada en la ventana buscándolo.

Esta noche, sin embargo, sentía miedo de zambullirse en sus pensamientos. Sabía que, de manera inevitable, se levantaría de entre los muertos su padre, Raúl. Guardián y verdugo de todos sus acontecimientos. Hacedor y ariete de sus sueños y, sin dudarlo, el orfebre de aquella felicidad que Fede vivía en estos tiempos, al menos

hasta que la madrugada se tiñó de llamas.

CAPÍTULO 20

La almohada perezosa consiguió vencer los pensamientos de Fede. La noche isleña fue desplegando el misterio de su silencio. Recuperando costumbres de la niñez, habló inconsistencias cuando la profundidad del sueño permitió salir a la superficie vestigios del pasado tatuados en su inconsciente.

Su padre deambuló esas pesadillas repartiendo directivas y consejos. También se mostró inflexible, ordenando reconstruir la casa del árbol.

Fede dio un respingo y se sentó en la cama. Había sentido la presencia de su padre tan real que tuvo que levantarse y dar una vuelta por el cuarto de los niños para certificar su existencia en este presente que se abría por delante. Las palabras de Raúl no dejaban lugar a la duda: volvería a construir aquel espacio infantil en otro árbol, mejorando la que fuera destruida.

Esa era la actitud que llevaba inculcada desde siempre: no darse por vencido y subir la apuesta.

Los niños serían, sin dudas, los beneficiarios de aquel estilo de vivir que había heredado junto a la isla. Pensó en Cynthia que, iniciando la adolescencia, ya comenzaba a mostrar los trazos de la naturaleza Prinz que llevaba en la sangre.

La mesa del desayuno lo encontró sonriente y entusiasmado. Jimena lo miraba y renovaba su admiración. Sin dudas había elegido el hombre a su medida: recibía los golpes, pero tenía la capacidad de reinventarse y remontar las vivencias empujado por un optimismo que no podía ella intuir de dónde brotaba, aunque rememorando las historias que solía contar su padre, acerca de cuando se fueron a instalar en la isla, junto al entonces más prestigioso abogado penalista de la Ciudad de Buenos Aires, no sentía dudas acerca de la genética como manantial retransmisor.

Fede no paró de explicar a los niños lo que tenía pensado hacer. El pequeño, desde la silla de bebés, mientras desparramaba papillas, no entendía nada aún, pero la alegría que Federico expresaba, con seguridad, le llegaba. Luciana, en cambio, estaba muy atenta a todos los detalles y contagiada de entusiasmo proponía ideas. Luego de

devorar las tostadas, ambos salieron al parque para encarar la tarea de elegir cual sería el árbol para el pequeño palacio de juegos. Jimena los observaba por el ventanal, decidió que lo mejor era dejar a padre e hija proyectar juntos.

La elección recayó en un viejo árbol de paraíso que había resistido su propia caída. Muchos años atrás el terreno fangoso, sumado al peso de la planta, hicieron que se inclinara poniéndolo al borde de su existencia. Por aquel entonces Raúl tomó la decisión de podarlo, reduciéndolo a lo mínimo posible, de manera que el peso no terminara por derrumbarlo. Como si la planta hubiera comprendido la idea se mantuvo viva, pero apenas brotando por un par de años. De a poco extendió una trilogía de ramas formidables que partieron en direcciones diferentes buscando el equilibrio. Ahora se abrían, permitiendo que la base que Fede y Luciana planeaban pudiera ser un espacio óptimo; y el tronco inclinado una escalera natural.

Padre e hija buscaron las tablas y tirantes adecuados. Luciana absorbía conocimientos y explicaciones. En el futuro, todo aquello sería el germen de una amazona isleña. Conversaban animadamente. Reían. Jimena comenzó a creer que aquel incidente, cuanto menos, significaría una unión más profunda entre ellos.

Los días siguieron. Matizados entre la asistencia de Luciana al jardín de infantes de la escuela de islas, el trabajo de Fede, y las interminables tardes en que compartían codo a codo cada paso de avance en la reconstrucción. Días que luego fueron semanas.

En la escuela, los compañeros de juegos de la niña la escuchaban con pasión y un cierto toque de celos. Algunos incluso participaron en la obra, luego del horario de clases y en los fines de semana.

Fede estaba radiante pero no perdía oportunidad intentando adivinar si alguno de aquellos niños podía, con el tiempo, venir a disputarle la atención de su pequeña hija. Celos prematuros.

La nueva luna llena trajo otro episodio de fuego a la isla, y la siguiente uno más. Las visitas del inspector Leónidas cambiaron de orientación temática, comenzó a sentirse a gusto con aquella familia. No tenía nada nuevo que informar, ni pistas que seguir, pero ver cómo habían reaccionado ante lo sucedido lo impulsó a empujar el vínculo hacia la amistad. Todo era aleatorio y antojadizo, según él evaluaba en los acontecimientos que venían ocurriendo. Federico coincidió con el policía en la medida de que otros vecinos —sin relación entre sí— fueron siendo víctimas que aquel incendiario.

Con el tiempo las conversaciones se alejaron hacia cuestiones menos policiales y más familiares. Sandra, la mujer de Leónidas, se hizo amiga de Jimena.

Al cabo de cuatro meses la nueva casa del árbol estaba en condiciones de ser disfrutada. Barnices, pinturas y chapas rescatadas de una demolición, sirvieron para embellecer y fortalecer ese legado familiar. Una tradición Prinz.

Sin poder olvidar lo sucedido, todos ellos, lo incorporaron a su bagaje de malos recuerdos.

CAPÍTULO 21

Sus estados de ánimo eran un constante sube y baja. Trastorno bipolar le habían diagnosticado, entre otras tantas patologías.

Se despertó, y al desperezarse encontró el cuerpo del pug hecho un ovillo a sus pies. Lo pateó lanzándolo fuera de la cama. Entre gemidos el animal se ocultó en una esquina de la habitación. Ya sabía que en esos casos lo mejor era colocarse fuera del alcance de pies y miradas, ya habría tiempo para los placeres de las caricias, eso también lo sabía.

Se dio una ducha —la tercera en doce horas, pero no tenía conciencia de ello—. El cuarto de baño estuvo lleno de vapor en menos de cinco minutos, el agua estaba a una temperatura tal que pronto su piel comenzó a enrojecerse, cada gota era una punzada de dolor, como si millones de alfileres al rojo vivo se clavaran en su carne. Estuvo quince minutos así.

Al salir caminó hacia el espejo cortando el vapor que llenaba el recinto. De un manotazo buscó despejar el cristal, se vio la cara. Una mueca le torcía el labio y el blanco de sus ojos apenas peleaba por sobreponerse al rojo. Se acercó al vidrio y se inspeccionó. Le temblaba la mandíbula, sabía lo que seguía. Tomó el frasco de píldoras y tragó dos, en seco. Debía contener la furia.

Se restregó las pocas gotas del cuerpo que aún no se habían evaporado y salió. Por detrás una columna de vapor buscó escapar tras la estela de su paso.

Encendió el televisor. Una andanada de colores se desparramó por el dormitorio en la penumbra. Las voces del noticiero de las diez se multiplicaron. Permaneció de pie frente a la pantalla hasta que culminó el resumen de las más importantes novedades.

El pequeño perro sabía que no debía moverse aún. Se acurrucó en un rincón cuando los gritos y los insultos llenaron el aire.

Llevó su escuálida desnudez hasta el escritorio y encendió la notebook. Recorrió las páginas de todos los periódicos del día. Nada...

Ni una sola noticia acerca del incendiario del Delta. La información

había sido relevante en la primera oportunidad de sus ataques. Luego perdió interés para los medios de prensa hasta caer en la indiferencia.

Sentía emociones encontradas, como si dos ríos chocaran en su interior generando un tsunami. Por un lado, aquel olvido era funcional a sus deseos más profundos, por el otro deseaba que su odio estuviera en las mayores vidrieras engalanando su ego, o lo poco que había quedado de él en ese crecer regurgitando desprecio.

Levantó la notebook y la revoleó contra una de las paredes. La máquina se estrelló y cayó, desparramando sus pedazos por el suelo. Era la quinta computadora que destrozaba del mismo modo. La mucama solo había preguntado la primera vez, de allí en adelante solo se limitaba a recoger los restos de plásticos y cristales. Necesitaba aquel empleo y la amenaza había sido contundente: nada de lo que ocurría allí era de su incumbencia.

Se cortó los pies al pisar los vidrios camino al vestidor. No lo sintió. Pequeñas gotas rojas dibujaron un sendero sobre la alfombra.

Se vistió. Un jean, unas zapatillas y una remera eran suficientes. Sentía un calor intenso.

Tomó las llaves de la camioneta y salió a la calle. Ni bien estuvo en el asfalto aceleró por la avenida con rumbo al centro comercial de la calle Salguero.

El vendedor se acercó con una sonrisa elástica y satisfecha. Reconocer a los buenos clientes era parte de su trabajo y, en este caso particular, sabía que podría tener una buena comisión. Saludó con cordialidad fingida, y recibió de retorno una mueca helada e indiferente. Caminó por detrás sin decir palabra, había aprendido que su cliente estrella elegiría sin pedir consejo y señalaría el producto de su elección sin solicitar explicaciones o referencia. Estaba seguro de que se trataba de alguien experimentado y con conocimientos de tecnología, ya que sus elecciones eran siempre de alta calidad. Le siguió los pasos y esperó. Sus desbordes de gentileza no eran bienvenidos en este caso, sabía que solo debía caminar detrás, esperar una señal y el plástico de la tarjeta de crédito.

La venta le dejaría más de lo que podría ganar en una jornada regular de trabajo. Podía relajarse el resto del día. Quiso mostrar gratitud, por lo que se ofreció a ayudar con los bultos hasta el estacionamiento. No esperaba desatar una escena en medio del salón de ventas. Sin embargo, allí estaba ahora, en medio de una discusión llena de gritos

e insultos. El gerente salió de su despacho a tratar de apaciguar un momento que no significaba buena imagen comercial, justo cuando su vendedor recibía un sonoro golpe que le cruzó la cara.

El silencio invadió el comercio y las miradas todas se clavaron en el vendedor. Atinó, desconcertado, a llamarlo a su oficina, sacándolo del escenario dantesco en que se convirtió el local. Solo pudo ver la espalda de quien disparara el episodio cuando salía de allí, sumergido en bultos, en dirección al estacionamiento.

Estaba fuera de control cuando se sentó al volante. Apoyó la cabeza en el respaldo tratando de recuperar el aire. Sus pulmones buscaban oxígeno para llenarse. Detrás del polarizado negro de los cristales la sensación de encierro le producía sofoco, pero no quería que se sumaran miradas.

Dio arranque al vehículo y salió. Minutos más tarde volvió a la seguridad de su apartamento. Abrir los paquetes le devolvió la serenidad y la compostura. Su mascota se asomó al escritorio tímidamente y recibió una lluvia de caricias y besos.

Debía repensar sus planes.

La nueva computadora se encendió en un instante. Nuevas ideas comenzaron a tejerse en su cabeza con la certeza de que esta vez la indiferencia sería derrotada.

Eligió, con cuidado, el lugar donde dejaría caer su violencia. Todo su plan tardaría tres meses más, pero el golpe final sería recordado y su mensaje llegaría a destino con más contundencia de lo que jamás había pensado.

CAPÍTULO 22

Conocía muy bien el edificio. No sería fácil entrar. Iba a tener que utilizar toda la astucia posible y no perder la paciencia. Los hábitos de los vecinos y del encargado eran otra cosa. Iba a tener que inventar algo.

Con total frialdad, mirando los noticieros de la tarde en la televisión, una idea vino a su mente. Se levantó del sofá y fue a la baulera del edificio. Revolviendo en los trastos viejos encontró las ropas que habían utilizado quienes hicieran las refacciones del departamento. Un bollo de ropa sucia y desgastada. Sonrió. Serviría.

Durante los días que duró establecer la rutina del edificio la parte más compleja fue mimetizarse con un personaje que pasara desapercibido. El cambio de persona de clase alta a mendigo en un lugar que permitiera la mutación sin llamar la atención. Los baños públicos y el locker de la estación de ferrocarril de Plaza Miserere sirvieron de maravillas. Nadie reparó en el cambio de apariencia.

Fueron días intensos en los que debió soportar desde los cambios climáticos hasta las burlas de los adolescentes que, desde su desprecio, provocaban sin conciencia de peligro alguno, el estallido de su ira, al límite. Hubo un momento aún peor, cuando una patrulla policial se detuvo. Terminó ese día en una celda de la comisaría cercana, simulando un desequilibrio mental que hizo que los efectivos de la Policía Urbana —sin ganas de complicarse la jornada— decidieran que estaba mejor deambulando por las calles de la ciudad.

Fueron quince largos días y sus noches, al cabo de los cuales el resumen de la información le permitió decidir en qué día y a qué hora ingresaría al edificio sin que su presencia fuera detectada o llamara la atención.

El día apropiado era el domingo, la hora: alrededor de las veintiuna. El portero se encontraba en esos momentos abocado a sacar las incontables bolsas de residuos y trasladarlas al container municipal que se encontraba a unos cuarenta metros de la entrada del garaje del edificio. Dejaba la puerta de acceso libre. Luego debería salir por el acceso principal, evitando mostrarse a las cámaras de vigilancia.

Consultó el almanaque y marcó un día. Cuando la fecha estuvo decidida una duda le asaltó las certezas. Debía hacer un ensayo antes de concretar su macabra idea. Programó el sábado anterior al elegido y, para que la prueba fuera más realista, llevó un pequeño bolso que utilizaría, más tarde, para cargar los elementos. Puso en su interior algunos libros sin importancia para simular un peso parecido. Sentía una íntima satisfacción. Al fin concretaría su venganza y podría dejar de ir al río para siempre. Odiaba el Delta y todo su verde apestoso y desagradable.

El ensayo no salió perfecto. Se dio cuenta que algunos detalles se le habían pasado por alto. El hall de entrada era demasiado despojado. No tenía oportunidad de camuflar el artefacto sin terminar llamando la atención del portero en sus rutinas, o de algún vecino curioso. Luego, si llegaba al piso correcto, debía lograr entrar al departamento. Para ello necesitaba copia de las llaves. Había notado que el encargado llevaba un grueso llavero colgado de su cinturón, pero no podía asegurar que el juego que necesitaba estuviera allí. Debería pensar algo y correr con la suerte de conseguir la llave correcta.

Prefería hacer todo sin colaboradores, pero este último asunto empujaba en otra dirección. Recordó haber notado que el portero tenía especial inclinación a charlar, jugando de manos, con algunas de las prostitutas que deambulaban en las cercanías del edificio. Tal vez aquello fuera una vulnerabilidad para explotar.

Regresó tres noches más tarde, con ropa de calle normal, y se acercó a la que, supuso, sería la más jovencita de las rameras. En el albergue transitorio situado apenas una cuadra, no les sorprendió ver a Jazmín —así se hacía llamar, aunque su nombre real era Teresa Funes— entrar con otro cliente, incluso el conserje le hizo un guiño cómplice y esbozó una leve sonrisa. En una hora y media volvieron a estar cada uno en sus asuntos, pero si quería conseguir una cómplice iba a tener que generar algún lazo de confianza con la prostituta —que había demostrado ser una amante incansable—.

Con cierto morbo se vio repitiendo los encuentros algunas veces más, hasta que, luego del éxtasis sexual se animó a realizar a la joven su propuesta. Debía ser convincente, así que se amparó en argumentos que la solidarizaran con la causa. Jazmín debía tener sexo con el encargado del edificio, en su departamento, y dejarlo tan exhausto como para que se durmiera. Luego, buscar el grueso llavero y encontrar la llave del departamento 14° B, sacarle fotos con su teléfono celular y dejar todo en orden, como para no generar sospechas en el hombre, cuando se despertara. La suma de dinero que

ofreció hizo que la muchacha parpadeara lo suficiente como para saber que había conseguido seducirla. La mitad del dinero la recibiría al aceptar y el resto si conseguía su objetivo. Más tarde se reunirían en el hotel alojamiento para terminar el acuerdo.

Jazmín se había criado en los barrios pobres de San Francisco Solano, en el sur de la provincia de Buenos Aires. Había sido violada en el inicio de su adolescencia por su tío. Huyó a la calle sin rumbo, cansada e impotente ante los oídos sordos de su madre. El hambre y la desolación la habían llevado a la prostitución como un designio inevitable. Aquella suma de dinero la ilusionó con poder alquilar un pequeño mono ambiente donde poder seguir en la tarea, pero sin necesidad de yirar las noches violentas del barrio de Once. Estaba entusiasmada con aquello que parecía verosímil y no le demandaba nada más que seguir haciendo en la cama lo que muchas veces debía hacer en algún rellano oscuro de la calle Alsina.

Gustavo, el encargado del edificio, fue una presa fácil. Desde hacía tiempo le tenía ganas a aquella muchacha de piel cobriza y abundantes carnes. Ella se mostró atraída y dispuesta a intimar con él dejando las cuestiones del dinero aparte. Ni bien terminó su horario de trabajo se asomó y la vio a escasos metros, semi escondida en la penumbra. Estaba muy excitado y apenas podía contener las ganas de tenerla desnuda en su cama. La hizo pasar al ascensor de servicio que bajaba a las cocheras, no quería que algún vecino indiscreto lo viera y le causara un trastorno. Minutos más tarde, Jazmín estaba de rodillas mientras el pantalón de Gustavo se hacía un ovillo alrededor de sus tobillos. Jadeaba como un buey y revoleaba los ojos por las paredes mientras le acariciaba el suave cabello. Pronto explotó en la boca de la joven mientras ella, desde abajo, le clavaba una mirada encendida. Se puso de pie y lo llevó de la mano hasta el dormitorio. Lo desvistió con lentitud mientras no dejaba de acariciarle los testículos. La erección comenzó a regresar antes de que ella lo tumbara boca arriba en la cama. Decidida a ganarse su premio se puso a horcajadas sobre el hombre. Comenzó, despacio, a cabalgar sobre él. Yendo de menor a mayor, él se enarboló, por segunda vez, enloquecido de placer. Ella bailó una suave danza, dispuesta a llevarlo a lo más alto para dejarlo caer, mientras el gemía apretándole los senos. Jazmín se sintió tentada de tener un orgasmo, pero se contuvo, quería mantenerse en control. Lo sintió crecer dentro de ella, podía percibir como su pene palpitaba rumbo a un nuevo estallido. Se detuvo.

Gustavo abrió los ojos de golpe implorando con la mirada. Ella no quería que acabe dentro y se bajó. Cuando él intento erguirse, con la boca entreabierta y húmeda, ella lo empujó con suavidad. Él obedeció,

dejándola bajar con los labios por su pecho, hasta la ingle. Pudo ver el miembro, colorado casi hasta ponerse morado, antes de metérselo en la boca. Reconoció el sabor entremezclado de ambos. Saboreó hasta derrumbarlo. Gustavo, entre jadeos y balbuceos, buscó en el techo de la habitación alguna luz que lo mantenga despierto, pero no la encontró. En un instante comenzó a emitir un suave ronquido.

Jazmín sonrió satisfecha. Su departamento estaba más cerca. Mucho más fácil de lo que había intuido. El manojo de llaves estaba sobre la mesa del comedor, separado en grupos, por departamento. En unos instantes ya tenía en su celular las fotografías que necesitaba. Se tomó el tiempo de revisarlas, para ver si eran necesarias nuevas y mejores tomas. Soñó con poder tener una foto de las llaves de su propio departamento bien pronto. Estaba tan feliz que decidió volver al dormitorio para despertar al hombre acariciándole los genitales. Gustavo, mareado a medias por la exigencia, respondió. La tumbó en la cama, zambulléndose entre las piernas de la muchacha para hacerla acabar, penetrándola con la lengua y los dedos. Ella lo dejó hacer.

En la calle la espera se plagó de incertidumbre. Los minutos transcurrían como horas. Quería saber, necesitaba que todo funcionara bien y las dudas comenzaron a surgir. Aquella prostituta podía estar arruinando todo su esfuerzo. Demasiados años esperando para que una estúpida putita lo echara todo a perder. Hurgó en los bolsillos buscando una de sus pastillas. Búsqueda inútil, las había dejado en otra chaqueta. Se frotó las manos. Las tenía frías y tensas, podía sentir su carne irritada, y su cabeza comenzaba a nublarse. Maldita perra, pensó.

Jazmín se despidió de Gustavo con una promesa velada. Después de todo hasta una puta podía tener sentimientos y, tal vez, aquel tipo pudiera en un futuro, ofrecerle otra alternativa de vida. Había sido suave. Eso era algo que una mujer como ella sabía apreciar. Volvería, se dijo, y seguiría siendo gratis.

Afuera la estaban esperando, con su realidad cotidiana de cuartos sórdidos con aroma a desinfectante. Una pequeña ilusión crecía en ella, pero no podía detenerse, no por ahora. Se dejó llevar al hotel.

Las habitaciones huelen peor cuando la búsqueda del placer está ausente. Los muebles se ven más ajados y una canilla goteando no pasa desapercibida. Jazmín entregó el celular con las fotos, satisfecha. Había pensado que tal vez podría conservar aquel equipo tan sofisticado que tenía un valor muy lejos de sus posibilidades. Estaba segura de que no se lo negaría porque había cumplido. Permaneció

silenciosa, mientras observaba cómo las imágenes eran inspeccionadas, con un ligero temblor en las manos. Nervios, pensó, ignorando que los nervios y la ira no son un buen augurio. Se sentó en la cama y encendió un cigarrillo, el de su pequeña victoria, imaginó. Lanzó el humo al aire mirando el espejo del techo de la habitación. Nunca pudo anticipar la navaja, cortando en seco el aire y su garganta. Cayó hacia atrás, dejando que los pequeños borbotones de sangre que escupía por la boca terminaran de ahogarla, mientras manchaba de manera indeleble su propia noche y las sábanas.

Cuando el detector de humo dio la alarma el fuego ya había comenzado a extenderse. Una figura gris y tétrica caminaba por la recova de la calle Pueyrredón rumbo al norte. De lejos comenzó a crecer la sirena de los bomberos. No había transeúntes ni más testigos que el sueño de la ciudad y un celular con imágenes de llaves.

Sonreía... ni siquiera iba a tener que meterse por el agujero mugroso del garaje del edificio. Aquella triste ramera le había facilitado las cosas tanto como para solo tener que preocuparse de esquivar las cámaras del edificio.

Necesitaba una ducha. Limpiarse las salpicaduras de sangre. Comenzaban a secarse en su mano.

CAPÍTULO 23

El pronóstico para el día programado indicaba lluvia, algo que sin dudas sería positivo. La gente anda más distraída los días de lluvia. Solo debía aumentar las precauciones con el material que estaría transportando. No debía mojarse nada. Lo mejor iba a ser llegar hasta allí usando la red de subterráneos de la ciudad.

La ansiedad había aumentado con la proximidad del día elegido. No debía permitir que los nervios obstruyeran su plan. La medicación ayudaría. Debía tener la precaución de cumplir los horarios de toma de la batería de psicotrópicos, que ingería como golosinas.

Un par de llamadas previas, inventando excusas, le iban a servir para asegurarse de encontrar la zona despejada y el departamento vacío. Cualquier precaución no parecía exagerada luego de años de espera. Del otro lado de las líneas sonó convincente, tanto como para saber más de lo que le importaba saber. Iba a poder moverse con libertad. Aun así, no quería sufrir ningún imprevisto por lo que utilizó algo de maquillaje y tintura, como para disimular sus facciones. Después de todo aquellas clases de teatro no habían sido tan inútiles. Lo recordaría la próxima vez que fuera al cementerio a ver la tumba de su madre, merecía una flor extra por las innumerables sesiones de ensayos estériles sobre obras inconclusas que nunca verían correr el telón, pero que la mujer que le diera vida disfrutaba hasta el éxtasis.

Era el punto justo en que la noche cede paso al día. Esa hora indefinida en que la oscuridad es más profunda y el silencio más denso. El espectáculo de la ciudad detenida en el tiempo le resultaba agradable. Se sentía circulando indetectable entre las sabanas de quienes dormían. Los jeans oscuros y la campera negra eran una sombra más. La mochila formaba una joroba en su espalda, que, en la distancia, podría hacer que pareciera un pequeño Quasimodo porteño extraviado.

Mientras caminaba los últimos metros hasta la entrada del edificio todos sus sentidos se pusieron alerta. Las balizas azules enceguecedoras de una patrulla que cruzó la siguiente bocacalle hicieron que su estómago diera un vuelco, pero nada se complicó. Instantes después abría la puerta del edificio, intentando que su figura fuera indefinible para la cámara de seguridad. El ruido de los motores

del ascensor le pareció un estruendo que daría la alarma a todo el edificio, pero nada de eso salía de la más absoluta normalidad. Llegó a la puerta del departamento. Se encontraba frente a una prueba que podía dar por tierra con todo su plan. ¿Funcionaría la llave? La de acceso al edificio había tenido oportunidad de probarla en noches previas, pero con esa no había querido arriesgar a que alguien, de manera casual, le pusiera los ojos encima.

Introdujo el bronce brillante por el ojo. Luego de un par de pequeños esfuerzos y movimientos leves el pestillo cedía, girando dos vueltas y dejando la puerta abierta. Estaba adentro. Tenía, a lo sumo, quince minutos para dejar todo listo.

Después de la separación de sus padres, Cynthia cultivó costumbres que la mantuvieran comunicada y siempre cerca de su padre. Fabricaban entre los dos los espacios para compartir los eventos principales de sus vidas. Organizaban actividades juntos que llevaban la comunicación a la escala siguiente, al contacto real, frecuente y profundo. Cines, teatros, reuniones en la escuela y cuanto evento social o deportivo sirviera de excusa para estar cerca era, para ellos, una forma de refuerzo de ese lazo que habían construido con el primer llanto de la muchacha en la sala de parto.

El lunes, al salir de clases, Cynthia llamó a su padre. El próximo sábado habría un partido de hockey por el campeonato intercolegial. La muchacha era una pieza importante en el equipo, por su potencia al definir en el arco rival, desde su puesto de centro forward.

—¡Papá! ¿Cómo estás? ¿Mis hermanitos? ¿La isla?

—Hola, Cynthia. Ja, ja, ja. ¡Qué acelerada estás! Todos bien. ¿Vos? —le respondió Fede.

—¡Tenes razón, pa! Estoy acelerada, pero es de alegría. ¡El sábado definimos el campeonato! Es en una cancha que a vos siempre te ha gustado. Es en el St. Albans College, de Lomas de Zamora. ¿Me acompañas?

—¡Por supuesto que sí! Después podemos quedarnos por allí festejando y paseando. ¿Te parece?

—¡¡¡Dale!!!

—Hacé una cosa, nos encontramos en el departamento de Once el

viernes a la noche y salimos de allí temprano juntos. ¡¡Noche de concentración y películas!!

—¡¡¡¡Perfecto pa!!!! Nos vemos ahí...

Terminaron la breve charla con la misma alegría y complicidad de siempre, mandándose besos y promesas de diversión.

No era nada fácil instalar el dispositivo de acción por peso, del pequeño artefacto explosivo. El más mínimo error y estaría en las noticias de la mañana protagonizando, desde un rol que no deseaba. Son ese tipo de cosas que por más que se tenga experiencia, o se practiquen hasta el cansancio, viven sujetas a un pequeño imponderable del momento para modificar el sentido de los acontecimientos.

Permaneció inmóvil un par de minutos, lo suficiente para dar por sentado que el departamento estaba vacío. Sus músculos no dejaban de estar tensos. La soledad, a su alrededor, se constituyó en un alivio. Reconoció, en las penumbras, muchos de los muebles que poblaban aquella estancia. Una mueca nerviosa estalló en la comisura de sus labios.

Intentando no tropezar se dirigió al pasillo que daba a las habitaciones. A pesar de las persianas cerradas, no quiso encender ninguna de las lámparas del lugar. Con una pequeña linterna led sería suficiente iluminación. La cama del dormitorio principal le facilitó las cosas. Era un somier de gran tamaño. Iba a ser sencillo instalar el dispositivo. Sólo debía plantarlo por debajo del colchón, encima del catre. Un éxito asegurado. Ni bien un cuerpo ejerciera presión, el percutor haría lo demás convirtiendo aquello en el infierno que quería, desde siempre, en sus más profundos deseos.

Cualquier cosa de más de treinta kilos haría detonar la bomba y su odio.

En unos minutos todo quedó dispuesto. Un par de gotas de sudor perlaban su frente. Tenía la boca seca. Cruzó el pasillo hasta la cocina y encontró, en la heladera, una botella de gaseosa. Bebió a borbotones del pico del envase y metió la botella en su mochila. No iba a cometer la torpeza de dejar tan siquiera una mínima muestra de su ADN.

No se pudo resistir ante la visión del escritorio y revisó los cajones. Esperaba encontrar fotos, antiguas tal vez, muestras del pasado. Todo

eran cuentas y papeles sin mayor importancia emocional. Ni siquiera los cuadros que colgaban de las paredes reflejaban algo más que aquella maldita isla y su apestoso río.

Miró el reloj, habían pasado catorce minutos de eternidad. Tiempo de irse como había llegado.

El regreso no tuvo inconvenientes. La ducha caliente no se hizo esperar. Se sentía feliz. Ahora sólo debería prestar atención a los noticieros, sabía que la onda expansiva iba a llegar a las primeras planas. Eso le producía un placer adicional.

El sueño no tardó en llegar a pesar del café doble. Tal vez la satisfacción ante lo que estaba provocando le proporcionaba la relajación de toda una vida de desprecio.

Durmió hasta el mediodía. Dejó a la pereza adueñarse del resto de la jornada.

Cynthia se levantó alegre. Había pasado toda la semana sumando ansiedades para llegar a un fin de semana que prometía ser inolvidable.

La escuela no era, para ella, un espacio desagradable. Disfrutaba madrugando y llegaba al aula con el entusiasmo de compartir con sus amigos el día. Estudiar era un precio magro que pagaba sin sentir agobio. Los recreos, los encuentros deportivos, la felicidad de una salida o una juntada en la casa de sus compañeros hacían que su adolescencia fuera una etapa llena de promesas. Había heredado de su padre esa naturalidad para encarar las cuestiones cotidianas, alejándose de todo lo que enturbiara sus jornadas. Su vida era como su cabello: vuelos al compás de viento, dejándose llevar por la libertad y, cuando debía permanecer sujeto —luchaba para que las reglas de las escuelas permitieran llevar el pelo sin incómodas vinchas o sujetadores— se las ingeniaba para que sus bucles no sintieran opresión y dibujaran arcos en el aire, al ritmo de los movimientos de su cabeza. En todo veía un motivo para sonreír.

Preparó sus útiles escolares, previendo el fin de semana con Federico. Agregó un pequeño bolso con la ropa deportiva y una remera extra, campera y jean, para pasar el resto del sábado. Casi olvida agregar una muda extra para llevar a la isla. Escondió, entre esas ropas, unas golosinas para sus hermanos —no aceptaba considerarlos medio hermanos—.

Su madre, Sofía, le ayudó a repasar todo lo que debía llevar.

Con el correr de los años, Sofía había comprendido la realidad que lo separó de Fede. Había bajado las banderas de la hostilidad con que había agitado los vientos en su hija, llenándole de prejuicios la relación con su padre. Hoy sabía que su exmarido era feliz. Él había encontrado el rumbo de su vida, con la muerte de su propio padre. La isla era la autopista de agua por donde Fede se había convertido, sin saberlo, en el hombre que ella hubiera querido tener a su lado. Desde la distancia regaba esperanzas que se marchitaban, a diario, en la certeza de ese alejamiento. Ese trecho solo desaparecía entre los dos cuando Cynthia, como un lazo eterno, los unía en sus inquietudes adolescentes.

La muchacha desayunó con su madre y, más cargada que lo habitual, salió a su escuela. Darío, un compañero de aula con aspiraciones de novio, la esperaba en la esquina. El viernes se presentaba esplendoroso. Proyectos de fin de semana, y Darío, jugando al seductor novato. Tal vez le daría una oportunidad, si la euforia por el partido del día siguiente era un argumento suficiente para que aquel jovencito, colonizado por el acné, hiciera que se sume a la expedición deportiva a Lomas de Zamora. Cynthia le iba a dar el resto del día como plazo para sorprenderla con el anuncio de su presencia en las gradas de la cancha que, con seguridad, la vería victoriosa al día siguiente.

Minutos antes de ingresar al aula Cynthia recibió un mensaje de Fede. Como todas las mañanas, por sentirse cerca de su hija. Ella le respondió como siempre, con un emoticón. Fede había aprendido a descifrar el estado de ánimo de su hija con apenas ver aquella pequeña figura. La muchacha tenía una imagen para cada circunstancia. Aquel pulgar hacia arriba significaba dos cosas: que estaba bien y que los planes pactados seguían adelante. Se sintió feliz y con ímpetu para acelerar sus compromisos, que era el modo en que el tiempo pasaría más velozmente.

Mientras tanto, en el aula, un solo tema de conversación poblaba el escenario: vencer a los rivales de la zona sur del Gran Buenos Aires, que venían pisando fuerte en el campeonato y parecían tener hambre de protagonismo.

El timbre de salida anunció el fin de la jornada de clases. Cynthia y Darío caminaron un par de cuadras rozando sus hombros. Ella disfrutaba coquetear y perturbar al muchacho que tartamudeaba y sudaba. Antes del beso de despedida tomó coraje y, entre frases

entrecortadas e insinuaciones, le preguntó a la joven si querría que él fuera a presenciar el evento deportivo. Ella le respondió girando y besándole los labios. Entre risas se dio vuelta y lo dejó parado como una estaca. Trotó unos metros y subió al colectivo que la llevaría al centro de la ciudad de Buenos Aires, a Once. Estaba segura de que su celular se llenaría de pequeños mensajes. Darío podía ser mucho más expresivo con un teclado que con los labios.

Tenía cuarenta y cinco minutos de viaje hasta llegar al departamento de su padre. Se colocó los auriculares y dejó que la música se apoderara del tiempo.

La Plaza Miserere era un hormiguero de gente lanzada en hordas, en todas direcciones. El febril movimiento habitual estaba incrementado por la víspera del fin de semana. Personas de todas las edades llevando niños, cargando bultos, arrastrando sus humanidades hacia los destinos menos pensados; todos siguiendo un plan personal e ignorado por el resto. Cruzándose, tropezándose, escurriéndose por las veredas.

Cynthia zigzagueaba entre ellos dibujando fintas de torero. Les ponía chaquetas de jugadores ficticios e imaginaba jugadas en las que los evitaba para llegar al arco rival y convertir el tanto de la victoria: el hall del edificio de su padre.

En la puerta estaba el encargado, gentil y displicente. Sabedor de todas las miserias de los vecinos. Un chismoso convencido de ser el justiciero en aquel edificio de más de treinta años de antigüedad, donde parecía haber sido incorporado junto con los primeros pilotes de la base de construcción.

La muchacha aprovechó el tiempo que se demoraba en llegar hasta el piso catorce para ensayar muecas grotescas y sacarse fotografías con el teléfono celular. Revisó mensajes. Envió uno a su padre —sacándole la lengua— para avisarle que se podía quedar tranquilo, que ya había llegado al edificio. La detención del elevador la sorprendió pensando en el partido del día siguiente, y en Darío…

CAPÍTULO 24

Los bomberos salían del edificio con los pulmones y lagrimales congestionados por la intensidad del humo. El tránsito en la cuadra permaneció cerrado hasta que amaneció el sábado. Un desfile de autobombas, curiosos y familiares de vecinos conformaban el paisaje humano ennegrecido.

Las primeras luces de la mañana hicieron visible la columna densa que se escapaba por la ventana del departamento.

Desde la acera de enfrente un par de ojos sonreían, mezclados entre los espectadores de lo macabro.

Cuando la camilla, con una bolsa negra extendida, salió por la puerta del garaje y fue cargada en la ambulancia dio por concluida su vigilia. Se marchó.

Por detrás de los peritos policiales, reunidos en el lobby del edificio, estaba Fede.

Estaba en shock. Un enfermero lo sostenía. Ausente, su mirada extraviada recorría el suelo y las paredes sin un destino cierto. Él había escuchado el estruendo cuando estaba a doscientos metros del lugar. El sonido había revotado por los muros del barrio, multiplicándose. No pudo evitar la memoria de otro tiempo en que la sede de la AMIA había sido atacada por terroristas islámicos. Él había visto entonces, por la ventana del departamento, la columna de humo que precedió a las sirenas. No sospechó que aquello se iba a repetir, teniéndolo de protagonista. Le tocaba, ahora, atravesar uno de los peores momentos en la vida de cualquier ser humano.

Pudo enfocar sus ojos en la gruesa manguera que gorgoteaba agua desde el camión de bomberos. ¨Todavía hay fuego¨, escuchó decir a uno de los voluntarios, cuando salía a tomar aire puro de la calle. En su interior una negación estéril se atrincheró en la incredulidad: ¡no podía ser en su casa!

Gustavo le facilitó las cosas en el momento en que un bombero se le acercó a preguntarle por detalles del edificio. Se desprendió del enfermero que intentaba contenerlo y corrió los metros que lo separaban de la entrada. Escuchó algunos gritos detrás, no giró, no se

detuvo. El ascensor había sido puesto, por precaución, fuera de servicio.

La desesperación lo invadía, no podía esperar. Se lanzó a las escaleras dando un empujón a otro bombero que bajaba por ahí. Subió. Llegó exhausto y sin aire.

La luz del palier estaba encendida. Vio como un reflejo anaranjado se escapaba por la puerta. Los bomberos entraban y salían envueltos en tizne y sofocados por el humo. Tropezó con la manguera del extinguidor cuando quiso abrirse paso dentro. Una bocanada negra lo empujó atrás. Se desplomó en el suelo. Quebrado, impotente.

El velatorio de Cynthia se realizó con la brevedad a la que el más intenso dolor empuja. No se avisó a nadie ni se respondieron infinitos llamados. Solo Sofía y Fede estuvieron allí, en el más profundo dolor y silencio. Poco había quedado del cuerpo de la muchacha para despedir. Fuego sobre fuego, Sofía exigió llevarse las cenizas de la niña y Fede accedió sin emitir sonido, aun embriagado por los calmantes que le habían suministrado.

Los investigadores se hicieron cargo del inmueble. Le avisarían cuando terminaran de recolectar datos para establecer las causas de la explosión.

Luego de un par de días de dormir en un hotel de la zona decidió que debía volver a la isla. Antes pasó por la comisaría. Siempre le resultaba molesto como su apellido parecía abrir puertas. La memoria de su padre lo precedía. En esta oportunidad no se resistió a atravesarlas. Fue así como le anticiparon que el origen de la explosión no había sido por una fuga de gas, sino por un artefacto instalado en su dormitorio.

El viaje por el río apenas consiguió oxigenarle un poco la mente. Se sentía abatido y desconcertado. ¿Quién podría querer hacerle algo así? Sin duda el destinatario de aquel horror era él. Pero ¿por qué? ¿Quién?

No había conseguido exterminar a Federico Prinz, como era su idea original. Pero la satisfacción que sentía era aún mayor: lo había matado en vida.

Había llegado el momento de desaparecer.

Recorrió, con la mirada vacía, cada uno de sus dedos descubriendo que el mejor lugar para su índice era deambulando el espacio entre las piedras de hielo de su whisky. El frío de aquellos pequeños cubos entró en su cuerpo como una corriente eléctrica. Una sensación parecida a la que había tenido cuando su padre le había hecho empuñar una pistola por primera vez. Aquel gatillo helado era como una navaja en su joven e inexperto dedo, cortando su inocencia. Decirle que no a su padre no era un escenario posible.

La vieja Luger estaba escondida en su mesa de luz. Una tabla falsa, en el fondo del mueble, disimulaba el embute donde el arma descansaba. Había permanecido allí desde que su padre la guardara; casi quince años atrás.

Solía tener noches como aquella. De pronto, sin previo aviso, sus pensamientos se retorcían y comenzaban a reptar en su cabeza. No era odio, ni rencor, ni sed de malos deseos, ni siquiera tristeza. Tal vez una convulsión de sensaciones sin destino que inducían su costado destructivo.

Bebió un sorbo largo. Paseó por su boca el líquido hasta que el calor del alcohol derribó los recuerdos del hielo. Tragó y sintió como bajaba por sus tripas una corriente de fuego. Estaba tratando de dilatar el momento, aunque sabía que terminaría yendo al rescate de la pistola que se ofrecía como vehículo de la furia que lo recorría de pies a cabeza.

Sabía qué, pero no tenía idea de quién, cómo o cuándo. Jimena fingía dormir, tenía miedo, pero a la vez estaba segura de que aquella era la decisión correcta. El horror había invadido su plácida vida isleña y sólo podía ver sangre en el camino de regreso. Fede sabría qué hacer, aunque no tenía idea en lo que se estaba metiendo. Un par de tirones con la pinza y el esqueleto de la muerte se posó en su palma temblorosa. Cuando se dio vuelta buscando la mirada de Jimena ella decidió que debía liberarlo y mantuvo los ojos cerrados. La noche, el río y la vieja Pagliettini lo esperaban para comenzar el camino de lo que había que hacer.

Al descender de la lancha, en la guardería, el amanecer había comenzado. La bruma remoloneaba sobre el agua quieta. El galpón de

las embarcaciones estaba cerrado, por lo que la vieja compañera de navegaciones quedaría allí amarrada, hasta que llegaran los empleados más madrugadores.

En aquel silencio pudo respirar, llenando sus pulmones por primera vez en el último mes. El dolor seguía siendo intenso, pero la convicción se había levantado entre sus cenizas para indicarle un rumbo. Se sentó en soledad a reflexionar, en un destartalado banco de plaza que miraba al río. No tenía idea de por dónde empezar ni a quién recurrir. La furia y la impotencia formaban un coctel que lo consumía.

En su cabeza comenzó a recorrer el espinel de las personas que conocía y que podían brindarle alguna opción. Al ver que estaba rodeado por gente simple y buena resopló desinflando sus pulmones. "Si estuviera mi padre", pensó. La imagen del velatorio de Raúl le trajo rostros desconocidos que le habían resultado siniestros. Aquella mujer a la que llamaban "Cebra", y el gordo que lo había apretado para que no se armara un escándalo. El gordo... ¿Cómo ubicar a semejante personaje del bajo fondo? Alguien en el entorno de su padre debía saber de él, tal vez algún otro abogado.

La idea surgió con escepticismo, pero se le ocurrió como la única posible en ese instante. ¡Su viejo profesor universitario! Aquel que le advirtió que Raúl sabía de su fracaso como estudiante y le pidió que fuera sincero para evitar una furia paterna que fue inevitable.

Dio arranque al viejo auto. Tenía al menos una hora para llegar a la Facultad de Derecho. Tal vez el hombre ya fuera parte de la historia académica, pero era una pista a seguir.

Habían pasado muchos años desde la última vez que anduviera por los pasillos de aquel claustro. Nada parecía haber cambiado demasiado. Los colgajos de la política pendían de paredes y techo ofreciendo un vasto abanico de quimeras (o de intereses). Buscó la Secretaria Académica. Encontró un par de empleadas que revolvían, con afán, sus tazas de mate cocido mientras criticaban sin piedad a vaya a saber quién.

La reticencia de las mujeres se esfumó cuando Fede explicó la causa que lo traía hasta allí —omitiendo por supuesto los planes que en su cabeza habían comenzado a tomar forma—.

Tomas Torres ya era un anciano la última vez que se vieron. El mítico abogado-docente se había ganado fama a fuerza de enseñar más que

de litigar y por aquellos laureles, aun caduco, seguía siendo parte de la facultad. Fede lo encontró a la salida del aula magna, cargado de apuntes que practicaban la anarquía debajo de sus brazos.

El hombre lo miró de arriba abajo intentando reconocer en Fede a algún alumno, o tal vez midiéndole la facha. El aspecto de Federico distaba mucho de ser el de un estudiante, más bien parecía transitar la frontera entre el pordiosero y el demente —la barba crecida, la ropa desaliñada y el rostro desencajado—.

En su recorrida, de pies a cabeza, el anciano se detuvo en los brazos y manos de su interlocutor, agregando a su actitud defensiva el hecho de que aquel esperpento humano ni siquiera llevaba libros o apuntes. "Otro mendigo que se mete en la universidad para andar mangueando" pensó.

Cuando Federico lo llamó por su nombre aquella suspicacia derribó alguna barrera. Le puso un poco de atención. "¿Sí?" le dijo, apenas dejando asomar una cuota de interés.

—Usted, con seguridad, no me recuerda, soy Federico Prinz, fui alumno suyo.

La mirada del abogado y su rostro se crisparon por un instante en el que miró en todas direcciones.

—Prinz... repitió. ¿El hijo de Raúl Prinz? —preguntó.

—Sí, sí. ¿Me recuerda?

—Vamos a mi oficina —dijo Torres, comenzando a caminar por uno de los pasillos.

Federico caminaba un par de pasos por detrás. De pronto el anciano era ágil y su paso veloz. Una vez que ingresaron al despacho el abogado cerró la puerta y le puso llave. Dejando claro que no tenía intención de ser molestado.

Le ofreció a Fede un asiento y se desplomó sobre su butacón de cuero. Los papeles desparramados sobre el escritorio fueron empujados a un costado, despejando el espacio. Luego, extrajo de un cajón una pequeña petaca plateada y le dio un sorbo.

—¿Querés? —ofreció.

—No, no, gracias —respondió Federico, dudando si haberlo elegido

como punto de partida había sido una buena idea.

—Contáme —resopló el anciano reclinándose hacia atrás.

—Bueno, no sé si usted podrá ayudarme, pero dadas mis circunstancias no se me ocurrió otra cosa —iniciando la narración de los últimos años de su vida, para llegar al desenlace que lo había traído hasta allí.

—Sí, me enteré por los medios —dijo el abogado, buscando algo por la ventana que daba al cielo despejado. ¿En qué pensás que podría ayudarte? —preguntó, inseguro de si aquella no debía haber sido la pregunta jamás formulada.

—La realidad es que no se si podrá hacerlo. Pero como usted ha sido colega de mi padre tal vez me pueda ayudar a ubicar a uno de sus clientes. Ni siquiera sé si usted y él han compartido tribunales, pero es la única persona a la que se me ocurrió acudir.

El hombre se revolvió en el asiento. Incómodo.

—¿A quién buscás? —preguntó.

—Busco a un tal Juan López, creo que le decían Zeta. Sé que fue cliente de mi padre.

El letrado volvió a removerse en la silla, como si de pronto un ejército de insectos lo estuviera atacando. Fede notó que al nombrar a este personaje Torres revoleó los ojos como si no quisiera permitirle a su memoria traer de regreso algún fantasma.

—¿Te molesta si tomo un trago más? Es que esto de dar clases es agotador, aunque no podría vivir sin hacerlo —una clara excusa para ver si un poco de alcohol lo relajaba. ¿Para qué lo precisás ver? —agregó.

—Es que en el velatorio de mi padre quedamos en encontrarnos alguna vez, y con estas cuestiones de mi hija, revolviendo cajones, encontré algunos papeles que al parecer le pertenecerían —esgrimió Federico una mentira tan endeble que titubeó.

El viejo pareció estar decidido a no comprometerse demasiado. La mentira de Federico era tan débil que estaba lejos de poder justificar siquiera que moviera un dedo y la respuesta que obtuvo fue predecible y decepcionante.

—Mirá, algunas cosas compartimos en aquellos años. Hace una cosa, déjame un teléfono al que llamarte y me fijo si encuentro lo que buscás. Pero no te hagas ilusiones, pasaron demasiados años...

El resto de la conversación no fue más que formalidades. Luego de un apretón de manos Federico salió a la Av. del Libertador sintiendo que los caminos se cerraban ante él y que debería resignarse a que la muerte de su hija fuera un expediente más de esos que terminan engrosando los depósitos estériles de los tribunales, sin que ningún culpable pague el precio.

Tal vez debía ser así, se dijo. Y regresar, como fuera, a su vida cotidiana, dejando el agujero de la ausencia de Cynthia vacío de por vida. La ciudad lo estaba ahogando y apenas llevaba allí unas horas. Caminó hasta Retiro. Cuando la réplica del Big Ben daba las doce de mediodía puso en marcha el auto. Necesitaba a Jimena.

CAPÍTULO 25

Federico nunca había sido demasiado proclive al uso de los teléfonos celulares. La vida en la isla le dio la oportunidad de tener aquel artefacto lejos. Entre las cuestiones de la mala señal, las grandes probabilidades de perder el aparato en el agua, o mojarlo durante alguna travesía, había encontrado buenas excusas para usar de la tecnología lo menos posible.

La ausencia de Cynthia fue una causa más para relegar el teléfono móvil al tambucho de la lancha, o al aparador del comedor de la casa. El único uso que le asignaba era por cuestiones de trabajo. Sus clientes sabían que debían esperar, al llamar, ser atendidos por Jimena, dejar mensajes, o intentar una y otra vez infructuosamente.

Con esas costumbres bien arraigadas fue que aquella llamada, primero de un número sin identificar y luego de uno desconocido, quedaron allí, perdidas en la lista de mensajes. Solo se percató que alguien quería comunicarse cuando Jimena le leyó un mensaje de texto que no respondía a sus rutinas.

“Necesito comunicarme con usted”. Firmado “el profesor”.

La luz de alerta se encendió en su cabeza.

De inmediato tomó el teléfono y marcó el número.

Luego de un par de timbrazos la voz del viejo profesor sonó del otro lado. Sonaba pastosa. “Nuevamente la petaca…” pensó Fede.

—Encontré el libro que me habías pedido —explicó el abogado, pretendiendo un código de comunicación que sonaba novelesco. Vas a tener que venir a buscarlo.

—Ah sí, sí. ¡Qué buena noticia me da! —respondió Federico, siguiéndole la corriente.

—Te espero mañana, no faltes porque estoy por salir de viaje —agregó y cortó la comunicación.

Fede no alcanzaba a comprender demasiado las causas de tanto misterio, pero accedió a seguir el juego. A la mañana siguiente estuvo

en la oficina del docente. Golpeó la puerta y, luego del chasquido de la cerradura abriéndose, Torres lo invitó a pasar, sin antes dar una mirada fugaz al pasillo.

—Usted me pidió información acerca de un cliente de su padre. Tengo presente de quien se trata, no sé si usted está al tanto. No sé bien que es lo que usted busca, pero le garantizo que no es gente fácil, le diría que todo lo contrario. De esos que uno no quiere tener cerca —comenzó a explayarse el letrado sin más.

Agregó que había compartido con su padre un par de causas que involucraron a ese personaje y que, luego de ver la forma en que se manejaban, decidió alejarse de todo aquello. Había elegido olvidarse por completo de aquel periodo y deshacerse de cuanto papel lo vinculara.

—Gente pesada… —suspiró, abriendo el cajón de su escritorio y arrepintiéndose de inmediato.

Federico había empujado al docente a regresar a un pasado que parecía no gustarle en absoluto. Sin embargo, viendo el dolor del heredero de aquel apellido, había revuelto en su memoria buscando algo que pudiera ser de ayuda.

—No tengo ningún dato de López. Pero recuerdo que había alguien, como usted, que era del Delta, un cazador o algo así, al cual contrataban de manera eventual por alguna de sus “virtudes”. No recuerdo bien el nombre, pero el apellido era algo como Saldaña o Salgado. Y es todo lo que le puedo decir.

—¿Salgado? ¿Podría ser de nombre Ezequiel? —respondió Federico apenas pudiendo salir de la sorpresa que le procuraba esta revelación.

—¡¡¡Eso!!! Sí, sí. ¡¡Ezequiel Salgado!! Otro personaje… pero nada más le puedo decir. Y le quiero pedir un favor.

—¿Sí?

—No le diga a nadie que yo le di esta información y no vuelva más por aquí. La próxima vez que lo vea pediré a la seguridad de la universidad que lo saque.

Federico no podía entender la reacción del hombre, pero mayor era su sorpresa al sentir que su camino tendría que cruzarse nuevamente con el de Ezequiel Salgado. La sola idea le generaba preocupación. Ya llevaba años tratando de evitar cruzarse con Ezequiel o Mirta —su

mujer—. Cada vez que veía el parabrisas de la lancha la imagen de aquel hombre volvía a su cabeza. Se había salvado por milagro del escopetazo que le disparó.

Regresó a la isla meditando sobre aquello y dudando si debía o no seguir aquel camino. La opinión de Jimena lo ayudaría a decidir. Siempre era así.

La incertidumbre no se disipó durante los días que siguieron. Un mar de preguntas recorría su cabeza impidiéndole, incluso, conciliar el sueño. La mirada de Jimena sobre el asunto fue clara: "la muerte de Cynthia no puede quedar impune, quien sea que haya sido quería hacerte daño a vos..."

Aun así, volver a ver a los Salgado no era algo que él hubiera querido. La amenaza de Ezequiel, la última vez que cruzaron sus caminos, fue clara. Cuando se dio cuenta de que el peligro que significaba Salgado no era diferente al que pendía sobre él y su familia tomó la decisión.

Cruzó el Paraná, con la vieja Pagliettini, recordando, la última vez que estuvo en su casa, el ruido de la escopeta, el miedo que sintió. Ahora se estaba encaminando allí, otra vez. Sus ojos no podían apartarse de las imágenes de aquel día dibujadas en las grietas que quedaron en el vidrio de la lancha —tampoco de Mirta cuando, vistiéndose luego de filtrarse en sus sábanas, sembró interrogantes sin respuesta diciendo "igual a tu padre..." —.

Salió del canal y encaró el arroyo. La vegetación se fue cerrando a medida que el ancho de las aguas disminuía. Pronto vio el muelle, tan desvencijado como la última vez que estuvo allí. Apagó el motor y dejó que la corriente lo arrime. Amarró y bajó. El silencio cubría el lugar. Permaneció inmóvil intentando oír, pero la quietud era total. "Tal vez duerman" pensó, sin convicción porque eran las once de la mañana. Avanzó sobre el terreno en dirección a la casa.

Le llegaba el olor de los jazmines. Le gustaban los jazmines, como a su padre, y estaban en flor. No pudo evitar acercarse a unas plantas. Eran cañas de ámbar que se elevaban, sin gobierno, sobre uno de los costados de la casa. Por entre ellas, como enredadera, se retorcían las zarzamoras, cargadas de frutos —Jimena hacia una mermelada increíble con ellas—.

De pronto se vio empujado sobre las plantas. Las espinas de la zarzamora se clavaron por sus brazos y su cara. Cuando fue arrastrado fuera de la vegetación las ramas de la planta lo acompañaban como

tentáculos envolviendo su cuerpo, clavando su fino aguijón en la ropa y la piel.

Al darse vuelta, tratando de desprenderse de las manos que lo sujetaban de los tobillos, vio la cara enrojecida de ira de Ezequiel. Apenas pudo atajar con los brazos la envestida del hombre que se arrodilló sobre su pecho mientras arrojaba una andanada de trompazos como un molinete embravecido. La descarga impactó sobre su rostro, sus brazos y su pecho mientras lo oía gritar “Hijo de puta… hijo de puta…”.

Pronto, a los gritos de Ezequiel se sumaron los de Mirta queriendo detenerlo. Fede apenas pudo mirarla cuando una puñetada le impactó en el ojo izquierdo cerrándoselo de golpe.

La mujer no conseguía detener la furia que se descargaba sobre Federico. Se tiró encima del agresor, como una domadora, cayendo sobre su espalda. Ezequiel perdió el equilibrio. Cayó al pasto sin dejar de proferir insultos y golpes. Al ver a Mirta se detuvo y permaneció tendido boca arriba, respirando agitado.

La situación se congeló en el tiempo unos instantes. Al fin, Ezequiel se levantó y caminó hacia la casa. Mirta trató de auxiliar a Fede, que sangraba por las heridas.

Mientras el hombre subía las escaleras de la casa gritó:

—Ni se te ocurra hacerlo entrar a este hijo de puta...

Intentando sobreponerse de los golpes y la sorpresa Federico se sentó en el pasto, repitiendo para sus adentros que no debía haber ido a la casa de los Salgado. La mujer le miraba las heridas.

—¿A qué viniste? —preguntó.

—Tengo que hablar con Ezequiel, pero parece que no será posible —ironizó entre gestos de dolor.

—Ya vengo, voy por el botiquín —respondió ella.

Es difícil calcular el tiempo cuando el dolor estira los minutos. Mirta volvió con algunos desinfectantes, cinta adhesiva y una petaca de licor. Mientras le curaba los cortes y aplicaba un poco de hielo en el ojo, volvió a las preguntas.

—¿Y de qué querés hablar con él?

—De mi padre —respondió.

—No sé si es buena idea —replicó ella.

—De mi padre y los clientes de mi padre ¿acaso Ezequiel no lo fue?

La mujer le estudió el rostro. Buscó su mirada intentando descifrar el sentido de aquella frase.

—Andáte al muelle y esperá ahí. No te garantizo nada. Si ves que cierro las cortinas ándate —le dijo juntando las cosas y marchándose a la vivienda.

“Otra vez esos códigos raros”, pensó Federico mientras luchaba por incorporarse. Se sacudió la ropa y, dolorido, caminó hasta la orilla del arroyo. Se sentó y dejó a su cuerpo tomar una posición relajada.

Las dudas se acumulaban en los pensamientos de Federico. Todas sus decisiones estaban siendo vulneradas por una realidad que lo excedía. Los minutos pasaban y las cortinas no cambiaban de posición. Consultó su reloj, nunca era tarde para seguir con su vida, pero la memoria de Cynthia no daba respiro a su necesidad de justicia.

Al cabo de media hora la puerta de la casa se abrió y Ezequiel salió. Mirta estaba detrás de él, cruzaron miradas y ella señaló a Fede. Ezequiel comenzó, con pesadez, a bajar las escaleras en dirección al muelle. Caminó y se sentó junto a él, sin siquiera dirigirle una mirada.

—Vamos a hablar. Aprovecha los minutos. No andes con pelotudeces porque mi paciencia no es grande. Cuando terminemos la charla te vas a ir y no vas a regresar nunca más. Si lo hacés te aseguro que Mirta no me va a poder parar. ¿Está claro?

—Sí —respondió, tratando de ordenar las ideas para no arruinar la chance—. Necesito encontrar a un antiguo socio suyo creo, a Juan López, al Zeta —agregó.

Algo en el rostro del hombretón se revolvió, incómodo de pronto, con ganas de seguir golpeando. Su puño se cerró y miró a la casa desde donde Mirta no le sacaba los ojos de encima.

—¿Para qué? ¿Por qué? —preguntó movido por el fastidio y la curiosidad.

Federico le respondió del mismo modo que días atrás argumentó frente al abogado en la universidad. Le explicó también que había sido

el letrado quien le diera el dato de su vínculo con López y su padre. El silencio duró unos minutos mientras algunos rayos del sol matinal trepaban lo suficiente como para destellar entre las ramas de las casuarinas. Parecía como si el grandulón meditara, pero Federico dudaba de que fuera capaz del más mínimo razonamiento. Aun así, permaneció inmóvil y esperando.

—Viejo alcahuete... —murmuró entre dientes. Siempre lo fue... —agregó como si nadie lo oyera.

Fede no dejó salir ni siquiera una mueca, esperando que prosiguiera.

El silencio se hizo pesado entre ambos hombres. Mirta miraba desde el deck de la casa, tomando unos mates.

—¿Y qué papeles del Zeta encontraste? –preguntó Ezequiel.

—Documentos... —vaciló Fede.

—Mirá —agregó el primero. Yo puedo tener mucha cara de pelotudo, y de hecho bancarme que tu viejo se cogiera a mi mujer más de una vez. ¿Pero es solo la cara eh? Y vos pretendés que yo siga haciendo el pelotudo. Viniste y la muy estúpida de Mirta creyó que se cogía a tu padre a través tuyo, y ahora volvés con este bolazo. Por ella te estoy escuchando y no enterrando, así que si no podés ser más convincente tomátelas antes de que me arrepienta —sentenció.

Federico luchó por salir del mutismo. Debía elegir entre el camino de la verdad o volver con las manos vacías. La memoria de Cynthia no iba a darle descanso ante la última opción, por lo que le relató, con todos los detalles que conocía, la verídica historia que lo había traído de regreso.

Ezequiel escuchó sin interrumpir. A pesar de la vida, él era un hombre de códigos en los que los hijos tenían un lugar privilegiado. Apoyó los codos en sus piernas y la cabeza en sus manos. Tenía los dientes apretados. Se frotó el mentón y de un grito llamó a Mirta.

En menos que un instante la mujer estuvo a su lado. Le alcanzó un mate caliente que el hombre fue tomando con lentitud. El amargo de la yerba no es muy diferente a otras amarguras —pensó.

Detrás del sonido de la última chupada salieron las palabras.

—Traéme la agenda que está detrás de los libros de la biblioteca —ordenó a su mujer.

Mirta obedeció sin hacer preguntas. Minutos después estaba de regreso con una pequeña libreta negra. Ezequiel pasó las páginas y se detuvo en una, luego de leer unos números pasó a otra y de esa a una más. Finalmente, garabateó en una página en blanco un número. Y le devolvió a su mujer la libreta. Ella desapareció, luego de eso, dentro de la casa. No volvió a asomarse, ni siquiera para saludar.

El viejo cazador parecía releer los números una y otra vez. Por último, dobló en cuatro la pequeña hoja y se la extendió a Fede.

—Ahí tenés un número telefónico. Es del Zeta… o era, no lo sé. Con el tiempo que ha pasado seguro lo debió cambiar, era parte de sus hábitos. Llamá de algún locutorio, hacéme caso. Y si nadie te atiende —seguro así será— lo único que podrías hacer es ir a buscarlo a su oficina.

—¿Dónde es? —preguntó Fede.

—En la villa de Retiro, la 31. Pero pensálo antes de entrar ahí, no es fácil. Y, si lo haces, tendrás que llegar preguntando por él, pero no preguntes por el Zeta, preguntá por el Intendente, que es así como lo solían llamar los vecinos.

—¿¿El Intendente?? —preguntó Fede. ¿¿Es político?? —agregó desconcertado.

—No, pero así lo llaman, y si te dicen que no está allí andáte, rápido.

Algo en la actitud del hombre había cambiado luego del relato del sufrimiento de Federico. El isleño se puso de pie. Comenzó a soltar la amarra de la Pagliettini, indicando que la visita había terminado. Federico se subió a la lancha y dio arranque al motor. Antes de entregarle la soga, liberándolo del muelle, Ezequiel agregó:

—Debajo del número que te dije vas a encontrar otro. Ese es mío, llamáme si todo sale mal.

Luego se marchó, dejando a Federico con la confusión de aquel cambio. Bajó el morse y le dio velocidad a la embarcación. Necesitaba volver a la seguridad de su casa, de Jimena.

CAPÍTULO 26

Fede se sentó en los asientos de la terminal de micros de Retiro con la intención de repasar su plan, de convencerse de sus decisiones. Era una mañana de jueves, por lo que la gente era poca. Algunos bajaban de autobuses y apuraban el paso para incorporarse a la ciudad. Otros caminaban lento, arrastrando los pies, resistiendo sus destinos. Los miró a unos y otros, interpretando que se alejaba de aquellos carriles normales de la vida. El rumbo de su historia se torcía y retorcía con cada nuevo amanecer.

El bulto de la vieja Luger era el recordatorio trágico de su presente, clavándose en su cintura por debajo de la campera. No era frío, ni tibio, era sólo un trozo de metal que le señalaba, punzando, que se internaba en una calle de ida. Estaba enojado. Sin comprender por qué le ocurría todo aquello, por qué él, por qué Cynthia. Debía obtener respuestas. Se puso de pie y comenzó a andar el pasillo hacia la entrada de la villa. Cruzó un par de gendarmes que lo miraron curiosos —era extraño un desconocido sin equipaje por allí— se sintió tenso, su mandíbula se endureció hasta hacer rechinar sus dientes, pero continuó a paso firme.

A aquella hora la feria acumulaba ruidos y voces. Los puestos de venta se multiplicaban exhibiendo una variedad repetida de chucherías y alimentos de baja calidad y dudoso origen. Algunos voceaban sus ofertas y pocos, de los muchos de paso por allí, se detenían por algo más que un café hediondo y un trozo de bizcochuelo. Luego, de pronto, las paredes de las casuchas se empezaron a elevar mientras el pasillo perdía dimensión de calle. La basura y los olores cambiaban metro a metro. Las voces que salían de las viviendas se mezclaban con el ritmo pegajoso de cumbias eternas.

Sentía la misma cantidad de miedo que de convicción. Cruzó un pequeño grupo de escolares que lo escudriñaron de arriba a abajo. Un muchacho en bicicleta casi lo embiste. Avanzó buscando alguien a quien preguntar en ese enjambre de almas perdidas en la pobreza. Un pasillo desembocó en otro. Luego la callejuela lo llevó a un pequeño playón, desde el cual salían más pasajes, como rayos de la rueda de una destartalada carreta. Se detuvo buscando orientarse.

Jimena le había dicho que no se detuviera, que en la villa nadie

paraba, sólo los que venían de afuera, y eso era peligroso.

De pronto, como surgiendo de la nada y de todos lados a la vez, un grupo de adolescentes lo atacó. Eran pirañas, una moda delincuencial importada de las favelas brasileñas. Al primer golpe le sucedieron una cantidad incontable más que terminó derrumbándolo en el suelo. Los puños le dieron pasó a las patadas, hasta que perdió el conocimiento.

Lo primero que sintió al despertarse fue el sabor metálico de la sangre en su boca, luego los dolores por todo su cuerpo y más tarde las ataduras en las muñecas. Le habían puesto precintos plásticos y, con cada intento de soltarse, sus manos se cortaban. La habitación estaba a oscuras, una pequeña ventana tapada por una cortina multicolor de trapo viejo impedía la entrada de la luz. No sabía cuánto tiempo había estado allí, pero sabía que la pistola no estaba en su cintura y que estaba en serios problemas.

Cuando las pocas fuerzas de su resistencia se habían desvanecido y la resignación se apoderó de él, una puerta se abrió. Dos jóvenes se pararon a su lado riendo y dándole nuevas patadas en las costillas. Luego lo sentaron contra la pared. Le propinaron dos bofetadas que le hicieron abrir los ojos.

—Dale amigo, despertáte que necesitamos tu plata —dijo uno.

—Gato, acá para salir caminando necesitas más que ese fierro viejo que traías en la cintura y esos billetes de mierda.

—Acá sos nuestro ¿sabés? No sos nadie.

—Yuta no sos, gato, porque ese juguete no es de poli, tampoco sos pesado, así que no sos nada más que nuestro gato de la guita. Vos nos das un teléfono, pedimos lo que valés y si nos pagan te vas... tal vez... —dijeron y rompieron en una carcajada.

Fede apenas podía comenzar a entender lo que decían cuando le llegaron dos nuevos sopapos.

—Un teléfono, gato, no te hagas el virgen...

Federico aspiró el aire húmedo y espeso que llenaba la habitación. Se atragantó con su propia sangre. Escupió casi al mismo tiempo que recibía una nueva patada.

—Quiero ver al intendente. Alcanzó a balbucear. Al Zeta —dijo mientras escupía más saliva sanguinolenta.

Los jóvenes se miraron, alguna duda se había instalado en ellos ante la frase de Fede.

—¿A quién dijiste que buscás? —preguntó uno de ellos mientras se acomodaba la visera de la gorra, dejando ver sus facciones de muchacho de no más de 20 años.

—Al intendente —repitió mientras se volvía a desmayar.

Al volver en sí ya no estaba en el suelo, sino en un catre, y sus manos estaban desatadas. Notó algunos vendajes en las magulladuras de la golpiza y el ardor del alcohol en las heridas. La ventana no era la misma. Entraban los rayos del sol rojizo del atardecer. Como pudo se sentó, estaba dolorido. Vio sobre la mesa de luz una botella de agua y un blíster de analgésicos. Tomó un par y bebió hasta la última gota. Intentó ponerse de pie y perdió el equilibrio, su cabeza bombeaba tanta sangre que podía sentir sus propios latidos en los oídos. Se sentó. Un rato más tarde la puerta se abrió y le llegó la luz artificial del cuarto contiguo.

El hombre ante él tenía unos cuarenta años, cuerpo delgado como una espiga y un fino bigote estilo francés. De su axila colgaba una sobaquera y en ella un revólver Magnum 357 que con cada paso se incrustaba en su cintura.

—El intendente lo está esperando —dijo con ceremonia. Luego se acercó y le ofreció ayuda para incorporarse, sostenerse en pie y andar.

Fede estaba resignado a lo que podía venir. Aquel parecía un pistolero profesional. Así que sin emitir sonido se dejó llevar.

Luego de lo que parecía un comedor, en la habitación contigua pudo ver la silueta de un despacho un poco más allá. El hombre lo ayudó a entrar y sentarse. A él le pareció increíble aquello. Era una oficina que bien podría haber despertado envidia en Puerto Madero. Butacas de cuero, un gran escritorio de madera fina, lámparas, una biblioteca, una notebook encendida y una enorme pantalla con el mapa de la ciudad lleno de puntos rojos repartidos.

—Siéntese por favor, el intendente ya está llegando. ¿Desea beber algo?

—Un whisky me vendría bien —alcanzó a decir Federico mientras se desplomaba en la poltrona.

—Ya le traigo —dijo el pistolero mientras desaparecía por la puerta.

Pasaron unos quince minutos, según el reloj de péndulo que colgaba de la pared. El whisky lo hizo espabilar un poco. Era del bueno.

Cuando la puerta volvió a abrirse el marco se oscureció con la voluminosa figura del Zeta.

—¿¿Se puede saber qué haces acá?? —preguntó entre sorprendido e indignado.

—Tenía que hablar con usted, necesito su ayuda.

La charla se extendió por más de una hora, aunque por momentos pareció un interrogatorio. El Zeta quería saber todo, no sólo del problema de Federico, sino también los pormenores y las causas que lo habían puesto allí en aquel momento, a compartir estos sucesos. Aquel hombre lucía muy distinto al que él recordaba del velatorio de su padre. Duro e implacable, por momentos lo estudiaba por detrás del humo de un habano que había encendido.

—Mirá Federico, lo que me contaste es tremendo y muy raro. Tu padre, para mí, era un grande, lo he admirado mucho y lo tengo en mi memoria siempre. Mucho de lo que sé hoy me lo enseñó él. En nuestro oficio no hay ni hubo muchos de su talla. Él se supo ganar muchos amores y muchos odios, pero esto que te pasó no parece tener raíces en Raúl. Hoy a mí me toca estar en un lugar importante, tengo acceso a muchas cosas y mucha gente me responde. Te voy a pedir que me dejes ver qué puedo hacer por vos. Dame una semana para mover algunas cosas. Vas a tener noticias mías. Te lo prometo.

Parecía que el Zeta estaba dando por terminada la entrevista. Federico se sentía contenido por aquel gigantón, pero no podía imaginar cómo salir de allí sin toparse de nuevo con la patota que lo había robado y lastimado.

El Zeta se puso de pie.

—Esperáme —dijo, y salió de la habitación.

Minutos más tarde la puerta se abrió. Los jóvenes patoteros fueron impulsados, uno a uno, dentro de la habitación como si una catapulta los arrojara. Detrás de ellos volvió a parecer la enorme humanidad del Zeta, con una sonrisa lúgubre en la boca.

—Acá están tus amigos —dijo, como si se tratara de una reunión social. Vienen a disculparse —agregó. Y a devolverte tus cosas... todas... —sostuvo mientras los miraba impasible.

—Disculpá, amigo —dijo el que parecía ser cabecilla del grupo. No sabíamos que eras amigo del Intendente.

Mientras decía esto, otro de los muchachones comenzó a depositar sobre el escritorio todo lo que le habían sustraído, incluyendo la vieja Luger. El Zeta hizo una mueca de sonrisa al verla y agregó:

—Me dicen los chicos que te van a acompañar hasta que estés fuera de la villa. Se quieren asegurar que estés bien. ¡Fijáte vos que gentiles pueden ser! ¡Si hasta me pidieron que si llegas a necesitar algo en lo que puedan ayudarte van a estar siempre a tu disposición! ¿No es cierto? —preguntó mientras su mirada glacial no dejaba lugar a dudas.

—Sí, sí señor —dijeron, como un coro de ángeles.

—¡Anda con ellos Fede! Y esperá unos días que me pondré en contacto con vos.

Minutos más tarde la comitiva recorría silenciosa los pasillos del barrio. Dos de los jóvenes iban por delante y el resto detrás de Federico. Al llegar a la salida, el que llevaba la voz cantante se paró frente a Fede cerrándole el paso. Por un momento parecía que todo volvía a cero, pero el muchacho solo le ofreció la mano, una nueva disculpa, y un papel donde le dejaba un teléfono “por si necesita algo”.

Federico respondió el saludo y, con un gesto de cabeza, asintió. Comenzó a alejarse hacia la estación del ferrocarril Mitre, sin notar que sus pasos se aceleraban, quería alejarse de allí. Dos de los jóvenes rezagados lo siguieron a distancia hasta que abordó el tren a Tigre. Tenía la costumbre de dormir en ese trayecto, de cuarenta y cinco minutos, al compás de las vías. Esta vez no, solo podía pensar en todo lo que había vivido. La vieja pistola, en el bolsillo de su campera, le resultaba un objeto extraño ahora. Había tomado conciencia que ni siquiera sabía cómo funcionaba...

Inmerso en su debacle, el sonido del teléfono celular lo tomó por sorpresa. Un sacudón de realidad. El número del display era desconocido y dudo si atender la llamada. La curiosidad ganó el pequeño combate y recibió el llamado vacilando. La voz, aunque lejana en su historia, le resultó inconfundible, familiar, era su hermana.

Se había enterado, dijo, de los últimos acontecimientos y, a pesar de que no hablaban desde que tuvieron que apelar a sus abogados para

resolver el testamento de Raúl, su padre, quiso ponerse al habla por el llamado de la sangre. Federico, algo mareado por los golpes que recibió en la villa, intentó resumir la historia. Beatriz lo escuchó en silencio. Intentando aprovechar el traqueteo de la formación ferroviaria para excusarse, se despidieron con promesas de compromiso, como si pudieran desandar el camino de la distancia que los separaba. Fede cortó y dedicó cinco minutos más a tratar de descifrar el enigma familiar que lo había separado de su madre y su hermana, pero su cuerpo eliminaba adrenalina dejándole vía libre a los dolores.

Llegó a la isla intentando llenarse los pulmones del aire nocturno. Le gustaba navegar en la noche, sus ojos demoraban un par de kilómetros en comenzar a dibujar, a la perfección, aquella geografía de agua que amaba. Jimena lo esperaba sin preguntas —se había prometido a sí misma no abrumarlo—. Cenaron en silencio y se durmieron abrazados. Ya habría tiempo de relatos.

En las noches siguientes. Cuando todos dormían. Federico dedicó horas a aprender la Luger de su padre, mirándola, desarmándola, comprendiendo cada uno de sus mecanismos. Luego construyó un pequeño blanco en el fondo del terreno y, cuando los niños estaban fuera de la casa, practicó puntería, con muy mala suerte…

CAPÍTULO 27

Fue difícil para Federico concentrarse en los días que siguieron. No podía evitar mirar la pantalla de su teléfono celular con una frecuencia enfermiza. Esperaba la llamada prometida, esperaba encontrar, en alguien, una luz que le ilumine el mundo ensombrecido en el cual transcurrían sus días.

En esa vigilia había tomado conciencia de sus límites puesto a actuar como un hombre de acción. Su mente y su cuerpo no conseguían armonizarse a la hora de asumir la violencia del mundo. Siempre había sido pacífico y cerebral, había preferido los libros a los puños, la razón a la compulsión. El Zeta encarnaba su antítesis, su otro lado de la moneda y, de alguna forma, creía que, en aquellas instancias, lo que aquel hombre encarnaba podía ser el vehículo de su necesidad de justicia.

Siete días después almorzaban en el deck de la casa, Jimena y él. Aprovechaban el sol que entibiaba el mediodía, colándose entre la vegetación escuálida del otoño. El teléfono de su mujer comenzó a timbrar la canción preferida de la pareja. Jimena no esperaba llamadas —Fede apenas controlaba su ansiedad cuando oía sonar teléfonos—.

—Número desconocido —dijo ella mirando el display.

—Publicidades —respondió lacónico él— ¡Deciles que no te molesten más! —le reclamó a su esposa.

La voz del otro lado no era ningún vendedor, era el Zeta. Le ordenó a Jimena que le pasara el aparato a su marido. ¿Cómo sabía aquél tipo su número?

La charla no fue tal, solo un breve monólogo del Intendente en el que le enumeró una serie de instrucciones que debería seguir si estaba convencido de querer continuar con su “acción de justicia”. Federico debió hacer algunas anotaciones. Su mujer lo observaba no emitir palabra, solo escuchar y escribir. El Zeta terminó el diálogo diciéndole que lo pensara, y que debía ser consciente que si hacía lo que le indicó no habría luego marcha atrás. Antes de despedirse le deseó suerte y dijo una frase en latín: “SI VIS PACEM PARA BELLUM”, luego cortó la

comunicación.

La frase quedó retumbando en la cabeza de Fede. En algún lado la había visto… Jimena, presa de la ansiedad contenida, descargó sus interrogantes como un aluvión. Federico fue contestando una a una las preguntas. Mientras tanto escarbaba en busca de aquellas palabras: “SI VIS PACEM PARA BELLUM”.

De pronto se levantó de la silla y fue al dormitorio. La caja de la vieja pistola de su padre estaba arriba del placard —lejos del alcance de los niños—. El estuche de cuero se mantenía sin ajar, a pesar de sus muchos años. Al abrirlo, la contratapa tenía una fina cubierta de seda roja, con una frase bordada, la misma que había oído en boca del Intendente momentos antes. Debajo de ella, la traducción en letras más pequeñas: “SI QUIERES PAZ PREPÁRATE PARA LA GUERRA”.

Una nueva puntada se daba en su propia historia, la de su padre y aquél hombre. Una simple frase los estaba uniendo ahora. Pero ¿cuál habría sido el lazo entre el Zeta y Raúl que los vinculaba en ese estuche, en esa arma?

El grandulón dejó el teléfono celular sobre el escritorio, se sirvió un whisky y permaneció meditando, mientras su mirada se perdía por el inmenso ventanal que daba al río. Su despacho era muy diferente al de la villa, finas maderas para el escritorio; cuero que aun emanaba su aroma característico en el sillón y las confortables sillas; unas cuantas pinturas de renombre en las paredes, compartiendo el espacio con sus condecoraciones; un portarretratos con sus compañeros del curso de Comando. Aquel piso trece no despertaba sus supersticiones, sino todo lo contrario, era su forma de desafiar al destino. Siempre le había gustado aquel número, aun cuando el sonido de las balas inglesas en los oídos le hacían pensar que no volvería de Malvinas…

Decidió cerciorarse, no quería que las cosas se fueran de su control. Tomó el teléfono celular y marcó un número de la agenda. La voz que respondió era musical, aunque bien podía él dar testimonio que un tono dulce no siempre es sinónimo de dulzura.

—Número desconocido —dijo ella mirando el display.

—¿Estás segura de lo que vas a hacer? —preguntó sin más, luego de saludar.

—Sí, esto es personal, y se lo debo —fue la respuesta escueta de la mujer.

—¿Necesitás algo más? —preguntó por formalidad a sabiendas que no iba a quedarse cruzado de brazos.

—Me vendría bien que muevas gente del Gobierno de la Ciudad con el tema de las cámaras de vigilancia. Tal vez algo podamos encontrar —pidió ella.

—Me pongo en eso, manteneme informado... por favor —agregó el Zeta.

—Es personal, así que quiero que te metas lo menos posible.

—Está bien, entiendo, pero de todos modos soy tu jefe, no lo olvides —le respondió.

—En esto no —dijo ella terminando la conversación.

A él le fastidiaba cuando hacía esas cosas. Era una salvaje indomable. Siempre había sido así. Ni siquiera Raúl había podido dominar su espíritu y, tal vez por eso, era indispensable. Tan necesaria como impredecible.

Decidió que aún le quedaban algunas llamadas pendientes. Dio un último sorbo al vaso y marcó.

En el Gobierno de la Ciudad, si uno sabía con quién hablar, podía acceder a informaciones valiosas. Los favores son siempre monedas de trueque con fecha abierta y esta era una excelente oportunidad para cobrar una de aquellas deudas de honor.

El funcionario lo atendió y en su voz se dejaba entrever el fastidio de la mano de la inevitabilidad.

El pedido fue concreto: necesitaba copia de las imágenes de las cámaras del día del atentado en la casa de Federico, y de los días previos. Pensaba que, con seguridad, quien hubiera sido el o los autores estuvieron recolectando rutinas en los días previos. El empleado accedió y le pidió un par de días para poder conseguir lo que le era requerido. Intentó, en su favor, explicar las dificultades que implicaba aquello, pero el silencio del otro lado de la línea le hizo entender que no había chances de evitarlo.

La cabeza del Intendente funcionaba como un mecanismo de relojería. Cada señal era revisada, cada episodio analizado desde todas las aristas posibles, de algún modo aquello era la sal de su vida y esa adrenalina le daba placer. Recorriendo los acontecimientos se le

ocurrió una punta más para seguir adelante.

Aquel teléfono no figuraba en su agenda de rutina. Le resultaba fastidioso tener que aplicar aquellas engorrosas pautas de codificación. Para él era más simple andar pateando culos y puertas que toda aquella maraña de claves y contraclaves. “Gajes del oficio”, se dijo con resignación. Pronto tenía anotado el número en un papel. No iba a ser fácil esa llamada, pero el fin lo justificaba.

Cuando el celular de Ezequiel comenzó a sonar él se calzaba las botas. Planeaba meterse con la motosierra en el monte, detrás de su casa, necesitaba leña. El número no era de su agenda, pero lo atendió porque el cartel de DESCONOCIDO no apareció. Al oír la voz sintió un vuelco en el estómago. Debió respirar profundo, conteniendo la tentación de cortar, cosa que sabía sería inútil.

—¿Cómo andás, Salgado? —dijo el Zeta.

—Hasta hace un minuto estaba perfecto, ahora me dieron ganas de vomitar —respondió.

—Ahorrátelas y andá desempolvando tu traje de casamiento, tengo que pedirte que hagas un trámite.

—Debe estar apolillado mi traje, si es que no lo quemé...

—Compráte uno entonces y no me jodas. Tenes que ponerte lindo para ir a visitar al títere de la avenida Cazón.

Ezequiel enmudeció. Hacía años que no andaba por allí. Las últimas veces no había sido grato. El secretario de la intendencia no había tomado a bien la fractura en un dedo que le hizo, por querer pasarse de listo. Pero claro, la información es poder y el tipo no podía ni chistar, solo obedecer de allí en más, si quería mantenerse sobre sus piernas.

—¿Vos creés que si me aparezco por ahí no me van a encerrar los de la seguridad? Mira que...

—No miro nada Ezequiel, en todo caso decíle de mi parte que le quedan nueve dedos sanos aún... Necesito que nos informe acerca de cualquier asunto sin resolver que tengan y que tenga que ver con el río o la costa del Luján, las amarras, guarderías, no sé... vos sos de ahí, quiero cualquier punta sin solución…

—¡¡La puta madre que lo parió!! —exclamó Ezequiel. ¡¡¡Esto tiene que ver con el hijo de Raúl!!! ¡¡Estoy seguro!! ¡Ese pendejo siempre ha sido un problema!

—Hace lo que te pedí… pronto... —finalizó el Zeta la conversación.

CAPÍTULO 28

Jimena deslizó la última pregunta pendiente a la mañana siguiente:

—¿Qué pensás hacer, amor?

Federico levantó la cabeza del papel con las instrucciones que había recibido y miró a su mujer. Ella era una persona curtida y sabía que no podía ser parte de aquella decisión. En su interior estaba tan sedienta de justicia como su marido, pero a la vez el miedo la mantenía atenta. Presentía que todo aquello podía cambiar sus vidas y no estaba segura de desearlo.

—Creo que no tengo elección, debo avanzar, aunque sea a ciegas, o estar dispuesto a vivir en la culpa y la incertidumbre —le respondió él, doblando el trozo de papel y guardándolo en el bolsillo de su camisa.

Llegó al hotel sin haber hecho ninguna reserva, esperaba conseguir una habitación disponible. Seguía las directivas del Zeta, a pesar de no comprender del todo algunas de sus instrucciones. Incluso debió ocultarle a Jimena algunas pautas que no conseguía entender de qué manera lo iban a ayudar.

El “Guerrero” era un hotel tradicional en la ciudad de Mar del Plata, sus habitaciones no eran amplias, pero tenían todo el confort necesario para una breve estadía, como él creía que sería. Sus precios estaban de acuerdo a sus posibilidades. No tenía pensado hacer semejante viaje, pero no tenía muchas opciones.

Solicitó una habitación con vista al mar. Le asignaron un cuarto en el sexto piso. Ordenó su escaso equipaje —se arrepintió de no haber traído la Luger, aun a pesar de que sus intentos por aprender a usarla habían sido vanos—. La ventana le daba una vista del mar que, de algún modo, lo tranquilizaba. La inmensidad del océano era balsámica.

Era la media mañana cuando salió a la calle. Tenía tiempo para caminar un poco, tal vez almorzar. El sol comenzaba a entibiar el día. Anduvo sin rumbo recorriendo la rambla. Lugares que hacía muchos

años no visitaba le ofrecieron sus remozadas caras. Al cabo de un rato estaba frente a la playa Varese. El café-resto Tío Curzio era uno de sus lugares favoritos. La hora del almuerzo había llegado. Pidió un filet con puré, sencillo y liviano, y para beber una cerveza. Las paredes del local estaban cargadas de la historia marplatense. Esa vieja casona, salvada de la piqueta por un inmigrante italiano, Curzio Benedetti, era para él, en ese momento, una muestra de convicción y empeño que de algún modo reforzaron su ánimo. Resistir…

Volvió al hotel inmerso en la somnolencia que la cerveza y el aire de mar le provocaron. Se recostó, y pronto la siesta se apoderó de la tarde. Su sueño se mezcló con imágenes de Cynthia, del río, Jimena, y tiroteos en los que su padre vaciaba el cargador de su pistola sobre siluetas informes.

Se despertó cuando una media luna nocturna reflejaba sobre el mar. Estaba transpirado y nervioso. El baño de inmersión lo relajó. Se puso ropa limpia y bajó a la recepción.

Las ventanas de la entrada eran amplias. Le dejaban imaginar situaciones felices que podría haber estado compartiendo con las personas que amaba. El turno de los empleados del hotel cambiaba a las dieciocho horas, por lo que ya podía avanzar según las instrucciones.

El mozo del bar se acercó diligente. Pidió un cortado en jarro, y trató de iniciar una conversación que, por fortuna para él, fue fácil comenzar —no había muchos huéspedes alojados y el hombre estaba aburrido—.

—¿Viaje de negocios? —preguntó.

—Algo así, un poco de trabajo y un poco de placer, hay que matizar... —respondió Fede, intentando llevar la charla al terreno que necesitaba.

—¿Conoce la ciudad? Hay mucha vida aquí —contestó el empleado con cierto orgullo local.

—La verdad es que conozco algo de lo que tiene que ver con mi trabajo, pero poco de la vida social –siguió sembrando frases inconclusas tratando que aquel hombre terminara donde él quería.

—¿Extraña la familia? —dijo al pasar el mozo. Fede sintió alivio, allí estaba, en la puerta de lo que debía conseguir.

—¿Con sinceridad? Un poco de soledad viene bien. Un hombre debe distraerse de vez en cuando… usted me entiende… —dijo, dejando la puerta abierta al empleado.

—Ja, ja, ja, sí, sí ¡¡Y está en la ciudad indicada!! Acá, si uno conoce, ¡puede tener las mejores distracciones! —se jactó.

—Yo no conozco, pero tal vez usted me pueda ayudar —retrucó Fede, mientras dejaba un billete debajo del plato de café.

—Para eso estamos —le respondió el hombre mientras calibraba la calidad de lo que veía asomarse por debajo del platillo. ¿Usted querría servicio en su cuarto o está dispuesto a andar por la ciudad? —agregó.

—¡Voy donde usted me diga, si me asegura lo mejor!

—Ya regreso, ¡tengo una agenda que debería revisar, gente de primera! —aseguró el hombre con un guiño de ojo.

Federico había llegado al punto que le indicara el Zeta, aun no sabía que debía hacer o buscar, pero confiaba en que encontraría alguna señal para seguir avanzando.

El mozo se acercó llevando bajo su bandeja un discreto libro. Lo entregó en las manos de Federico y se retiró presuroso.

Lo hojeó de atrás hacia adelante. En cada página se veía la fotografía de una mujer con su nombre escrito debajo. Eran de esos nombres que uno podía suponer que nadie pondría a sus hijas. Tampoco se podía estar feliz de verlas en aquellas poses insinuantes y cargadas tanto de sexualidad como de pocas ropas. “¿Que debía encontrar allí?”, se preguntaba. Al pie de cada página se leía: “Una chica de Foulop”.

Casi pierde el aliento cuando al llegar a la primera página, debajo del título Catálogo de Escorts, ¡vio la imagen de la Cebra! Con tono bronceado, fina ropa y un maquillaje que intentaba disimular las arrugas de sus años. Allí estaba aquella mujer que había visto llorar a los pies del féretro de su padre.

Las cosas comenzaban a tomar sentido.

Catalina Foulop, así decía llamarse, era la regente en ese espacio de citas, una madama encubierta detrás de la máscara del modelaje y el servicio de acompañamiento. ¿Debía ponerse en contacto con ella? Seguramente sí. Pero ¿cómo?

Desde la barra del bar el mozo lo observaba. Cuando dejó el libro junto a la taza vacía de café el hombre se aproximó. Al levantar las cosas de la mesa ratona tomó el billete que se perdió en uno de los bolsillos de su chaqueta, en menos de lo que dura un parpadeo.

—¿Desea algún servicio más? —preguntó con doble intención.

—Sí, me gustaría, pero no sé si será posible —respondió Federico.

—Todo lo que usted necesite se puede conseguir.

—¡Es que quisiera entrevistarme con la figura principal! Catalina... ¿usted cree que será posible?

El hombre dejó escapar una mueca que pretendía ser sonrisa, al tiempo que le respondía:

—Usted tiene gustos muy caros. Todo se puede si está dispuesto a pagar por tal privilegio.

—Tengo algunos ahorros... y parece una buena inversión.

—Se arregla por teléfono. ¿Le traigo otro café?

—Sí, por favor.

Minutos más tarde el empleado le dejaba un café humeante y una tarjeta.

Federico bebió y se retiró a su habitación. Allí revisó la tarjeta, solo había un número de teléfono celular. Evaluó alternativas: podía llamar y decir quién era, o bien podía pretender ser cualquier persona. No sabía a ciencia cierta si el Zeta había anticipado su llegada. Optó por llamar como un cliente cualquiera.

Catalina miró el display de su teléfono celular y lo dejó sonar. Luego de la tercera llamada ignorada bebió un sorbo de whisky. Se sentó en el sofá de la recepción de la casona, en la zona del puerto marplatense. Una asistente esperó que terminara de beber y solicitó un taxi. Salió con rumbo al centro de la ciudad. Bajó en la Plaza Colón y comenzó a caminar. Sus instintos estaban agudizados, aun a pesar de los nervios. Zigzagueo por algunas calles, volvió sobre sus pasos y, aprovechando el reflejo nocturno de algunas vidrieras, observó con discreción si alguien venía detrás de ella. A los diez minutos se sentó en el café Havanna de la avenida Colón al dos mil doscientos.

Buscó en la cartera su otro teléfono móvil y marcó el número.

Federico recibió la llamada sin identificar mientras hojeaba las publicidades dejadas sobre la cajonera de su habitación. Al no ver un número de origen dudó, pero comenzaba a acostumbrarse a aquellas cuestiones.

—¿Federico? —consultó la voz femenina del otro lado de la comunicación.

—Sí —respondió. ¿Quién habla?

—Catalina.

Antes que Fede pudiera decir más ella agregó:

—Te estoy esperando en la confitería de Av. Colón y Santiago del Estero, no demores. Luego cortó.

¿Por dónde comenzar? Se preguntaba Fede en el camino. ¿Qué decir? Aquella mujer estaba al tanto de su presencia en Mar del Plata. ¿Por qué no ponerse en contacto de manera normal? Mientras cavilaba estas preguntas no percibió que detrás de él caminaban dos de los muchachones que lo habían atacado en la Villa 31. Cuando lo vieron entrar al lugar continuaron caminando por la avenida.

CAPÍTULO 29

Federico se sorprendió al ver a aquella mujer tal y como la recordaba del velatorio de su padre. Estaba muy lejos de la fotografía que ilustraba el libro de citas. Las arrugas de su rostro, aunque no conseguían disminuir su belleza, mostraban el claro surco de los años. Estaba vestida con un jean, una remera, campera de cuero y zapatillas. Su cuerpo voluptuoso se diluía en ese ropaje citadino. Dos pocillos de café vacíos dejaron ver los efectos de la espera.

Él se sentó y pidió dos cafés más.

Ella comenzó el diálogo. Aprovechaba cada nuevo sorbo de la bebida para observar por la vidriera del café. La noche estaba dando el esquinazo que la empujaba al final de la jornada. Las calles iban quedando vacías. Los muchachones de la villa entraron al local y ocuparon una mesa alejada.

—Finalmente volvemos a vernos —dijo la mujer.

—Hubiera preferido no necesitarlo —respondió Federico, resignado.

—Nuestro amigo en común me contó lo que te ha pasado —fingió ella indiferencia.

—Veo que sí, estoy yendo de una sorpresa a otra con todo esto. Él no me dijo a quién vería ni a qué se dedicaba. No pensé que sería usted.

—Él suele hacer las cosas así. No te preocupes. Muchas veces las cosas son distintas a como se ven.

—Mire, Catalina, yo no sé bien cuáles son los vericuetos que los han unido a ustedes con mi padre, solo quiero que lo que le ha pasado a mi hija no quede impune. Creo que ya no me importa mucho como sea, pero quiero que quien haya sido lo pague.

—No me llamés Catalina, que no es mi nombre real, llamáme Alicia, y aunque no debiera hacerlo te cuento que trabajo para el Gobierno, como Juan y como tu padre. Siempre hemos estado del lado de “los buenos”. Solo que nuestro trabajo está siempre en las sombras, donde nadie nos ve, nuestra justicia llega más lejos que la justicia de las leyes.

Federico no podía salir de una sorpresa y entraba en otra. ¡Su padre! ¡Aquella mujer y el grandulón! ¡Cuánto ignoraba!

Alicia le pidió que repitiera una vez más el relato de cuanto había sucedido. Desde el principio. La mujer lo detuvo en un sinfín de oportunidades para pedirle precisiones y detalles. Volviendo en el tiempo más allá de la noche en que perdió a su hija. Ella quería saberlo todo.

Cambiaron el café por unas gaseosas y unos sándwiches tostados. Los muchachos de la mesa distante hacían llamadas telefónicas, a periodos regulares.

El relato llevó a Federico por momentos de ira, de llanto e impotencia. Alicia permanecía impasible, atenta a cada palabra, descifrando silencios que le dieran pauta de una línea de tiempo que comenzaba a tejer en su cabeza.

Cuando Federico dio por contado todo buscó recomponerse mirando la calle. Evitaba mirar a los ojos a aquella mujer que parecía fría como la hoja de un cuchillo y que no paraba de hacerle revivir momentos que prefería mantener entre las brumas de la memoria.

El silencio se hizo espeso y Federico preguntó:

—¿Me va a poder ayudar en algo?

Por primera vez ella pareció exhibir un gesto de humanidad y lo tomó de la mano.

—Vos quedáte tranquilo. Volvé a tu hotel, descansá y mañana regresá a Buenos Aires. La semana que viene viajo para allá y me pongo a trabajar. No le cuentes mucho a Jimena —Fede se sorprendió que supiera el nombre de su mujer— así no se preocupa. ¡Lo vamos a arreglar! Te aviso cuando volvemos a vernos.

Ella se puso de pie, pagó la cuenta. Antes de salir a la calle no pudo contenerse y, a modo de despedida, dio a Federico un beso en la frente.

Cuando cerró la puerta dio un vistazo a los dos muchachones —que pagaban su consumo y se levantaban—. Luego comenzó a caminar. Una lágrima se escapó por debajo de las gafas de sol que se había colocado para disimular. El taxi que la llevó de regreso debió dar las vueltas que ella le indicó. Al conductor poco le importaba que aquella mujer pareciera perdida en la ciudad.

Federico regresó al hotel con su ignorada custodia.

Cuando Alicia pudo sacarse las zapatillas y tirarse en el sofá de su departamento llamó al Zeta. Quería contarle lo que había decidido y reprocharle la presencia de aquellos dos.

Luego compró un boleto de avión para la noche del domingo siguiente.

CAPÍTULO 30

Alicia no esperaba volver a Buenos Aires tan pronto. El aire de mar y la distancia con su propia historia le habían refrescado el espíritu, había vuelto a sentirse plena. Aquella misión en la ciudad atlántica le había caído como anillo al dedo. Una oportunidad para sumergirse en el trabajo intensamente, dejando de lado todo lo personal.

Ocupar el espacio necesario, en la ciudad, no fue fácil. Tuvo que desarrollar una estrategia para ganarse el lugar necesario para desbaratar aquella banda de traficantes. Mezclaban el espionaje con los negocios de estupefacientes, un coctel siniestro y lucrativo. Para llegar a ellos, un camino posible fue a través de la prostitución VIP. Debió sumergirse en ese mundo.

Los resultados tardaron más de lo previsto, pero a más de tres años de establecerse, había conseguido acercarse lo suficiente como para llegar a las cabezas zonales de la organización.

Cuando todo lo de Federico ocurrió estaba a punto de concretarse la llegaba de unos de los jefes de la banda. Algo que venían esperando hacía tiempo. Sin embargo, nadie tuvo el coraje de ordenarle que dejara de lado al muchacho y que siguiera adelante. El jefe narco ignoraba que una circunstancia personal lo había salvado de caer en las manos de la Cebra. Los vestigios de humanidad que le quedaban habían muerto junto con Raúl. Su carácter se había vuelto más cruel al haber perdido a quien fue su único amor.

Cuando el avión buscaba la zona de aterrizaje en el aeropuerto Jorge Newbery, sobrevoló el Delta. Sin premeditarlo, buscó el lugar donde estaba la casa de Federico. Ella conocía aquella casa, incluso más que el muchacho. Muchas de sus mejores noches transcurrieron allí, junto a Raúl, bebiendo champagne y riendo en el deck de la casa. Cuando la esposa de Raúl decidió dejarlo y ella se transformó en su refugio.

Su departamento estaba como lo había dejado. Las llaves de su pequeño automóvil estaban en el mismo lugar. Revisó los testigos de seguridad que había dejado distribuidos en el inmueble. Si alguien había entrado quería saberlo. La cámara oculta en el reloj de pared

registro la única visita que consideraba permitida: el Zeta sentado en su sofá tomando de su whisky. Ya se lo cobraría.

Dejó la valija sobre la inmensa cama king size, testigo de sus mejores momentos. Se dio una ducha y salió con rumbo a la oficina, segura de que su mastodonte amigo y compañero estaría allí a esas horas. Estacionó en las cocheras subterráneas de la Av. 9 de julio. Caminó sin apuro hasta la Sede. Una breve nostalgia la invadió. Habían pasado años gloriosos allí.

Dio los tres timbrazos de rigor en el portero eléctrico y esperó. Ramón, el encargado, del edificio salió de su monotonía al verla.

—¡Señorita! ¡¡Que alegría verla por acá!! ¡Ha pasado mucho tiempo!

—¡Buen día, Ramón! —respondió ella, sonriendo al discreto sanjuanino.

—Se la extrañaba... —agregó.

—Yo también extrañaba, Ramón...

La Sede estaba en la planta baja del edificio. Ocupaba dos unidades contiguas, en un palier de tan escasas dimensiones que tres personas complicaban cualquier espera. La puerta de una de las unidades nunca se usaba, constituía una vía de escape alternativa. La segunda era de uso cotidiano.

Dos departamentos, dos mundos, A y B. Ambos departamentos estaban conectados en su interior. Había sido una decisión y elección de Raúl. Puso a funcionar su estudio jurídico en el “A”; despachos, oficinas, secretaria, una poblada biblioteca legal. Los clientes entraban y salían con una frecuencia convencional. Solo algunos, especiales, sabían que detrás de un espejo del tamaño de una puerta había, justamente, una puerta. Del otro lado el “B”, con dos habitaciones devenidas en aulas, una sala de reunión austera y, junto a la puerta del toilette, un armario disimulaba el acceso al sótano. Solo unos pocos sabían de aquel subsuelo, incluido Ramón, que trabajaba allí desde que la construcción fuera inaugurada en los ´70, pero él era casi uno más de la estructura.

Alicia volvió a tocar timbre frente a la entrada del “A”. Permaneció inmóvil a sabiendas que era observada —la secretaria hablaría con el Zeta, él pondría cara de estar evaluando y, con su anuencia, la dejarían entrar—. Rutinas.

Cuando la jovencita le franqueó el paso ella le sonrió, le dio una palmada en el hombro y, sin decir palabra, encaró a la oficina principal.

—Nunca seguís las formalidades vos ¿eh? —dijo el hombretón.

—Y vos me debés una botella de whisky —respondió ella.

—Ja, ja, ja —carcajeó él, echándose hacia atrás en su poltrona. ¿No te morías de ganas de putearme? —consultó divertido.

—¿Quién te dijo que no lo hice?

—Sentáte —dijo el Zeta, mientras seguía riendo.

Alicia le contó algunas de las cosas que había estado analizando. Los episodios incendiarios en el Delta —estaba convencida— eran una cortina de humo detrás de la cual ocultar la intención verdadera. Si bien habían ocurrido algunos más después del atentado, la frecuencia había disminuido.

—¿Conoces al policía que está a cargo en la isla? —preguntó ella.

—Es el Inspector Leónidas, un veterano que mandaron a la isla a terminar su carrera. Por lo que averigüé ha tenido un par de chanchullos, pero nada fuera de lo previsible. Un par de muertos en tiroteos. Podés llamarlo honrado dadas las cosas. Vive en la isla y hace base en el destacamento del Carapachay. Le perdió el gusto a la ciudad. ¿lo vas a visitar?

—Sí, quiero ver qué sabe o qué hizo.

—Por cierto... Lo puse a Ezequiel a mover contactos en la Municipalidad.

—¿Le hiciste poner traje al cascarrabias? —preguntó ella sonriendo.

—Sí y me estuvo puteando media hora. Pero se está moviendo. ¿Lo vas a necesitar?

—Tal vez... Anda comprándome el whisky que me debés —agregó mientras se ponía de pie. ¿El semirrígido sigue disponible?

—Sí, donde siempre, ¡traélo sano! ¡Que después tengo que andar explicando los gastos!

Repasó sus ideas de camino a Tigre. En la guardería náutica le

pidieron los documentos. La nueva empleada no la conocía y debió chequear en la ficha de la embarcación. Era un viejo rezago, que algún amigo de la Marina había donado, al que le pusieron un poderoso motor de cuatro tiempos y 115 caballos de fuerza. “Una vieja bestia con alma de dragón”, pensó Alicia, al tomar la curva para salir del río Luján hacia el Carapachay. Si se apuraba un poco en menos de una hora estaría en el destacamento.

El Inspector se sorprendió al ver a aquella mujer entrar en su despacho y presentarse como periodista. Le habían avisado que tenía visitas, pero no imaginaba que fuera a encontrarse con alguien de tanta belleza. Sin embargo, sus instintos de sabueso le decían que detrás de esos ojos, que lo miraban sin emociones, había más que un derroche de curvas. La Cebra sabía que los policías tienen el hábito de sentirse dueños del territorio que se les asigna. No quería generar ningún conflicto que la alejara de sus objetivos. Intentó derretir el hielo de su mirada con una variante de pretendido respeto que incluyera una dosis de admiración suficiente como para soltarle el pico. Hizo efecto y pronto Leónidas le estaba contando el resumen de los últimos diez años de su vida isleña. En los que él había desentrañado y resuelto situaciones criminales que hubieran sonrojado a Agatha Christie.

Poco a poco llevó la conversación a los episodios incendiarios. El inspector se tensó —era algo que no había desentrañado... aún—. Fue hasta su caja fuerte y extrajo una pequeña bolsa con más de diez puntas de flecha. “Un piromaníaco al cual pronto voy a agarrar” sentenció, mientras le explicaba lo que sabía de aquellas pruebas encontradas en cada escenario.

—¿Y usted me permitiría entrevistar a algunos de los damnificados? —preguntó Alicia.

—Sí, ¿por qué no? No va a encontrar que le cuenten más de lo que le he dicho, pero por supuesto que sí.

—Es que si los visito podría sacar fotos y esas cosas que sirven para el artículo que estoy preparando...

—Mi secretario le dará algunas de las direcciones. ¿Usted conoce la isla?

—No en profundidad como usted, pero con tecnología y un GPS hoy se llega a todos lados –rio intentando dulcificar sus expresiones.

La charla finalizó con promesas que jamás se cumplirían. Tomó fotos

al inspector, haciéndolo posar para que luciera más aguerrido de lo que jamás hubiera sido.

Alicia subió al semirrígido. Miró las direcciones que había conseguido y se puso en camino. Pasó el resto de la jornada charlando con pobladores del Delta que conjeturaban, imaginaban, especulaban e incluso temían. Tomo mates, se embarró, sacó fotografías —útiles y de las otras—. No pudo encontrar, a modo de conclusión, un hilo vinculante en los ataques, solo un modo de acción repetido.

Volvió a su departamento con fastidio. No encontraba una punta en la madeja.

Desparramó sobre la mesa ratona del estar los apuntes que había tomado y el mapa. Comenzó a señalar los puntos que había visitado. De pronto un pequeño y posible patrón pareció asomarse. El radio de acción tenía cierto espectro común: distancia y tiempo. Debió buscar un compás y una regla para realizar algunos trazos intentando hacer empatía con el atacante, considerando que debía salir de algún lado y volver a ese punto.

¿Tendría Ezequiel el mismo número que hace tiempo? Se preguntó mientras recorría la agenda del celular.

Él reconoció el número en el display y maldijo. Mirta lo miró con pesar, sentía que el carrusel había comenzado a girar otra vez. Antes de que él llegara a responder la llamada, ella ya bajaba la escalera de la casa y comenzaba a atender sus plantas.

—¿Qué querés? —dijo sin saludar.

—Bueno, ¡ni siquiera un saludo! ¡Parece que no me extrañaste! —reprochó la Cebra.

—¿Qué querés? —repitió.

—Te espero mañana a las diez en el café de la avenida Italia —respondió ella con tono autoritario y monocorde. Luego cortó la llamada.

El sueño demoró en llegar, pero los buenos recuerdos consiguieron que se relaje. En cada imagen que regresaba a su memoria se fortificaba la convicción de que debía resolver la muerte de Cynthia. Al amanecer se duchó y preparó un café bien cargado.

Con puntualidad entró en el bar de la Av. Italia. Sin la más mínima prisa, el dueño del negocio iba iniciando la mañana. No la recordaba, la ropa holgada y desaliñada no deja huella en la memoria de los espíritus básicos. Mejor así.

Ezequiel ya estaba bebiendo un té. La costumbre anglófila se apoderó de él cuando debió hacer un curso en los cuarteles del MI6 británico. El traje azul, raído por el desuso, que vestía estaba a tono de los ingleses con toda seguridad. Apenas levantó la vista al verla, mientras degustaba la infusión. Ella se sentó y bebió el segundo café del día.

Deslizó un sobre hacia la mujer.

—Ahí están los DVDs de las cámaras de seguridad que me dieron hace un rato en el municipio.

—Buen día —dijo ella.

—Mirá Cebra, vos sabes que no te estaría ayudando en esto si no fuera por el gordo. Así que evitá las formalidades. Raúl fue un sorete conmigo, sin embargo lo de su hijo... no sé... ¿qué pasó con los códigos?

—Esto es personal, Eze, vos sabés, dame una mano, por favor...

El resoplido de Ezequiel fue tan fuerte que el mozo giró a mirar si necesitaba algo. Se frotó las manos e hizo sonar sus nudillos.

—Avisale al Zeta que después de esto no los quiero ver nunca más.

Alicia se relajó un instante, lo suficiente como para tomar impulso y contarle sus conjeturas nocturnas.

—Si algo pasó allí seguro está en las cámaras. El gordo me pidió todo lo que involucre la costa del río Luján.

—Tiene que ser en “El Garrote” ¿no te parece?

—Tal vez... ningún lugar es mejor para meter una manzana que un cajón de manzanas ¿no?

—Eso creo, y las distancias me dan en la zona. ¿Vamos?

—¿A dónde?

—Al Garrote.

—¿Con vos? —dijo él.

—¡¡¡Obvio!!! ¡Estoy grande pero no momificada! —afirmó ella.

—Estás tan loca como siempre, pero siempre me divertí trabajando con vos. Vamos.

Nadie reparó en ellos cuando dejaron atrás el puesto policial de la Av. Italia y Alte. Brown. Desentonaban en la barriada humilde, desde lejos. Allí, sin embargo, todo se mezclaba, un crisol caliente en una sociedad decadente. La consigna más fuerte era: “no ver, no preguntar”. Llegaron a pie hasta prácticamente la intersección del Canal San Fernando con el río Luján. La sede de la Prefectura Naval Argentina era un nido de ausencias. Sus tres embarcaciones estaban amarradas en el muelle. No había guardias a la vista.

Habían caminado lo suficiente como para que sus narices se adaptaran al olor nauseabundo de la basura. Un olor punzante brotaba de las aguas pútridas que entraban al Delta desde la ciudad. Se arrimaron a un precario muelle, tratando de imaginar si allí podría estar la puerta de entrada del atacante nocturno.

Creían no haber llamado la atención, no por discretos sino porque parecían haber entrado en un horario donde la villa dormía aún. Pero no había sido así. El boca a boca llegó hasta el patriarca del lugar. Éste, sin medir más que las posibilidades de robar algo, mandó tres de sus muchachones. “La mina no parecía tener nada de valor, pero el de traje seguro guita tenía”.

Aprovecharon el momento en que ambos sopesaban las opciones del lugar. Concentrados en el agua y en el muelle. Los tomaron por la espalda. A Ezequiel le colocaron el cañón en los riñones y a la Cebra la tomaron por el cuello con un brazo, poniéndole una navaja en la garganta con la otra mano.

—Danos la guita o le cortamos el gañote a la vieja —dijo uno de ellos.

—Ja, ja, ja... ¿la vieja dijiste? —rio Ezequiel sin poder contenerse.

Los ojos de Alicia se crisparon.

En un movimiento de fracción de segundo la Cebra le dio un codazo en el estómago a quien la sostenía. Cuando se quebró en dos por el dolor giró y le dio un rodillazo en plena cara que lo desplomó inconsciente.

—¿Vieja me dijiste pendejo? —preguntó.

—Quedáte quieta o este se queda sin riñones —dijo el muchacho.

—Ezequiel... me dijo vieja, ¿a vos te parece? ¡¡Con lo que me cuido!! ¡¡Con las horas que dedico a la dieta!!

—Calláte vieja.

Empezaba la frase cuando el puñal cruzó el aire y se clavó en el ojo derecho del muchacho. En un último acto sus reflejos accionaron el gatillo. Ezequiel lo sabía y alcanzó a girar lo suficiente como para que la bala entrara y saliera de su vientre pasando a escasos centímetros de cualquier órgano.

—¡¡¡La puta madre!!!

—¡¡No me puede decir vieja!!

—¡¡¡Este era mi único traje!!! ¡¡Te parió!!

Ezequiel se apretó el orificio que quemaba y sangraba. No era el primer disparo que recibía, pero siempre le causaba impresión ver su propia sangre. Sintió mareos.

—¡¡No te vayas a desmayar!! —reprochó ella.

Fue lo último que él vio antes de caer al suelo. El disparo no atrajo la atención de nadie, pero el tercer muchacho había alcanzado a salir corriendo y dar la voz. Pronto los apuntaban, es decir, la apuntaban a ella, porque Eze estaba largo a largo en el suelo.

Cuando se despertó había pasado más de media hora. Estaba tirado en un catre, con el torso descubierto y algunos vendajes improvisados sobre la herida. Borrosamente divisó a la Cebra sentada a una mesa charlando con un cincuentón delgado como una aguja, medio calvo y con la mitad de sus dientes. Era Robledo, el mandamás de la villa.

Ella había mandado a otro mundo a uno de sus secuaces. La noticia correría rápido. Podía perder autoridad en el lugar y hasta el control. El hombre necesitaba una satisfacción de sangre —o de dinero—. Alicia le aseguró que por el lado de la sangre nada iba a salir bien, y solo generaría más sangre. Robledo, enterado de cómo había lanzado ella su puñal, asintió. Sugirió una suma apropiada. La Cebra terminó ofreciéndole seis meses sin controles policiales, pero además necesitaba información. Él pareció curioso e interesado por un

momento. Sabía que había códigos pesados de por medio y no tenía ganas de complicarse la vida —mucho menos a su edad—.

La información que ella le pidió fue simple de resolver. Ella necesitaba saber si había registrado movimientos raros en el río, navegantes solitarios en noches de luna llena. Robledo se sintió incómodo y curioso. La muerte de otro de sus muchachos parecía salir a flote otra vez. Quizás esta mujer fuera la forma de sacarse de encima los fantasmas que habían generado temor en la zona. “¿Justo tenían que venir a lavar la mugre en su barrio los servicios?” —pensó. ¡Tenía que sacar tajada!

Alicia escuchó con atención el relato del patrón de la villa. La forma en que su muchacho había muerto y el temor que se instaló después lo habían alcanzado a él inclusive. Por lo que no escatimó detalles y algunas exageraciones convenientes. Tampoco era cuestión de parecer un cagón. Él debía cuidar a su gente, por lo que ordenó que el pequeño muelle y el viejo Renault 12 con su ocupante gozaran del privilegio de su zona liberada en las noches de luna llena.

Mientras Ezequiel se quejaba en el catre, ella estaba entusiasmada. ¡Debían volver para mirar los videos! Robledo dio unas breves directivas y los subieron a un auto para sacarlos del barrio. El conductor los dejó en la estación Carupá del ferrocarril. Allí, en un taxi, fueron hasta su automóvil.

El Zeta ya tenía todo dispuesto en el sótano cuando ingresaron a la sede. Un médico le realizó las curaciones y le dio un blíster de antibióticos. Ezequiel pidió quedarse allí un par de días —tampoco era cuestión que Mirta se preocupara, por lo que la llamó para decirle que se había complicado el trabajo, una mentira piadosa que no la dejaría tranquila, pero sí segura de saber que su hombre estaba bien—.

Alicia se zambulló en una de las oficinas. Una computadora y una isla de edición de imagen y sonido estaban a su disposición. Se puso a trabajar de inmediato.

CAPÍTULO 31

El arco era su pasión deportiva desde la infancia y lo había podido unir con su mayor sed: la venganza, el odio.

Su plan había sido un éxito. Sin embargo, y para no dejar cabos sueltos, continuaba saliendo al río en las noches de luna. En principio aquello era parte de su plan, pero con el correr de las lunas había descubierto que una parte de aquella sed no había sido saciada. Lo que debía terminar no parecía querer hacerlo. El impulso enfermo hacia la posibilidad de causar dolor a los demás se había vuelto protagonista: no podía parar.

La seguridad que le causaba la repetición de aquellas cacerías de fuego crecía con cada nueva oportunidad. Sabía que estaba causando miedo y eso aumentaba su placer.

La figura del Renault 12 apareció en la pantalla.

Se echó para atrás en la butaca. La imagen detenida mostraba a una persona ingresando en el automóvil. Un instante antes, el cuerpo sin rostro, giró la cabeza mirando la cámara de seguridad.

Al poner PLAY, y retomar el movimiento, el auto se ponía en marcha. Salió a mediana velocidad, como si no le importara o pretendiendo no llamar la atención. La distancia y la oscuridad no permitían determinar el número de la matrícula del vehículo. Ya no debían quedar demasiados vehículos como ese.

Alicia comenzó a cambiar los DVDs. Las carpetas de archivos que contenían los videos debían encadenar el posible recorrido. Pasó el resto de la noche sin resultados. “Este psicópata la hizo bien” pensó. Concluyó que, de alguna manera, había conseguido armarse un recorrido, evitando las cámaras. No era difícil, el sistema de monitoreo estaba recién poniéndose a andar y quedaban grandes espacios sin cobertura. Se resignó al haber conseguido datos mínimos pero precisos: lugar y medio de movilidad. Iba a tener que trabajar con eso. Deberían desempolvar las viejas tácticas y procedimientos. Lo sintió como un regreso al pasado. Tendría que hablar con el Zeta, necesitaba que pusiera medios a su disposición.

Pudo conciliar el sueño después de darle trazos en su cabeza a las tareas básicas que debía coordinar. Cuando despertó ya era la media mañana. En su teléfono celular había un par de llamadas perdidas, una del Zeta y la otra de Federico. No pensaba responder ninguna. Hay cosas que mejor hablar en persona.

Luego de una ducha y un café doble salió a la calle.

El Fiat voló por Coronel Díaz hasta Santa Fe. Allí el tránsito se volvió intenso. Media hora más tarde volvía al ingresar al subsuelo de cocheras. Un Peugeot entró después de ella.

El Zeta estaba en su escritorio. Alicia dudó si se habría movido de allí desde la última vez en que estuvo. Estaba segura de que el grandote estaría feliz de recibir el pedido de ayuda. Fue directo al asunto:

—Necesito a los dos mejores hombres que tengas y un auto. Por lo que sé te siguen gustando los autos franceses —sonrió—. Que tus perros sean mejores que los dos que pusiste a acompañarme, por favor.

—¡Les dije que tomaran precauciones a esos boludos! Está bien. A estos dos no los conoces. Los llamo ya y te los presento. Y si, ¡irán en un Peugeot! ¡Carajo!

Una hora más tarde, Bianchi y Páez entraban en la Sede. Bianchi era un tipo delgado, de cabello lacio y escaso, con un fino bigote. Siempre estaba nervioso, como si se hubiera olvidado algo en algún lado. Páez era todo lo contrario, muy alto, de cara redonda, callado, sereno, siempre dispuesto a alguna advocación religiosa. Nadie podría creer que aquellos dos formaban un dúo de temer. Las anécdotas que habían creado a su alrededor eran miles, desde la vez que Bianchi entró a la medianoche de contramano por la Av. Corrientes para que no se le escapara un inglés que espiaba durante la guerra de Malvinas, hasta la vez que Páez abrió el techo corredizo del Peugeot 504 y se paró con la ametralladora en la mano mientras perseguían a unos narcos en La Tablada. Viejos zorros que cargaban con la experiencia y el aplomo que Alicia necesitaba en este momento.

Hubo las presentaciones de rigor. Por misterioso que pareciera no se conocían, cosa extraña en un ambiente tan pequeño. Solo habían escuchado de ella tanto como ella de ellos.

La Cebra les explicó el objetivo y su plan. Ellos objetaron un par de detalles —Páez quería llevar su ametralladora— y Bianchi revisar el auto y la zona antes de comenzar. El Zeta, mientras tanto, se puso en contacto con el jefe de la departamental, quien lo conectó con el jefe

de zona en Tigre. Si lo iban a hacer a la antigua no estaba de más pedir la zona liberada a los polis. A él mucho no le gustaba, los conocía desde siempre y sabía que ese pedido los iba a poner tan sensibles como para andar tratando de ver que querían ellos por allí pero, códigos son códigos, no estaba dispuesto a poner en riesgo a su gente por un tecnicismo administrativo.

Alicia consultó el almanaque. La luna llena debía comenzar en diez días. Había tiempo para andar el territorio y diagramar como lo harían en la calle.

Todos sentían rejuvenecer ante lo que venía. Se estaban llevando adelante reformas tecnológicas que volvían al trabajo de campo un tedioso chequeo de lo conocido. Hasta en los operativos la tecnología les condicionaba la adrenalina. Esto era intenso desde esa óptica de dinosaurios que necesitan estirar las piernas en el mundo contemporáneo.

Los días que siguieron los tuvieron entrando y saliendo de la Sede con mapas que se enriquecían con cada nueva recorrida. Hasta el Zeta se prendó del entusiasmo que veía y los acompañó un par de veces.

Para el noveno día la luna ya aproximaba su formato al de una enorme moneda de plata. Bianchi y Páez ya habían decidido dónde iban a colocarse para iniciar el seguimiento de su objetivo —así lo llamaban—. Alicia había conseguido ingresar, de manera subrepticia, al silo de una arenera que, desde la orilla de enfrente a la villa, le permitiría convertirse en los ojos de un búho nocturno. Dispuesta a dar la señal de alarma para comenzar la tarea.

El plan no era atacar —aún— sino tratar de detectar dónde y cómo se refugiaba el asesino y poder saber quién era. Luego vendría la decisión final: poner la información en manos de los jueces o ejecutarla por mano propia —la Cebra ya tenía esa respuesta, pero la guardaba para sí—.

CAPÍTULO 32

La noche estaba despejada. Los destellos de la luna sobre el río Luján convertían al Canal de Vinculación en una resplandeciente avenida silenciosa, empañada por una delgada capa de bruma. Una sombra se deslizaba sonriente a escasos metros de la costa. Detrás de la figura, por sobre el verde ennegrecido de la noche, una delgada columna de humo se elevaba a unos kilómetros.

El loco Bianchi mordisqueaba una colilla de cigarrillo apagada un par de horas atrás. El pastor Páez aprovechaba la concentración de su compañero para pasar un paño sobre la culata de ametralladora —no concebía que no brille—.

La Av. Italia estaba desierta a esa hora, todo era esperar que la Cebra les diera el OK para ponerse en movimiento. Lo demás vendría solo, pero los encontraría con toda la adrenalina disponible. En la Sede, el Zeta miraba una y otra vez el teléfono a la espera de novedades. Estaban dentro del rango de horario que habían podido establecer. Desde la base técnica le avisaron que había habido una llamada de emergencia a los bomberos de isla. Era la señal que esperaban.

Cuando la Cebra recibió el mensaje del Zeta ya estaba en lo alto del silo arenero. No tuvo problemas en llegar hasta allí. En la noche toda la zona es un páramo. Estaba tirada a lo largo del hormigón de la parte alta escudriñando con los binoculares infrarrojos que le hizo sacar de la caja fuerte a su viejo camarada. Ya tenía ubicado el Renault 12, estaba en una zona oscura justo al final de la calle, junto a contenedores de basura. Se lamentó no haber instalado todo el dispositivo antes, pero no quería llamar la atención y menos que su presencia quedara en la memoria de algún caminante furtivo que se convirtiera en testigo de lo que pudiera ocurrir.

Estaba nerviosa, cualquier error significaría un fracaso. Una alerta implicaba perder la oportunidad de agarrar al mal nacido. Tampoco estaba muy acostumbrada a confiar y si bien el loco y el pastor parecían profesionales, solo podría estar segura cuando aquella noche terminara. Temió que estuvieran durmiendo. Los llamó desde el celular de prepago que habían comprado esa misma tarde. Atendieron al segundo ring. Todo marchaba.

Da la sensación de que en la noche los sonidos viajan sin la interferencia de la luz. Todo está quieto y cada movimiento, por imperceptible que sea, se propaga libre por el aire a distancias que durante el día sería impensable. La Cebra escuchó en el agua el chapoteo inconfundible de unos remos, un bote se acercaba. Trató de unir aquel ruido con su origen, buscando con los prismáticos. ¡Allí estaba! Una silueta, de absoluto negro, se acercaba a la orilla. El ángulo en el que se encontraba no le permitía ver su cara, solo la capucha que le cubría la cabeza. El teléfono a su lado esperaba que oprima la tecla Enviar para disparar el aviso a sus compañeros, lo hizo. La respuesta no se hizo esperar y el aparato vibró exhibiendo en la pantalla un dedo pulgar hacia arriba.

La figura humana ya estaba en tierra. Luego de observar en todas direcciones recogió el bote y se dirigió al automóvil. Abrió el baúl y guardó todo. Luego subió y, sin encender las luces, comenzó a andar en dirección a la salida de la villa. Un camino que había recorrido muchas veces. No notó nada anormal al cruzar la Av. Italia, rumbo al acceso Tigre. A una distancia prudente, por detrás, Bianchi y Páez comenzaron el seguimiento.

Cuando la Cebra ingresó a su automóvil encendió el rastreador satelital. No quería quedar fuera de aquello. Aceleró, mientras observaba en la pequeña pantalla el recorrido que seguían sus compañeros. Pronto pudo ver las luces traseras del Peugeot. Unos cien metros más adelante el viejo Renault. Palpitaba, en una mezcla de excitación placentera y oscuro deseo de violencia.

Según habían planificado alternarían las posiciones de los vehículos, detrás de su objetivo, por si este hubiera sospechado que lo seguían. Tuvo que contenerse de cerrarle el paso y desatar un tiroteo. Al menos hasta poder saber si se trataba de un delincuente solitario o si tenía cómplices. Sin embargo, no podía apartar la mano de su pistola Sig Sauer, que permanecía en el estuche junto a la palanca de cambios del automóvil, sin seguro y con un disparo extra en la recamara.

Al cabo de una elástica media hora pudieron ver como descendía en una precaria casa de los suburbios tigrenses e ingresaba el automóvil en el garaje. Luego las luces del interior se encendieron. Cuarenta minutos más tarde todo volvía a la oscuridad y el silencio. Ya tenían una dirección, Sarmiento 3060, Benavidez. La cosa se comenzaba a aclarar, al mismo tiempo que las primeras luces del alba se perfilaban en el cielo.

La Cebra ordenó la retirada al punto de encuentro. Se reunieron en la

estación de servicio de la Av. Gral. Paz. El primer café del día, bien caliente, sirvió para contarse las impresiones y comenzar a imaginar cómo seguir adelante.

CAPÍTULO 33

En los días que siguieron el personal técnico de la Sede estuvo abocado a intentar obtener imágenes nítidas de las fotografías que la Cebra tomó. También consultaron acerca de la matrícula del automóvil y la titularidad del inmueble donde ingresó su objetivo. Le pusieron un apodo, al solo efecto de encontrar una forma de llamarlo, de referirse a él: Sombra.

El viejo Renault 12 tenía la titularidad a nombre de un hombre de 96 años de edad, algo que era imposible —máxime cuando el mismo hombre figuraba fallecido en las bases de datos que la Central disponía—. Asimismo, el domicilio del dominio era de Santiago del Estero. Parecía una vía muerta que no arrojaba ninguna información útil.

La casa donde la Sombra había ingresado, en la calle Sarmiento, no existía en los registros catastrales, era un terreno baldío, fiscal.

La Cebra pasó en varias oportunidades por la vivienda. Todo parecía detenido en el tiempo, el auto, las puertas y cortinas. Incluso de noche no se veían movimientos.

Debió recurrir a un nuevo pedido de zona liberada en la policía. Pero esta vez no iba a ser tan sencillo, pretendía instalar en el lugar un V.O.T. (sigla que utilizaban en la Sede para describir un vehículo de operaciones técnicas, equipado con lo más sofisticado en cámaras y micrófonos. No iba a ser sencillo, ya que la zona era humilde y poco poblada. Era eso o realizar entrevistas a los vecinos, buscando información acerca de los moradores de aquella miserable casa. Cualquier opción iba a alertar suspicacias y generar en ellos el nivel de antipatía suficiente como para que no se obtuvieran resultados satisfactorios.

La Cebra eligió utilizar el vehículo especial. No estaba segura cómo terminaría todo aquello y no estaba dispuesta a que alguien los recordara por allí. Tampoco podía colocar un móvil que desentonara en el barrio y terminara llamando la atención. Un viejo Rastrojero sirvió para cumplir el objetivo. Los mecánicos del área técnica debieron trabajar cuarenta y ocho horas sin descanso para convertir el trasto antiguo y destartalado en un artilugio capaz de monitorear la

casa por, al menos, tres días y sus noches.

Los resultados sumaron un nuevo interrogante: la casa permanecía deshabitada. Alicia tenía la sensación de que le estaban tomando el pelo. Estaba indignada. Su amor propio, más allá de las circunstancias, no soportaba sentir que perdía una batalla. Viniendo de ella no era una buena señal y el Zeta lo sabía. Nunca salía nada bueno cuando su vieja compañera entraba en ese estado. Mandó a los dos truhanes que la habían seguido los primeros días. El estado de ánimo de la mujer la volvía vulnerable. No tuvieron problemas para andar detrás de ella. La Cebra los miraba por el espejo retrovisor, pero no le importaba.

Pasó el día siguiente encerrada en su departamento. Deambulaba nerviosa por la casa. Cuando el teléfono sonó. Vio que era Federico, pudo volver un instante en sí. Estaba perdiendo el rumbo de las cosas, todo aquello era por el muchacho, no por ella. La charla se extendió por casi quince minutos. La angustia del joven la conmovió hasta tal punto que comenzó a sentir como una capa de frío se construía a su alrededor. Mantenía la furia, la indignación y todos sus sentidos atentos. Pero, impregnada de la frialdad con la que había encontrado la solución en muchos de los casos que tuvo que resolver.

Se despidió de Federico con promesas. Ya habría un tiempo para todo cuando aquello estuviera aclarado y las cuentas saldadas. Se dio cuenta de que quería volver a la casa de la isla y recuperar, aunque mas no fuera en algo, la mejor parte de su vida. Cortó, los pasos a seguir estaban claros ahora.

Cuando la tarde se fue terminando y las luces naturales se transformaron en artificiales salió a la calle. Se dirigió directamente al Peugeot. Los dos hombres del Zeta estaban adormilados. Les golpeó la ventanilla, sobresaltándolos. El que estaba del lado del acompañante bajó el vidrio.

—Voy a moverme, a Tigre —comenzó diciendo. Si van a venir detrás mío les sugiero no cruzarse en mi camino. Cuéntenle al gordo lo que quieran, pero no me jodan o se pudre. ¿Ok?

El hombrecillo asintió con la cabeza y subió la ventanilla.

En algo más de una hora llegó a la calle Sarmiento, estaba silenciosa y oscura. Estacionó bloqueando la salida del garaje y se bajó. Los del Peugeot pararon cuarenta metros para atrás. Ni tan cerca ni tan lejos. Pudieron observar cómo la Cebra forcejeaba con el candado de la puerta y cuando minutos después, sin haber podido abrir, se trepaba

por el alambre y saltaba dentro del parque del frente de la casa, perdiéndola de vista. De inmediato se pusieron al habla con el Zeta que soltó una estruendosa puteada.

—¡¡Cebra de mierda!! ¡¡Yegua malparida!! Estén atentos... —dijo y les cortó.

El celular de la Cebra había quedado en el auto. Nunca atendió las numerosas llamadas perdidas de su amigo.

Las luces de la casucha estaban apagadas. Intentó espiar hacia el interior por la ventana del frente y de la cocina. No se veía nada ni nadie en el interior. Trató luego de abrir la puerta, y nada. Luego probó si alguna de las puertas o el baúl de Renault 12 estaban abiertas, tampoco hubo suerte en eso. Anduvo recorriendo el parque y al llegar a la parte trasera vio otra puerta de entrada que también daba acceso a la cocina, tenía un candado como único bloqueo. Tanteo el picaporte y espió por un ventanuco. Tenía ganas de encender un cigarrillo, pero llevaba tiempo sin caer en esa tentación. La noche la envolvía en silencios apenas quebrados por el ladrido distante de algún perro. Buscó con la linterna algún objeto que la pudiera ayudar. Un trozo de varilla de hierro estaba tirado, con restos de materiales de la construcción.

El candado cedió al tercer intento. Justo cuando la adrenalina de su enojo se unió con la convicción de hacer todo lo que fuera necesario. Linterna en mano estudió los escasos objetos que poblaban la estancia. Luego, en el que debía ser el dormitorio, encontró un catre y un pequeño ropero. En el fondo, una bolsa con ropas y calzados negros le confirmaba que aquel era el aguantadero del Sombra.

¿Por qué no estaba allí nunca? ¿Por dónde entraba y salía sin ser visto? Estas eran las incógnitas a revelar.

No había mucho por revolver buscando pistas, de hecho, no había nada que sirviera ni siquiera como indicio. “Sin dudas estamos frente a un profesional o alguna clase de psicópata obsesivo” pensó la Cebra, recordando sus épocas de entrenamiento. Disfrutó mucho aquella etapa en que aprendió a diferenciar entre lo que se veía y lo que existía. Un largo año en el que dejó de ser una joven idealista para convertirse en un bisturí de la sociedad.

Algo debía haber allí, algo se le estaba pasando. Decidió salir a tomar fresco, y poner distancia con las cosas. Un recurso que siempre le daba buenos resultados, de lejos veía más claro. Por un instante se acordó

de los dos que estaban afuera y rio con ganas. Al hacerlo giró la cabeza hacia el fondo de la propiedad y notó que, entre las ligustrinas, había una puerta disimulada. “¡La puta que lo parió!”, se dijo.

Los fondos de la propiedad estaban vinculados con la finca de la calle paralela. Con un pequeño empujón la puerta y las ramas cedieron. Se encontró en un parque prolijo y bien cuidado, un pequeño porche con una mecedora, una parrilla de tambor, un limonero y un par de rosales. La casa poco tenía que ver con la otra. Era un chalet antiguo, amplio y con un garaje que dejaba fuera del alcance de los curiosos cualquier vehículo que allí estuviera, aunque, de hecho, no había ninguno. La luz amarillenta de una lámpara iluminaba sin encandilar. Las persianas de los cuartos traseros estaban cerradas. Tanteó lo que supuso seria la puerta de la cocina. El ruido del picaporte abriéndose coincidió con los ladridos de un perro dando la alarma.

Por precaución había colocado el silenciador a la Sig Sauer, por lo que el sonido del disparo fue como un corchazo que cortó para siempre los ladridos del ovejero alemán. Una luz se encendió extendiendo sus rayos sobre el pasillo de los cuartos.

La anciana apareció arrastrando las pantuflas y llamando a su mascota. Tenía un camisón tan largo que casi tocaba el suelo. Llevaba el pelo ceniciento, sucio y recogido. Tu tez era blanca y su piel apergaminada. Debía tener ochenta y tantos años. No se mostró intimidada al ver a la Cebra con la pistola en la mano, parada por delante del pequeño charco de sangre que comenzaba a dejar el perro.

Sin moverse siquiera un paso chilló:

—¡Hija de puta! ¡Mataste a mi perro! Ya sabía que esto iba a pasar alguna vez.

—Cerrá la boca vieja o te comes un plomo vos también —respondió fría la Cebra.

—¡Sabía que iba a pasar! Te mandó la otra hija de puta ¿no? —preguntó la vieja.

Alicia ya había acortado las distancias y, con la mano izquierda, tomó las solapas de camisón mientras le aproximaba el silenciador de la pistola a la frente.

—¿Hay alguien más con vos acá? —preguntó Alicia sin dejar de apuntar.

—¿Acaso no te contó que vivo sola esa mierda?

El cuerpo de la anciana era muy liviano y no le costó a la Cebra empujarla al dormitorio, arrojándola sobre la cama. Era —pensó— una persona vulnerable y, en apariencia, inofensiva, pero, a la vez, poseedora de mucho de cuanto ella quería saber. Esto le planteaba un problema.

—Vieja, podes responder mis preguntas rápido y fácil o lento y con dolor. Vos elegís… —sentenció.

—A mí no me vas a asustar, ni vos ni la otra. Si querés matáme, pero, como ha sido desde siempre, mi boca está sellada.

—Qué pena… —dijo la Cebra mientras le dio un sopapo que le hizo volar la dentadura postiza.

Siempre llevaba entre las ropas un par de medias de nylon. La vieja estaba aún medio atontada por el golpe. Eso facilitó hacerle ataduras a la cabecera de la cama. Cuando la anciana se retorció recibió un nuevo golpe, esta vez más fuerte. Un pequeño hilo de sangre comenzó a caerle de la comisura de los labios. “Lo único que espero es que no sea una noche larga…”, pensó Alicia.

No fue así, la mujer resistió alrededor de una hora. La Cebra se cuidó de no volver a herir su boca, era lo único que necesitaba que se mantuviera sano para hablar, y algo de sus sesos. Por lo demás no se privó de infringirle cuanto dolor creyó que ayudaría a soltarle el pico. No alcanzaba a entender porque guardar tanto silencio, pero no era una cuestión que la perturbara. Siempre le había gustado interrogar. Sabía que tenía que regular los castigos, de manera que la mujer no terminara diciéndole cualquier cosa, con tal que se detenga.

La cara de la mujer fue transformándose en un bulto sanguinolento y deforme. La Cebra supo cuánto quería saber. Al satisfacer sus demandas sintió piedad por la anciana. Dejó a su querida Sig Sauer terminar la tarea, metiendo un balazo en lo que quedaba de la cabeza de la mujer.

Luego fue al baño, se lavó las manos y se refrescó la cara. No le gustó su imagen reflejada en el espejo de botiquín. Supuso, además, que el Zeta se iba a cabrear, y ella no tenía ganas.

Salió por donde había entrado. Se encaminó directo al Fiat. El auto arrancó como si hubiera estado esperando ese momento y salió a gran velocidad hacia la Panamericana. Detrás de ella los dos hombres de la

Sede.

La cosa se le había ido de las manos —pensó. Con lo que la vieja le había contado no alcanzaba aun para poner las manos encima de la Sombra —que ahora, además, sabía que era una mujer–.

Buscó en la agenda de su teléfono celular. Pronto estuvo hablando con Juan —el Zeta—. Antes de que ella pudiera explicar nada él ya estaba gritando:

—¿Qué cagada te mandaste?

—Vas a tener que mandar a la gente de la limpieza, gordo —respondió.

—¿Muy estropeado?

—Bastante...

—¡La puta que te parió! ¿Vamos a poder seguir o lo arruinaste?

—Voy a mi casa. Mañana nos vemos...

A la mañana siguiente, cuando ella entró en la oficina del Zeta, los dos hombrecitos que la seguían a todas partes ya estaban allí sentados, charlando con Juan. Al verla quedaron en silencio. Sin decir palabra salieron de la habitación. La miraban con una mezcla de temor y desprecio que apenas conservaba vestigios de respeto.

—Parece que están enojados —dijo a modo de saludo.

—Fueron a limpiar. No les gustó lo que encontraron, Alicia. Te fuiste al carajo... una vez más.

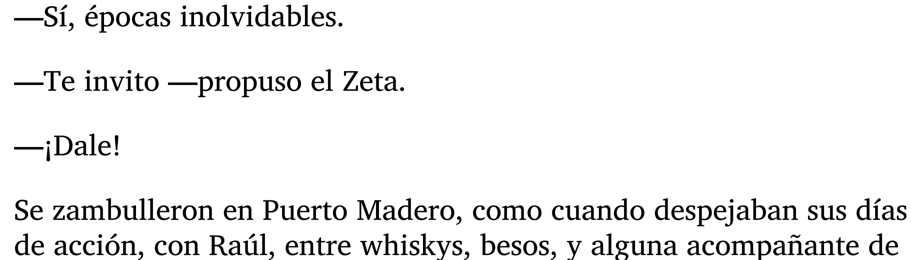
—Sí, pero es que todo esto me tiene al límite, vos sabés que vengo controlando esa parte de mí, pero este asunto me tocó de más.

—Sentáte, veamos cómo seguir. Contáme lo que pudiste saber, así pensamos la siguiente movida.

Cuando salieron de la oficina, en la Sede solo quedaban los de la guardia. Atardecía. Estaban conformes con lo que se venía. Casi felices.

—¿Te acordás cuando hacíamos el after office en Asia de Cuba? —

preguntó el gordo.



—Sí, épocas inolvidables.

—Te invito —propuso el Zeta.

—¡Dale!

Se zambulleron en Puerto Madero, como cuando despejaban sus días de acción, con Raúl, entre whiskys, besos, y alguna acompañante de ocasión que se aprovechaba del gordito platudo.

—¿Ya hablaste con Federico? —preguntó el grandulón, mientras empinaba su tercera copa de champagne.

—Todavía no. Me llamó un par de veces en estos días, pero prefiero hablar con él en persona.

—Lo estás evitando, te conozco Cebra... —replicó Zeta, mientras llenaba nuevamente las copas.

CAPÍTULO 34

Había un mes por delante para preparar la nueva operación, y estaba claro que debían ser profesionales. Aun no sabían si esa mujer era un demonio solitario o si formaba parte de un plan mayor. Las especulaciones eran muchas y todo parecía mezclarse: Federico, Raúl, Cynthia, ella misma y todo un pasado poblado de turbulencias. Nunca se puede escapar de la propia historia.

Ella quiso supervisar todos los detalles. Fue necesario ordenar la tapera de la calle Sarmiento y la casa de la anciana, que, por fortuna, parecía no tener más familia que un hijo viviendo en Francia —según contaron los vecinos en las entrevistas que les realizaron de manera subrepticia—. Hubo que conseguir un perro, de las mismas características físicas que el que la Cebra eliminó, y buscar, entre todo el personal, a un hombre que diera la talla e incluso tuviera conocimientos de francés y el acento necesario. No fue esta una búsqueda sencilla. La vieja tenía entre sus cosas personales una foto del hombre.

A fuerza de similitudes y no poco de trabajo, se pudo adaptar el aspecto y la historia de Ricardo Funes, del departamento de sistemas de la Sede, quien pasó a llamarse Claudio Arrieta, uruguayo de nacimiento, pero residente en Luminy, Francia: Claude, profesor de historia del arte.

Se realizaron varios ensayos, tratando de abarcar el mayor número de posibilidades. El nuevo Claude recibiría a la Sombra. Trataría de entablar algún intercambio con ella, algo que pudiera servir a la investigación. Luego, el resto del equipo se haría cargo de las cosas. La gente de técnica se ocupó, además, de la instalación de cámaras y micrófonos, para poder cubrir no solo las espaldas de su hombre, sino también de recopilar imágenes y audio que pudieran probar la criminalidad de esta mujer y, si lo había, el equipo por detrás de ella.

Todo estaba listo, aunque la Cebra sabía que existía un solo detalle que se les estaba escapando: la relación entre la vieja y esta asesina. De todo lo que investigaron era el único punto oscuro que quedaba. Quedaría librado al azar. No le gustaba, pero no había más opción que tomar el riesgo.

Con una cuota de serenidad tomaba una copa de agua en el balcón de su departamento. "Agua", siempre el agua en su vida. Sintió deseos de volver a la isla. Tal vez era tiempo de ver a Federico, y de algún modo regresar.

El río es invariable, agota las costas con su paso constante, les erosiona los bordes y los somete a su antojo y fortaleza. Así era Raúl, así ella aprendió, de su mano. Reconocía, sin embargo, cada curva, cada recodo. Algunas olas, de frente, le ponían una mano en el pecho, pidiéndole la confirmación de sus decisiones, otras la empujaban hacia adelante. Raúl le había enseñado a enfrentarlas a todas con la misma pasión. Ella terminaba la adolescencia cuando se conocieron y él ya se había instalado firme en el camino de los espías, creyendo que la ley era hermana del orden. Raúl y su doble vida, una rara amalgama entre el hombre de los tribunales y el sórdido mundo de las tinieblas.

Donde la mano de la justicia no llega es la mano del hombre, o más bien su peor garra, la que atraviesa los márgenes de lo visible. Así pensaba él, así ella asimiló su mentalidad, danzante de la ternura a lo siniestro.

Una última curva y llegaría. Había pasado demasiado tiempo. No sabía qué iba a encontrar. ¿El rancho renovado que la vio creer en un hombre y su amor? Quizás. Por una vez sintió miedo.

En aquel espacio isleño tan amado le iba a ser difícil enfrentarse con el hijo de su mentor, con el hijo de sus entrañas. Negado, pero jamás olvidado. Ella era demasiado joven y Raúl no la perdonó. ¿Podría acaso su propio hijo hacerlo? ¿Podría entender cómo, desde la oscuridad que había elegido, había seguido cada uno de sus pasos? ¿Podría comprender que el dolor de perder a su nieta disparó sus extremos más profundos? La venganza y el amor estaban en plena efervescencia en su interior y nada la iba a detener. Tal vez, sin conciencia, se había preparado toda la vida para esto.

El muelle sí era el mismo. Del rancho que fue testigo de la única vez que amó no quedaba mucho, se había convertido en un galpón de herramientas. Federico la llevó a recorrer la propiedad. Ella supo disimular con asombro su nostalgia y ocultar, en alergias, alguna lagrima desobediente.

Su hijo tenía el mismo porte que el padre. Una extraña mezcla de armonía y fuerza. Como solía decir Raúl: "lo que importa son los HP" (por Horse Power). Lo decía divertido, jugando con la verdadera definición y su abreviatura para "hijos de puta". Federico, tal vez

ignorándolo, tenía los mismos HP que su padre, mal que pudiera pesarle.

Compartieron mate y tortas fritas recién hechas por Jimena, que los observaba en silencio.

Sospechó, casi de inmediato, que la mujer de su hijo algo debía saber de su historia. Sus ojos furtivos le decían eso, ella sabía leerlos. El padre de Jimena había sido un engranaje central en la historia de esa casa.

Le contó a Fede los avances de la investigación —omitiendo los puntos más oscuros—. Le aseguró que estaban en buen camino, y con pistas firmes. Con un optimismo, que era más para el contagio que parte de sus convicciones, le dijo que pronto atraparían al asesino. El muchacho quería precisiones que ella no podía dar, bajo argumentos de la disciplina del secreto y otros eufemismos, que Federico no comprendía a ciencia cierta, pero que aceptó si con ello conseguía encontrar al culpable.

Raúl y todo el equipo que la había entrenado consiguieron transmitirle lo más profesional de su oficio. Habían hecho de ella un arma en todas las variables posibles. Pero, sin duda, olvidaron enseñarle a tener miedo. Esa lección se la estaba dando ese hijo, al que había dejado de lado meses después de nacido. Estaba aterrorizada ante la reacción que pudiera tener al saber aquel secreto del que Raúl supo mantenerlo alejado.

El miedo, cuando se declara, cuando surge de lo más profundo de nuestros fantasmas, suele ganar batallas. Caía la tarde cuando la Cebra —la misma mujer que cargaba innumerables muertes en su espalda— se despidió de quienes eran de su sangre. Jimena se ofreció a acompañarla al muelle. Mientras soltaba los cabos de amarre, se limitaron a cruzar esas miradas que guardan los textos más íntimos de la existencia. Una comprensión mutua las envolvió y, la mujer de su hijo, la despidió murmurando en el beso un “ya será el tiempo...”.

La frase quedó navegando sobre las aguas mansas del río como una posibilidad indefinida.

A la mañana siguiente, la capa de frío que cubría el espíritu de Alicia tenía pequeñas rajaduras por donde afloraba algún rayo de luz. Se dio cuenta de que no era bueno aquello, mucho menos en vísperas de lo que podía venir.

Zeta la recibió con un café doble en la oficina de la Sede. Habían andado

demasiadas correrías juntos, conocía los costados más ocultos de su amiga. Él había sido su confidente incondicional, tenía el termómetro de sus estados afilados. Le acercó la azucarera.

—¡Todavía no le dijiste nada!

—¡Andá a la mierda gordo! ¡Metete el café en el culo! —dijo ella levantándose y saliendo del despacho.

—¡Es un café que vas a tener que tomar y pagar, aunque sea frío, Cebra! —respondió él.

—Me voy, tengo trabajo y no sos un cura para andar sermoneando.

El ensayo de esa tarde era el último. No era necesario más. El nuevo Claude estaba listo y la luna llena era en dos días.

CAPÍTULO 35

La sangre es como una bebida cola. Se bebe con la intensión de saciar la sed, pero luego pide más y más, generando una suerte de adicción incontenible. Uno debe tener entereza para saber cuándo parar y, si no lo hace, seguirá sin control hasta ver el fondo del envase. Así es la sangre cuando es derramada. Siempre habrá más por derramar, siempre habrá una nueva excusa para navegar hasta el fondo del envase.

Esa era la vida de la Sombra. Empezó tratando de saciarse y ahora estaba fuera de control, necesitaba sangre. La espera de las nuevas lunas se volvía un tormento. Deambulaba por su lujoso departamento como una fiera, descargando violencias en estado de latencia asesina.

Los relojes y los almanaques eran un recordatorio de su necesidad, de su insatisfacción. El éxito de su emprendimiento comercial no era suficiente paliativo. Nada la distraía de su síndrome de abstinencia criminal. La sed de matar desplazó su hambre incendiaria. Iba a dar el siguiente paso: los incendios debían matar personas, ni animales ni simples objetos inanimados: gente.

Ver las llamas brotar por las ventanas del edificio de Once fue un catalizador de ese viaje sin retorno. El apellido Prinz estaba herido, pero aún no había sido excomulgado. Las ramas de ese árbol debían ser cortadas y ella debía ser el instrumento.

Debía salir a remar, merodear a sus víctimas como un felino cebado, olfatear en el aire a sus presas sabiendo que cambiaría ese olor por el de la carne quemada. Estaba en sus manos esa mutación.

Volvió al río, aquel elemento acuoso que detestaba se volvía el vehículo de sus planificaciones. En cada hundimiento de la pala, en las aguas marrones, veía charcos de sangre salpicando su cara y se sentía en la senda.

En las noches, cuando el insomnio vencía el efecto de los barbitúricos, preparaba las flechas de su arco, consultaba el calendario lunar, repasaba recetas de explosivos. Hacía planes...

La locura, a veces, posee el don de desdoblar el tiempo. Los relojes se aceleran o se detienen según el momento. Minutos que se vuelven

horas, días que pasan en segundos.

La luna llena estaba a veinticuatro horas de producirse. No podía conciliar el sueño siguiendo el derrotero del astro por la ventana de su dormitorio.

Durante la jornada siguiente estuvo excitada. En su empresa la notaron inclusive jovial y chistosa. Bebía café y gaseosas, alternando entre los papeles de tasación de las propiedades que tenía a la venta la inmobiliaria. Cerró algunos tratos en condiciones incluso desventajosas, estaba feliz y no le importaba nada más que terminar sus obligaciones.

Salió con su camioneta de la cochera y tomó velocidad por la Av. del Libertador. Una rutina repetida infinidad de veces, pero que tenía un condimento adicional esa noche. Estaba serena, como un mecanismo ajustado. Todo sesgo de turbación había desaparecido. Para ella era una noche especial y no se podía permitir errores.

En la autopista Panamericana se mantuvo rigurosa con todas las reglamentaciones de tránsito. Si había cámaras de vigilancia no quería llamar la atención.

Dejó la Ruta 27 en la rotonda de la calle Gral. Pacheco. Estando a doscientos metros de la casa de la vieja apagó las luces del vehículo. Avanzó iluminada por los destellos de la luna, su luna. Dobló en Bme. Mitre. Solo faltaban cincuenta metros para que la ruleta girara en dirección a los tramos más intensos.

Encaró la entrada del garaje, buscó las llaves en la guantera y bajó a abrir el portón de metal. Minutos después detenía el motor dentro de la casa. Algo no le olió bien. El ovejero de la vieja, en lugar de venir a buscar sus caricias, comenzó a ladrarle desde su perrera. Justo a ella, que se lo había regalado a la anciana siendo un cachorro.

Se acercó a la puerta de entrada en el momento en que esta se abría. Supo disimular su sorpresa con gran esfuerzo, ¡no era doña Ana! La adrenalina se apoderó de sus instintos de supervivencia. ¿Quién era aquel hombre parado ante ella?

—Hola, Te esperaba. Mi madre me dijo que vendrías. ¡Pasá! —invitó el falso Claude, con ligero acento francés.

—Hola, sí, sí, claro. ¿Qué le pasó a doña Ana? —preguntó.

—Vine de visita de Francia. La vi débil y desmejorada. Tomé la

decisión de internarla en la clínica de San Isidro. Unos días hasta que se recupere.

Hablaban, avanzando por el pasillo que llevaba al living. Ricardo Claude iba delante. La Sombra aprovechó la ocasión para sacar el cuchillo que llevaba entre las ropas. En una veloz maniobra le echó hacia atrás la cabeza, jalando los cabellos con su mano izquierda, mientras su otro brazo cruzaba el aire, como una saeta, cortándole el cuello.

Ricardo no llegó a reaccionar. Se desplomó. Su corazón siguió bombeando hasta desangrarse. La casa quedó en silencio. “Algo está muy mal” pensó la Sombra. Debía salir de allí.

A cien metros, el vehículo técnico monitoreaba los micrófonos y las cámaras. El diálogo, que se volvió silencio, quedó grabado en el disco duro de los equipos. Las imágenes mostraban a Ricardo yendo a abrir la puerta lateral y nada más.

De pronto, los operadores vieron la camioneta salir marcha atrás con maniobras torpes. Chirriando los neumáticos a gran velocidad se alejó. Las cámaras infrarrojas alcanzaron a tomar la patente. Los mensajes con el grupo de apoyo se cruzaron en el éter, poniendo en marcha el operativo de seguimiento. Las calles de Benavidez se poblaron de autos a gran velocidad.

La Sombra tomó la Ruta 27. Puso el acelerador a fondo rumbo a la autopista. Veía en el retrovisor un par de luces. Al llegar a la Av. Perón aprovechó la distancia y el cruce con otro vehículo para meterse en el espacio de estacionamiento de un vivero. Detuvo el motor y apagó las luces. A través del polarizado de las ventanillas pudo ver a sus seguidores pasar a todo ritmo y seguir de largo. Su corazón latía como un caballo desbocado. Quedó inmóvil durante veinte minutos. Esperaba oír sirenas, pero eso no ocurrió.

Fue recuperando el pulso normal. Reinició la marcha por la Av. Perón hacia Pacheco. No eran policías, y eso no era una buena noticia.

Una hora más tarde, después de dar innumerables rodeos, llegó al edificio de oficinas de la inmobiliaria. Dejó la camioneta en la cochera y abordó un taxi hasta su departamento. Debía serenarse y pensar.

La Cebra fue quien encontró a Ricardo tendido sobre su propia sangre. El Zeta apenas podía contener su ira. La cosa había dejado de ser solo cuestión de Alicia, ahora era un asunto de la Sede. Nadie se puede llevar uno de sus hombres y seguir contándolo. En especial cuando esa

muerte no había ocurrido en un mano a mano, sino que había sido a traición, de la forma más artera e inverosímil.

La gente de la limpieza tuvo trabajo el resto de la noche. Dos días después la casa de Benavidez se incendió por una pérdida de gas. El cuerpo de la anciana y su perro fueron encontrados entre las cenizas. Solo fue una noticia más para los medios locales. Ricardo recibió todos los honores que merecía.

Recién se pudo relajar cuando se metió en la bañera con el agua muy caliente. Nada como un baño de inmersión para distenderse y poder pensar con claridad. Consultó el reloj e hizo cálculos. La mañana corría en Francia, cinco horas de diferencia. Salió del agua chorreando y fue hasta su teléfono celular.

Claude tardó en atender. Caminaba hacia la universidad. Al ver el número en el display sintió una turbación nacer en su estómago y descender por debajo de su ingle. Tuvo que contener la erección.

—Mon cherri —dijo suspirando.

—¿Cómo estás, Claude? Te extraño… —la voz de ella sonaba felina.

—También yo, delicia… —volvió a suspirar.

La conversación se extendió unos cinco minutos entre frases sensuales y noticias. Ella lo excitó y lo llenó de promesas, a la vez que le anunciaba su inminente salida hacia París.

Se habían conocido siete años atrás, durante una estadía vacacional de ella. Él recopilaba información para su cátedra en el Museo d´Orsay y ella estaba embelesada observando la escultura de “La pequeña bailarina de catorce años”. El trabajo de Edgar Degas le resultaba magnético y de alguna manera se veía reflejada en él. Una esmirriada doncella, apenas adolescente, de facciones poco atractivas, que había conseguido, con los encantos que ocultaba bajo su traje de baile, a un prestigioso de aquella época. Protegida y mimada hasta la inmortalidad. Rescatada del bochorno y el olvido. Sin dudas tenían mucho en común.

Claude la observó y el paralelo lo capturó, de punta a punta, transformándolo en el sumiso Degas de aquella mujer enigmática y contemporánea. Ella fue capaz de llevarlo hasta más allá de sus límites, bajo unas sábanas que ardieron un par de horas después de aquel

encuentro. Era consciente de su condena eterna, pero incapaz de sobreponerse. Andrea, su esposa, era el amor; pero aquella mujer era la lujuria. Él era demasiado débil para resistirse.

A ella lo cautivó el control que podía ejercer sobre aquel hombre. Era atractivo y buen amante, incluso más de lo que ella suponía que podía lograr atraer. Su pequeño Apolo, solía decirle. Esa extraña mezcla entre la atracción y el poder ejercía una fascinación enferma en ella.

Enloquecerlo era un arte que había aprendido a dominar, a partir de conseguir que él la acompañara al Appart Hotel donde se hospedaba. Lo había tumbado de un empujón en la cama y, sin siquiera quitarse la ropa, se trepó sobre él y lo cabalgó con frenesí hasta dejarlo exhausto. En cada embestida se fue desnudando. Sus pechos no eran grandes, ni siquiera se agitaban al moverse, pero su vagina era un foso sin fondo que lo devoraba. Lo drenó una y otra vez. Él fue perteneciéndole, un poco más, en cada uno de sus finales. Y cuando, agotado, se durmió, ella no se detuvo, siguió comiendo su sexo, con desenfreno. Él quería desfallecer y ella no se lo permitió. Insistió hasta que Claude abrió los ojos, buscando restos de su propio jugo.

Cuando él pudo salir de aquel Citadines de Place d'Italie, su destino estaba sellado. Ni siquiera Andrea —su mujer— o los niños que ella le había dado podrían torcer aquel rumbo. Solo la muerte.

—Llegaré a París en cuarenta y ocho horas, a lo sumo. Me alojaré donde siempre, y te estaré esperando.

La noticia lo conmocionó, siempre era así. Su cabeza comenzó a consultar su agenda cotidiana: las clases, los niños, Andrea y Luminy. Tenía tareas pendientes y más de 700 km de distancia.

—El lunes próximo estaré allí mon danseur —prometió.

—No me dejes sola tanto tiempo mon petit Apollo —respondió ella.

Claude inventó una comisión en la École du Louvre. No era la primera vez que lo hacía. Luego compró el pasaje de tren. El lunes por la mañana estaría arribando a la estación de Lyon.

Ella abrió la caja fuerte de su departamento. Sacó euros, algunos dólares y sus tarjetas de crédito internacionales. Tenía suficiente como para pasar una temporada en Francia y dejar que las aguas se aquietaran. Incluso barajó no volver. Compró un pasaje de Air France, en primera clase, para el día siguiente y realizó la reserva en el appart donde ya era habitué. Buenos Aires no era amigable en estos

momentos. Debía desaparecer. Preparó sus valijas.

El encargado del edificio la ayudó a cargar el equipaje en el baúl de su Mini Cooper y salió del edificio. Lo mejor era hacer tiempo en algún hotel. No estaba dispuesta a ser sorprendida y, si los sucesos de la noche anterior estaban vinculados según su sospecha, era mejor moverse con rapidez.

A las diez y treinta del día siguiente dejó estacionado el automóvil en la playa del Aeropuerto Internacional de Ezeiza. Media hora más tarde ingresaba en el área de preembarque. Realizó los trámites migratorios con temor, pero sin inconvenientes. Solo le quedaban un par de horas para el despegue. Con una cuota de relajo recorrió el FreeShop y compró algunos obsequios y ropa interior sensual con la que pensaba seducir —una vez más— a Claude.

El vuelo despegó con normalidad. A las siete de la mañana del día siguiente estaría a salvo en París.

CAPÍTULO 36

El movimiento en la Sede fue febril. No hubo noche ni paz. Los expertos en sistemas buscaron ingresar en los organismos oficiales para obtener toda la información posible. El único dato concreto era la matrícula de la camioneta. Desde allí debía partir la búsqueda. No podían perder un minuto. Aquella mujer no solo había mostrado ser despiadada, sino también inteligente y, sobre todo, motivada. Descartaban que actuara sola y debían enlazar los datos para poder determinar cuál era la organización que estaba detrás de ella.

Cuando Zeta y la Cebra salían de las exequias de Ricardo recibieron el llamado de la central. Tenían la titularidad de la camioneta y otras informaciones. En silencio recorrieron el camino hasta la oficina. Walter Morales les alcanzó el informe. Era una carpeta delgada, con datos concretos. La camioneta pertenecía a una sociedad anónima, una empresa inmobiliaria, con reconocimiento en el área de mega emprendimientos: Estudio Ventura S.A., con oficinas en la calle Suipacha 245, piso 5.

No estaban lejos de allí. Salieron de inmediato. Esta vez no pensaban delegar en nadie la acción, irían ellos en persona, como en los viejos tiempos. Zeta sacó de su caja fuerte el revolver 357 Magnum, solo él podía andar por las calles con semejante arma, eran tal para cual, enormes y bestiales. La sobaquera quedó debajo de su campera y ni siquiera se notaba su presencia.

Llegaron al edificio en menos de quince minutos de caminata. Recuperaron el aliento en el ascensor. Cuando las puertas del quinto piso se abrieron el lujo fue notable ante sus ojos. La recepción, y los despachos desbordaban buen gusto. La recepcionista respondió con evasivas a las consultas de la Cebra. Mientras tanto su compañero observaba el entorno, buscando señales que lo alertaran. Pronto vio como estaban chocando frente a una barrera inexpugnable y su paciencia se agotó.

Cuando la empleada vio el orificio del cañón del revolver enfocando su frente quedó paralizada.

—Ahora nos vas a responder todas las preguntas ¿sí? —dijo el gigantón, seco. Y si te movés va a ser la última vez que lo hagas —

agregó. ¿Está claro?

La empleada asintió con la cabeza.

Cinco minutos más tarde salían de la oficina. Entre otros papeles fotocopiados llevaban el estatuto de la sociedad. Además, la dirección del estacionamiento en el que se guardaban los vehículos de la empresa. Estaba en la intersección de Suipacha y la calle Perón, por lo que eran unos pocos metros para llegar. Nadie los detuvo para entrar a la enorme playa que ocupaba la esquina. Caminaron entre los automóviles buscando la camioneta. Allí la encontraron. Zeta intentó abrir las puertas en el mismo momento en que la empleada de la recepción enviaba un mensaje de audio a la única accionista de la compañía, avisándole lo que había ocurrido. La Sombra estaba en vuelo. El mensaje no iba a llegar hasta muchas horas después.

Volvieron a la oficina. Había que estudiar aquella sociedad ya que del vehículo no podían obtener nada más que la certeza de ser el que buscaban. El apellido Ventura resonaba en la cabeza de los dos.

Al llegar a la sede dieron instrucciones, al área de búsquedas abiertas, para que recopilaran toda la información que circulaba en Internet referida a la compañía. Ellos se encerraron, en el despacho principal, a leer el estatuto de la sociedad anónima.

Luego de algunos párrafos llegaron a la constitución de la sociedad: la presidencia de la empresa estaba en manos Beatriz Ventura. De inmediato buscaron en las bases de datos que disponían, pero parecía no existir ninguna persona con ese nombre. Sin embargo, el apellido les resultaba familiar. Walter volvió a entrar, con un nuevo manojo de papeles, y con sonrisa de satisfacción. Les dejó sobre el escritorio lo que había obtenido, y no pudo contener el comentario orgulloso ante su propia capacidad para hurgar en las redes.

Zeta y la Cebra quedaron estupefactos al ver que la fundadora de la prestigiosa empresa había sido Cecilia Ventura, la ex esposa de Raúl Prinz, el padre de Federico, ya fallecida.

Cuando consultaron, mediante los accesos que disponían, al Registro Nacional de las Personas una nueva sorpresa los aplastó: Beatriz Ventura no era otra que Beatriz Prinz, la hermana de Federico —la media hermana, a decir verdad—. Aquel descubrimiento daba a las cosas un matiz inesperado.

Llamaron a Walter, el informático, de nuevo, y, con directivas precisas, le solicitaron chequear todo lo concerniente a Beatriz. El

joven regresó quince minutos después con direcciones y teléfonos.

Debían ponerse en marcha. Los antecedentes psicológicos de la hermana de Fede aumentaban la incertidumbre. Todo aquello parecía demencial. ¿Podía ser que Beatriz hubiera asesinado a su propia sobrina y quisiera asesinar a su hermano?

Cuando llegaron al edificio de la Av. del Libertador el encargado lustraba los herrajes de la entrada. Esta vez la Cebra iba preparada. Había armado unas cédulas judiciales apócrifas con los datos de Beatriz. Su apariencia era similar a las de los oficiales de justicia de los Tribunales Federales. En minutos se había ganado la confianza del tipo, a medias interesado en los papeles y sin dudas seducido por ella, que, satisfecha, sentía aun vivas sus mentadas dotes femeninas.

El empleado de los lujosos apartamentos le soltó, de manera infidente, que Beatriz se había ido de viaje hacia un día, que él mismo la había ayudado a cargar las valijas en el automóvil.

Tuvieron que volver a la oficina. El tiempo se les escurría y las vías muertas para ubicar a la desquiciada se multiplicaban a cada paso que creían adelantar.

Nuevamente Walter tenía el juego en sus manos. Mientras este realizaba pesquisas informáticas, el Zeta se comunicó con sus contactos en el Ministerio de Relaciones Exteriores.

Las horas comenzaron a transcurrir a toda velocidad. Cuando la tarde caía llegaron las primeras confirmaciones. La oficina de Migraciones había detectado la salida de Beatriz Prinz del país con rumbo a Francia. Walter, entrecruzando llamadas telefónicas, había podido determinar el momento de la compra del pasaje y una llamada al Citadines Appart Hotel de Paris, más una llamada a un número de Marsella, del que no podían tener precisiones.

Con toda la información sobre el escritorio ambos amigos se quedaron en la oficina intentando encontrar el camino que debían seguir. Beatriz parecía haberse alejado de las posibilidades que les daba actuar de manera local. Francia, si bien no estaba fuera de su alcance, implicaba poner en funcionamiento mecanismos menos convencionales e impunes.

La noche comenzó a posarse sobre ellos sin que lo percibieran. El pasado pegaba un nuevo empujón en sus vidas y ellos, que sabían de violencias, no encontraban un sendero manso para salir de la situación que enfrentaban.

—Tenés que decidir qué hacer con tu hijo Cebra, esto ya se fue de madre.

—Si no terminamos con la hermana esto no finalizará nunca gordo, vos sabés que voy a tener que viajar —respondió ella.

—Hace falta que Fede sepa.

—No creo que entienda y me va a odiar.

—Hacéte cargo… —sentencio él.

Discutieron por espacio de dos horas. Cada uno desde su firmeza de siempre, sin eufemismos ni medias tintas. La Cebra quería ir a buscar a Beatriz y terminar las cosas sin más. El Zeta quería dejar salir la verdad por completo, argumentaba que Federico tenía derecho a saber. El viaje a Francia era un hecho inevitable.

Una vez que la Cebra abandonara el país, no tendría red, iba a estar sola y por las de ella. Desde la Sede solo podían darle un mínimo sostén, a través del agente que tenían trabajando en la embajada en Francia. La Central no iba a poner al país al borde de un escándalo internacional por una cuestión doméstica. Hiciera lo que hiciera iba a estar por su cuenta. Nadie iba a reconocerla como miembro de un organismo de seguridad nacional.

Por la mañana Alicia ya tenía su pasaje, de ida con regreso abierto. Preparaba sus maletas. Salía en cuarenta y ocho horas. Debió dejar su pistola Sig Sauer en la caja fuerte del Zeta como condición indispensable. A la vez él prometió no meter a Federico en el asunto, a regañadientes. Sin embargo, había ordenado la compra de otro pasaje, para Federico, al día siguiente de la partida de la Cebra. Las cosas debían ver la luz de una vez por todas.

Cuando la Cebra llegó al aeropuerto Charles De Gaulle la estaban esperando. Pedro Laborde era un agente de carrera de la Central, había estado destacado en varios frentes externos —Chile a fines de los ´70, más tarde en Londres y finalmente en París—. Tenía contactos fluidos con el mundo diplomático, pero también con las zonas oscuras de las relaciones entre los países. Había sido Peter en las calles londinenses. Ahora era Pierre, cuando debía contactarse con los bajos fondos parisinos.

Con la Cebra se habían cruzado un par de veces en Buenos Aires, en cursos de perfeccionamiento. Si bien el funcionamiento de la Sede era estrictamente celular, las mentas de algunos trascendían los límites del

secreto. Así se sabían, mutuamente.

Él había rentado un automóvil para ella. “Kilometraje abierto y sin fecha de devolución” le dijo.

—En la guantera te dejé algo. No tiene registros que te comprometan, por las dudas, sé que es de tu gusto.

La mujer encontró una pistola similar a la de ella, con el cargador lleno y otro de repuesto listo para ser usado. Ella sonrió al verlo.

—También me estuve moviendo en base a lo que me pasaron de Buenos Aires. Tu cliente está en el Citadines de Place d’Italie. Te hice una reserva en un piso superior, justo encima. Además, te conseguí una llave maestra a través de un empleado que me debe unos favores desde los ´80s. Nada más puedo hacer, nada más esperes. No nos volveremos a ver.

Luego de decirle esto se bajó del automóvil. Cruzó la enorme playa de estacionamiento de la terminal aérea y se perdió en la multitud. Ella apoyó las manos en el volante del Audi y resopló.

El Zeta no estaba feliz con la decisión que había tomado, pero tampoco podía quedarse quieto y dejar que las cosas ocurrieran, inmóvil. Raúl, Alicia, y sobre todo Federico y Cynthia no merecían un desenlace que lo tuviera ajeno, como si no hubiera sido parte de la historia.

Luego de dejar a la Cebra en el aeropuerto de Ezeiza llamó a Ezequiel Salgado.

—Ezequiel, las cosas están bien difíciles y te necesito.

—¿Qué pasa? Te dije que no me jodas más.

—Necesito que vayas a lo de Federico y le digas que quiero hablar con él. No hay señal de teléfono buena en esa isla de mierda donde vive.

—Está bien... iré.

—Decíle que se traiga una valijita, que va a tener que viajar.

—Ok —dijo Eze y cortó la llamada.

Jimena había tenido la ilusión de que el tiempo que iba pasando cicatrizara el dolor de su marido. No era así, había algo intenso y profundo que estaba sangrando dentro de él y no tendría paz hasta

que saliera. El silencio y los días que pasaban desoladores no la ilusionaban. La realidad era que nada mitigaba el alma rota de Federico. Su hombre parecía detenido en el tiempo.

Cuando la lancha de Ezequiel se detuvo en el muelle y nadie bajó supo que algo se estaba por desatar. Federico estuvo allí, hablando con aquel hombre con el que se había cruzado un par de veces en la Estación Fluvial de Tigre. Luego, la embarcación se fue y Federico entró en la casa, con un destello intenso en sus ojos, algo desconocido.

Él le explicó que lo estaban convocando desde la Capital Federal, y que le habían pedido que fuera preparado para iniciar un viaje. Jimena buscó en el fondo de sus ojos y puso manos a la obra. Un rato después le había preparado una valija pequeña con lo que creyó necesario. Mientras ella desplegaba ropas sobre la cama matrimonial él bajó de la parte alta del placard la pistola Parabellum de su padre y releyó la frase: “SI VIS PACEM PARA BELLUM”. Pensó que tal vez había llegado el tiempo de la guerra. Volvió a dejarla en su lugar.

Antes de subir a la lancha de pasajeros de la tarde se besaron, como la primera vez que lo hicieran en la casa del árbol.

Zeta lo estaba esperando en la confitería de la calle Libertad y Santa Fe. Iba por su tercer café cuando Federico entró al lugar. “Tal vez debí tomar whisky” se criticó mientras el joven se sentaba frente a él.

—Hola, ¿qué paso? —inquirió Fede.

—Sentáte, que tengo mucho para contarte. Te agradeceré que no interrumpas, al menos hasta que termine.

Al gordo, que aquello de hablar no se le daba muy bien, le costó más de dos horas explicarle a Federico todo lo que había sucedido. Arrancó desde el momento mismo en que Alicia y Raúl —su padre— se enamoraran. El relato se extendió hasta ese momento, que los tenía allí, en una esquina tradicional de Buenos Aires, torciendo para siempre el destino de sus vidas.

Federico, inmóvil frente a él, pasaba de la sorpresa al odio y la furia, con todas sus estaciones intermedias. El mundo se estaba poniendo patas arriba.

Cuando Juan “Zeta” López, Jefe de una División Operativa de Inteligencia Criminal (DOIC), ex Jefe de Sección de Comandos

Anfibios durante la Guerra de Malvinas, condecorado por Honor y Coraje en Acción, tirador experto, asesino sin escrúpulos, de 58 años de edad, cinturón negro de artes marciales, y otras menudencias más, terminó de contarle al sencillo isleño Federico Prinz todo aquello se sentía metido en el fondo de la última trinchera, bajo fuego enemigo y sin balas. Indefenso y vulnerable. Fue su momento de conocer la incertidumbre, y ¿por qué no?, la cuota de miedo, que el común de los mortales enfrenta en el mundo cotidiano. Por un instante incluso deseó volver a Malvinas, pero allí estaba.

—¿Qué pensás? —fue lo único que atinó a decir.

—¿Cuándo viajo? —respondió Federico intentando recomponerse.

CAPÍTULO 37

Once horas de encierro forzoso en un avión no son poca cosa cuando se trata de ordenar los pensamientos. Es indescifrable si alcanzan para poner en claro el mundo emocional que se desmoronó en una charla.

Mientras algunos muchos aprovechaban para dormir, en la semi penumbra de la aeronave que cruzaba el océano, él caminaba por los pasillos.

Episodios de su pasado recuperaban protagonismo. La indiferencia de su madre, de Cecilia, respecto a él. El modo duro en que lo trataba de pequeño y las diferencias que, de manera permanente, demostraba. La ausencia, luego de que ella se separara de Raúl. El silencio... Todo tenía sentido ahora. Nunca se había podido explicar la causa por la que quien —él suponía— le había dado la vida interpusiera un abismo inexpugnable. Ahora sí...

Del mismo modo, comenzó a comprender el trato especial que recibía de su padre, sus exigencias, el afán de hacer de él un hombre diferente, enorme en lo humano. Siempre lo empujó a dar más, al esfuerzo supremo, a marcar la diferencia. Todo lo que le negaba tenía fundamentos en esa búsqueda y, todo lo que negaba a su hermana, surgía como producto de aquella expectativa que alguna vez depositó en Cecilia y ella decepcionó.

A la que no conseguía descifrar era a su verdadera madre. ¿Por qué lo había abandonado, incluso negado existencia real? Si amaba a su padre como le habían dicho ¿Por qué no jugarse por él y por su hijo? ¿Cuáles eran sus razones y sus explicaciones?

Como corolario de todo aquel escenario dantesco, su hermana Beatriz, o media hermana ahora. ¿Cuánto de aquello sabía? ¿Por qué tanto odio? ¿Por qué matar a su hija y pretender matarlo a él?

Llegar a Francia y descender del avión fue un recreo a sus cavilaciones. Nadie lo esperaba o, mejor dicho, nadie que él viera. Pierre lo observaba desde lejos.

Se alegró de haber asistido a esas tediosas clases de francés de la escuela secundaria, de no ser así las cosas se le hubieran complicado un poco más.

Buscó la zona de detención del bus que lo iba a acercar a la terminal ferroviaria. De allí al centro de París. Nevaba. No era su idea de la primera vez en París. El tren combinó con el metro y, cuando salió a la calle, se encontraba en Rue Bobilot, justo frente a la entrada del Citadines, donde el Zeta le había hecho una reserva.

Necesitaba ducharse y comer. Salió del hotel. La ciudad le ofreció sus calles y sus aires detenidos en el tiempo. Él solo podía pensar en sus madres, su media hermana y su padre, inmersos en un caleidoscopio en el que sus rostros giraban hasta el vértigo. Buscó un supermercado y recorrió sus góndolas, viendo sus fantasmas aparecer detrás de cada vuelta.

Ya estaba allí, a pocos metros de las respuestas a preguntas que tenían origen en su infancia y que le habían costado la vida de su hija. Pensar en ella era un veneno que alimentaba su ira. El Zeta le había rentado una habitación, en el mismo lugar que estaba hospedándose su hermana, ignorando que su verdadera madre también estaba allí. Dos pisos por encima de él.

Comió como un autómata, pan, queso y paté, bebiendo una lata de cerveza. No estaba acostumbrado a beber. El escaso alcohol de la bebida sirvió para potenciar su furia y sus angustias. Tan inexperto como alterado lamentó no haber traído la pistola de su padre. Se sentía preparado para la guerra, sin saber siquiera cuál era.

Se tumbó en la cama. Cuando abrió los ojos la noche parisina ya entraba por la ventana. Mientras recorría las siluetas oscurecidas de la geografía de la ciudad se dio cuenta de que no tenía la menor idea de qué hacia allí, y mucho menos qué hacer.

Cuando tomó el teléfono celular, para mandar un mensaje a Jimena, releyó el que le había mandado Zeta, luego que abordara el avión: “sexto piso, debajo del colchón” decía. No terminaba de comprender.

A Pierre todas aquellas situaciones lo excitaban. Entrar subrepticiamente, caminar sin ser visto detrás de objetivos —importantes o no—, sentir el peso de su arma bajo la axila, simular ser quien no era, hacer planes y ejecutarlos. Sin embargo, cuando Juan le pidió que dejara una pequeña pistola, calibre veintidós, debajo del colchón de Federico no estuvo de acuerdo. “No se puede dar el trabajo de profesionales a cualquiera” pensó. “Así es como el oficio se desvirtúa...”

Sin embargo, al Zeta no se lo podía contradecir, a menos que uno

quisiera terminar la carrera en algún paraje solitario del límite con Bolivia. Por lo que la Bersa quedó justo donde su jefe se lo encargó.

Federico la encontró, después de la cena, cuando el crujido de su estómago le ganó a su incertidumbre. “Tal vez es más fácil de manejar que la de papá”, meditó entre desvaríos.

Llegaba el momento de enfrentar a su hermana. El miedo no le era ajeno en aquello. Beatriz había sido capaz de asesinar, mientras él practicaba supervivencia en una isla que le enseñó los códigos de la naturaleza. Sabía que iba a estar en clara desventaja, pero la memoria de Cynthia era más importante que sus temores.

CAPÍTULO 38

Beatriz decidió darse un baño. Según sus cálculos Claude llegaría a media mañana y necesitaba descargar todas sus tensiones en brazos de su amante. Meditó si desayunar con él, pero la imagen del sexo del hombre vino a su cabeza y prefirió desayunarlo a él. Estaba excitada, sentía en su cuerpo vibraciones por debajo del vientre.

Llenó la bañera. Un baño de inmersión la relajaría. Pronto las sales impregnaron de aroma el cuarto. Una suave espuma buscó los bordes de la pileta de hidromasaje. Despacio se fue sumergiendo en las aguas cálidas y burbujeantes. Su cuerpo sentía el roce de las diminutas gotas jabonosas. Los chorros de agua golpeaban su espalda, sus muslos y sus nalgas. Se acomodó, uno de los chorros de agua se deslizó entre sus piernas, se acomodó un poco más...

De menor a mayor fue invadida por un frenesí incontrolable. Al agua que golpeaba su sexo se sumó una de sus manos, mientras con la otra se retorcía los pezones. Apoyó la cabeza en el borde de la tina. El sonido del agua no alcanzó a tapar sus gemidos, hasta desplomarse de éxtasis.

Cuando pudo recobrar el aliento, el reloj empañado, sobre los azulejos, le decía que había pasado una hora repitiendo orgasmos que no terminaban de satisfacerla. Claude ya debía estar cerca, lo necesitaba.

Al escuchar golpear la puerta de la habitación salió del agua. La bata y el toallón pendían de los percheros, pero no estaba dispuesta a perder tiempo en ceremonias. Se tambaleó, con las piernas aun flojas. Avanzó hacia la entrada chorreando agua enjabonada por el pasillo. Si hubiera observado por la mirilla, el deseo que la dominaba se hubiera desvanecido de inmediato. No había escuchado los timbrazos de su teléfono celular, por lo que no se había enterado que su amante estaba demorado y que, entre excusas, le avisaba que llegaría al mediodía. Nada de eso pasó y, con el mejor gesto libidinoso que pudo, abrió la puerta de par en par ofreciéndose, desnuda y ansiosa.

Federico quedó estupefacto al ver a su hermana. Beatriz apenas atinó a cubrirse el pubis y los diminutos pechos. El tiempo se paralizó un instante. Luego de ello, Federico ingresó en la habitación. Hacía

mucho tiempo que no veía a su hermana. Jamás soñó encontrarla en esa situación, tampoco podía perder el ímpetu con el que había llegado hasta la puerta de su cuarto. Beatriz, turbada por su presencia, le dio la espalda y se perdió por el pasillo regresando envuelta en una bata de toalla. El silencio era difícil de cortar, aun de niños. Allí y ahora, a miles de kilómetros de Buenos Aires, el odio mutuo encontraba territorio fértil para brotar.

Las palabras de cortesía y las hipocresías no tenían espacio en ese momento. Si estaban frente a frente era claro que la verdad no era ajena a ninguno de los dos. La discusión comenzó sin preámbulos subiendo de tono palabra tras palabra.

Beatriz sentía presente la oportunidad de gritar su verdad. El dolor que atravesó, por su madre escapándose de la vida a través del suicidio. Tal vez aquel fuera el punto de inflexión que la alejó de la realidad. El preciso momento en que sintió que la única persona que la comprendía había optado por marcharse, de manera definitiva, abrumada por su historia. Su propio dolor de hija olvidada y no deseada —al menos en su mente enferma— y el profundo deseo de causar dolor, de venganza.

Federico se encontró a sí mismo después de perder a su hija. Dándose cuenta de que la muerte no siempre es la desaparición de la propia vida, y que se puede estar muerto manteniéndose en el reino de los vivos. Tomó conciencia que allí, frente a la autora del crimen de su hija, frente a su hermana, solo matar podría traerle paz. No estaba preparado para la guerra, pero sí para la muerte.

Dos hermanos entre los que la crueldad del mundo había construido el abismo. Dos seres que llevaban la misma sangre en las venas, y que, en aquel momento, sabían que solo uno de ellos podría salir con vida de aquella habitación.

La discusión era acalorada. Los brazos de ambos agitándose como aspas, entre reproches y gritos. Beatriz encontró en esto la cuota de movilidad que necesitaba para echar mano a uno de sus cuchillos, sin que Federico lo notara. En su cabeza la ira era abrumadora. De pronto se lanzó como empujada por una catapulta hacia su hermano. Empuñaba una sevillana automática que desnudó su filo mientras surcaba el aire. Federico apenas pudo adivinar, en el brillo de la hoja, el destino del arma: su cuello.

Se agachó, apenas lo suficiente como para evitar el tajo, mientras su mano buscaba la pequeña pistola. Un intento inútil con su torpeza. La

Bersa cayó al suelo y Beatriz encontró una nueva chance de atacarlo. Un surco de sangre se abrió en el antebrazo izquierdo del hombre. Atinó, más por instinto que por capacidad, a dar un empujón a Beatriz, intentando poner distancia. Su hermana trastabilló, cayendo de espaldas. Federico tomó una botella de champagne, que esperaba ser desconchada por Claude. El hielo del frape se derramó. El golpe sonó seco sobre el costado de la cabeza de Beatriz, impactando justo por debajo del hueco ocular. La botella se fracturó con el golpe. Los ojos de la mujer se extraviaron y no llegaron a ver venir el segundo golpe que terminó de hacer añicos el lujoso envase. El tercer impacto no tuvo sentido. Beatriz ya no podía sentirlo.

Federico se quedó de rodillas junto a su hermana. Estaba en shock. Había matado... un debut criminal con su propia hermana. Aun así sentía cierto alivio. Respiró profundamente, como si el aire que inhalaba no fuera solo para él. Cynthia respiraba de nuevo por su aliento...

La puerta se abrió detrás de aquel cuadro oscuro. Era Alicia, la Cebra, su madre, empuñando una pistola automática. Ella también venía a matar. La imagen que encontró no tenía explicación en su cerebro, pero estaba entrenada para esas situaciones.

Al verla allí Federico se tensó. La mujer que le dio la vida estaba allí, de pie, con un arma en la mano, dispuesta a matar. No había tiempo para explicaciones. Debían salir de allí rápido, sin dejar testimonio de aquello. La policía francesa era conocida por su sagacidad y obstinación. Si algo de aquella escena no los convencía iban a estar en serios problemas. Debía resolver aquello, por ella y por su hijo.

Lo ayudó a levantarse y lo dejó de pie junto a la puerta de la habitación. Acomodó el frape, el hielo y los restos de vidrio de la botella de manera que parecieran producto de una caída intencional. Desparramó huellas de las manos de Beatriz en cuanto objeto vinculado al crimen pudo observar. Luego abrió la puerta balcón de la habitación, cargó a Beatriz sobre su hombro –agradeció que aquella fuera tan delgada– y en un par de movimientos la arrojó al vacío.

Antes que hubieran tenido tiempo de salir de la habitación alcanzaron a oír el estruendo del cuerpo impactando en el pavimento. Un ruido sordo y seco como el de una bolsa de papas golpeando. Cerró con la llave y, a los empujones, consiguió llegar a su habitación con un Federico que no dejaba de mirarla, impávido.

Lo sentó en la cama y le acercó un vaso de whisky, al tiempo que

comenzaba a marcar el número de teléfono de Pierre.

—Preparáme la salida de Francia en un par de horas y avisále al Zeta —dijo.

—Los espero en el aeropuerto De Gaulle en tres horas.

—“Los…” remarcó ella.

—Arreglá tus diferencias cuando llegues a Buenos Aires. Estoy en el lobby del Hotel y acabo de ver una mujer caer. No quiero saber más… —luego cortó la comunicación.

CAPÍTULO 39

Cuando Claude salió por la boca del Metro vio un tumulto frente al hotel. Los curiosos se arremolinaban intentando satisfacer su morbo. Los esquivó, no era su estilo fisgonear en las desgracias ajenas, lo suyo era el arte.

Unas sirenas se aproximaban, mientras consultaba en la conserjería por el número de habitación de su amante.

—¿Está la señorita en su cuarto? —preguntó.

—Sí, sí. No ha bajado esta mañana —respondió el empleado, atisbando por sobre el hombro de Claude.

El corredor del piso séptimo estaba iluminado con luces artificiales y en silencio. Nadie respondió a los llamados a la puerta por lo que bajó de regreso al lobby.

El cuerpo desnudo de Beatriz estaba tendido en la acera dibujando una figura contorsionada.

La policía lo retuvo por dos días, comprobando las coartadas, tratando que justifique la causa de los doscientos gramos de cocaína y la marihuana que llevaba consigo.

Cuando Pierre los vio ingresar al área de embarque del aeropuerto respiró aliviado. Su única preocupación ahora eran todas las preguntas que debería responderle al Zeta. Aquello no resultaba una tarea estimulante. Él hubiera preferido darle un disparo en la frente a aquella flaca insignificante, antes que tener que pasar por todo aquel desmadre.

Durante el vuelo no cruzaron palabra. Federico podía sentir la mirada de su madre clavada en él, pero la ignoró. No sentía deseos de hablar con aquella desconocida. Solo podía pensar en Jimena y en la isla.

La Cebra intentaba aceptar que nada puede hacerse en contra de la

propia historia.

Cuando bajaron del avión, antes de realizar los trámites migratorios, el nombre de ambos sonó en un altavoz invitándolos a acercarse a un mostrador pequeño, ubicado junto a una puerta sin identificaciones. Los hicieron pasar y les pidieron los pasaportes. Minutos después les fueron devueltos con todos los sellados pertinentes. Un miembro de la Policía de Seguridad Aeroportuaria los guió de salida hasta el segundo subsuelo de estacionamiento, donde una camioneta de la Sede los estaba esperando.

Media hora más tarde ingresaban en la oficina del Zeta.

Había tomado las decisiones que había que tomar. Los informes que le llegaron de Francia dejaban todo claro. La Sede podría volver a la normalidad, claro que con algunas variantes que ya iría él articulando. El ministro estaba de acuerdo en todo, lo cual era, de por sí, un aval más que importante para su gestión.

Todo lo sucedido con Cynthia y Federico Prinz estaba expresado en la carpeta sobre su escritorio. Debajo de esa el legajo de Alicia. Las situaciones personales, de la gente que él conducía estaban ordenadas nuevamente. Todos los recursos podían volver a ser aplicados a las otras dos carpetas: NARCOTRÁFICO y RECLUTAMIENTO.

Cuando la Cebra y Fede se sentaron frente a él ya iba por su tercera taza de café. El médico se lo tenía prohibido, pero las charlas con el ministro siempre implicaban transgredir esa norma.

Tenía curiosidad por saber si el vuelo de regreso había logrado que aquellos dos se acercaran, después de todo eran madre e hijo, y habían compartido una breve, pero intensa, experiencia. El lenguaje de sus cuerpos le respondió la pregunta sin necesidad de formularla. Ya vería como solucionar ese asunto, por ahora debía ordenar el juego, el nuevo juego.

Giró su sillón en dirección al muchacho. Los resortes chirriaron un poco —Maldita gordura, pensó—.

—¿Cómo estás, Federico? —preguntó.

Solo recibió por respuesta una mirada gris y el mismo asentimiento

que le hubiera dado un equino.

—Las cosas no han sido fáciles por estos días. Te sugiero que vuelvas a la isla y te reencuentres con tu mujer y tu mundo. El resto se irá acomodando con el tiempo. De todos modos, sabés que estoy a tu disposición. Pensá que, con todos los daños incluidos, las cosas se han aclarado y solucionado —agregó.

Un nuevo gesto afirmativo fue la respuesta.

—Uno de los muchachos te va a llevar hasta Tigre —dijo poniéndose de pie y extendiéndole la mano.

—Gracias… —fue la lacónica respuesta final de aquel cuasi monólogo.

Al instante de haber pulsado un disimulado timbre sobre el escritorio uno de los hombres de la Sede —Bianchi— ingresó. Federico salió de la oficina detrás de él. La Cebra lo siguió con la mirada, el silencio entre ambos no se rompió. Zeta la observaba con atención.

—A vos te tengo que llamar de nuevo Catalina, y es con carácter de urgente. Necesito resultados y pronto. El ministro se bancó tu quilombo y los gastos que generó. Ahora aprieta…

—Sí, sí, me imaginaba. Salgo de acá, paso a cerrar mi departamento y voy de regreso a Mar del Plata. Vas a tener resultados enseguida. No tengo muchas ganas de seguir, Zeta, tal vez debas considerar que esta sea mi última misión. Creo que me voy a retirar…

—Intuyo que tu hijo tiene mucho que ver en esta decisión. ¿No pudiste llegar a él?

—No.

—Bueno, vivamos un día a la vez. Espero tus noticias. —dijo, a modo de despedida.

CAPÍTULO 40

Un mes después, desde Mar del Plata, Alicia, Catalina o simplemente “la Cebra” enviaba su último informe desde la ciudad atlántica, junto con su pedido de pase a retiro. Seis horas después, los noticieros televisivos mostraban imágenes de un gran operativo antidrogas en la ciudad costera en el que una banda de traficantes era desmantelada. Un gran espectáculo montado por la Policía de la Provincia de Buenos Aires, adjudicándose —entre otras cosas— la autoría de una vasta investigación.

Mentiras mediáticas que mantenían a la Sede en el anonimato.

A más de cuatrocientos kilómetros de allí, en el Delta, Jimena y Federico compartían la cena mirando los noticieros. Jimena festejaba el éxito de los policías mientras Fede fingía indiferencia sin perder detalles. No nombraban a ninguna mujer, ninguna madama marplatense estaba involucrada en aquella redada. En algún rincón de su interior sintió alivio, algo en él comenzó a cambiar luego de la experiencia vivida.

Un reflector iluminó su muelle mientras una embarcación amarraba. Dejó la mesa y salió a ver quién podía estar llegando a esas horas. Ronco ladró perezosamente. Era el comisario inspector Leónidas.

—¿Cómo anda, Federico? Perdone la hora —se excusó el policía.

—Todo anda bien, inspector. ¿Que lo trae por acá?

—Lo de siempre usted sabe... la curiosidad, profesional si se quiere —agregó el uniformado.

—¿Ocurrió algo?

—Digamos que nada malo, y esa es mi curiosidad. ¿Se enteró que los ataques incendiarios terminaron?

—No, no sabía nada. —mintió Federico.

—Sí, sí, justo después de que usted estuvo unos días afuera —acotó indiscreto.

—Coincidencias del destino, oficial, casualidades.

—Sí, tal vez, aunque no soy muy proclive a creer en el destino. Bueno, solo pasaba. No los molesto más. Un saludo a su esposa… Cuídense y siempre a sus órdenes.

Aquel viejo sabueso nunca parecía estar conforme.

No muy lejos de allí, Mirta y Ezequiel compartían una copa de vino sentados en el muelle. Las estrellas brillaban con la luz de la luna llena. El arroyo parecía iluminado como una calle suburbana, pero con toda la naturaleza en su esplendor.

FIN

Índice



Capítulo 40



www.editorialimaginante.com.ar

www.facebook.com/editorialimaginante

https://www.instagram.com/imaginanteditorial